

Recuerdos de un Diplomático Italiano en Chile (1973-1975)

© *by* Tomaso de Vergottini

Traducción: Orlando Cecchi R.
Corrección: Alfonso Calderón S.

Portada: Claudio di Girolamo
Supervisó Edición: Fernando Silva M.

© *by* EDITORIAL ATENA
Derechos Reservados
inscripción N° 78.890
Primera Edición: Abril 1991
Realización y Producción Gráfica
CICEROS LTDA.

Loreto 260 - 774900 - Fax: 775038

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

TOMASO de VERGOTTINI

MIGUEL CLARO

1359

**RECUERDOS DE UN DIPLOMÁTICO
ITALIANO EN CHILE
19731975**



En el momento de abrir camino a mi libro de recuerdos chilenos, pienso en el coraje, inteligencia e iniciativa con que Annasofía estuvo junto a mí, compartiendo las dificultades de mi misión.

Recuerdo, además, con tristeza y gratitud, a César Cecchi, el “Wunder-doktor”, ya fallecido, quién fue el primero que me impulsó a escribir acerca de mi experiencia de Chile.

El texto está escrito en tiempo presente, relatando hechos que vi y viví en el instante mismo en que se produjeron, y los comentarios que hice en esos momentos. Las notas, en cambio, están escritas recientemente, en el tiempo verbal del pasado remoto.

Mis recuerdos reúnen las más diversas experiencias cotidianas y se cierran el 8 de abril de 1975, porque en esa fecha termina la función de asilo por los perseguidos políticos, que tuvo durante 17 meses la Residencia italiana en la calle Miguel Claro. Es por eso que elegí por título del libro: Miguel Claro 1359.

Con posterioridad a esa fecha hubo otros casos de asilo, pero aislados y todos en la oficina de calle Triana (son, entre otros, parte de los temas que recojo en mis recuerdos de los años siguientes, hasta el mes de febrero de 1984, en que terminó mi misión en Chile).

En el libro me refiero casi siempre al Ministerio de Relaciones de Italia como, “Nuestra Casa”, término que para mí posee una connotación afectiva.

Tal vez he abusado de los apodos y sobrenombres, pero se trata de una costumbre muy chilena que he asimilado (lo cual no quiere decir que en Italia se ignore tal hábito, sobre todo en la vida cotidiana de los pueblos). Algunos de ellos son “autóctonos”, otros menos, en el sentido que me tomé la libertad de crearlos.

T.deV. Marzo 1991.

PRESENTACIÓN

EL 30 DE DICIEMBRE de 1973, a poco más de tres meses del Gobierno Militar, la Embajada de Italia en Chile estaba convertida en un refugio de hombres y mujeres perseguidos por el régimen. El Gobierno italiano había decidido no designar Embajador, sino que disminuir el rango a un Encargado de Negocios como una forma de manifestar públicamente su malestar ante los acontecimientos que vivía nuestra Patria y que tan hondamente calaban en la conciencia de las naciones. Ese día, llegaba a Chile, en representación del Gobierno de Italia, Don Tomaso de Vergottini, para hacerse cargo de los intereses de su país en el nuestro.

Este libro, tan bellamente escrito, nos ubica en esos momentos tan dolorosos para nuestro país, tan dramáticos, tan llenos de situaciones inconcebibles de amargura e impotencia frente al atropello de la dignidad del hombre y de sus derechos.

La Iglesia levantó su voz. Quisimos ser voz de aquellos que no la tenían, quisimos predicar el Evangelio de Cristo en su concepción más profunda: en el amor al hombre, en el respeto a sus derechos sagrados. Lo dijimos en todos los tonos, queriendo construir la paz y la fraternidad en momentos tan duros y tan difíciles para nuestra Patria. No fuimos escuchados y por eso la Iglesia tuvo que llorar el dolor del desgarramiento de la familia chilena.

En esos momentos llega Don Tomaso de Vergottini. Más que un Embajador, un luchador incansable de la paz y de la justicia. Acompañado de su admirable esposa Annasofía, asume de inmediato la noble tarea de socorrer y darle ayuda a nuestros compatriotas perseguidos.

Es por ello que su trabajo estuvo tan cercano a la labor de la Iglesia: al principio en el Comité Pro Paz y, posteriormente, en la Vicaría de la Solidaridad. La Iglesia quiso, en horas de angustia y aflicción, que millares de chilenos pudieran contar con ayuda jurídica, económica y moral que les permitiera ser defendidos en la mejor forma posible dentro de las prácticas vigentes de aquella época.

Estas memorias nos muestran una realidad, hoy día superada, de la violación de los derechos humanos en Chile. Pero también nos muestran el sentido de la caridad evangélica, puesto que cuando un hombre sufre, cuando yace desvalido, golpeado e impedido de salvarse a sí mismo, cuando necesita de misericordia y de amor solidario, el verdadero cristiano no pregunta a qué raza, religión o ideología pertenece el que sufre... Es un hombre el que sufre y el cristiano sufre con él.

Hoy día, Chile quiere cicatrizar sus heridas. Queremos reconciliarnos en la verdad y en la justicia. Este libro tiene la virtud de contar la verdad vista por un diplomático de carrera que vivió junto a nosotros momentos de dolor y de angustia. Que se jugó por los valores trascendentes de la dignidad del hombre, que sufrió junto a nosotros y que ahora nos entrega su visión para que en estos momentos de reflexión seamos capaces de buscarlos caminos del entendimiento, de la paz, de la justicia y del perdón.

Perdona Señor nuestras ofensas, así como nosotros perdonamos a los que nos ofenden.

+ RAUL CARDENAL SILVA HENRIQUEZ

Marzo 1991.

INTRODUCCIÓN

Una misión diplomática

Pese a que lo nuevo me ha atraído siempre, quizás en un constante anhelo de evasión, detestaba que me destinaran a Bruselas. Era una salida opaca al desafortunado¹ intervalo romano. Así, visité la nueva sede y saludé la bandera en esta nueva etapa. Todo me pareció anodino, rígidamente formal, húmedo de una lluvia siempre amenazante. Sobre mi piel probé el escalofrío de una carrera que se me escapaba, dejándome rezagado entre la masa de los anónimos, sin remedio. ¿Cómo realizar mis esperanzas de desquite en una sede chata, en una tarea que me habría empujado más abajo? ¡Sin embargo no veía alternativa!

Pero de improvviso, por azar, se abrió un agujero, ése que nos dice cómo no debemos burlarnos de la predestinación. Una tarde de noviembre, en el Círculo Deportivo de la Cancillería, puse oídos a una conversación entre Gianni Jannuzzi, que trabajaba en la Dirección General del Personal, y Alberto Solera. Este daba explicaciones acerca de su rechazo a un traslado a Santiago de Chile. “No puedo aceptar —dijo—, como próximo Ministro, un encargo de Jefe de Misión tan precario, sin garantías adecuadas,” Jannuzzi, socarrón, se dirigió a mí: “Te veo interesado. ¿Irías a Santiago como Encargado de Negocios?”.

Retuve el aliento antes de responder, ya tomado por sorpresa. En ese momento pensé en los dos años y medio de vida romana. ¿Qué me habían dado? Más que nada desencantos. En Bruselas me esperaba lo mismo. Santiago, en cambio, ofrecía la oportunidad que yo anhelaba desde hacía tiempo. No podía dejarla escapar, ¿Complicaciones diplomáticas? ¿Obstáculos burocráticos? ¿Refugiados en la Embajada? Este era el pan que mis dientes iban a masticar. Por eso mi respuesta positiva saltó veloz, espontánea y auténtica. Jannuzzi me miraba atónito. Me sabía tímido y reservado, ajeno a excesivos entusiasmos. Ahora, en cambio, me veía en posesión de sensaciones que eran para él familiares.

Aunque llegué tarde a casa, no pudo menos que despertar a Annasofia, empresa que, a menudo, me procuraba gruñidos y confusos improperios. Quería transmitirle lo que sentía, pero no tomaba en cuenta un detalle: ella ya había aceptado Bruselas, y todo cuanto ello significaba en términos negativos de la carrera, pero, también, lo positivo de las finanzas, comodidad, vida social, viajes cortos por Europa. Al comienzo entendió “China” y se asustó. “¡Te vas tú!” Después, asimiló lentamente la verdad. En aquellos meses, Chile era para los italianos una “summa” o compendio de horrores, atropellos, sangre. Estas imágenes acudían poco a poco a su mente, asustándola más y más. Traté de explicarle los motivos de mi preferencia, aún sabiendo que los conocía muy bien. “¿Estás decidido?” —me preguntó—. Sólo entonces me di cuenta de que el único que había decidido era yo. Lo confesé en voz baja, pero sentí que esta vez no había dudas. Ya despierta, ella me miraba de soslayo. “¡Está hecho. Lo sé. Cuando muestras entusiasmo por algo, eres tú quien decide! ¡Recuerdo Tel Aviv! Y sonrió con un gesto de complacencia.

La confirmación burocrática, bajo la forma de un decreto, llegó muy rápidamente, el 29 de noviembre, pues no eran muchos los que querían ir a Santiago. Sólo tal vez un colega enflaquecido y triste. Quizás jugó en mi favor la experiencia en el I.I.L.A.². No es que me hubiera convertido en un profundo conocedor de las cosas de América Latina, pero me bastó para vencer en la competición.

Desde entonces se inició la zarabanda chilena. Coloquios en Nuestra Casa. Reuniones con amigos políticos. Afanosa búsqueda de material bibliográfico acerca de Chile, el antiguo y el de ahora. El gran problema, en Santiago, era la masa de partidarios de la Unidad Popular que había escapado de la persecución asilándose en las sedes diplomáticas. La nuestra hospedaba ya a un centenar. Era preciso obtener para ellos el permiso para abandonar Chile. Esto implicaba un contacto cotidiano con el nuevo Gobierno chileno, al que, por otra parte, Italia no quería reconocer. ¿Habría de encontrarme en un callejón sin salida? Podía ser, pero el desafío era muy estimulante. Para comenzar, me enviaron a Ginebra, con el propósito de tener una entrevista con el Alto Comisionado para los refugiados, Sadrudin Khan.

¹ Entonces lo consideraba “desafortunado”, queriendo decir que allí la suerte me había sido opuesta. Sin embargo, hoy reconozco que no hice lo suficiente para ayudar al destino.

² Instituto Italo Latino-Americano con sede en Roma. Reúne a Italia y a todos los países de América Latina. Tiene tres departamentos: cultural, económico y científico.

En el avión que me llevaba a Suiza, sentí que todo iba tomando otra dimensión, casi estelar. El problema era en *Finis Terrae* y se trataba de un grupo de desamparados, pero quien movía los hilos, aparentemente, era un príncipe indio que exudaba oro. Me hallé así en presencia de un “grande” del mundo, un hombre sencillo y afable, que mostró interés por mi misión. Mi entusiasmo era el del neófito, fascinado por lo que desconocía. Ahí, enfrente del príncipe humano y benefactor, la niebla comenzó a disiparse, en contraste con lo que ofrecía la brumosa ciudad.

En nuestra Representación, un pequeño y hormigueante grupo de colegas me rodeó. Sentían, probablemente, curiosidad por la extraña empresa que se me había confiado y, tal vez, por el “contacto en Ginebra”. Puede que me hayan admirado, pero estaba seguro de que nadie hubiera tomado el cargo, porque el riesgo de sucumbir o, peor aún, de “quemarse”, era grande. Mi partida estaba fijada para los primeros días de enero.

El 20 de diciembre recibí una llamada desde Santiago. Era Piero De Masi, el Encargado de Negocios. Sollozando me rogó que apurara el viaje. “No puedo más —exclamó—. Esta mañana un grupo de italianos *nostalgici*³ ha ocupado nuestras oficinas en protesta contra la política de Roma. Me han escupido en el rostro. Han golpeado a Roberto Toscano. Han registrado los cajones, sustraído documentos, lanzado una proclama. Ha debido intervenir la policía chilena, la que los echó; pero no puedo resistir más. La tensión es excesiva. Ya no duermo en la noche, sueño con carros armados que entran en la residencia. Te ruego: ven lo más pronto posible”.

Musité algunas palabras de consuelo, sin comprometerme, pero la impresión era fuerte. También en Nuestra Casa había, preocupación, y querían que partiera rápidamente. Annasofia se opuso decididamente: “Pasa al menos las fiestas con nosotros”.

Nuestra Casa le dio en el gusto, pero el 27 de diciembre fui informado de que, por razones políticas, no podía ir a Santiago siguiendo las normas internacionales, es decir, con nota ministerial que me acreditara como Encargado de Negocios, sino que en simple misión, con el propósito de obtener los salvoconductos y, al mismo tiempo, aplacar a la colectividad italiana. En estas condiciones era posible que las autoridades chilenas no me aceptasen, devolviéndome al remitente. En caso contrario, la misión temporal, en cambio, se habría convertido en permanente.

El Ministro Moro me daba, sin embargo, la facultad de echarme para atrás en razón de que habían cambiado, en el intertanto, las circunstancias que me habían inducido a postular al cargo en Chile. Pero ya me encontraba en medio del baile y lo seguiría hasta el final.

Había otro problema. Nadie me dijo con quién tenía que tomar contacto en Santiago, pero debía mantener un “perfil bajo”. Pensé entonces en dirigirme a Carlos Mardones, a quien conocí en el I.I.L.A. Echado a pique, naturalmente, Carlos Vassallo, embajador, amigo personal de Allende, la Junta Militar había confiado la dirección de la Embajada de Chile en Roma al número dos, Mardones, de línea demócratacristiana. Carlos me acogió con entusiasmo. “Somos —me dijo— compañeros en la desgracia. Ayudémonos mutuamente”. Me indicó la persona adecuada con quien tomar el contacto: Enrique Bernstein, también de la corriente demócratacristiana y diplomático de carrera, actualmente consejero político del Ministro de Relaciones Exteriores. “Puedes llamarlo a su casa en mi nombre—continuó Mardones— y él te organizará todo”.

Así llego al final de esta presentación de lo que iba a ser mi misión chilena. Salgo de Roma con una pesada carga de problemas que deberé resolver, de intentos de “jaque” que enfrentaré. Sobre algunos puntos tengo las ideas muy claras; sobre otros, no. Militares, asilados, colonos, empleados de la Embajada, ya es bastante, pero ¿qué rostros tendrán? ¿Lograré dialogar con los primeros, salvar a los segundos, tranquilizar a los terceros, reconciliar a los cuartos? No lo sé, pero tengo fe, como raras veces la he tenido. Confío en la misión chilena como la oportunidad de “relanzamiento” y no puedo darme el lujo de perderla.

³ La connotación de la palabra “nostálgicos”, en italiano, alude a los que añoran “la era fascista”.

No obstante, mi verdadera preocupación es otra: mi familia. En estos días, Annasofía está muy cerca de mí. Entiende que enfrento una tarea muy delicada, tal vez la más ardua de toda mi vida. Por eso, ahora más que nunca, siento el imperativo de ayudarme, pero yo no tengo la conciencia tranquila. No le he dicho que parto a ciegas, sin saber si allá me aceptan o me rechazan. Voy en misión especial, con un menguado tratamiento económico. En verdad, me han dicho que, después, si resulta la hipótesis de que la Junta Militar me acepte, las cosas se arreglarían. ¿Pero cuándo vendrá este después? No podré ni siquiera gozar de los privilegios ni de la inmunidad del diplomático acreditado. Seré un “irregular” de la diplomacia, atrapado en una misión imposible. Tengo, sin embargo, que creer que todo ha de andar bien. Seré escuchado de buen grado por los militares y obtendré los salvoconductos; los colonos italianos me tributarán honores triunfales, y desearán nuevamente recuperar las condecoraciones despreciadas. Todo el personal de la Embajada se estrechará conmigo en un gran abrazo. *Debo* creer que todo ello sucederá.

ROMA, 29 diciembre 1973.

1973

La llegada a Santiago

**El primer contacto
con la realidad de Chile
y de los asilados.**

DOMINGO 30 DE DICIEMBRE

Aterrizaje en Santiago.

Primer contacto con Chile.

Reunión con mis colaboradores en la oficina de calle Triana.

LA MAÑANA es cálida y asoleada y el Boeing 707 de LAN me lleva desde Buenos Aires a Santiago. Único pasajero de primera clase, recibo las atenciones de una joven auxiliar de vuelo chilena, ataviada con uniforme verde botella y una blusa blanca. Es alta y rubia. ¡Qué extraño! ¿No son morenas todas las chilenas? Me sirve caviar y Moét Chandon.

No soy loco por el champán, pero hoy lo paladeo con verdadero gusto. Bebo un vaso después de otro. Cumplo cuarenta años, un intermedio en la vida, y siento que es preciso festejarlo, al menos conmigo mismo. La extensión de la pampa argentina se exhibe, 9.000 metros abajo, nítida entre los caminos que surcan rectamente el campo. Parece no terminar nunca, pero he aquí que se alza hacia las altísimas cumbres de Los Andes. Se trata de mi primer viaje más allá del Océano, destino de una difícil misión diplomática.

¿Qué hago aquí arriba, solo con mis cuarenta años reflejados en el áspero y picante Moét Chandon? Vuelven a mi memoria los datos de la tumultuosa historia de los últimos cuarenta días. “A su derecha puede ver el Aconcagua”. La voz de la auxiliar de vuelo me arranca de mis recuerdos, invitándome a admirar la cumbre nevada, emergiendo entre nubes y cadenas de montañas que le sirven de cortinaje. Es majestuosa, como se la pinta —y tal vez encierre el misterio de alguna leyenda o conseja—. No tengo mucho tiempo para contemplarla, porque, bruscamente, la cadena se rompe y parece precipitarse al mar, que surge brillante como animado por legiones de luciérnagas.

“¿Dónde está Chile?” —me pregunto con aprensión. Mucho más que una ‘loca geografía’ contada a su manera por Benjamín Subercaseaux¹, este país no existe, engullido por los Andes y el Pacífico. La gentil señorita de verde ya no está allí para responderme, pues todo se prepara para el aterrizaje en Santiago. El avión baja en estremecimiento constante y sacude sus alas. Quiero encontrar la ciudad, o, al menos, sus alrededores, un anticipo que me revele algo de lo que me aguarda. En vano. Y ni siquiera hay una nube. El duro impacto de las ruedas con la superficie, el metálico y ensordecedor aullido de los frenos me hacen comprender que he llegado a la meta. ¡Qué epílogo acelerado para un viaje tan largo! Como si el piloto, atemorizado por el Aconcagua y su leyenda, hubiese tenido, de improviso, prisa por aterrizar.

Me está esperando, en el aeropuerto, Piero De Masi, quien ha dirigido la Embajada desde el 11 de septiembre. Tengo curiosidad por conocerlo, de enterarme por él mismo de cosas ignoradas, confusas o mal entendidas en las mullidas oficinas de Nuestra Casa. Tiene él unos treinta y cinco años; algo redondeado y mofletudo. Presumo que, como tal, debería ser bonachón y reposado, pero el temblor que se percibe en sus manos y en la voz; la mirada constantemente ansiosa, que los gruesos lentes no logran esconder, todo, refleja inseguridad y tensión. Tal vez la dura prueba chilena le ha forzado la mano.

¹ “Chile o una loca geografía”, de Benjamín Subercaseaux, libro que ya tiene alrededor de cincuenta años, es una de las más ágiles y espléndidas indagaciones acerca de Chile y el ser chileno.

¡Vamos a ver qué nos ofrece el destino! Al volante de un Fiat 124 pintado de celeste, comienza a relatarme, en desorden, las penúltimas y últimas vicisitudes relativas al “problema”², pero, por el momento, estoy ansioso por descubrir la ciudad que será para mí la sede de una misión de la que desconozco sus límites reales. Recorremos una monótona vía recta, ribeteada de desiguales tamices, en donde se advierten sesgos verdes y azules. Ellos, a su modo, ocultan o encubren la realidad circundante. Luego distingo grises perfiles de casas, figuras humanas que se cruzan y se distancian para reagruparse posteriormente. Las figuras, se animan revelando ya rasgos del nativo, en el pardusco del cabello, en el encendido de susrostros, entre rojo y moreno, y en el corte levemente oriental de sus ojos vivaces.

Todo se halla envuelto en el polvo, que penetra casi imperceptiblemente, que se desprende tanto de las ruedas traseras del automóvil que nos adelanta, como de los pies descalzos de los muchachos que juegan al fútbol en una canchita adaptada un poco a lo que salga. Es un polvo que sabe de pobreza atávica y fresca, que la lleva en sí a cualquier lugar en donde se infiltra. Las casas, antes más grises y separadas ateniéndose al cuadrado, de repente se aglomeran, aplastándose unas contra otras, en líneas desiguales, de chillones colores que van alternándose. Vienen muy pronto los primeros letreros de neón que revelan algo un modo de ser de la ciudad.

Piero se siente impelido, por deber, a ilustrarme sobre el paisaje, “Estamos recorriendo la Alameda Bernardo O’Higgins, que, cambiando de nombre, atraviesa toda la ciudad de Este a Oeste... He aquí, a la izquierda, La Moneda”.

Un sobresalto. Le pregunto si no podemos detenernos. Pese al cansancio del viaje, quisiera conocer de cerca el palacio que es el más directo y confiable testimonio de la historia de Chile, la antigua, la reciente y la menos reciente. Bajo al menos en relación con los altísimos edificios que le circundan, pareciendo amenazarlo, pero, al mismo tiempo, esbelto en sus formas neoclásicas, fue construido a fines del siglo XVIII por uno de los más afamados y prolíficos arquitectos que jamás habían trabajado en Chile: el italiano Joaquín Toesca y Ricci.³

El 11 de septiembre de 1973 fue bombardeado por los aviones de la Fuerza Aérea de Chile, comandada por el general Gustavo Leigh Guzmán. Los aparatos concentraron el fuego sobre la parte en donde funciona la Presidencia de la República (oculta ahora a mi observación), en tanto no afectara a aquella del Ministerio de Relaciones Exteriores, que logro observar apenas un momento, porque se me escapa al ritmo del motor del 124.

De Masi se excusa. “Es contra el tráfico —dice—. Deberíamos dar una extensa vuelta. ¿No será mejor que la veas otro día con calma?” Acepto pero con ansias de conocerlo todo y rápidamente, siento contrariedad. Pasamos por la Plaza Italia. “Es un límite —explica Piero—. Separa el centro de las oficinas, de los negocios y de las actividades culturales, respecto de la zona semirresidencial, en donde se halla nuestra oficina y las residencias en que la oligarquía chilena está feliz con el nuevo régimen”.

“Como sea —observo—, me da gusto de que en Santiago exista aún una plaza dedicada a nuestro país”. Llegamos a la oficina: es un moderno chalé de dos pisos, pintarrajeado de naranja, cercado por una muralla enorme y chata, que lo haría invisible si no fuese por ese color vistoso. Siento ansiedad, y más aún, curiosidad, por conocer mi nuevo lugar de trabajo, al igual que ocurriera el primer día en Innsbruck, Nuremberg, Tel Aviv.

² Por “problema” entiéndase lo referente a los asilados.

³ Toesca fue un hábil “ejecutor” del programa de remodelación urbana puesto en marcha por el gobernador Ambrosio O’Higgins. Hernán Godoy Urzúa, en su obra “La cultura chilena”, dice: “Toesca logró adaptar las formas de la arquitectura neoclásica al paisaje chileno, la sencillez de las costumbres. Su estilo es proseguido por sus discípulos y perdura hasta el segundo tercio del siglo XIX. Inicialmente La Moneda sirvió de Casa de Moneda, para después ser sede de la Presidencia de la República”.

Pido que me den una habitación cualquiera, pues —cuento— “no soy fijado”. De Masi me abre un nuevo horizonte: “Tu puesto es él de Behman⁴. Ahora eres tú el Embajador”. La proposición es atrayente. Me llama la atención, en mi nueva oficina, la distancia que hay entre el escritorio y la puerta, signo externo del poder. Tomo contacto con los otros dos diplomáticos acreditados en Santiago. Uno es el secretario de legación, Roberto Toscano. De estatura media baja, calvicie precoz, mirada huidiza, estudioso, de pluma fácil, socialista doctrinario. Damiano Spinola, el otro secretario, en cambio, goza de la confianza de altos personeros de la diplomacia, anticomunista ya marginado por Behmann dell’Elmo, longilíneo y de constitución débil. Cada uno, en esta embajada, parece el opuesto al otro. A un conservador corpulento se le opone el progresista diáfano y desmejorado. Vale así para los demás.

Están, pese a ser día festivo, casi todos presentes. Los reúno y voy de lleno al tema candente: “En Roma, saben muy bien que ustedes están divididos en dos bandos opuestos. Ustedes mismos lo han revelado en dos distintas cartas enviadas al diario sindical. Más de alguien pensó en tomar medidas punitivas, pero después, por suerte, prevaleció la línea blanda, en consideración de la situación excepcional en la que se han visto obligados a vivir. Les hago una sola recomendación: es natural que cada uno de nosotros tenga sus ideas políticas, pero en el momento de obrar debemos olvidarlas y seguir sólo las indicaciones de Roma. ¿Se entiende bien esto?”

Por las expresiones atentas y afirmativas de “mi público” comprendo que he sido persuasivo. Sé bien, sin embargo, que continuarán divididos. Hay quien se sacrifica desde la mañana a la noche por la causa de los refugiados, dado que la siente propia, como Livia Meloni, una Edith Piaf chilena post-golpe⁵. Y quien por otra parte, no desea saber nada de ellos, porque los considera delincuentes, o casi. A quien así piensa le puedo exigir el formal cumplimiento del deber en su trabajo, hasta el final, pero no el esfuerzo físico, el compromiso humano requerido para cuidar de un centenar de refugiados. En resumen, la indiferencia de algunos es compensada por la omnipresencia de otros.

Atardece. Acepto la invitación de Damiano y me organizo, instalándome con camas y petacas en su casa, un chalé en dos pisos, estilo francés de comienzos de siglo, ubicado en el barrio semirresidencial de Providencia. Prefiero esta solución a otras porque me ofrece la calidez de una familia unida y acogedora y, al mismo tiempo, me da libertad de movimientos, gracias a la independencia de mi pieza ubicada en el segundo piso. Damiano y Paola me colman de atenciones, aunque sin sofocarme.

En la quietud del dormitorio, repaso el agitado día, pareciéndome estara años-luz de mi país, de mi familia, a pesar de que el contacto telefónico con Annasofia ha sido tranquilizante para ambos. He conocido a mis colaboradores. Mañana me aguardan dos encuentros. Uno, fundamental, con los refugiados, puesto que me revelará el objeto humano de mi misión en Chile; el otro, con el Embajador Bernstein, decisivo para el éxito de ella. Si me permitieran trabajar, trataría de ver si tiene o no razón nuestra prensa, cuyas columnas se hallan colmadas de relatos alucinantes que hablan de la sangre vertida por la libertad, o ciertos diplomáticos tradicionales de Nuestra Casa, ocupados en podar los artículos periodísticos de todas las “exageraciones interesadas” y en criticar a De Masi, “culpable” por acoger huéspedes “sin discernimiento” y de extender pasaportes italianos tal vez con propósito benéfico, pero con olvido ligero de las leyes “sagradas”.

Instintivamente estoy con Piero. Por lo tanto es natural que continúe interrogándome sobre el contenido real de mi misión en Chile, reservándome poder modificarlo y modelarlo según las circunstancias.

LUNES 31 DE DICIEMBRE.

⁴ Norberto Behman dell’Elmo, nacido en el Tirol, fue embajador en Chile entre 1971 y 1973. Viajó de Santiago a Roma una semana antes del golpe, debido a una grave enfermedad de su hijo.

⁵ Livia Meloni, hija de un conocido antifascista durante el régimen de Mussolini, fue relegada a las islas Lipari, junto con su padre y los hermanos Rosselli. La llamé “Edith Piaf”, no por sus dotes de ruiseñor, sino por una semejanza física y por la predisposición al drama, revelado en la máscara de su rostro y de su amor por los trajes sombríos.

En Santiago se dedicó en cuerpo y alma a la causa de los perseguidos políticos. Revivía la relegación en Lipari. Cuando fue llamada a Roma no recibió una acogida como la que ella habría esperado por parte de la comunidad de chilenos en exilio. Me lo relató con profunda emoción; después, atacada por un mal incurable, murió olvidada.

Reunión con los asilados en la residencia de calle Miguel Claro. A La Moneda: primera entrevista con la contraparte chilena; el Embajador Enrique Bernstein.

LUEGO de un sueño restaurador, me encuentro en condiciones de hablar con los refugiados, o, mejor dicho, “asilados”, según el neologismo que comienzo a adoptar⁶. Previo paso por la oficina de la calle Triana, llego finalmente a la residencia, en la calle Miguel Claro. Es un palacio cuyos rasgos no se advierten bien desde la calle, pues está rodeado por los cuatro costados por un jardín lleno de flores y dominado por inmensos árboles seculares. Construido a comienzos de este siglo, fue morada de los Edwards, una de las familias más poderosas de Chile, propietaria, entre otras cosas, de la mayor editorial del país. Con posterioridad, fue vendido al gobierno italiano, que lo destinó a residencia del Embajador. Sin embargo, el barrio en donde se encuentra el edificio, al sur de Providencia, ha decaído, dado que los grupos sociales más ricos y, por ello, los centros residenciales, se instalan en busca del Este, hasta tocar los pies de la Cordillera.

El maestro Manuel, vigilante del palacio, nos abre la reja. No tengo tiempo ni siquiera para cambiar dos palabras con él, ya que me veo rodeado de un grupo que compone, casi, una multitud. Vienen de todos lados, emergiendo desde los sitios que se hallan bajo los árboles, en donde buscaron la sombra, y desde los lugares que ocupaban en las gradas de ingreso. Sus rostros son oscuros, dan la impresión de que por defensa estuvieran constantemente agazapados. Su oscuridad ¿es ancestral o se debe a los efectos del sol feroz que cae sobre ellos a diario?

Hay hombres de espesos bigotes y mujeres de cabellos negruzcos y enmarañados que me observan con expresión intensa, inquisitiva, de sospecha. Niños de grandes ojos ávidos y ansiosos podrían confundirse con muchachitos napolitanos, pero no tienen el brillo de la fantasía en los rostros, pues parecen mirarme con un aire atónito y sumiso. Todos a una, a medida que avanzan y forman grupo, muestran muy a las claras su drama. Mientras les interrogo con la mejor sonrisa que puedo poner, con el fin de lograr estimularlos, se estrechan en torno de mí, toman confianza, muestran brazos y vientres marcados por la ignominia; imploran que se les ayude a salir, lejos de una patria que ha dejado de serles propia, en busca de libertad.

Recorro lentamente los cien metros que separan la reja de la entrada principal, un portón alto, digno de una mansión real. El *hall* es amplísimo, verdadero centro natural de la casa, con puertas y mamparas por cada lado y, en el fondo, una escalera que conduce a los pisos superiores. En las paredes dos anónimas y grandes pinturas con escenas campestres. Un inmenso grabado que representa el mundo. De muebles, sólo veo un piano de cola que un asilado se apresura a tocar, como para darme la bienvenida. A mi lado, Toscano y “Edith Piaf”, que nos esperaba haciendo los honores, como protectora de los huéspedes y “madrina” de ellos.

Veo abrirse dos puertas que dan acceso al desadornado *hall*, en donde se advierte un enredo de camas, colchones, mesas desclavadas que cumplen la función de camas, radios destrozadas. Aquí y allá, figuras humanas que avivan la masa informe. Hay quien se levanta del camastro o quien se apoya sólo en los codos, insinuando, sin ganas, una soñolienta sonrisa. Tal vez está enfermo, o herido, o solamente se está despabilando, en el día corriente, sin hallarse constreñido por el tiempo o el trabajo, ni horario. Viven la vida del refugiado: esperando. Me parece haber entrado, por un acto de magia, en una de aquellas iglesias que han sido adaptadas a toda prisa como hospital de campaña, al modo de las que se ven en las películas de guerra.

A través de la última puerta que da al *hall*, entramos en el comedor, o más bien dicho, en lo que fue un comedor, en donde mis distinguidos predecesores tenían todo el tiempo del mundo —y deseos— para organizar amables y suntuosos recibimientos, con elegantes señoras de trajes largos y caballeros en esmoquin. De aquella vida sólo restan melancólicos desechos: un espejo de vidrio opaco, de borde dorado que se descascara, y una enorme lámpara de cristal colgante.

⁶ En la Farnesina se hablaba de “refugiados” de las sedes diplomáticas. En Chile, en cambio, todos hablaban de los “asilados”, pues el “asilo” ha sido una institución muy en boga en América Latina. El hábito del Golpe de Estado dejaba saber que a veces unos, a veces otros, podían requerir tal condición.

Anticipándose a mis pensamientos, la Piaf me dice con seguridad: “¡No se preocupe, Consejero! Las cosas de mayor valor las hemos guardado en un lugar adecuado”. Algunos asilados nos acompañan en la visita y, cada cierto tiempo, se vuelven en dirección de su madrina, llamándola por su nombre y susurrándole al oído. “Más tarde” —dice ella— con una sonrisa comprensiva. Me invita a descender por una escalera de servicio que da acceso a las cocinas. “¿Quiere ver cómo se prepara de comer?”. Me siento en medio de un soplo vigoroso de aire caliente. Las cocinas son inmensas, como toda esta casa.

La Piaf se dirige a mí con tono complacido. “Los tratamos bien, ¿sabe? Están preparando una cazuela, típico plato chileno. Una sopa que tiene gallina, papas y arroz. Hay para todos, y son cien. ¿Quiere probarla?”. Advierto que la invitación es un paso para que yo descienda del imaginario pedestal y logre colocarme como ella al nivel de los asilados, para entenderlos mejor.

Subimos al segundo piso. Un balcón ofrece la visión de la parte interna del amplio y florido parque, con sus altos álamos frondosos, planteles coloridos, un sitio en donde resbalan unos pequeños peces rosados, una piscina vasta que no se usa por razones higiénicas. Veo niños que corren jugueteando, tal vez ajenos a todo lo que están viviendo. Escucho la voz de la Piaf, que se halla siempre a mi lado. “¿Ve cómo está de bien tenido el parque? Necesita mucho trabajo. Tenemos dos jardineros, pero los asilados también colaboran. Son gente buena”. ¡Cómo trata de dejar en buena posición a sus protegidos!

Tomamos por un largo corredor, entre huéspedes que nos acompañan. Al fondo, hay una puerta cerrada con llave. La abre el maestro Manuel. Sólo ahora me doy cuenta de su presencia, pues nos seguía silencioso, a “debida” distancia. Es bajo, nudoso como un viejo árbol; la expresión atormentada del rostro socavado por arrugas profundas. Debe estar muy próximo a la jubilación. A mis preguntas, replica de manera ruda, pero, al mismo tiempo, obsequiosa. Me dice —y lo repite más de una vez— que trabaja en la Embajada desde hace veinte años. Con esta insistencia espera acreditarse como fiel servidor del Estado italiano, pero también, darme a entender que no desea estar al servicio de los asilados.

Livia me lo había dicho: el maestro es un fanático “juntista”, por tanto odia a los asilados, a quienes entregaría gustoso en manos de sus perseguidores. Tal vez es un confidente de la policía, pero no me importa, pues supongo que a lo menos algunos de los empleados locales puedan ser informantes del nuevo régimen.

La puerta que ha abierto Manuel conduce a las habitaciones reservadas del Embajador. Es un verdadero departamento, con dos espaciosos dormitorios matrimoniales, dos baños, varios escondrijos y guardarropas. Todo muy bien cuidado. La Piaf comenta: “Los asilados lo han dejado libre y lo han limpiado a fondo, en previsión de su llegada. Desean tenerlo muy cerca”. Rápidamente analizo los argumentos en favor y en contra de cómo he de organizarme en la Residencia. Probablemente estaría ocupado todo el día en el trabajo, sobre todo en el cuidado de los asilados. Por ello, en las noches, tendré necesidad de distensión y de tranquilidad, lo cual no puede ofrecerme la residencia. Me sentiré aislado dentro de una esfera de cristal, en medio del bullicio de la gente. “Lo siento por ellos —digo—, pero al menos por ahora, no creo poder alojarme aquí. Prefiero quedarme donde Spinola”. Livia asiente, demostrando entender mis razones.

Por la tarde tengo una entrevista con Bernstein⁷ en La Moneda. Le he telefonado por la mañana, solicitándole que me reciba lo más pronto posible en su casa. Me respondió con gran cortesía, me explicó que estaba a mi disposición, pero no entendía por qué no podíamos encontrarnos en su estudio en La Moneda. “Verá —exclamó—. Nadie se lo habrá de comer”. Acepté, pues no valía la pena poner en peligro una misión aún no comenzada por una obstinación aparentemente formal.

⁷ Enrique Bernstein, Consejero Político del Ministro de Relaciones Exteriores.

Y aquí me encuentro, en el asiento delantero del auto de Damiano, un ruidoso Fiat 124 verde. Destino al palacio que ha visto gran parte de la historia de Chile. El problema es que lo conduce el mismo propietario, pues el chofer de la Embajada está de vacaciones. Damiano arranca, encorvado sobre el volante, en medio de micros desvencijadas y humosas, a lo largo de la Alameda Bernardo O'Higgins. Más bien espaciosa, se restringe en algunos tramos, debido a los trabajos de la construcción del Metro, lo cual crea frecuentes embotellamientos. “¡Vamos tarde!” —exclamo nervioso—. Faltar al compromiso en un día como éste, con todo lo que está en juego, sería imperdonable...”. Damiano balbucea, confuso: él no esperaba tanto tránsito. Estoy por perder la paciencia, cuando reconozco, sobre la derecha, la inconfundible silueta de La Moneda, Spinola estaciona enfrente del palacio y va a permanecer esperándome en el auto.

Trato de atravesar el inmenso portón, pero muy rudamente un soldado se me instala delante, apuntándome con una metralleta. Trato de defenderme con la única arma que conozco: el flamante pasaporte azul, que me acredita dudosamente como “Primer Consejero de la Embajada de Italia en Santiago”. El soldado se lo pasa a un oficial que se halla sentado detrás de una mesa (me da la impresión de ser muy similar a las de los tribunales de guerra). Vuelve a dar vueltas entre sus manos el documento, con justificada desconfianza, y, después de nerviosas conversaciones telefónicas, me da el pase libre.

Otro soldado me acompaña en ascensor hasta el primer piso, donde se encuentra el gabinete de Enrique Bernstein (Quico, a la chilena). Es un antiguo diplomático de carrera y me recibe con cortesía en su modesto y angosto cuarto. El ambiente, que tiene una similitud con oficinas europeas de este tipo, me resulta cómodo. Pero —me pregunto—, ¿cómo lo hace este hombre gentil, de estampa tradicional, para convivir con los toscos soldados del primer piso, como él lo hace para colaborar directamente con un Almirante que ha sido Ministro de Allende, para después traicionarlo?

De todos modos, doy las gracias de todo corazón a Carlos Mardones, el Encargado de Negocios de Chile en Roma, por haberme dado las pistas para encaminarme hacia Bernstein, ya que, éste, en breves minutos, logra aplacar la tensión que provocó en mí el brusco contacto con la soldadesca. Tan bien lo logra que puedo decirle cuanto tenía guardado para la ocasión, sin ningún tropiezo, midiendo las palabras. En verdad, yo estoy canjeando promesas vagas de reanudación y de estabilidad en las relaciones con la autorización para cumplir mi misión en Chile, cuyo objetivo principal es el resolver “el problema”.

Bernstein me oye muy atentamente. Por su grata sonrisa deduzco que ha comprendido el sentido de mis palabras. Se compromete a consultar lo más pronto posible “a alto nivel”, y darme una respuesta el miércoles, pasadas las fiestas de Año Nuevo.

Con Damiano volvemos a casa. Su mujer, gentil como siempre, nos prepara una magnífica cena. No viene al caso hablar de salida por la noche, porque rige —aún— desde el día del golpe, el “toque de queda”⁸. La hora de inicio de él, fijada al comienzo para las 19 horas, se ha ido prolongando mes a mes, hasta llegar a las 23 horas. Los jefes de las misiones diplomáticas —me explica Damiano— pueden solicitar un salvoconducto especial, pero no es aconsejable usarlo, dado que los soldados tienen el gatillo sensible y no miran a quién disparan. “A mí no me importa —le contesto— porque estoy cansado y creo que aún lo estaré más en los días que han de venir... Me hará muy bien volver a casa a las siete de la tarde”.

⁸ La expresión “toque de queda” deriva del hecho de hacer sonar las campanas a medianoche, en las iglesias, durante la era colonial de Chile, con el propósito de llamar a las gentes para que se recogiesen en sus casas.

1974

El año más intenso de mi vida

**Desde la amenaza de expulsión
hasta el descubrimiento de un cadáver
en el jardín de la Embajada.**

**Los graves problemas siguientes,
con bloqueo de la salida
de los asilados al exterior.
Interrogatorio en la Residencia.**

MARTES 1 DE ENERO

Viña del Mar. El Océano Pacífico y la espera de los acontecimientos.

QUIERO aprovechar el día festivo para ver modo de distraerme y así no quedar prisionero en espera de la respuesta de Bernstein. Dicho y hecho. Me coloco al volante del enorme Pontiac Bonneville, el auto de representación de la Embajada, y me voy en dirección del Océano. Me cuesta el lograr una familiaridad con este paquidermo y acostumar la vista a las medidas notablemente superiores a aquellas que poseen los automóviles italianos. Lo compró el Embajador Pansa Cedronio, antecesor de Behman dell'Elmo. Por lo tanto, tiene sus años y éstos se le notan.

Voy conociendo los pequeños secretos de todo cuanto me rodea y también del auto. A mitad de camino, después de haber superado una árida zona de colinas, llena de curvas, se abre ante mí un gran valle florecido. Debe de ser el de Casablanca, tan alabado por los Spinola. Los colores se multiplican como en una fiesta. Quisiera detenerme, pero decido rápidamente continuar adelante, porque tengo una cita con el Océano Pacífico, de quien he admirado desde el avión la inmensidad y lo luminosa que resulta. El camino termina en un bosque poblado de pinos y el mar no debe de estar muy lejos.

En una bifurcación veo las indicaciones a la izquierda, Valparaíso; a la derecha, Viña del Mar, que es su prolongación turística. Dudo por un momento, después elijo ir a Viña. Es un recorrido lleno de curvas, con un ligero descenso sombreado por el bosque que sirve de marco al camino. De pronto se interrumpe y ante mí se abren los reflejos dorados del océano centelleante e interminable.

El paisaje refleja al Chile de hoy. A la izquierda, en lo alto, una especie de termitero, las poblaciones de colores cambiantes, apiladas sin orden, casi colgando de las colinas en donde la pendiente es más pronunciada.

Siempre hacia la izquierda, pero más abajo respecto de mi posición, veo el puerto de Valparaíso, silencioso, como si se avergonzase de la mezquina apariencia que hoy tiene —con tres solitarias naves de carga ancladas en la bahía— en comparación con el pasado brillante que tuvo alguna vez.

A la derecha, hacia abajo, se halla Viña, con una línea de arena que la acompaña junto a una hilera de altos y ordenados edificios. De pronto, ella, la línea, los abandona y sigue serpenteando en la sinuosidad de la costa para, al fin, desaparecer tragada por la lejanía, entre la tierra y el mar.

La atracción que ejerce sobre mí el océano me arroja a la playa más próxima. Pruebo entonces la exaltación en mi piel y sé cómo quema el sol del Pacífico y cómo congela los miembros el agua del mar. Busco un poco de sombra para descansar, para no pensar en el mañana, un día que, termine como termine, ha de quedar en mí memoria por el resto de la vida.

MIÉRCOLES 2 DE ENERO

Bernstein me comunica la conformidad—aún condicionada— del gobierno chileno con respecto a mi misión en Santiago.

La escena del lunes se repite, con Damiano, el Fiat 124 y el arribo a La Moneda. No hablo una palabra durante el trayecto. El chofer de emergencia respeta mi silencio. ¿Aceptarán mi posición híbrida? Una misión de apariencia *ad hoc*, pero ¿qué debo imaginar como permanente? En caso negativo, ¿deberé rehacer las maletas y el horizonte que recién vislumbro se habrá de cerrar irremediablemente? Lo que en estos tres días desfiló ante mis ojos en una rápida sucesión de imágenes (Miguel Claro y los refugiados, la oficina y los nuevos colaboradores, la histórica Moneda, los Andes coronados por la nieve eterna, el infinito Pacífico, mis tres días de Chile), todo esto, ¿se me arrebatará como por encanto y quedará sólo un momento como algo fugaz, percedero y sin valor, en mi vida? No puedo, más bien no debo, creerlo.

Llegamos a La Moneda un cuarto de hora antes. Hacemos hora, levemente lejos de la puerta principal, para no quedar en la mira de alguien. No logro, sin embargo, resistir esta posición más de cinco minutos. Desciendo del automóvil, en tanto Damiano me grita: “In bocca al lupo”, que en italiano es expresión o deseo de buena suerte, cuando hay un desafío.

Hoy no se me pone obstáculo para entrar en el palacio. Evidentemente los soldados han recibido instrucciones precisas. El oficial, tras la mesa de recepción, retiene mi pasaporte. El mismo soldado me conduce a donde “Quico” Bernstein, quien me recibe con la usual sonrisa, de la que no puedo deducir nada; pero no me da tiempo de interpretar lo que piensa o sabe, pues me da de inmediato la respuesta: “Entonces estamos de acuerdo...”.

Las tan esperadas palabras me dejan en un bloqueo, me permiten soñar despierto. No será una empresa inconclusa... El primer paso está dado... El desafío chileno ha comenzado... De ahora en adelante todo dependerá especialmente de mí. Distráido, no presto atención a cuanto Bernstein me va diciendo. ¿Qué importancia puede ya tener? Me bastan las primeras palabras. El entiende que debe repetir: el *de facto* deberá transformarse en *de jure* cuanto antes, con una nota que me acredite como “Encargado de Negocios”. “¿Y los salvoconductos para los asilados?” —pregunto, dándome cuenta, de improviso, de las responsabilidades concretas—. “Seconcederán, previo examen de cada caso, pero para qué continuar haciendo solicitudes con aquellas notas genéricas dirigidas a las ‘autoridades competentes’?”

Sonrío. Se trataba de una fórmula algo gruesa, pero no exenta de ingenio, con la cual De Masi pensaba en *salvar capra e cívoli*, es decir, nadar y guardar la ropa. O, más directamente, acomodar la exigencia chilena de peticiones formales a las preocupaciones de Nuestra Casa, sin ofrecer la posibilidad de especular sobre el reconocimiento diplomático, que no existe.

“No —me asegura don Enrique—. Puede usted estar tranquilo. Usted tratará con militares, no con abogadillos. Saben forzar otras cosas, pero no un documento”. No lo pienso dos veces y prometo usar la vía diplomática adecuada, es decir la nota “de la justa y correcta forma”. La propuesta de Bernstein me parece lógica y ello me hace sentir investido de la suficiente autoridad como para aceptarla. El sentido común me señala los hitos y los límites de mi actividad, los márgenes de aceptación.

Me despido de Bernstein, saludándolo con efusividad, y me precipito hacia la calle por la escala, evitando el ascensor. Casi arranco mi pasaporte de las manos del oficial. Vuelo desde La Moneda, reencontrándome con el automóvil... y con Damiano. Este me pregunta; “¿Cómo fue?” Hundiéndome en el asiento, replico: “¡Fantástico!”; saboreo mi primera victoria.

DOMINGO 6 DE ENERO

La difícil hospitalización del asilado Sergio González.

Hay un enfermo grave en la Residencia. Es necesario hospitalizarlo “de urgencia”. Mediante esta brusca noticia, apartándome de la otra realidad, Canio Loguercio, el valiente y eficaz médico de la Embajada, me saca de la casa para solicitarme cooperar en la emergencia que se está viviendo. Una hemorragia muy violenta, por úlcera perforada, “golpea” al asilado Sergio González.

Puede suceder esto en una comunidad en donde hay un centenar de personas, pero ¡justo en esta tarde! ¡En la hora del toque de queda! Hay también un precedente alarmante. Tiempo atrás Edelstam, Embajador de Suecia, arrancó a su asilado *VIP*, Rolando Calderón⁹, de las garras de los militares que no querían dejarlo volver a la Residencia después de haber sido hospitalizado en una clínica, porque alguien, desde un edificio vecino, le disparó hiriéndolo. Edelstam se dio de golpes con los militares que atropellaban el derecho de asilo y la inmunidad de la persona amparada, ayudado por el Embajador de Francia, Menthon. Así pudo salvar a Rolando Calderón, pero debió hacer sus valijas, declarado “persona non grata”. El episodio despertó mucho alboroto, especialmente en Europa, ya sea por la notoriedad del personaje como por el coraje del diplomático sueco.

Trato de conservar la calma en la primera prueba de fuego que me toca vivir, luego del reconocimiento de mi misión en Chile por parte del régimen militar. Por suerte, justamente ayer conocí al Jefe de Protocolo, Gofredo Bollo, el cual, al igual que Bernstein, se ha mostrado sensible a “mi caso” y me ha dado su teléfono privado, para lo que pudiese ocurrir. Ni él ni yo imaginamos que habríamos de necesitarlo un día después. No hay peligro de no hallarlo en casa, pues me ha contado que no osa desafiar el riesgo de vulnerar la hora del “toque de queda”, ni siquiera con el más formal de los salvoconductos. Lo encuentro, en efecto, y le expongo de modo escueto el caso, insistiendo acerca de la exigencia de contar con todas las garantías. Bollo se toma su tiempo y después me llama de vuelta: “Estamos de acuerdo con lo de la hospitalización inmediata, pero sólo puede llevarse a cabo en el Hospital Militar”. Como garantía deberá bastarme sólo su palabra de que nada ha de sucederle a González, el cual podrá reingresar a la Residencia a su debido tiempo. Mañana el Ministerio formalizará el compromiso en un documento oficial. Me apresto a objetar, pero me doy cuenta de que no vale la pena hacerlo. *No hay otra alternativa, y se debe correr el riesgo.*

Un ulular de sirenas, prolongado, prepotente, rompe la quietud impuesta por el toque de queda. Son los soldados de la escolta de la ambulancia. Uno de nosotros deberá acompañarlos “antes” en la Residencia y “después” en el Hospital. Salen de la oscuridad, con los cascos resplandecientes y las metralletas que apuntan. No les distingo los rostros, pero los imagino agresivos. La familia Spinola está paralizada y yo tampoco me siento tranquilo. Temo que la palabra de diplomático dada por Bollo no sirva frente a la ley de la fuerza, al mandato de orden superior. Se adelanta un oficial. Nos exige un certificado en donde conste que el Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile autoriza la hospitalización. Me parece no haber entendido bien. “¿Quiere este certificado de nosotros, vale decir de la Embajada de Italia?” —le pregunto incrédulo. Me dice que es justamente eso. Así.

Damiano se provee de máquina, una Olivetti Lettera 22, que maneja con evidente inexperiencia. Intento decir en español: “La Embajada de Italia certifica que...”. Damiano se equivoca muchas veces y arranca hoja tras hoja, pero al final consigue lo que se le pide. El oficial lee el certificado y parece satisfecho. Spinola se ofrece para acompañarlos. Antes de partir en su pequeña gran misión abraza a su mujer con emoción. En seguida sube a la ambulancia en medio de soldados armados hasta los dientes, como si lo llevarán para deportarlo, o algo así.

Lo esperamos con ansia justificada. Dos horas después reaparece con un suspiro de alivio, como quien se ha salvado de una grande. La intervención quirúrgica resultó perfecta con la ayuda de nuestro médico. Sergio González requerirá de quince días de convalecencia.

VIERNES 11 DE ENERO

9 Rolando Calderón, militante del Partido Socialista de Chile, fue Ministro del gobierno de Salvador Allende y, ahora, en el período de la restauración de la democracia chilena, es Senador de la República.

Despedida de Piero De Masi.

Participo en la recepción que De Masi ofrece para despedirse. Todo el Cuerpo Diplomático asiste a la casa de aquél. Terminados los discursos oficiales, Piero conversa con los amigos que han permanecido más cerca de él. Es la primera ocasión en que le veo relajado. Intenta pulsar algunas notas romanas en la guitarra. Me sorprende que, entre los amigos, haya algunos diplomáticos chilenos jóvenes. Lo llaman “Di Masi”. ¿A qué se debe tal familiaridad? El, adivinando mi perplejidad, me explica: “Con ellos he trabajado estos cuatro meses. Me han abierto las puertas de La Moneda, dándome algunas palmadas fraternales, de reconocimiento, en la espalda, por mi trabajo, como queriendo decir: conocemos tus problemas y venimos a tu encuentro hasta donde nos sea posible”. Las temblorosas notas de la guitarra crean entre ellos una intimidad.

SÁBADO 12 DE ENERO

Almuerzo de los consejeros de la C.E.E. en el Club de Golf.

Los consejeros del Mercado Común Europeo me invitan a un almuerzo en honor a De Masi en el Club de Golf. El escenario me parece admirable. Se trata de una amplia extensión verde, que va perdiendo gradualmente su intensidad. Grupos de figuras movibles dan pasos cortos y lanzan pelotitas blancas con gestos automáticos. En los espacios interiores, en un mullido salón Victoriano, dan vueltas unos caballeros ancianos, con elegantes ternos de color café y pañuelos cuidadosamente anudados al cuello. Menudean jóvenes de modos acompasados y displicentes. Es la gente a quien la Junta Militar les ha dado sangre nueva, vigorizándolos. Por lo tanto, se hallan muy distantes y hostiles de los problemas que angustian a los consejeros europeos. Estos forman un grupo homogéneo de “jóvenes”¹⁰ ligados por una experiencia y una responsabilidad inusitadas en la diplomacia. El danés Philipson, de pronunciada calvicie, brillante y dinámico; el lento belga Jean Mineur, permanentemente triste, como si fuera depositario de todas las desgracias de los chilenos; el francés Jean Noel Lacoste, rígido y seguro desí; el finlandés Tapani Brotherus, encorvado, desconfiado; el holandés Hoiting, una especie de oso macizo con cabellos rubios, en el tono de la paja, que revolotean en desorden sobre el rostro bronceado. Todos, cual más cual menos, son corpulentos y de estatura mediana, como Piero; pero tienen en común algo más: cuatro meses de historia. Por uno u otro motivo, los embajadores europeos se hallaban ausentes el 11 de septiembre. A ellos, por tanto, les correspondió enfrentar la tormenta. Les fue muy dura la prueba.

Debieron recoger enjambres de los que daban en llamar en Chile, despectivamente, “upelientos”¹¹, que buscaban ponerse a salvo, saltando rejas y murallas de las sedes diplomáticas. Tuvieron que organizarlos de la mejor manera posible, curarlos de necesidades, discutir con los militares listos para golpear, negociar los salvoconductos. En el juego dramático constante de problemas políticos y dramas humanos, mostraron coraje, abnegación, rapidez de reflejos y decisión. ¿Qué habrían hecho en lugar de ellos embajadores ancianos, esperando instrucciones de Europa y sintiendo vividamente, a diario, las reacciones de la Junta, preocupados de poner a salvo lámparas y cortinajes?

¹⁰El concepto de “jóvenes” tenía una acepción muy particular en la carrera. Al volver a Roma, luego de tres períodos de experiencia diplomática responsable en el extranjero, me dediqué al “papeleo”, una forma de gestión natural, juvenil, con otros colegas de la Secretaría General. ¿Qué más podíamos pretender si éramos jóvenes? En realidad estábamos todos en el umbral de los 40 años, pero no importaba. Sólo los embajadores sesentones o de más edad podían manejar las cosas importantes. Estaban autorizados para hacer y deshacer. Ellos nos confiaban tareas subalternas, porque, gracias a Dios, pertenecíamos también a “la carrera” y, por tanto, inspirábamos confianza institucional. En compensación nos entregaban un certificado de prolongada juventud. Sólo a fines de los años 80 las cosas comenzaron a cambiar.

¹¹El término jugaba con la sigla UP (Unidad Popular) y con la voz vulgar “peliento” que significa en el español de Chile, “de mala clase, naturaleza o catadura”.

Así, este almuerzo me abre los ojos. Entiendo por qué mis comensales han elegido el Club de Golf a pesar de ser un marco extraño a sus ideas y pensamientos. En la mesa, preparada sobre la amplia terraza, buscan un alivio merecido, dejando perder la vista en la explanada verde, que parece confinar con Los Andes imponentes, sin solución de continuidad.

Por la tarde nos enteramos de que De Masi debe suspender su partida, ya programada, mientras yo quedo en misión temporal. No puedo, por tanto actuar como Jefe de la Embajada. ¡Que desilusión! Justamente después de haber obtenido de La Moneda todo cuanto nos interesaba. Siento que el piso me falta bajo los pies. Pierdo credibilidad frente a las autoridades. Mi familia no podrá reunirse conmigo, pero, si yo me encuentro inerte y desanimado, Piero está trastornado. La salida, es decir, la liberación de la pesadilla chilena resulta para él un espejismo. Desesperado, envía un dramático llamado al Ministro Aldo Moro, invocando motivos de salud.

MARTES 15 DE ENERO.

Entrevista con el Presidente Frei

“¿Cómo está, señor? ¡Mucho gusto de saludarlo!” Así se presenta Eduardo Frei, extendiéndome su mano con gesto tan amable como majestuoso. Es tal como lo recuerdo en las fotografías. Alto, seguro, con la célebre nariz que lo sobrepasa y lo vuelve solemne. ¿Será posible que pueda tanto una nariz? Alguien me lo había dicho: la nariz te da carácter, te hace distinto. No lo creía pero ahora, observando a Frei, oso reconsiderar el asunto de mi nariz, causal de molestias y complejos de juventud. A medida que Frei habla, con amistosa cordialidad, se establece entre nosotros una relación cálida, de simpatía, que no es un misterio, pues deriva de una implícita solidaridad de narices.

“Conservo un recuerdo imborrable — le comento— de su elección como Presidente de Chile, en 1964, cuando me encontraba en Innsbruck, mi primera destinación al extranjero. La multitud que festejaba, el amplio gesto con que usted respondía las aclamaciones. Chile era un país democrático, pero con usted llegaba a serlo aún más, en un hemisferio en donde el caudillismo era la norma. En Italia fue muy rápidamente popular, sobre todo, como resulta natural, entre los demócratacristianos”.

“Establecimos una especie de puente aéreo —me interrumpe Frei—, son mis amigos y mis maestros. Yo me siento ligado a Italia como a ningún otro país. No lo digo por cumplido”. Mientras habla, Frei camina de un lado a otro en su oficina, con las manos cruzadas detrás de la espalda. Lo hace cuando se entusiasma y enfervoriza y tiene necesidad de mostrar los grados de inspiración. Cuando, por el contrario, desea relajarse y escuchar, se acomoda en el sillón y enciende el infaltable cigarro. Ahora habla sobre las violaciones de los derechos humanos cometidas por el actual régimen: “Me golpean en carne propia, pero, a la larga, el pueblo chileno no permitirá que se atente a la propia vida, a la propia libertad, como no lo permitió al comunismo... Ningún demócratacristiano chileno puede admitir que se cometan crímenes, bajo ninguna bandera. Todos deben hacer lo posible para que terminen, lo más rápidamente!”.

MIÉRCOLES 16 DE ENERO

Desde hoy soy Encargado de Negocios para los efectos administrativos.

Desde hoy puedo considerarme “Encargado de Negocios para fines internos”, aunque no puedo usar el título en mis relaciones externas. Esto significa que me darán la deseada “indemnidad de sede” coaligada a la acreditación. Que Annasofia y Antonugo podrán reunirse conmigo en Santiago. Que Piero De Masi podrá volver a respirar, tal como anhelaba, el aire democrático de Italia, luego del paréntesis chileno, tan lejano y confuso. En esta determinación de Nuestra Casa, que se contradice con la del 12, habrá influido la llamada de De Masi, sumada a la febril e inquieta actividad romana de Annasofia. Lo sé por las conversaciones telefónicas que hemos mantenido casi a diario entre nosotros, con detrimento de mi patrimonio, ciertamente no abundante, después de dos años y medio de trabajo ministerial. Hablo también con Antonugo, que en febrero cumplirá cinco años y desea festejarlos conmigo en Santiago. Se preocupa también por mi alimentación, pues los alarmistas diarios italianos cuentan que en Chile falta el pan.

VIERNES 18 DE ENERO

Comida de Belisario Velasco: la izquierda demócratacristiana.

El encuentro con la izquierda demócratacristiana es a la hora de comida, en la casa de Belisario Velasco, el director de la Radio “Presidente Balmaceda”, de la DC. Todo inspira la idea de una conspiración, al modo de las historias de los *carbonari* italianos. Desde el patio débilmente iluminado y angosto, rodeado por una muralla de cemento gris, a la visión de los rostros sombríos, apenas esbozados en una sonrisa vagamente social; hay una tendencia a pensar, por los discursos cuidadosos, en la presión oculta de algún micrófono invisible o en el delator anónimo que husmea por las proximidades del muro.

Después de un momento, ayudados por el buen vino chileno¹², los comensales se relajan, se animan y alguno llega a levantar el tono de la voz. Si hay otro que lo advierte, se vuelve al cuchicheo conspirativo. De cualquier manera, en voz baja o alta, todos se confiesan conmigo, ofreciéndome, en la acción, su amistad. ¡Qué pueblo tan extraordinario!

Estos “conspiradores” son, entre otros, los que, al día siguiente del golpe del 11 de septiembre, suscribieron un manifiesto que establecía distancia con las explicaciones oficiales del Partido acerca de los motivos, orígenes y razones del golpe de estado. Habla, en primer lugar, Renán Fuentealba, ya presidente del PDC. Delgado, casi exangüe, un aire profesional y nervioso, inquieto: ingredientes básicos del intelectual disidente. Lo he encontrado ya en dos ocasiones, la segunda vez en su oficina; por eso es que conozco bien su pensamiento sobre el Chile de ayer y de hoy, pero esta vez logra un discurso más orgánico, exento de cualquier rémora. Su voz, inicialmente tenue, cobra fuerza a medida de que desarrolla su argumentación. Polemiza acerca de “actitudes” de un tiempo ya pasado. En lo que se refiere al presente, condena con dureza las violaciones de los derechos humanos cometidas por el régimen y critica el hecho de que miembros del PDC ocupen cargos importantes en la administración pública.

Luego toma la palabra Bernardo Leighton. Uno de los fundadores —con Frei— del PDC, es ahora una especie de padre espiritual de la izquierda del partido. Pequeño y gordito, parece un Benito Juárez chileno. Lo que sorprende en él, no es tanto el sincero y natural idealismo, sino que la gran bondad irradiada por sus ojos vivos y negrísimos, además del afectuoso gesto del brazo dispuesto a establecer, de inmediato, una armonía, un entendimiento. Una bondad venida de la tierra es muy suya. Huele a terruño natural. Tal vez por eso lo llaman “Hermano Bernardo”. Para todos tiene una palabra de comprensión, incluso para aquellos que no piensan como él o están en el otro lado de la barricada.

¹²El vino chileno se conoce poco en Italia. Sin embargo, ciertas “cosechas” de las viñas Cousiño-Macul, San Pedro y Concha y Toro son de primera calidad. Gabriel García Márquez dice que el vino chileno es inmejorable, pero nadie lo sabe, porque los chilenos se lo toman todo.

En el curso de la comida se habla de la violencia del régimen, de sus características que se van delineando y que justifican la posición asumida por los comensales, desde el día siguiente al Golpe de Estado. ¿Quiénes son los otros huéspedes, los cuales, después de haber dejado la palabra a los dirigentes antiguos, discuten ahora acaloradamente en la mesa? Uno es Ernesto Vogel, canoso y macizo, dirigente del sindicato ferroviario. Después está el doctor Mariano Ruiz Esquide, de Concepción. Y, en fin, el dueño de casa, Belisario Velasco, el activo, tenaz, combativo dirigente de la radio ya mencionada. Lidera uno de los grupos que, clandestinamente, trasladan en sus propios automóviles a perseguidos dirigentes de la UP hasta lograr conseguir el asilo en alguna Embajada. De aire juvenil, Belisario es conocido también como “tombeur de femmes”¹³.

Bernardo Leighton, al despedirse, me abraza con efusividad. Dentro de poco habrá de partir a Italia, en un exilio temporal y voluntario, como huésped de la DC italiana.

JUEVES 24 DE ENERO

Mensaje del ex Presidente de la SOFOFA Orlando Sáenz.

Desde una semana, no escribo en mi agenda, pues no tengo motivos precisos para hacerlo. He continuado preocupándome de los asilados, a quienes ahora sí conozco mejor en sus esperanzas y sufrimientos, motivaciones y autocensuras (sobre las responsabilidades de cada cual por haber permitido la realización del golpe).

He tomado, además, contacto con la colectividad italiana, hallando la confirmación de cuanto sabía ya desde lejos, es decir: su casi unánime adhesión al régimen militar, que los había salvado de la ruina, de la “segura” pérdida de posiciones logradas con fatiga, con el “sudor de generaciones”, y he mantenido casi cotidianamente el puente telefónico con Annasofia, la que, después de superados los obstáculos, comienza a preparar el viaje a Chile.

En la sede de la calle Triana, recibo la visita de Orlando Sáenz. Fue Presidente de la SOFOFA, Sociedad de Fomento Fabril o Asociación de industriales chilenos, durante el gobierno de Allende, vanagloriándose de ser uno de los más fieros y encarnizados opositores. De indefinible edad mediana, es más bien gordinflón, pero posee el desenfreno y la vivacidad de un muchacho. Me llama la atención su cultura enciclopédica, pero sobre todo, el diluvio de argumentaciones, con las cuales me colma. Las va hilvanando con férrea lógica, en una trama en donde se apoya en el juego natural de la tesis y de antítesis, de las cuales me resulta difícil escapar.

¹³La expresión francesa se refiere a quienes tienen éxito con las mujeres.

Finalmente, logro orientarme, tomando el nudo del discurso. Desea saber, con el aval de uno de los miembros de la Junta, el Almirante José Toribio Merino, si es posible acrecentar relaciones en el terreno económico y comercial, evitado así el obstáculo de la ausencia, o mejor dicho “precariedad” de las relaciones formales. El mismo se ofrece como intermediario, pensando tomar contacto con los nuestros en la feria de Sao Paulo, en Brasil. “No se puede continuar de esta manera —sostiene Sáenz—; los financistas italianos, que se apoyan en lo que requiere la colonia, están paralizados. Y continúa diciendo que, “por otra parte, Italia tiene interés en las materias primas de las cuales Chile es rico”. Con el fin de conquistarme para su santo, me asegura, con amable sonrisa, que, a alto nivel, poseen comprensión y se sienten proclives a facilitarme la tarea, dentro de “los límites de lo posible”.¹⁴

VIERNES 25 DE ENERO

Ciudadana italiana muerta por un militar en Viña del Mar. Expreso mi protesta a La Moneda.

Cuando cruzo —por cuarta vez— el portón de La Moneda, experimento sentimientos de rechazo. Ayer, en Viña, han muerto a una muchacha italiana, Francesca D’Alessandri, sólo porque osó fotografiar, desde un automóvil en movimiento, una “instalación militar”, la Escuela Naval. Se hallaba prohibido mediante un “Bando” del régimen. Una bala implacable la alcanzó en la nuca, matándola instantáneamente.

El Mercurio refiere el hecho, en prosa cínica y lapidaria: “Infracción sancionada”: “que sirva de amonestación —dice— para los transgresores de las normas”. No puedo admitirlo, debo de hacer algo, olvidar que soy diplomático en posición precaria y manifestar el dolor y la indignación que experimento. Al igual que en lo relativo al asilo y la hospitalización de Sergio González, tampoco ahora aguardo las instrucciones y procedo de inmediato. Es verdad que una protesta “formal” podría ser interpretada como una normalización de relaciones, pero no me importa, porque se halla de por medio una vida humana, de una muchacha italiana, “culpable” de haber tomado inadvertidamente una fotografía de un “objetivo militar”.

Gofredo Bollo, el plácido Jefe del Protocolo, me recibe en su amplia oficina, con las cortinas pesadas de brocado rojo vivo. Oye atentamente mi relato, seguido de las quejas. Bollo se expresa en correcto italiano (es de origen ligur y fue Cónsul en Genova): “El Ministerio de Relaciones manifiesta su pesar, pero usted debe comprender: vivimos en estado de guerra interno... Hay reglamentos dados a conocer por Bandos, que todos deberían conocer. Los soldados están autorizados para disparar, previa intimidación con el ¡alto!

Lo interrumpo vivamente, decidido a rebatir: “Me perdona, pero a mí no me consta que hayan intimidado con el ¡alto! Los amigos del profesor Capocaccia, de Roma, que eran sus huéspedes y se encontraban con ella en el automóvil, me han dicho que el disparo ha sido de improviso y sin dar el paso previo. Puedo entender la necesidad de la emergencia, pero no estos Bandos tan drásticos, que son aplicados sin un mínimo de flexibilidad y de humanidad”.

Bollo permanece en silencio, entiende que me hallo aquí, con él, sinceramente indignado por un acontecimiento humano. Ha debido repetir la tesis oficial, pero se da cuenta de que así no podía convencerme y, casi, se avergüenza. Al final se va a asir de una última justificación, que es más bien una especie de explicación condescendiente: “Puede suceder que los jóvenes reclutas interpreten, por inexperiencia, los reglamentos al pie de la letra, que disparen por miedo...”.

¹⁴Como es natural, llegarán desde Roma indicaciones negativas, dada la situación que, en el momento, sesgaba las relaciones ítalo-chilenas.

“De todos modos —le interrumpo para así completar la frase—, están seguros de que nadie habrá de castigarlos”. El Jefe de Protocolo se defiende: “No quería decir esto”. Y me despide prometiéndome darme a conocer los resultados de la investigación judicial dispuesta para el caso.

DOMINGO 27 DE ENERO

De Masi deja Chile.

Piero De Masi deja Chile. No ha pasado aún un mes y rehago, a contrapelo, el mismo camino caluroso que, al mediodía, lleva al aeropuerto de Pudahuel. Repaso lo que ha sido este breve lapso. Intenso, pleno de ansiedades, de temores expresados e inexpressados, de incertidumbre y de esperanzas. Miro a Piero y trato de adivinar los sentimientos que preserva tras los gruesos lentes. Parece hallarse impaciente por librarse en un vuelo que lo sustraiga, por fin, de tantas peripecias terribles, pero también se nota conmovido por dejar a los amigos, copartícipes de la aventura chilena.

En cuanto a mí, me ha bastado compartir con él la misma experiencia, aunque sea por poco tiempo, para acercarme más a él. Se ha establecido entre ambos una solidaridad que ni él en su ansiedad, ni yo en mi introversión, hemos logrado expresar. Digo: “Hoy es como si debiese recibir de ti, en relevo, el testimonio de una imaginaria carrera de postas, pero ignoro cuántos metros me faltan para completar la prueba y lograr así la meta”. Piero me observa distraído, tal vez no capta el sentido último de mis palabras, pero ve en mí una afectuosa comprensión y, por eso tal vez, me dirige una mirada de reconocimiento.

JUEVES 31 DE ENERO

Los padres se distancian en el caso de la niña muerta en Viña.

Termina el proceso instruido por el caso D'Alessandri. El juez militar censura el “gesto bárbaro”, pero no resultan consecuencias prácticas de ello. Los padres de la muchacha, que se hallaban en el exterior, el día del trágico “incidente”, renunciaron a la acción penal. Fue el tío paterno, Norberto, quien hizo diligencias, vino a mí, contrató un abogado de prestigio, el demócrata cristiano Alejandro Hales: pero el padre Livio, desde que retornó, se dedicó a arrojar agua al fuego, diciendo: “¡He perdido una hija y nadie le devolverá, la vida! No me interesan los procesos”. Prefiero no enjuiciar el comportamiento de padres sumidos en el dolor.

DOMINGO 10 DE FEBRERO

Llegada de Annasofia y Antonugo. Traslado a Algarrobo.

UN SOL brillante y espectacular va nimbando el aguzado perfil del LAN Chile, mientras detiene los motores, luego de un interminable deslizamiento por la pista. Lo he visto avanzar dominado por mis emociones. Recuerdo tantas separaciones en nuestra vida, incluso más prolongadas, pero nunca un desprendimiento, de Annasofia y de Antonugo, tan cruel y sufrido como éste.

A la partida, no le confesé toda la precariedad de mi situación, el carácter inestable de ésta, pero pronto se enteró de que el tratamiento económico no era el normal de una destinación al exterior. Luchó entonces para que se me asegurara una justa remuneración y, al mismo tiempo, para obtener la autorización a viajar a Chile. Es una historia de larguísima cuarenta días de esperanzas y de temores, susurrados en continuas llamadas telefónicas, cuando nuestras experiencias tan distantes se enlazaban, además, gracias al milagroso cable, para condensar jornadas enteras. En la cima de sus preocupaciones, se hallaba siempre el temor de que me faltara el pan.

Yo me esforzaba por explicarle que, después del golpe, a partir del mismo día siguiente, los alimentos escasos o inexistentes habían vuelto al mercado como por milagro, pero el pueblo no tenía dinero suficiente para comprarlos. De modo egoísta, yo le decía que al menos este problema no era mío. Los Spinola me alimentaban bien y yo contribuía con anticipos de mis sueldos. Sin embargo, ella permanecía en la duda, creyendo que no le decía toda la verdad.

Este avión que termina su carrera junto a mí, deja atrás cada pesadilla, cada temor oculto. Cuando ella aparece en la escalinata, llena de paquetes, como es su costumbre, pero igualmente radiante bajo el sol, experimento sentimientos de alivio y de emoción, los que se ven aumentados por la visión de Antonugo, que la sigue. Al divisarme, lanza un grito gozoso y retumbante. Es festivo y auténtico como su madre. Ella me contó por teléfono que temía nos fuéramos a separar “de verdad”. Aterrorizado por esta idea, no hallaba la hora de reencontrarme. También lo de hoy, para él, significa liberación, retorno a la plenitud de los afectos, normalidad.

Sea porque estamos en pleno verano o porque deseo evitar, o al menos retardar, el contacto de ellos con la realidad de Santiago, he arrendado una casita en Algarrobo, una tranquila localidad balnearia que está situada a 130 kilómetros al sur-oeste de la capital. Embarcados en el enorme auto al que he bautizado como *Bidonville* recorreremos el trayecto que lleva desde Pudahuel a Algarrobo.

Durante cien kilómetros se trata de la misma cinta asfaltada, con doble calzada en algunos tramos, que conduce a Viña y a Valparaíso, pero a la altura de Casablanca debo abandonarla en dirección sur. Son treinta kilómetros de polvo y piedras, que recorre con dificultad y fatigosamente la vetusta *Bidonville*. “¿No tienes un automóvil de representación más decente? —me pregunta Annasofía— haciéndose ilusiones sobre privilegios de un puesto que más bien se halla provisto de deberes y sudor. Le explico, en términos generales, la situación, pero ella insiste en saber los detalles. Debo confesarle que no tenemos automóvil de servicio, que no podemos importar autos para el uso personal, como tampoco alimentos; que en compensación los colegas del Mercado Común Europeo, apiadados de mi situación “anómala”, compiten por abastecernos para que cubramos del mejor modo posible nuestras necesidades.

Esta explicación, como era de esperar, no satisface a mi mujer. “¿Hashablado lo suficiente con Roma, explicando que no te es posible llevar a cabo tu labor, sin los instrumentos necesarios?” Respondo que me han prometido un automóvil, pero en lo que toca a lo demás se requiere esperar la acreditación formal.

Avanzamos, como se puede, por la carretera, entre nubes de polvo y estertores de la *Bidonville*, muy baja para este tipo de ruta. “¿Son así todos los caminos de Chile?”, me pregunta con aire mordaz Annasofía, “¡No!”, respondo, aunque, en verdad, no conozco los otros. Mi mujer comienza a hablarme de sus fatigas romanas, Ya la había oído por teléfono referirse al tema, pero contada de viva voz y acentuada con el fulgor de sus ojos, ya amigables, ya enojados, es algo distinto, “¡No querían dejarme partir, ni siquiera después de tu comunicación que el Gobierno de Chile te aceptaba como interlocutor! ¡Me he esforzado para que te reconocieran como Encargado de Negocios, al menos para los efectos internos, es decir, por el dinero! Fui adonde Fortini¹⁵, con toda humildad, y me dijo: “su marido se ha buscado la aventura chilena, mi querida señora; ¡por eso diríjase a él y no me pida a mí cosas imposibles!” “Imagino tu reacción”. “Debías haber escuchado lo que ledije: he esperado de usted una palabra de consuelo... y la obtuve. Al decir eso, bajé el teléfono. Sin embargo, logré partir luego de ir adonde Paolo E. Taviani¹⁶, el cual se conmovió por mis ansias de reconstituir el núcleo familiar”.

Estamos ya en Algarrobo. Annasofía ha enmudecido. Después de ver el desolado aeropuerto y “vivir” la noción real de los caminos polvorientos, pensaba hallar refrigerio en una localidad balnearia como las que se conocen en Italia. Hemos, por el contrario, dado cara a cara con casuchas deterioradas y albergues de tercera categoría. Aún más, llegando a la costa, el sol nos abandona, dejando paso a una neblina baja, cargada de lluvia.

¹⁵Marco Fortini, en ese tiempo jefe de la oficina para América Latina de la Dirección General Política.

¹⁶Paolo Emilio Taviani, connotado político demócratacristiano, en ese entonces Ministro del Interior.

“Pero si esto es lo que nos ofrece Chile como lugar de playas, ¿por qué no te has organizado en Santiago, ojalá en la Residencia?” interroga Annasofia. Le expongo mis razones. En verdad, los mismos asilados han conservado para nosotros, intacto y limpio, el departamento privado del Embajador, lujoso microcosmos en una casa inmensa; pero no he querido que nuestro hijo fuese partícipe de las ansias y sufrimientos de esa gente, ni que observase las huellas del mal, las marcas de las torturas. Además, hacía mucho calor en la capital. Fue entonces cuando me dejé convencer por Mario Matteucci, activo asistente comercial, y por otros italianos, de que la solución ideal, lo mejor, para empezar, era la tranquilidad de Algarrobo y su fresco y saludable aire marino. Me proponía reunirme con los míos en cuanto fuese posible, un domingo o quizás una tarde de un día feriado, “volando” a 130 kilómetros por hora al volante de la enorme *Bidonville*.

Llegamos a la casa que tomé en arriendo, o mejor dicho al piso superior de un lugar que tenía “dos pisos”, mal arreglada y dispuesta y peor terminada. El disgusto de Annasofia iba en aumento. “¡Tú la llamas casa!” —me dice, y me lo repite, poniendo acento irónico en el inocente e infeliz calificativo que yo usé en una carta—. Su desilusión culmina cuando descubre que falta el agua corriente. Todo parece conjugarse en mi contra, incluso la falta accidental de un elemento como el agua, tan importante cuando se requiere un alivio, luego de un viaje tan largo y fatigoso. Intimamente echo la culpa de todo lo que sucede a la falsa —y absurda— situación que me busqué, como dice muy bien Marco Fortini. Pero ya está hecho y también mi mujer lo reconoce. Ella y Antonugo vendrán a Santiago en los primeros días de marzo, cuando los Spinola se embarquen para Francia, dejándonos su casa de la calle Coronel.

MARTES 12 DE FEBRERO

Coloquio con Juan de Dios Carmona.

Más de alguien me ha dado el consejo de ir a visitar a Juan de Dios Carmona, quien había sido Ministro de Defensa en el gobierno de Frei. Me lo han descrito como la extrema derecha en el PDC, dándole el carácter de un Pierre Laval chileno¹⁷. Él mantiene excelentes relaciones con la autoridad militar, que le está agradecida por las leyes que él promoviera —durante el verano del 72— y mediante las cuales se facilitaba la requisición y el control de las armas, paso importante en la preparación de la escalada militar al poder.

Me recibe en un sencillo estudio de abogado, en el octavo piso de un edificio de la calle céntrica de Valentín Letelier. Tiene aspecto agradable, bigotes negros; alto, de espaldas cuadradas y rasgos muy marcados, y ojos profundos oscuros. No se hace nada de rogar para exponer —y defender— sus tesis políticas. “Vea —me dice—, los militares chilenos son golpistas de excepción. No como sus colegas de América Latina, los pasados y los presentes, sea porque llegaron al poder empujados por la opinión pública, sea porque se han presentado como “grupo”, que excluye a un hombre fuerte con poderes omnímodos. Poseen un sentido místico de su misión, que es la de depurar al país; pero no tienen intención de retener el poder por largo tiempo...”

En este punto, no puedo menos que interrumpirlo, con el fin de expresarle mis dudas; pero Juan de Dios insiste: “¿Tiene presente la conferencia de prensa de Pinochet, la del 8 de febrero? De acuerdo, él ha excluido, por el momento, la idea de elecciones, debido a que las Fuerzas Armadas aún no han terminado su trabajo; pero ha dicho, también, que los militares, como chilenos y, por tanto, amantes de la democracia, no piensan en realidad mantenerse en el poder por tiempo indefinido. Si esto es verdad, el PDC, lejos de abandonar los lugares que aún conserva en la Administración Pública, debe retenerlos a toda costa y estar listo para responder a la necesidad, al llamado del país o al de las Fuerzas Armadas”.

¹⁷Pierre Laval, político francés que fue uno de los líderes colaboracionistas del llamado Gobierno de Vichy, una institucionalidad preparada para ayudar a las fuerzas de ocupación nazistas (1940-1944).

Carmona reconoce que la publicación del Reglamento acerca de la suspensión de los partidos políticos¹⁸ ha preocupado hondamente a la directiva del PDC. Junto con Patricio Aylwin han tenido una entrevista con el comandante Enrique Montero Marx, de la Fuerza Aérea¹⁹, quien “ha dejado abierto un espacio... Tal vez pudiera ser modificado el Reglamento. Sin embargo, la verdad es que las cosas pueden ir mal para el PDC, después de que cierta gente ha hecho publicar en *The New York Times* la carta de Aylwin a Pinochet²⁰. En todo caso, serán mis propios colegas de partido los responsables, es decir cuantos han tomado la iniciativa de hacer la publicación”.

Ya Juan de Dios Carmona está lanzado en la defensa de su línea y ni siquiera ahorra críticas a los partidos demócratacristianos extranjeros, como el italiano y el venezolano, que, con sus actitudes, harán difícil la tarea de la dirección del PDC. “El COPEI ha protestado tanto contra el Reglamento que decreta el receso, como también contra las violaciones de los Derechos Humanos. Estas tomas de posiciones son utilizadas a favor de sus tesis por los militares más ultras, adversarios de un *modus-vivendi* con los partidos políticos. No nos dejan trabajar en paz...”, concluye.

VIERNES 15 DE FEBRERO

Pragmatismo de Enrique Bernstein.

Enrique Bernstein me llama a La Moneda. Me invita a acomodarme en el pequeño diván de piel de su oficina y me pregunta si deseo una bebida. Estos insólitos preliminares me hacen pensar que se está preparando para un extenso y profundo discurso. Naturalmente, se trata de relaciones diplomáticas: “Vea, Vergottini, su acreditación como Consejero de la Embajada no vendría a ser considerada, por nosotros, como acto político de reconocimiento...”

“Entiendo —replico—, pero la prensa...” Finjo ignorar que los diarios chilenos de hoy dicen y no dicen aquello que desea quien manda.

“Si, es posible —admite don Enrique—, algún medio de información buscaría interpretar a su manera la acreditación, pero el Gobierno de Italia podría siempre hacer una aclaración, reiterando su posición política... Mire, Vergottini, así ha sucedido con el Gobierno de la India, inmediatamente después del Pronunciamiento. Cuando los diarios chilenos hablaron de reconocimiento, Nueva Delhi precisó que no era así, que sólo se deseaba asegurar la continuidad de las relaciones...”

Tomo, cuidadosamente, notas en mi agenda. “¿Cómo debería venir la solicitud de acreditación?”

¹⁸El reglamento sobre la suspensión, o “receso” concernía a los partidos que no formaron parte del gobierno de la Unidad Popular, o sea, el PDG, el Partido Nacional y dos grupos radicales (PIR y DR).

¹⁹Enrique Montero Marx. Oficial de la Fuerza Aérea de Chile, abogado. En carácter de Sub-secretario del Interior, actuó como Ministro de Fe en el gobierno de la Junta Militar.

²⁰La carta, de fecha 19 de enero, tenía carácter reservado. En la primera parte, contenía una declaración acerca del programa del PDC, y en la segunda, la condena a las persistentes violaciones de los Derechos Humanos imputadas a organismos de Gobierno.

Bernstein acentúa su sonrisa estereotipada, como diciendo que, en temas relativos a las relaciones diplomáticas ítalo-chilenas estamos atrapados, metidos en un embrollo difícil de ordenar. “Usted sabe, en verdad, que la Nota Verbal no es un acto internacional formal. Mire aquí —dice, hojeando un libro polvoriento—... Son las instrucciones a los diplomáticos chilenos en el exterior. El artículo 10 del Capítulo Asilo diplomático dice; “En el caso de que deba tratar con autoridades de hecho, no reconocidas por el Gobierno chileno, el Jefe de Misión dejará constancia verbal de que sus actos no significan reconocimiento”. “Entre estos actos está la Nota Verbal, redactada en términos usuales. Si esto vale para nosotros —dice don Enrique con un guiño amistoso—, admitamos que valga también para los otros, ¿no le parece?”

En realidad se necesita poco para convencerme. Deseo que mi misión se formalice de alguna manera, sobre todo porque comienzo a sentir la ausencia de inmunidad y de privilegios. Ayer, unos tosquísimos soldados me han retenido. A duras penas logré persuadirles de que era un extranjero “con algún derecho”. No puedo permitir que a Annasofía y Antonugo les pase algo. Dentro de poco arribarán nuestros muebles y enseres a Valparaíso, a bordo de una nave italiana. Tal vez no pueda internarlos, quedando en el Puerto o retornando a Italia. No lo quiero pensar.

LUNES 4 DE MARZO

Traslado temporal a casa de Livia Meloni.

DESPUES de un largo fin de semana pasado en la quietud de Algarrobo, retornamos con Annasofía y Antonugo a Santiago. Los Spinola, destinados a Chambéry (Francia), abandonarán el país en cuatro días, pero el propietario de la casa de la calle Coronel debe de llevar a cabo trabajos antes de arrendárnosla. Así, he aceptado el ofrecimiento de Livia Meloni para “refugiarnos” mientras tanto en su casa, un chalé en la calle Carlos Antúnez, aún más cercana que la otra a la oficina de la calle Triana.

Tiene un amplio y altísimo salón, cuyo cielo de vigas inclinadas corresponde al techo. Una escala conduce a un balcón que rodea al salón y da acceso a los dormitorios. ¡Del exilio de Algarrobo al refugio de la calle Antúnez! Esta ha sido la serie de vallas que he debido imponer a mi familia. Me doy cuenta de que estoy usando, para nosotros, términos que se emplean “normalmente” para los huéspedes de Miguel Claro. Se ve que estoy enceguecido por el “problema”.

Al menos hemos podido respirar el fresco aire marino del “maltratado” Algarrobo, durante los últimos tres días. Annasofía está más serena, ha encontrado compañía en familias italianas que pasan, ahí todo, o casi todo, el verano. Me ha narrado la historia de los lenguados. Ordenó cuatro, sin haberlos visto, tomando como referencia la dimensión de los del Mediterráneo. Sin embargo, no tuvo en cuenta que el Pacífico puede albergar peces o mariscos de dimensiones colosales. Atónita vio a los cuatro monstruos, tan diferentes del nuestro, conocido como “sogliola”.

Antonugo había hallado la quintaesencia de la felicidad. Se había hecho de amigos y daba en zambullirse impávido —el único en la familia—, en las gélidas aguas del océano. Por otra parte, no le disgustaba dejar Algarrobo, pues estaba ansioso por conocer Santiago. Lo observo, mientras vamos en el auto: sus ojos están llenos de lágrimas. “¿Que te sucede?”—le pregunto inquieto—, “Papá —responde—, te ruego que no adelantes a los autos pequeños, porque son pobres”. Annasofía lo mimó, secándole las lágrimas con un pañuelo y me dice: “¿Has visto qué hijo tan sensible tenemos? Por primera vez en la vida ha tomado contacto directo con la miseria. Acostumbrado como está en dar alma a los animales, también se la otorga a las cosas; por eso identifica a las máquinas pequeñas y en mal estado con los pobres, por quienes siente una íntima piedad y te pide, por tanto, que los respetes”.

Si ello es así, quiere decir que Antonugo emula a San Francisco... Lo veo tan conmovido que lo menos que puedo hacer es complacerlo. Pongo marcha más lenta y no me importa —como ocurre— el poner tres horas en el viaje a Santiago.

DOMINGO 10 DE MARZO

El asesor político de Huerta da marcha atrás.

El jueves he obtenido el permiso para enviar la Nota Verbal, con una salvedad: que ella no significa reconocimiento. No es exactamente lo que había pedido Bernstein, es decir, que las puntualizaciones no debían ser incorporadas en la Nota, sino más bien seguir las eventuales interpretaciones capciosas.

No obstante esto, esperaba que el Gobierno chileno aceptase nuestra contrapropuesta. Sin embargo, don Enrique Bernstein dejó saber que en Santiago, en el intertanto, ha habido un endurecimiento de las posiciones, causado por la imprevista deserción del Club de París, encargado de la renegociación de la Deuda Externa Chilena, por parte de la delegación italiana. Por tanto se piensa en una Nota que no mencione la cuestión del reconocimiento.

Nuestra Casa responde hoy, justificando la ausencia en París por lo complejo de la situación, que exige “un profundo examen”. A través de la presentación de la Nota esperamos simplemente regularizar la situación tal como hoy se presenta. ¿Me siento vapuleado, yendo de allá para acá, entre un régimen autoritario, que se permite retirar la mano luego de haberla extendido, y Nuestra Casa, que, como es natural, no puede caminar en la cuerda floja el tema Chile, políticamente una brasa.

LUNES 11 DE MARZO

Seis meses de régimen militar. Frei me recibe. El general Leigh le hace saber, a través del general Bonilla que se opone a los propósitos antidemocráticos de Pinochet.

El régimen, surgido sobre el sacrificio de Allende y las cenizas del movimiento popular, da vuelta la primera página, y mientras los cuatro miembros de la Junta festejan de pie y triunfantes el primer semestre en el poder, voy de visita donde Eduardo Frei, en su oficina del piso 12 de Huérfanos 1022, un edificio conocido como “Carlos V”.

El empieza de inmediato a hablar, mientras recorre el estudio a grandes zancadas, deteniéndose cada tanto para concentrarse y retomar la idea con renovado vigor: “El descontento crece, no sólo entre las masas, sino también en las clases medias —afirma descorazonado—, especialmente aquella de índole profesional, que lamenta la creciente diferencia entre los precios, que aumentan sin límites, y los salarios, que no se adecúan, no obstante la adopción de la escala única y de un mínimo garantizado. Es una dirección de la política económica inspirada por la Derecha, representada por la Armada en el ámbito de las Fuerzas Armadas. Exige la congelación de los salarios con el fin de imprimir la máxima aceleración a la readecuación. En el Ejército, que es de extracción popular y pequeño burguesa, comienza a manifestarse un cierto desacuerdo, que consiste simplemente en el deseo de desarrollar la política económica con sentido social. Todo esto se allega a Oscar Bonilla, el Ministro del Interior, quien fuera mi edecán”.

Me pregunto si Pinochet, que aparece cada vez más seguro de sí mismo, podría dejarse guiar por las “bases” militares. Oigo nuevamente a Frei, que ha retomado el hilo: “El Partido —continúa diciendo— debe prepararse para los nuevos tiempos, en el corazón de las nuevas exigencias que han de permitir llevar a cabo una reestructuración ideológica, intelectual y política”.

Dice que su actual posición con respecto al régimen es independiente. Lo cual equivale a decir: nada de colaboración, puesto que los funcionarios democristianos que ocupan cargos de responsabilidad en la Administración lo hacen que quede claro— a título personal, sin haber tenido jamás una posición relevante en el PDC. “Pero también, por el momento —explica—, no hacemos denuncias abiertas, porque el efecto sería contraproducente. Quiero decir que debemos proceder con cautela, para evitar que la Junta dé en impedirnos los movimientos, aplicando a la letra el Reglamento sobre el receso de los partidos políticos”.

Don Eduardo interrumpe sus idas y venidas en la habitación con el fin de sumergirse en una larguísima conversación telefónica. Por momentos me invita, con gestos demostrativos, a excusarlo y a tener paciencia. Trato de entender el sentido del diálogo. Hablan de la ceremonia que se está desarrollando, justamente en estos momentos, en el “Diego Portales”²¹ y a la cual Frei está invitado, junto con los otros ex-presidentes que aún viven: Gabriel González Videla y Jorge Alessandri Rodríguez. Ya conozco las premisas: en un primer momento había decidido intervenir, pero un artículo de *El Mercurio* de ayer lo ha hecho cambiar de opinión. El diario que refleja mucho el espíritu general de los postulados de la Junta, publicó en grandes caracteres: “Formulación de propósitos de la Junta”, repudiando el sistema político basado en los partidos, y las “Orientaciones fundamentales para el desarrollo social”, que insisten en argumentos acerca de las dependencias ideológicas y financieras del PDC respecto de los partidos hermanos de Europa²².

“¿Sabe usted con quién hablaba por teléfono?”, me pregunta Don Eduardo, en el tono bajo de alguien que hace una confidencia importante al interlocutor. “Justamente con el general Bonilla. Me comunica que el general Leigh le ha pedido, en su condición de presidente del Comité Social de Ministros, se absuelve a sí mismo de toda responsabilidad por lo de las “Orientaciones”, definiéndolas como simple documento interno, el cual no refleja el pensamiento de la Junta como tal. Por lo tanto, he pedido a Bonilla que reciba hoy, por la tarde, a Aylwin. Ha aceptado. Patricio exigirá un desmentido a *El Mercurio*, en caso de no conseguirlo, el PDC hará lo que hasta ahora evitó: la denuncia pública de la política de la Junta, sobre todo en lo que respecta a la violación de los Derechos Humanos”.

Al despedirme de Frei siento que he logrado el acceso, por azar, a uno de los momentos significativos de la política chilena.

MARTES 12 DE MARZO

Sobre la unidad de la Junta.

Leo en *El Mercurio* el desmentido esperado, pero también me informo de que en la ceremonia del 11, Pinochet se ha preguntado: “Estos democratacristianos, ¿Son patriotas o mercaderes?” Me da la impresión de que el Jefe del Ejército no ama de manera especial al PDC. Debo, además, creer que personalidades relevantes del régimen, como Leigh y el Ministro del Interior, Bonilla, no son de la misma línea ni opinión que Pinochet. En resumen, es preciso aguardar lo que traerá el futuro. Si efectivamente prevaleciera la tendencia Leigh-Bonilla, entonces ha de ser posible que el régimen militar ceda el paso, en un plazo relativamente breve, a un régimen democrático. Pero, si en cambio, se afirma la “línea dura” de Pinochet, que parece avanzar a pasos gigantescos hacia un régimen personal, con apoyo de la Armada y de otros generales del Ejército, habría dictadura para largo.

SÁBADO 16 DE MARZO

²¹Nombre del moderno edificio que se levantó e inauguró durante el gobierno de la Unidad Popular, con ocasión de llevarse a cabo en él la asamblea de la UNCTAD. Después del golpe del 11 de septiembre pasó a ser la sede de la Junta Militar.

²²Las denominadas “orientaciones” afirman: “Los dos grupos mayoritarios en Chile, marxismo y Democracia Cristiana son internacionales en múltiples e importantes aspectos: 1) Para el marxismo su origen doctrinario, de Rusia; de Italia, para el PDC; 2) en cuanto al financiamiento principal: Rusia para el PC; Cuba para el PS; Alemania para los radicales marxistas; para el MAPU, Italia; para el PDC, Alemania e Italia y algunas organizaciones privadas y religiosas norteamericanas”.

Aumento de los problemas por los parientes de los huéspedes.

Continúo las negociaciones por el reconocimiento de mi posición. No lo hago por la mera “forma diplomática” —a la cual no me siento totalmente apegado—, sino más bien por mi familia y, por cierto, también y en medida creciente, para ofrecer a los asilados una adecuada protección.

En realidad, siete de ellos han dirigido un mensaje al colega danés Ole Philipson. Son Loguercio, Manuel Vergara, Helmuth Stuvén, los dos Santander y Chamorro. No creen más en el gobierno italiano. La Moneda no concede los salvoconductos —dicen— porque Roma, que no reconoce a la Junta, no tiene fuerza negociadora. En cambio si Copenhague consiente en acogerlos en Dinamarca, Roma podrá moverse para hacerlos salir de Miguel Claro y, por tanto, de Chile.

Informo a Nuestra Casa acerca de ello, sin agregar comentarios ni apostillas, pero dejando entre líneas constancia de mi punto de vista. Vivo, por algo, siempre más en el drama de los “huéspedes” y digo: “Cumplen seis meses de encierro. Aumenta entre ellos la intolerancia, la desconfianza en nuestra capacidad para ayudarlos. Mientras tanto, tal vez porque no tienen mucho qué hacer, pelean entre ellos, cada vez más a menudo y de una manera más y más enardecida, echándose la culpa los unos a los otros del derrumbe de la Unidad Popular”.

¿Cuándo llegarán los salvoconductos? Participo en reuniones frecuentes con otros diplomáticos, cambiamos simples noticias y comentarios, pero nada hay seguro. Desde La Moneda salen un día declaraciones alentadoras, pero al día siguiente se recibe una ducha helada, bajo la forma de un cauto desmentido. Y después, viene lo de los parientes. Me informan que los militares irrumpen en sus casas, requisan, interrogan con violencia y arrogancia. Mujeres y madres se encuentran sin medios y no saben de qué modo mantener a los niños. Nuestros huéspedes se muestran agobiados por no saber cómo ayudarles.

La señora Chamorro, que tiene cuatro hijos, llora desesperada. Está reducida al hambre y los militares la acosan. Solicito a Nuestra Casa la autorización para acogerla en la residencia y la obtengo. He quebrado el hielo. Hasta ahora acudía a los huéspedes, negociaba con La Moneda, pero se trataba de una situación que estaba fuera de mi control. Ahora, en cambio, me convierto en sujeto activo. Soy yo mismo el que provoca un asilo. No se trata de una cuestión política: me conmueve la desesperación de una madre.

MIÉRCOLES 20 DE MARZO

Entrevista con Nalegach, secretario del CONAR.

Samuel Nalegach, pastor pentecostal y secretario del CONAR (Comité Nacional de Ayuda a los Refugiados), me recibe en su oficina de Avenida Lyon. Es un hombre de mediana estatura, aproximadamente de cuarenta años, cabellos negros espesos; camisa blanca con cuello abierto, las mangas dobladas, de mirada severa.

Me informa de que ha pasado la “emergencia”. Bajo los auspicios de varias instituciones nacionales e internacionales cerca de 5.000 refugiados han salido de Chile. A fin de mes ha de cesar la misión especial del suizo Schlatter, delegado del ACNUR (Alto Comisionado para los Refugiados) y del griego Coreos, delegado del CIM (Comité Intergubernamental para las Migraciones). Finaliza así un capítulo, el de los “refugiados en sentido estricto”, que no deben ser confundidos con los “asilados” en las Representaciones diplomáticas. Se trata de extranjeros que ya en Chile han recibido, mediante el ACNUR, el *status* de “refugiados”, acogidos en “refugios” especiales, protegidos por la Inmunidad Internacional: cubanos, peruanos, bolivianos, argentinos, brasileros, escapados de las persecuciones de regímenes militares en sus respectivos países, que se habían acogido en Chile, entre el 70 y el 73, pues era para ellos la “Tierra Firme” de la Unidad Popular de Salvador Allende. Cuando ésta se derrumbó, una nueva amenaza los esperaba. Se ven obligados a emigrar por segunda vez, a sitios más lejanos, entre los cuales está Italia.

Desde que llegué a Chile, me puse en contacto con los miembros del ACNUR, ayudado por la entrevista que sostuve en Ginebra con el príncipe Sadrudin Khan, pero pronto me di cuenta de que prestaban poco o casi ningún apoyo para resolver el “problema” de los asilados, mientras solicitaban mi intervención ante Nuestra Casa para enviar a Italia a un grupo de “sus refugiados en sentido estricto”. Después de algunas tratativas, Nuestra Casa aceptó a siete, entre los cuales había tres de origen italiano: Emilio Battolli, Nerina Chiacchini y Angelo Marcusa.

En verdad los dos funcionarios internacionales no tenían —o no querían tener— autonomía de iniciativas y dejaban hacer a Nalegach, el cual era un sostenedor fanático del nuevo régimen. Desde nuestro primer encuentro, en enero, me habló con aire desafiante. Su tarea principal, por no decir exclusiva, era la de ayudar al Gobierno chileno a deshacerse de un peso embarazoso, es decir de los extranjeros que acudieron aquí a la “corte” de Allende. Ahora él ha terminado su misión, mostrándose visiblemente satisfecho, y no pretende ocuparse de los asilados, que son problemas de nosotros, los diplomáticos.

LUNES 25 DE MARZO

La esposa del ex-ministro de Allende, Clodomiro Almeyda, me pide que interceda en favor de su marido, detenido, que se halla en precarias condiciones físicas.

Carl Groth, el Encargado de Negocios de Suecia, me visita en la casa de la calle Triana, acompañado por Irma Cáceres de Almeyda. Carl, que en diciembre pasado debió sustituir a la “persona non grata”, Edelstam, esconde, detrás de los caracteres nórdicos y el tono tranquilo de la voz, un temperamento apasionado y un empeño muy activo en el servicio de los Derechos Humanos.

Irma, pequeña de estatura, pero de mucha fuerza, la tez oscura, los ojos negros vivísimos, es un “orgulloso haz de nervios”. Mujer del Ministro de Relaciones Exteriores de Salvador Allende, Clodomiro Almeyda, viene a solicitar, pero su pedido no es en absoluto quejumbroso. Relata, con calma y firmeza: “Cloro, mi marido, dejó la isla de Dawson el 20 de enero y fue transportado a Santiago, quedando en el regimiento Tacna, del ejército. Su físico se había debilitado a raíz de prolongados sufrimientos padecidos por su situación y el frío austral. Sin embargo, en el Tacna logró restablecerse, al menos, en parte; pero las dificultades comenzaron cuando, el 20 de febrero, lo “transfirieron” a la Escuela de Guerra de la Fuerza Aérea. Incomunicado, con los ojos vendados, muy poco y pésimo alimento, privándole de atención médica, la cual necesita a diario... En síntesis, después de más de un mes de vida, se halla reducido al extremo de sus fuerzas...”

Carl interrumpe: “Debemos actuar rápido... Impedir que ocurra un segundo caso Tohá”. Es el Ministro de Defensa de Allende, quien murió el 15 de febrero en el Hospital Militar. Suicidio por ahorcamiento, según la versión oficial. Los visitantes del día anterior lo habían encontrado irreconocible, sólo piel y huesos, aún más impresionante porque era hombre muy alto, próximo a los 2 metros, y enjuto. Dos días antes había muerto, por infarto, el general de la Fuerza Aérea, colaborador estrecho de Allende, Alberto Bachelet, prisionero en el Hospital de su propia rama de la Defensa.

Irma, con increíble frialdad, pareciendo controlar las lágrimas, dice: “Hace tres días escribí a Pinochet; le he pedido saber qué es lo que quieren de Cloro, por qué lo tratan así... Piense usted que el juez instructor, coronel Otaiza, ni siquiera lo interroga”.

Groth y yo nos miramos con un signo de entendimiento. En conjunto le aseguramos que vamos a poner en movimiento la máquina diplomática, con el fin de rescatar a su marido, librándolo de las vejaciones. Irma se despide de mí con un fuerte y confiado apretón de manos, dejando ver una sonrisa apenas esbozada, pero suficiente en una mujer de su temple, para manifestar reconocimiento.

SÁBADO 30 DE MARZO

Éxito de la intervención humanitaria en favor de Clodomiro Almeyda.

Clodomiro Almeyda es llevado de regreso al “tranquilo” regimiento Tacna, su primer lugar de detención, luego de Dawson. La presión internacional, pues, ha tenido efecto, Por mi parte, telegrafíé a Nuestra Casa, que se interesó en Bruselas. Importante ha sido, además, la gestión personal del Embajador de Brasil en Chile, Camera Canto, el cual, aunque decidido partidario de la Junta, había tenido una relación amistosa y cordial con Almeyda, cuando éste era Ministro de Relaciones Exteriores²³.

MIÉRCOLES 3 DE ABRIL

La Moneda fuerza las palabras dichas en el Parlamento de Italia por el subsecretario Pedini acerca de las relaciones ítalo-chilenas.

DESPUES de que, el 21 de marzo, Nuestra Casa envió una Nota Verbal, sin comentarios, sobre mi acreditación, La Moneda hizo publicar en los medios de comunicación un texto sobre el tema; “Se acoge la solicitud de Acreditación... Al mismo tiempo esta Secretaría de Estado hace presente haber tomado nota, a través de una declaración formulada el 13 de febrero por parte del Subsecretario Pedini, que el Señor de Vergottini, es también Encargado de Negocios en Chile. Lo anterior es motivo de complacencia para esta Secretaria de Estado, en vista de que normaliza las relaciones entre Italia y Chile”.

Nuestra Casa me hace saber que el Gobierno italiano no acepta esta interpretación chilena de la Nota Verbal. Las relaciones diplomáticas quedan entonces tal como estaban antes. Tomando el consejo de Enrique Bernstein, el Gobierno de Chile había evitado hasta ahora forzar la mano, en lo que respecta a la normalización. Sin embargo ahora ha tratado de hacerlo.

DOMINGO 14 DE ABRIL

Asisto a la misa de Semana Santa, celebrada por el obispo Fernando Ariztía, en la Población “Nueva Matucana”.

La población “Nueva Matucana” es una de las más pobres de Santiago. En la modesta iglesia del lugar, Monseñor Ariztía elige entregar el mensaje del Señor resucitado. Don Fernando me impresionó desde la primera vez y me siento confortado por su espiritualidad venida de una comunión con los humildes.

Delgado, modesto, vestido con sencillez, me ha parecido todo menos un Obispo. “Vive con los pobres”, me habían advertido. Me recibió en su oficina de la “Vicaría Norte” de la Iglesia, excusándose por haberme hecho esperar. Lo rodeaba un montón de papeles, y, entremezclados con ellos, crucifijos de madera y otros objetos sacros.

Se expresaba con voz calma y persuasiva, observándome con infinita bondad. Una mirada que continúa siguiéndome, como desnudando, con su franca inocencia, todas las recónditas miserias de mi espíritu. Hablaba de cosas de esta tierra, de su Chile, iluminándose a veces, cuando el argumento pesaba, con llamaradas apenas perceptibles. Entonces, parecía movido por un soplo angelical, de los que sirven para perdonar y redimir. Todo era en él ideal de servicio.

Don Fernando se extendió contando del trabajo de COPACHI (Comité de Cooperación para la Paz), del cual es Presidente junto con el Obispo luterano Frenz. Tiene una sección universitaria, una comisión “Solidaridad y Desarrollo”, que crea nuevas fuentes de trabajo; una sección para expatriados; una oficina jurídica, que contribuye a la defensa de los acusados por motivos políticos.

²³Camera Canto era un diplomático de viejo cuño, surgido de la eficiente escuela de Itamarati. En el plano personal, poseía una notable colección de platería colonial.

“¿Cuántos son hoy los detenidos políticos?” —pregunté, avergonzándome de tener que llevar a cabo mi trabajo, que tal vez exige frialdad y cifras—. No trepidó en responderme: “Más o menos 17 mil”. “¿Cuántos son los muertos por la represión?”. No vacila: “Calculo que 5 mil”. Persecuciones, miseria, hambre: me daban escalofríos, pero el Obispo de los pobres estaba a mi lado, y me acompañó con su mirada de consuelo hasta el automóvil.

Había entrado en mi vida con este breve diálogo. Deseaba encontrarlo de nuevo, verlo trabajar, asistir a su Misa, que debía tener caracteres especiales, los propios de Semana Santa. Es por eso que estoy aquí. Al llegar a la Capilla, entre niños extenuados, delgadísimos y andrajosos, que rodea la *Bidonville* vieja y polvorienta, pero igualmente lujosa por tamaño y potencia, en este barrio tan humilde me siento incómodo, aunque no he venido con el chofer.

La Capilla es, en verdad, una especie de barraca, pero consagrada al trabajo de los pobladores, quienes han puesto maderas torcidas y vidrios opacos, encontrados quizás dónde y aderezados de la mejor manera. Me siento fuera de lugar, por tantos hábitos de vida adquiridos, en medio de esos ojos que me miran.

Por suerte el Obispo de los pobres viene a mi encuentro con los brazos abiertos y acogedores, con una sonrisa muy dulce que restaura la confianza en los seres humanos. Fortalecido, como por magia, descubro el sentido de mi presencia en este lugar: es un baño de pureza de intenciones, un salto atrás, en la infancia sufrida que veo. Estoy seguro de que don Fernando lo entiende. Por eso es que me guía de la mano en medio de sus fieles. Me mira a mí y los contempla a ellos, como queriendo presentármelos tácitamente.

Empiezo a sentirme allí uno más. He dejado de lado mis rémoras y espero que ellos hayan perdido la desconfianza instintiva. La prédica es como un bálsamo para mí y para ellos. Alivia en mí viejas heridas que me parecían tal vez cicatrizadas, pero que no lo están; a ellos, heridas abiertas cada día.

No logro captar todo lo que dice, pero no importa. Me basta con seguir el curso de su mirada. ¡Cómo encuentra tantos ojos que imploran, ansiosos de comprender que en él se dan curas del espíritu y alivio para los sufrimientos terrenales! El llamado a Cristo reanima a las Virtudes, sublimando la distribución de la pequeña y pobre comunidad en distintos grupos, en la dedicación a tareas concretas, impuestas por la miseria y por la persecución política. La guía de su Obispo estimula a cada cual, los llama a superarse, a ser útil a los otros, fundando un todo armónico.

Ya me siento inmerso en este ámbito extraordinario, en donde se van juntando la fe y el impulso vital. Cuando don Fernando invita a intercambiar el signo de la paz, los rostros angustiados, pálidos, desencajados, se entregan mediante una sonrisa que irradia fe, voluntad, amor.

El Obispo de los pobres se me aproxima y me estrecha la mano, como mi vecina de la derecha, una mujer humilde; como mi vecino de la izquierda, un muchacho moreno, de cabellos crespos. Todos sonríen jubilosamente, olvidados de sus penas.

Al final de la Misa siento la necesidad de contribuir, de hacer algo por este grupo maravilloso; pero el Obispo me dirige una advertencia: “Aquí no aceptamos paternalismos... es necesario participar”. Esto me lleva a recordar lo que es cristianismo auténtico, fundado en la caridad, que no es externa ni extraña, sino que viene de adentro, brotando como fuente de agua viva de entre las rocas.

Alejándome, pienso que nunca lograré integrarme de verdad a esta comunidad, exculpándome en los lazos de mi labor diplomática, pero, al menos, me empeñaré en evitar la rutina y tengo el medio: dedicarme más que nunca al cuidado y a la salvación de quienes vienen a nosotros en busca de ayuda y de refugio.

JUEVES 18 DE ABRIL

Rápida recuperación luego de una intervención quirúrgica.

Hoy vuelvo a casa, desde la Clínica Santa María, donde fui operado. Me hospitalicé el domingo de Semana Santa, después de un trabajo intenso, de un mes, atormentado por una constante molestia física; pero ahora todo ha terminado, la operación resultó bien, tanto que el mismo día deseaba ver los papeles de mi oficina, pero Annasofia se opuso. A cambio de ello, he leído dos libros, uno de los cuales se refiere a la historia chilena de nuestros días: *L'intervention Americaine au Chili*, del Embajador de Allende en Pekín, Armando Uribe. El afirma que la trama y la puesta en escena del caso chileno se urdió a partir de 1970, en Estados Unidos, no sólo por los grandes monopolios, sino que también por los gobernantes, incluyéndose entre ellos al mismo Kissinger.

La casa a la cual he vuelto es siempre la de Livia Meloni, porque la de Coronel aún no se halla lista. Ella nos trata de manera inmejorable, con atención señorial. Una mesa bien provista; delicada, perfecta. La “revolucionaria” ama el lujo que Nuestra Casa consiente en el exterior, también a la carrera de los funcionarios administrativos. Es artificial, y sin base real, pero justamente por eso más aceptable, a despecho de la contradicción ideológica. Como estoy convaleciente, Livia redobla los cuidados que me dispensa.

SÁBADO 20 DE ABRIL

Problemas domésticos. La internación de nuestros muebles, llegados el 4 de Abril a Valparaíso, al no existir mi acreditación formal, es resuelta por el Director de Protocolo.

No logro estar más en la cama, me levanto y paso por la oficina, desobedeciendo las indicaciones de los médicos; me siento como un vigilante nocturno en una nave en peligro. No me resulta posible abandonarla.

Estoy preocupado por la suerte que pueden haber corrido nuestros muebles. Fueron desembarcados en Valparaíso el 4 de abril. Nos han acompañado siempre en nuestras peregrinaciones diplomáticas. En Austria, en Alemania, en Israel. Los llevamos siempre porque crean un ambiente nuestro, familiar, en donde nos encontramos. Para Annasofia, en particular, cumplen dándole más seguridad, permitiéndole apoyarse en un terreno más firme. ¿Pero cómo podía internarlos y retirarlos, si, oficialmente, no existo como Jefe de Misión y no tengo los privilegios coaligados a la acreditación?²⁴

Por suerte, hemos encontrado al *deus ex machina* de los desenlaces adecuados en la persona del nuevo Jefe del Protocolo, Mario Silva. Fui a saludarlo a La Moneda antes de hospitalizarme en la Clínica y Annasofia le habló durante una recepción en la Embajada de Holanda. Diplomático de corte tradicional, en Japón aprendió el arte de los movimientos imperceptibles, de las inclinaciones. Con la mirada fija en el horizonte, parecía no escucharme. Sin embargo, mientras otros colegas suyos me habían quitado esperanzas, indicándome con gestos que debía resignarme, él encontró cómo desenredar el *ruffello*, o sea la madeja.

“Solicite, en nombre de la Embajada —me dijo—, la internación provisoria de muebles y enseres, en espera de que la futura acreditación del Consejero Vergottini permita la definitiva”. Solución pragmática, dictada por la experiencia en la diplomacia junto con el raciocinio; pero el asunto es que partía de una premisa que yo no podía saber si sería o no realizable: la “futura” acreditación, una especie de cometa que persigo ya por largos meses.

LUNES 22 DE ABRIL

²⁴Los muebles fueron los primeros en partir, embalados y cargados en un camión, rumbo a Genova, cuando aún pensaba que iba a ser acreditado regularmente en Santiago. Cuando supe del reestudio sobre mis funciones en Chile, debería haber detenido el transporte a través del Océano, pero no lo hice. Ya me sentía en el baile y, como se dice en mi idioma, “quando si è in ballo bisogna ballare”. Vale decir; a lo hecho, pecho. Debía, pues, confiar sólo en mi buena suerte.

Annasofia retira muebles y enseres desde la Aduana del Puerto.

Teniendo en cuenta las indicaciones de Silva, Annasofia va a Valparaíso y obtiene la internación provisoria. Los funcionarios de la Aduana, al comienzo, titubean muy razonablemente, pero finalmente son vencidos por la osadía de ella. Con gestos y palabras muy firmes logra transformar un documento hipotético en una certeza jurídica. Resueltas las prácticas administrativas, revisa el estado de nuestros bienes. Algún daño menor en unos cuadros, nada grave.

En resumen: han estado dieciocho días en el Puerto sin que nadie los tocara. ¿Un milagro? No. Sucedió que los portuarios supieron que las cajas pertenecían a la Embajada de Italia, y por eso se pusieron de acuerdo para custodiarlas ellos mismos. Comienzo a darme cuenta de que nuestra labor de refugio para los perseguidos nos ha creado una buena fama en muchos e importantes ámbitos, que tienen algo en común: su distancia del régimen actual.

MIÉRCOLES 24 DE ABRIL

Coloquio con el Cardenal Raúl Silva Henríquez. Su denuncia del régimen por la violación de los Derechos Humanos.

El Cardenal me recibe en el Arzobispado, en el último piso de un edificio que se halla en la calle Erasmo Escala. Se trata de una calle amable y pequeña, más allá del centro comercial y de las oficinas, situada en un barrio que fue alguna vez residencial, pero que ya se ha “venido a menos”, siendo abandonado por los ricos chilenos. Hoy, está en decadencia, con sus palacios en ruinas, los muros descascarados, los vidrios en pedazos y las persianas descoloridas. Pero el Arzobispado, teñido de frescor, desprende entre lo antiguo que lo circunda, espíritu palpitante en la miseria.

He visitado ya dos veces a Su Eminencia. Sin embargo, hoy quiero escucharlo más, porque con la homilía de Semana Santa en la Catedral, ha roto los diques de la prudencia eclesiástica, empuñando vigorosamente la bandera de los perseguidos y de los marginados. Difundidas por la Radio Balmaceda, sus palabras se oían graves, tensas, dramáticas, en su desafío esperado a la Junta. El Pastor expresaba en ellas dolor porque los chilenos ya no son capaces de comprenderse, de respetarse, de amarse. Pero no era sólo esto: “Hemos dicho que la violencia genera violencia y que esta no es la vía para construir una sociedad mejor y más justa. Hemos dicho a nuestro pueblo, a nuestra autoridad, que no se deben menospreciar los principios de respeto al hombre, que los Derechos Humanos son sagrados, que nadie puede violarlos. Hemos dicho esta verdad en todos los tonos, ¡pero no nos han escuchado!”

Era la primera denuncia pública acerca de la represión llevada a cabo por el régimen, hecha desde el púlpito más alto de Chile, en presencia de algunos gobernantes. ¿Cómo han reaccionado? Por un lado, mediante una puntillosa declaración del portavoz de la Junta, Federico Willoughby: “Nuestros gobernantes se han proclamado cristianos, pero observar los principios no quiere decir descuidar la seguridad y tranquilidad de los chilenos”.

Por otra parte, con la suspensión de las transmisiones de la Radio Balmaceda (culpable por retransmitir repetidamente las palabras del Cardenal), y la detención de su director, Belisario Velasco²⁵.

Don Raúl se pone de pie, con ímpetu, en el escritorio en donde está y viene a mi encuentro con una sonrisa amplia. Extendiendo ambos brazos, dice: “¡Caro signor Vergottini!” De esa manera me había acogido en otras oportunidades, con un evidente placer de expresarse en italiano, aprendido en su juventud en la segunda patria romana.

²⁵Permaneció detenido: durante 24 horas en el Regimiento Tacna.

Me pregunto, mientras conversa con serenidad y sencillez, qué es lo que me fascina en él. ¿Será el eco de la Homilía de Semana Santa, que resuena en mis oídos y de la cual advierto la importancia histórica? Pero es mejor que lo escuche más atentamente. Se entusiasma con lo que va diciendo, inclina la cabeza, grande en relación con su estatura, y agita un dedo acusador. Al fervor siguen pausas, meditaciones en voz alta, para luego retomar aquello que ha dejado escapar.

“Escuche, señor Vergottini, las acusaciones las venía haciendo desde enero, en privado... Pensaba que me habían oído, pero no lo han hecho. Por lo tanto ha llegado la hora de hablar claramente en público”. Lo interrumpo: “Me disculpa, Eminencia, sé que el Episcopado se reunió en Punta de Tralca —después de Semana Santa—, y ha aprobado un documento que hace más explícita y detallada Su denuncia. ¿Será publicado hoy mismo? ¿Los obispos están todos de acuerdo? Perdóneme si soy indiscreto”²⁶.

Don Raúl no oculta la respuesta: “24 sobre 28. Las dudas de algunos no tienen relación con el juicio sobre cuanto está aconteciendo (todos desean una situación más humana), sino a la oportunidad política de una denuncia abierta”.

“Por la declaración de Willoughby se deduce que el Gobierno lo ha tomado mal”.

“Sin duda el documento ha producido irritación, pero he hablado con Pinochet; Me confesó que algunas acusaciones son fundadas... En el esquema del régimen militar, Fuerza Aérea y Marina corresponden a la derecha, pero el Ejército representa al pueblo, a la gran mayoría de los chilenos. Pinochet es su jefe. Después de conversar con él, estoy aún más convencido de que hemos hecho muy bien en redactar un documento tan franco, porque puede ayudar a despertar las conciencias”.

El Cardenal hace una pausa y me mira de reojo. Por algún leve e inconsciente gesto mío, tal vez un fruncimiento de las cejas, una acentuación de los pliegues de la boca, parece intuir que sus palabras me han sorprendido. “Un sacerdote en mi posición, querido amigo, debe tener un contacto directo con la autoridad política, por el bien de todos”.

Tal vez para el Cardenal sea más fácil que para otras personas entenderse con Pinochet. Será porque tienen algo en común: el origen campesino, el modo de mirar socarrón, una altanería repentina, que no admite réplica. Efectivamente, Don Raúl, cuando habla en el púlpito, no es más la persona de apariencia tranquila y bonachona que está enfrente de mí, sino que se transforma con el ímpetu de la prédica, que llega a ser a veces requisitoria.

Se levanta y me acompaña a la puerta. Al salir se explaya con un recuerdo de las colinas del Lazio, en la época de sus excursiones de joven seminarista, ya lejanas.

²⁶Es la Declaración conocida como “Reconciliación entre chilenos” (24 de abril). Declara que es condición fundamental la vigencia del Estado de Derecho pleno para que se pueda lograr la reconciliación pacífica entre los chilenos. Por ello se hace necesaria una rápida elaboración de un texto constitucional que incorpore los principios cristianos, en virtud de la libre aceptación del pueblo y previa discusión con todos los ciudadanos. Los obispos señalan, por otra parte, que continúan subsistiendo obstáculos objetivos para la reconciliación, identificados con los casos de violación de los derechos humanos. Ellos expresan, por tanto, preocupación por el “clima de inseguridad y temores, originado también por delaciones y voces tendenciosas; las dimensiones sociales de la situación económica, con aumento de la desocupación y despidos arbitrarios o por motivos ideológicos; la reestructuración del sistema educativo sin participación de los padres o de la comunidad escolar; la falta de garantías jurídicas eficaces para la seguridad personal, con detenciones arbitrarias o muy prolongadas, sin conocimiento de las imputaciones concretas; interrogatorios con maltrato físico...”

JUEVES 2 DE MAYO

Se abre la válvula de los salvoconductos para nuestros asilados. Parte el brasilero José Serra.

SE ENCIENDE una luz para nuestros asilados. La Moneda ha roto el hielo, concediendo el salvoconducto al ítalo-brasilero José Serra. Para él, como para los otros que poseen doble nacionalidad, Stefano Rossi, Mario Volpone y Sergio Loguercio, he insistido más haciendo valer su condición de casos especiales. Hablé con Carlos Ashton, capitán de navío y jefe del servicio de prensa de La Moneda.

“Está bien —me respondió—, pero nosotros publicaremos la noticia, precisando que el salvoconducto ha sido solicitado por el Encargado de Negocios de Italia”. Mi nuevo interlocutor, expedito en los modos, quería meterme en la trampa de sus recuerdos y conocimientos de Italia, pero le he rebatido sin darme a descomposturas.

“Por ahora —le dije—, es difícil. Mejor para todos será buscar cómo resolver, con calma y realismo, los problemas pendientes... El resto vendrá sólo...” Por Serra me dirigí también a Gastón Acuña, eminencia gris del “Diego Portales”, nacional-socialista de “Patria y Libertad”. Alto, con algo de anguila escurridiza, me observó con ojos penetrantes y llenos de sospecha. Traté de convencerlo con la teoría de los “pequeños pasos”: cada movimiento positivo será apreciado, y futuros acercamientos deberían tener, ¿por qué no?, repercusiones favorables en las relaciones entre los dos países.

En seguida, Acuña se puso de acuerdo con el coronel Dowling, delegado en la FLACSO, organismo internacional en donde había trabajado Serra. Dowling apoyó nuestra Solicitud de salvoconducto en La Moneda. Así, el economista José Serra, que en la comunidad de los asilados era conocido como el “intelectual” de izquierda, toma hoy el vuelo liberador, convenientemente asistido y protegido.

MIÉRCOLES 8 DE MAYO

Otros 11 asilados en el aeropuerto. Cuatro son retenidos. Intervención de Roberto Toscano permite el regreso de ellos a Miguel Claro.

Hemos recibido nuevos salvoconductos. Hoy parten once. Roberto Toscano los acompaña a Pudahuel. En Triana espero la llamada de él que confirme la partida. ¡Al fin! La voz de Roberto es más débil que de costumbre. Algo no funciona. “Estoy en la comisaría del aeropuerto —dice—. Han hecho descender a cuatro de los nuestros después de que se habían embarcado... Quieren encarcelarlos. Me ayuda un colega venezolano”.

“¿Cómo ha sucedido?” —le pregunto con alarma—.

“El avión estaba por despegar cuando lo detuvieron, sólo por ellos”.

“¿Quiénes son?”

“Stuparich, Fica, Ramos y Gómez Millán”.

“Insiste, di que están bajo protección nuestra, que haremos un escándalo internacional”.

Me dice que sí. Busco ponerme en contacto con La Moneda, pero a las tres de la tarde no encuentro a nadie. Busco a Mario Silva en casa. Es en vano. Roberto me vuelve a llamar. “El avión ha partido con los otros siete —cuenta—. En cuanto a los cuatro, me permiten llevarlos de nuevo a la Residencia”.

Finalmente doy con Mario Silva. Me recibe en La Moneda. Escucha mis quejas con imperturbabilidad oriental. “No sé nada —explica—. Debo informarme”. Consulta a no sé quién por teléfono. “Entiendo” —murmura—. Es la única palabra que logro captar. En seguida, se vuelve a mí: “Es una cuestión de huellas digitales. Parece que las cotejadas en el aeropuerto no corresponden a las que hay en su documentación”.

“Entiendo —replico—, pero ¿para qué hacerles descender del avión en el último momento? ¿Con el fin de hacer teatro? Mi colaborador debió intervenir para quitárselos a la policía. ¿Qué habría pasado si él no los hubiese acompañado hasta el final y se hubiera marchado antes, una vez que los asilados estuvieron dentro del avión? A esta hora estarían, con toda seguridad, en la Cárcel”.

“No, no lo creo, debe de haber sido una formalidad del control” —rebate Silva—. No me parece convencido de lo que dice. Muestra una molestia detrás de la fachada con la cual se resguarda, “Ahora están estudiando las huellas en el Ministerio de Defensa. Te informaremos del éxito del análisis”.

“Entonces —fuerzo el asunto yo—, ¿no saben si corresponden o no, era sólo una vaga sospecha? Prefiero no pensar más. Me interesa sólo que, cuando todo se halle en orden, los cuatro puedan partir lo más rápido posible, sin más problemas... Debo de suponer que sus salvoconductos permanecerán vigentes”.

“Naturalmente”, musita el Jefe de Protocolo, quien está perdiendo su acostumbrada compostura frente a una situación indefendible. Me despide de prisa, algo insólito en él.

JUEVES 9 DE MAYO

Agitación entre los asilados por el episodio de ayer.

La prensa refiere el incidente con abundantes detalles. He aquí los títulos: “Diplomático italiano pide aclaraciones” (*La Segunda*). “Cuatro asilados son devueltos desde el aeropuerto” (*El Mercurio*), “Suspenden el viaje de cuatro asilados por dudas en sus documentos” (*La Tercera*). En general, los diarios no comentan los hechos, refiriéndose al caso mediante el empleo de las declaraciones del vocero del Gobierno, Federico Willoughby. “Si sucediera —dice éste— que no ha habido equivocación y las identidades son falsas, quiere decir que los asilados han abusado de la buena fe de la Representación diplomática italiana”.

¿Qué habrá de verdad en todo? Voy a Miguel Claro, en donde me reciben los amigos de los asilados: Roberto Toscano, Livia Meloni, María Pía Castelli Abarca y Césare Rampioni. Como todos los demás, están alterados. Es un revoloteo de enjambre en torno a mí. Aguardan con preocupación intensa una palabra de consuelo, de esperanza. Sienten el incidente de Pudahuel como algo que afecta a todos, pues, para estar seguros, no basta ya con el anhelado salvoconducto. Ya no basta con tomar un sitio en un avión extranjero.

Llamo a los cuatro y, con Roberto y la Piaf, nos reunimos en la biblioteca, llena de polvo. “Díganme la verdad, si quieren que los ayude. ¿Es posible que las identidades de ustedes sean efectivamente falsas?”

Como ocurre con frecuencia, la Piaf habla por ellos:

—“No, era sólo un pretexto para tomarlos presos. Si no hubiese sido por el doctor Toscano, hoy no estarían aquí”.

“Es por molestar, simplemente, sin un motivo específico” —exclama Gómez Millán, ceñudo y rígido.

Interviene Roberto: “No se debe repetir. Necesitamos encontrar algún remedio”.

Yo intento tranquilizarlos, proponer soluciones: “Antes que nada insistiremos, en los límites de nuestro poder, para hacerlos partir cuanto antes. Después podremos solicitar que la identificación sea hecha con anticipación. Nunca más en Pudahuel mismo. Tal vez aquí, en el interior de la Residencia”.

“Siempre que no entren más de dos personas, naturalmente desarmados”—exclama Livia.

De todos modos están de acuerdo con el hecho de que se trata de una propuesta posible.

Salimos de la biblioteca. Los que han permanecido afuera nos consultan. “Verán que no se volverá a repetir, hemos encontrado una solución!” ¿Me creerán? Me lo pregunto mientras se van repartiendo por el parque, discutiendo entre ellos.

SÁBADO 18 DE MAYO

Discurso a la colectividad italiana de Santiago en la sede del “Audax Italiano”. Apoyo del consultor Ferralis.

Mis relaciones con la colectividad italiana componen una historia compleja, que comienza antes de mi estadía en Chile, con el acto de fuerza de Luigi di Castri, Vittorio Di Girolamo y otros ex-camaradas, en la oficina de la calle Triana. Querían expresar la protesta de la colonia por el “no reconocimiento italiano de la Junta”, la cual, a sus ojos, aparecía como enviada por la Providencia. Los carabineros pedidos por De Masi les ordenaron que se dispersaran, cosa que hicieron, porque no podían desobedecer una orden proveniente de la misma autoridad que estimaban tanto.

Al día siguiente, arrojaron metafóricamente barro sobre los “siervos comunistas de un Gobierno amarrado al carro del marxismo internacional”. Fue entonces que De Masi me telefoneó a Roma, para rogarme que viajara a Chile lo más pronto posible.

Si esto ocurría en Santiago, en Valparaíso los connacionales condecorados con la Cruz de Vittorio Veneto restituyeron las enseñas en el Consulado, como forma desdeñosa de protesta ante la “deplorable actitud” del Gobierno italiano. Entre mis tareas estaba la de “aplacar” a la colectividad. Les debía yo explicar que se trataba de “una fase transitoria, destinada a ser superada”. Lo complejo del asunto es que estoy manejando esta tesis, con muchísimo esfuerzo cotidiano, para hacer que de alguna manera resulte digna de crédito, y, por otra parte, debo operar en líneas distintas. No es asunto fácil.

En Roma, alguien me había advertido: “No des soga a los italianos en Chile: son todos “nostálgicos”. Eso era, sin embargo, una generalización. En verdad, el grupo de exaltados que ocupó la Cancillería tenía un sello indiscutible; pero los otros, a quienes he conocido en estos meses eran más bien gente que había subido por su propio esfuerzo. Giuseppe Canepa, cuyo abuelo había atravesado Los Andes a lomo de mula, ahora produce uno de los mejores vinos de Chile y preside el Consejo de la Scuola Italiana. Giovanni Ferralis, un *partigiano azzurro*²⁷, emigrado a Chile luego de la Guerra, es hoy representante de Martini & Rossi. Maurenzo d’Avico, gerente de una industria textil y Presidente del Estadio Italiano. Enzo dell’Orto, Presidente de la Cámara de Comercio. Raffaele Valentino, director de una industria de plástico. Su hermano Cesare. Berto Bortolaso, fabricante de galletas. Mabo Strabucchi y muchos otros, pequeños industriales o comerciantes.

¿La política? No era cosa de ellos. Su vida residía en el trabajo, depurado de escorias contaminantes; su tarea, la defensa de las posiciones conquistadas con grandes sacrificios de generaciones. Allende las había amenazado y, cuando cayó, los italianos se encontraron automáticamente de lado de los nuevos patrones políticos, los cuales, pisando en un terreno firme, protegían a la industria, al comercio y respetaban la propiedad, los “fundos”.

²⁷ Los partigiani, o partisanos, eran los guerrilleros que combatieron en contra de los alemanes y los fascistas de la República Social Italiana, entre los años 1943 y 1943. Azzurri eran los no comunistas de la División Osoppo, Los comunistas, por su parte, constituían el núcleo principal de la División Garibaldi.

Ahora me encuentro en la sede del Audax Italiano, sociedad centenaria, multideportiva, pionera del fútbol en Chile, que decayó en esta disciplina, pero logró ser fuerte en otras como las bochas y el patinaje sobre ruedas. Me pregunto cómo voy a enfrentarlos, qué tono habré de usar con ellos. Decido reunir al mecanismo natural que ofrece una voluntad de diálogo, tratando de convencerme a mí mismo de que el interlocutor es uno solo y resulta capaz de oírme con benevolencia.

Luego de la presentación que hace Ferralis, a quien miro como una suerte de enviado de la Providencia, digo: “Prefiero conversar amigablemente, si ello resulta bien para ustedes. Les contaré todo lo que sé, sin mantener reservas mentales. ¿Me permiten permanecer sentado?” El exordio es bien acogido, por tanto continúo con seguridad: “Yo debía venir con toda la autoridad inherente a un Jefe de Misión, pero eso no ha sido posible por la visión general que hay en Italia sobre el caso de Chile. He aceptado, de igual manera, el delicado encargo, como anticipo de una necesaria formalización que no podrá tardar mucho... Estoy aquí por ustedes; mi presencia es una señal de que nuestro Gobierno no los ha olvidado ni los olvidará”. A medida que hablo me convengo de que es ésta la única verdad y no sólo una cara de la doble realidad. Como yo me encuentro persuadido, así, al menos por el momento, me parece natural que todos cuantos me escuchan también lo estén. Pero, ¿es ello verdad?

El “providencial” Ferralis toma la palabra cuando yo la dejo y dice: “Le agradezco por su exposición tan clara y sincera. Tal vez ha ido más allá de nuestras expectativas, saliéndose de la formalidad y abriendo su espíritu. Es por eso que estamos aún más agradecidos. Esperamos solamente que el Gobierno italiano dé pronta concreción a las promesas de “attenzione” (que es el término usado específicamente por el Ministro de Relaciones Exteriores) para la colectividad italiana en Chile, formuladas por Aldo Moro después del día 11 de septiembre”. Los demás asienten y se acercan para estrechar mi mano.

Me siento satisfecho, pues creo haber superado con éxito el primer escollo.

DOMINGO 19 DE MAYO

Encuentro con la colectividad italiana de Valparaíso y Viña del Mar en la Casa de Italia. Acusación a nuestro Gobierno. Intervención del Cónsul Covatta.

Hoy corresponde el segundo round con la colectividad. Ya no hay estudio del rival: es el más duro, pero yo he vencido las reticencias y me he subido al lomo del tigre de la euforia para cabalgar en él. El viejo Mercedes de Giovanni Ferralis se detiene en el santuario de Lo Vásquez, próximo al desvío que conduce a Valparaíso o a Viña. Es una meta anual de los peregrinos de Santiago. “Una detención obligada para mí —se excusa Ferralis—. No la olvido nunca”. Todo es muy rápido: una ofrenda, un ruego y ya estamos listos para seguir. El “providencial” me habla de la colectividad de las dos ciudades, que he de ver. Se trata de la más antigua de Chile y, por tanto, de la más sensible a aquello que toma por la indiferencia activa, “con motivaciones ideológicas”, del Gobierno italiano. Me habla de Covatta, el Cónsul General, “colonialista africano” puesto en uso por el Ministerio de la Guerra, y aún impregnado de la experiencia fascista, que busca revivir ahora. “¿Sabe cómo lo llaman en Valparaíso?” —insinúa con sonrisa irónica— “el Padrino”.

La Casa de Italia está en Viña del Mar. Cuando la ruta de la última colina empieza a descender hacia el mar, vuelvo a probar la misma sensación de mi primer encuentro con el Pacífico, el Año Nuevo de 1974, desde la ubicación que ya he tomado. Se trata de un espectáculo similar, con la diferencia de que el puerto de Valparaíso, en dirección sur, se ve más activo, con una motonave que anuncia ruidosamente su llegada, y con el perfil esplendoroso de cuatro cazatorpederos anclados en el molo.

Llegamos a la Casa de Italia, una mansión finisecular que mantiene su dignidad, rodeada por un jardín y un “bochódromo”, que corresponde a la tradición ligur de la gran mayoría de la colectividad. Nos reciben en un frío y gran salón. El saludo de recepción lo hace el mismo Cónsul Armando Covatta, grueso, extravertido, de cabellos negros que, en la parte de las sienes, se encaminan hacia un rojizo que habla de tintura mal aplicada. Me abraza efusivamente y después comienza una serie de presentaciones. El profesor Colombo, de cabellos blancos, pálido, huesudo, se expresa en un italiano que resulta extraordinariamente correcto, en consideración que la lengua suele estropearse en boca de nuestros colonos, debido a la irresistible contaminación de otra que es también hija del latín. Más y más. El abogado Mario Consigliere que expresa tranquilidad y dignidad en la lentitud de sus gestos, en el empleo de la palabra sobria, expresada en voz baja. El más joven e impetuoso es Renzo Arata, propietario de la firma de dulces “Costa”. Se trata del punta de lanza de los “enemigos” del no reconocimiento del régimen militar de la Junta. Y tantos otros, más bien ancianos, retaguardia de una generación que ha vivido a las sombras del “prestigio mussoliniano”, que observa con una mezcla de curiosidad y recelo al representante “no oficial” de un Gobierno que no comprenden y más bien sienten lejano, separado y ausente de lo que es su realidad.

Me hacen visitar su casa, sin perder rincón, y el campo de bochas, trasplantado a Chile y prueba de que los italianos residentes sienten cariño por las tradiciones, en este caso la ligur, aun cuando no logren arraigarse en la tierra de adopción. Subimos al segundo piso, en donde preparan el almuerzo. Hay aquí también un amplio, salón, presidido por un enorme retrato de Giuseppe Garibaldi, el “héroe de dos mundos”, a modo de recuerdo imborrable de la estadía del héroe en Valparaíso en las últimas décadas del siglo XIX²⁸.

Nos sentamos en una sala reservada, en mesas que forman un único y gran cuadrado. Diez personas por lado. A mi derecha, Colombo; a mi izquierda, Consigliere, al frente, el Cónsul Covatta, acomodado beatíficamente entre personas que le rinden homenaje de continuo. En cuanto a mis dos bien educados ángeles custodios, me parece que cumplen una función de diafragma entre este representante del Gobierno de Italia, que soy yo, y los espíritus más efervescentes o díscolos, pasando por el cedazo las intervenciones más mordaces y aquellas que resultan irrespetuosas.

No me equivoco. Después del desfile de una serie de viandas, presentadas como italianas, pero que carecen del sabor y del perfume del remoto original, los connacionales atacan, primero con alusiones moderadas, pero clarísimas, y después en el empleo del *crescendo*, al modo rossiniano, con tonos cada vez más encendidos, con dardos que apuntan siempre más al centro, al gran blanco: el Gobierno italiano, del cual, maltratado, soy el representante.

Me manejo con convicción, aceptando enfrentamientos en donde se trata de las motivaciones de su conducta, de su consideración para las exigencias concretas de la colectividad italiana en el exterior. “Pero entonces, si es así, ¿por qué no reconoce, como lo han hecho todos los occidentales, desde Francia hasta Inglaterra y Alemania, países que tienen importantes colectividades en Chile?” —reclaman—. “Un momento —pido—. Nuestra situación es más compleja y delicada. Hay también quienes reclaman la cesación total de las relaciones. Y esto sí que significaría desconocer vuestras exigencias. Sin embargo, una Embajada de Italia, aunque sea de bajo perfil, permanece en Chile con el fin específico de tutelar las necesidades de los italianos residentes”.

“¡Palabras! ¡Palabras! —insisten—. Aldo Moro dijo que pondrá sobre nosotros “un attenzione” particular, pero hasta ahora nada de ello se ha visto, ¡Queremos hechos y no palabras!”.

²⁸Obra del italiano Pomped Mariani.

Veo que es difícil hacerme considerar un “hecho”. “¿Por qué nosotros, los únicos entre los migrantes occidentales, debemos quedar sin la garantía de unas relaciones formales entre gobiernos, sin la protección de un Embajador?” Quien habla con tal vehemencia es Renzo Arata, el cual vive la exaltación del “tribuno”. En vano, mis ángeles custodios tratan de frenarlo. Otros, en cambio, le hacen eco con un clamor cada vez más ensordecedor. De repente hay quien golpea con fuerza el puño sobre la mesa y pide silencio con voz de trueno. Es él, el Padrino, Covatta. Todos enmudecen al instante. “Amigos —inicia con marcado acento de los Abruzzos—, ¿no les parece que se están sobrepasando? Tenemos con nosotros al representante del Gobierno italiano y estamos agradecidos de que haya deseado estar aquí y que nos haya explicado muchas cosas. Todos ustedes deberían agradecerle por esto... Por otra parte, a ti, querido colega, este encuentro deberá servir para comprender que aquello que mueve a los italianos en Chile no es un cálculo mezquino ni un vil interés, sino sólo, exclusivamente, un sincero, ilimitado, viril, amor por la lejana Patria. Los italianos residentes han estado siempre de acuerdo con cualquier Gobierno chileno. No se han ocupado jamás de sus ideologías, han pensado solamente en trabajar; pero cuando un Gobierno, como el de la Unidad Popular, ha comenzado a cortar los frutos del trabajo, entonces se levantaron y hoy aplauden a los nuevos gobernantes, que no los amenazan en absoluto. Por el contrario, los aprecian como lo hacían aquellos del pasado. Todo esto esperan que se sepa en Italia, y desean que tú, querido colega, te hagas intérprete de sus sentimientos. ¡Y ahora, alcémonos todos y brindemos unidos al grito de “Viva Chile, Viva Italia!”.

“¡Bravo, bravo!” Los presentes, excitados por las palabras del Cónsul, avivan con frenéticos aplausos. Se apresuran, acercándose a él, a congratularlo. Covatta se alimenta del éxito, en el centro de la sala y de la atención, es un clima de euforia y de brindis festivos. Se halla en su salsa. Es el verdadero Padrino de la colectividad, como lo había dicho el “Providencial”.

La gente se acuerda de mí: pero luego del discurso de Covatta, no soy más el adversario potencial o concreto, sospechoso de “marxista”. Soy un convidado alas fiestas, como los demás, quizás con algunas calificaciones de más peso. El Padrino me abraza nuevamente. Otros se agrupan junto a mí: “¡Estamos todos por Italia! ¡Dígalo a Roma! ¡Cuénteselo a sus jefes!” Son ya las ocho de la noche y estamos en la mesa desde la una. Cuando me retiro, con los sentimientos mezclados, pienso en que no quieren o no pueden comprender lo del “no reconocimiento”. Sin embargo, me aceptan como interlocutor. Por ello debo estar agradecido con Armando Covatta.

MIÉRCOLES 22 DE MAYO

Los cuatro asilados, que fueron retenidos en el aeropuerto, podrán trasladarse a Italia.

La Moneda me comunica el resultado del examen de las huellas digitales. Stuparich, Fica, Ramos y Gómez Millán son quienes dijeron ser, por tanto el incidente fue una farsa. Habrán de partir dentro de este mes, junto a Rossi, Volpone, Loguercio y otros.

VIERNES 24 DE MAYO.

El Canciller Ismael Huerta ataca, por televisión, la política italiana hacia Chile amenazando con mi expulsión del país.

Por TV anuncian una conferencia de prensa que dará el Ministro de Relaciones Exteriores, Ismael Huerta. Me acomodo sobre mi cama, apoyando la cabeza en dos cojines inclinados, para paladear mejor el discurso. Es uno de los “Inaccesibles”, uno de aquellos a los que no me conviene visitar. Trato con sus colaboradores. Me imagino, el relato que le harán, tal vez cribándolo mediante el empleo de sus buenos criterios diplomáticos. Ahora, el Canciller entra directamente en contacto conmigo, gracias a la benévola complacencia de la TV. Podré descifrar sus códigos, viendo sus actitudes, las palabras que pronunciará. Me parece que tengo, por tanto, una ventaja sobre él, quien ignora quién soy o cómo estoy hecho.

He aquí que se instala en la pantalla. La impresión no es favorable. Rostro cuadrado, rojizo, de facciones gruesas. No corresponde al arquetipo del oficial de marina.

Sus primeras palabras son duras y fuertes, hasta que cae el asunto de Italia. “Puedo afirmar —dice— que es mi deseo de que el Gobierno italiano defina su posición. Nos encontramos en una situación muy peculiar, señores. Yo no sé si las relaciones con Italia son normales o no. Hay aquí una misión diplomática italiana, como hay una misión diplomática chilena en Roma. Hay funcionarios diplomáticos. Hay un señor que se llama De Vergottini, el cual dice ser Encargado de Negocios. Yo no lo conozco, pero él asegura ser Encargado de Negocios. Sin embargo, no me ha visitado; por lo tanto, para mí, no es más que un señor ingresado a Chile con visa de turista, que resulta vencida...”

Entonces, es verdad. El Almirante sentía curiosidad por conocerme, y está desilusionado porque ni traté de tomar contacto con él. Por otra parte, me preocupa un tanto este asunto de la visa de turista, dada a conocer públicamente a chilenos y a connacionales residentes. Huerta continúa, con tono de enfado muy desagradable y altanero: “Así es que si el Gobierno italiano no se pronuncia, no me queda otra cosa que pedir al señor De Vergottini que deje Chile, puesto que la visa turística caducó...”

Aquí estamos. Es la amenaza de expulsión. Annasofia, que se me ha acercado justamente ahora, siguiendo con su olfato por lo importante que nos afecta de cerca, exclama: “¡Menos mal! Tal vez sea nuestra salvación. ¡Bravo, Huerta! ¡Congratulaciones! Tomaso, ¿te das cuenta de la suerte? Dejemos de simular ser héroes y solicitemos otra destinación. ¡Coraje, empecemos a hacer las maletas!” Pero el Almirante aún no termina: “La actitud italiana es dictada, tal vez, por motivos internos; pero nosotros hemos resuelto los nuestros y no podemos ocuparnos de los ajenos. Entre tanto, estamos estudiando cuestiones pendientes entre los dos países. Como lo de Alitalia... No es posible que a un país que no ha tenido la entereza de hacer frente a una situación política con Chile se le concedan facilidades para sus aviones y la utilización de nuestros aeropuertos”.

Otra amenaza. El régimen militar ¿se siente fuerte, ya sea políticamente, como para referirse a mi expulsión, ya sea económicamente, como para privarse irreflexivamente de los beneficios que asegura la presencia de una Compañía aérea europea?

“A mí me parece que este Huerta está loco —digo a Annasofia—. Antes de hacerlo con Italia, se las tomó con Inglaterra y México. No creo que sus opiniones sean compartidas por todos en el régimen”.

“Pero él es el Ministro de Relaciones Exteriores —razona correctamente mi mujer—. Se supone que, como tal, sea el más sensible al asunto de las relaciones internacionales. Por tanto, de los otros puedes esperar lo peor. ¡Qué nos echen, sería una suerte! Y ellos se llevarían los reproches de Europa y de los Estados Unidos”.

Annasofia está eufórica, mientras yo me he puesto con perplejidad a pensar. “¡Arriba, sacúdete. No te apegues tanto a tu misión. No te equivocaste tú, sino estos militares, que han de enviar todo por los aires! Nadie podrá culparte de nada. Aún más, repito, pase lo que pase: te hará bien”.

SÁBADO 25 DE MAYO

La prensa amplía las declaraciones del Canciller Huerta, censurando al Gobierno italiano y refiriéndose a mi posición particular de “turista con visa vencida”.

Los periódicos sirven como altavoces de las declaraciones de Huerta. “Chile ha dado el ultimátum a Italia. No se excluye la expulsión del Encargado de Negocios. Huerta: ¡Italia defina su posición!” (*La Tercera*), “Enérgica declaración del Canciller Huerta: ¡Italia debe definir sus relaciones con Chile!” (*La Segunda*).

Ferralis me llama por teléfono. Necesita urgentemente hablar conmigo. Nos encontramos en Triana. Lleva consigo la carta que ha preparado a nombre de los italianos residentes para su envío a nuestro Ministro de Relaciones Exteriores. Tiene el rostro encendido, ansioso, “¿Cómo ha sucedido? ¿Qué significa? La colectividad está agitada. Exactamente después que usted ha hecho ese gesto... ¿Cómo poder explicarlo?”

Sostengo que se trata de un acto instintivo, típico de una cierta mentalidad militar, no avezada en los límites ni en los matices de la diplomacia. En síntesis, Huerta no ha entendido nada y ha empeorado las cosas, sobre todo porque ha hablado públicamente. Ahora será difícil reparar los platos rotos.

“Entiendo —refunfuña Ferralis—, pero respecto de la carta, ¿qué nos aconseja? ¿La enviará igual?” Me la deja leer; “La colectividad agradece por el interés mostrado hacia sus problemas. Al mismo tiempo, expresa amargura porque se siente descuidada, porque los numerosos pedidos a Roma han quedado sin respuesta. Propone normalizar las relaciones con el Gobierno chileno, independientemente de la política y de la ideología. La colectividad recuerda que el honorable Ministro Moro, al día siguiente del 11 de septiembre de 1973, dijo que la situación chilena merecía ser estudiada, también en consideración de los 25 mil italianos residentes”.

Hasta aquí la carta. “¡Está bien! La mando, es mi deber. Responde a aquello que ustedes sienten, ¿no es verdad? Sólo que esta vez lo han expresado en términos más moderados y aceptables, como les he aconsejado. Para ustedes, lo que ha dicho Huerta no debe importar. Repito. Curso la carta, tal como está. Moro es persona sagaz y sensible. Ponderará la nueva situación y sabrá tomar la decisión justa”. Digo esto, pero estoy seguro de que, por la prisa y la arrogancia de Huerta, las esperanzas de los connacionales se revelarán como más vanas que antes.

LUNES 27 DE MAYO

El Director General de la Cancillería, Carlos Valenzuela, me confirma que el Gobierno chileno se conformaría con una normalización a nivel de Encargados de Negocios.

En La Moneda me recibe el nuevo Director General, cargo que entre nosotros equivale al de Secretario General, el Embajador Carlos Valenzuela. De estatura media alta, espaldas embutidas en el tronco, espesos cabellos grises, ojo derecho estrábico. De inmediato muestra lo que es, un diplomático de experiencia y cultura, de ademanes seguros, sarcástico. Después de unos preliminares —como para producir distensión— aborda el delicado tema, con algunos matices obligatorios, pero también con franqueza. “Cuando interpreta el discurso del Canciller, haría muy bien en no tomar en cuenta aquello que ha fabricado la prensa. Vea, Don Tomaso, ¿me permite que lo llame así? Es la moda del país. La intervención del Ministro, en esencia, significa no otra cosa que esto: él quiere de usted una aclaración definitiva. Desea que se salga del equívoco que, a su parecer, se ha prolongado demasiado. Es la mentalidad del militar, lejano de las sutilezas de la política, que a ustedes, los italianos, les son familiares y que nosotros los diplomáticos podemos comprender. El Canciller ha tenido un gesto de instintiva repulsión por este tira y afloja y desea, simplemente, que termine”.

Mientras habla no puedo dejar de tener en cuenta que es la máxima autoridad de la “Carrera”. No obstante me está diciendo, sin ambages, que su Ministro es un emotivo, capaz de padecer rechazos instintivos hacia comportamientos extraños a su formación militar. Lo que, en el fondo, me pide Valenzuela es excusar la forma poco adecuada del discurso y así conservar sólo el significado auténtico, de acuerdo con sus explicaciones.

“No se pretende —continúa— que Italia normalice sus relaciones a alto nivel, pero que oficialice aquello que, en la práctica, ya existe. Tenemos varios argumentos a favor, que usted, Don Tomaso, conoce mejor que yo: el intercambio comercial, los intereses de la colonia italiana. Entiendo las razones opuestas, en particular las del Partido Socialista italiano, pero si De Martino²⁹ se detuviera un momento y considerara la situación de los países socialistas como Rumania y China Popular, que tienen relaciones con nosotros, en el nivel de Embajador... En cambio, el Gobierno italiano muestra una actitud hostil, incluso en los organismos internacionales. Hace pocos días tuvimos noticias de que el veto italiano de Altiero Spinelli ha bloqueado la remesa a Chile de 20 mil toneladas de trigo de la Comunidad Europea, decidida incluso bajo el Gobierno de Allende”.

A las recriminaciones, expresadas en tono impersonal, agrega ahora las promesas, dichas con un acento de benevolencia: “El Gobierno chileno está dispuesto a resolver positivamente la cuestión de los asilados”. “¿Y el incidente del 8 de mayo en el aeropuerto?” —pregunto—. “Ha sido un desagradable malentendido. De todos modos le agradecería que me hiciera llegar personalmente la lista precisa de los asilados a los cuales se les ha negado, hasta ahora, el salvoconducto. Volvamos así al punto principal: ¿si al menos de parte italiana se propusiese un calendario fijo para normalizar las relaciones, en el nivel de Encargado de Negocios!”

MARTES 28 DE MAYO

Conversación con el delegado de Alitalia.

Recibo a Vittorelli, el delegado de Alitalia en Chile, ítalo-argentino ya en vísperas de la jubilación³⁰. Se presenta muy tenso, algo que no le conozco. Sonríe de manera forzada. Se le llamó a La Moneda, en donde le han comunicado más o menos lo mismo que me ha dicho a mí Valenzuela. Una nueva manifestación de que desean incluir a Alitalia en el “paquete” de la *Incaricatura d’Affari*³¹.

JUEVES 30 DE MAYO

Reunión en Triana con los dirigentes de la colectividad alarmados por las palabras de Huerta.

El Protocolo, en su afán por resolver las legítimas dudas creadas por Huerta sobre mi función, tiene por oportuno precisar públicamente: “Sin el correspondiente visto bueno, no hay acreditación formal. Sin la acreditación, De Vergottini tiene el carácter de diplomático en tránsito. No puede quedarse en el país por un tiempo que supere los noventa días”. Los periódicos titulan: “Embajada de Italia: De Vergottini es diplomático. Cancillería insiste: no es diplomático” (*La Tercera*). Por lo tanto La Moneda no logra aclarar nada, más bien se va acrecentando la confusión. Imaginarse lo que pasa con la colonia italiana... Recibo llamados por teléfono de voces irritadas e inquisitivas. Las injuriosas, las llenas de oprobio, no me las pasan ni en la oficina ni en la casa.

²⁹Era entonces el Secretario del Partido Socialista italiano y vicepresidente del Consejo de Ministros en la coalición de gobierno demócrata cristiana-socialista.

³⁰Era conocido como bailarín de tango y por el afán de escandalizar a señoras de distintas edades mediante el relato de chistes de doble sentido, asunto que casi nunca lograba.

³¹ Función del Encargado de Negocios.

Reúno en Triana a los presidentes de las Asociaciones italianas. Me hablan del temor de que las declaraciones de Huerta lleven a una ruptura de relaciones con Italia. ¿Qué sería entonces de la colectividad? Ferralis agrega la nota dramática; la amenaza de los extremistas de repetir una acción violenta en contra de la Embajada, como aquella del pasado 20 de diciembre; pero una vez más la intervención del “providencial” los ha disuadido.

Tomo la palabra. Les aseguro que envié la carta; aclaro lo que sé: el Gobierno chileno no quiere provocar, en modo alguno, la ruptura. Sólo quiere normalizar las relaciones en el nivel mío, de Encargado de Negocios. Si habla públicamente de mi condición es para demostrar los absurdos jurídicos. Así espera forzarnos la mano. Los presidentes escuchan y se miran, no saben qué decir, pero Ferralis habla, sólo él. Todos terminan por entender que me hallo en el centro de un juego mucho más complejo, más grande que yo, que hago lo posible, que presto atención a la colectividad y oigo sus exigencias.

SÁBADO 1 DE JUNIO

La intervención de Huerta ha detenido la posibilidad de normalización aun a nivel mínimo.

ME ENTERO a través de Nuestra Casa, que también el Ministro Moro piensa que la situación es insostenible, que tiene delicadas redes de enlace. Estaba por madurar, pero las declaraciones de Huerta han complicado todo, porque cualquier movimiento de nuestra parte parecería producido por una presión de ultimátum. Hasta esa normalización mínima, a la que se refieren las autoridades chilenas es de difícil realización.

A primera hora de la tarde me dirijo a La Moneda, con el fin de conocer la reacción de Carlos Valenzuela. Acusa bien el golpe, sonriendo amablemente. Después me dice que el Gobierno chileno está dispuesto a esperar todavía, pero que al menos si la parte italiana fijase un término, la fecha de un desenlace o un calendario a qué atenerse. Sólo así los militares chilenos podrían entender. Parece casi un médico que trata de colocar vendajes para detener la hemorragia en una herida profunda y grave.

MARTES 4 DE JUNIO

El Jefe de la Oficina de “seguridad” de La Moneda, me pide garantía de arraigo previa por ocho huéspedes, antes del traslado a Italia.

El comandante Rojas, nuevo Jefe de “seguridad”, me recibe en su oficina, situada en una de las alas del palacio de La Moneda, la que fue golpeada por las bombas de la Fuerza Aérea de Chile, el 11 de septiembre. Se halla en fase de reconstrucción. Para dar con él, debo cruzar a través de escombros calcinados y orillar muros de cartón. Rojas, a diferencia de Huerta, es alguien a quien imagino como el prototipo del Oficial de Marina. Impecable, amanerado; los cabellos color de ébano, engominados a laValentino, y la mirada cortante. Un saludo apenas perceptible y, de inmediato, entra en materia. Se trata de ocho asilados, a los cuales no se les ha concedido salvoconductos (él los llama “diferidos”). Dice: “Estamos dispuestos a resolver positivamente el problema, pero necesitamos de una garantía de arraigo. Hay un proceso en curso en contra de ellos. Imagínese que sean condenados cuando ya estén en Italia, y que nosotros solicitemos la extradición. Debemos estar seguros de que, en tal caso, serán ubicables. Por eso deseamos tenerlos bajo medidas de seguridad administrativa. Lo que pedimos no es un confinamiento en el domicilio, pero sí la “libertad vigilada” que pueda permitir ubicarlos. No deberán salir del país que los hospeda. El arraigo no puede ir más allá de los ochenta días. Lo hemos ya pedido —y obtenido— de México, para diecisiete de los setenta y un asilados que Rabasa se ha llavado con él en un avión; pero con Italia todo es más complicado, porque una garantía formal como el arraigo se puede solicitar solamente, en ausencia del Embajador, a través de un funcionario que tenga un rango regular de Encargado de Negocios. Por lo tanto la regularización de la cuestión de la *Incaricatura d’Affari* permitiría la solicitada partida de todos los restantes huéspedes de la Residencia italiana”.

Esto es hablar claro. El Gobierno chileno, luego de haber intentado en vano seguir otros caminos para obtener la normalización en su nivel mínimo, se decide al fin de establecer un nexo entre dicha normalización y la solución definitiva del problema de asilo en Miguel Claro.

La propuesta del Comandante me parece fuera del tiempo. A criterio suyo, los ocho servirían a modo de fianza humana para normalizar las relaciones. Pero, ¿por qué ellos? ¿Tal vez porque son más culpables que otros a los ojos del régimen? En todo caso, digo a Rojas: “¿Cursarán la solicitud de extradición por todos?” El contesta que no está establecido y que ha de decidirlo el juez militar. “Ya que entre los ocho no hay ni figuras políticas ni delincuentes fichados como tales, tengo la impresión de que elegirán caso a caso.

MIÉRCOLES 5 DE JUNIO

Reunión de los jefes de misión en Chile por el “proceso FACH”.

Participo en una enésima reunión de la Comunidad Europea por el llamado “Proceso FACH”. Un grupo de civiles y militares están acusados de promover la infiltración ideológica y subversiva en el arma. El proceso ha causado conmoción en Europa, porque el juez instructor ha solicitado, el día 5 de mayo, la pena capital para los inculcados. Desde aquel día nos hemos reunido varias veces, informando a las respectivas sedes centrales. El Embajador de Francia, Pierre de Menthon, ha advertido al General Gustavo Leigh que si la acusación se lleva a efecto, en París habrá reacciones negativas. El Encargado de Negocios de Bélgica, Jean Mineur, ha anunciado un pedido de clemencia de parte del Rey Balduino. En nuestra reunión del 29 de mayo, nos hemos puesto de acuerdo para sugerir la intervención conjunta de los gobiernos de la Comunidad Europea: deberemos manifestar nuestra preocupación humanitaria por el Proceso FACH y también por otros como aquél—hasta ahora sólo objeto del rumor — respecto de las personalidades de la Unidad Popular detenidas en la Isla Dawson.

SÁBADO 8 DE JUNIO

El Subsecretario Collados condiciona públicamente la concesión de los salvoconductos.

El Subsecretario de Relaciones Exteriores Claudio Collados anuncia públicamente lo que el Comandante Rojas me había anticipado: quedan 32 asilados “diferidos” en las Embajadas Europeas. Entre estos, ocho son huéspedes en la Residencia de Italia, “pero su partida será más difícil por falta de un interlocutor habilitado para tratar con el Gobierno chileno. Hasta que el Gobierno italiano no aclare la posición de su representante en Chile, De Vergottini, él no podrá actuar oficialmente como Encargado de Negocios”.

Ahora ya el nexo entre la salida de los ocho y la cuestión de la *Incaricatura d’Affari* está muy claro. A una conclusión de este tipo llegan también los interesados, a quienes voy a escuchar a Miguel Claro. Todos se hallan en estado de efervescencia debido a las declaraciones de Collados. Los ocho son: Ávila, Muñoz, Palma, Gómez, Chamorro, Stiven, Pallamar y Vergara. Me rodean. “¿Qué piensa de lo que ha dicho Collados? ¿Ya somos rehenes de la Junta! ¿Haga algo! ¿Proteste ante el Gobierno italiano!”.

El portavoz es Helmuth Stiven, el intelectual de gruesos anteojos, el cual estudia por las noches y continúa buscando una brecha posible en el hipotético muro, como un preso que trata de huir. Colabora con él O’Higgins Palma, buen pintor, de mirada irónica. Lo vería mejor en condición *de flanear* o paseante de la Rive Gauche de París, más que midiendo los pasos del jardín ya florido de la Residencia. Cuando se necesita, él asume la tarea de pacificador, ayudado por la omnipresente Edith-Livia, con quien se ha vuelto muy amigo.

El apellido O’Higgins parece extraño, pero es el suyo. Como si en Italia alguien se llamase Garibaldi Palma. Trata de adularme: “Sabemos que usted se maneja bien. Hemos leído con placer sus apropiadas respuestas a los periodistas... Sabrá también encontrar una fórmula adecuada para convencer al Gobierno italiano y ayudarnos en esta circunstancia”.

Le replico que he de continuar luchando para conseguir su libertad y la de sus compañeros, como lo he hecho siempre, ya sea tratando con La Moneda o aconsejando gestiones y tomas de posición a Roma.

MIÉRCOLES 12 DE JUNIO

Nuevos asilados entran en la casa de Miguel Claro.

El problema de los asilados “diferidos” se halla lejos aún de ser resuelto, y ya se presenta otro. El de los “nuevos” asilados. En las Residencias de Austria, Francia, Suecia, Venezuela e Italia, han comenzado, en efecto, a entrar, de a poco, saltando muros o pasando por las rejas semiabiertas, gracias a la complicidad de algunos funcionarios, combinada con la desatención, no sé hasta qué punto deseada, de los vigilantes. Son hombres y mujeres, también niños, asustados, que huyen alejándose de las fauces mismas de la represión de nuevo rostro, el terrible de la DINA, o Dirección Nacional de Inteligencia, monstruo a menudo invisible y tentacular, generado por el Régimen. Su cabeza, el jefe de esta ocupación invisible, es Manuel Contreras (“El Mamo”), cuyo nombre es susurrado, con temor reverencial, como “L’innominato” manzoniano³².

LUNES 17 DE JUNIO

Llamada de los ocho "diferidos" a Roma. Denuncian que se les considera "rehenes" del Gobierno chileno.

Continúa el vía crucis de las declaraciones más o menos oficiales y, por cierto, de los consecuentes comentarios y glosas de los medios de información, acerca de las relaciones con Italia y sobre mi estatus diplomático.

En una conferencia de prensa, el Subsecretario Collados, asediado por los periodistas, trae de nuevo a colación el ya conocido argumento, insistiendo en que la concesión de salvoconductos a nuestros “diferidos” está condicionada a la normalización de relaciones diplomáticas. Si ella no se arregla, “es imposible pedir la garantía de arraigo, previa a la eventual solicitud de extradición. El Gobierno chileno no reconoce la calidad de Representante Diplomático de Italia en Santiago al Encargado de Negocios, De Vergottini, el cual no se ha presentado como tal...”. Al mismo tiempo, me llega una carta firmada por el Comandante Rojas, en donde se expresan los mismos conceptos.

³²“El Innombrable”, personaje de *I Promessi Sposi* (“Los novios”), de Alessandro Manzoni.

Toscano me dice que los “ocho” desean entrevistarse conmigo lo antes que sea posible. Voy a Miguel Claro, en donde encuentro a Ávila y a Pallamar, que me miran con algo de desdén. En tanto, Helmuth me hace el borrador, de una carta dirigida a Aldo Moro, que ha preparado con la ayuda de Palma y Vergara: “Estamos preocupados por las declaraciones del Gobierno chileno de que la concesión de salvoconductos a Italia está condicionada a la normalización de los canales diplomáticos, que podrán utilizar la garantía de arraigo. Estas declaraciones aparecen en contraste con anteriores afirmaciones del General Gustavo Leigh, de que se habrían concedido los salvoconductos a todos los asilados. Se agregan a la violenta campaña desencadenada por la Junta, a través de Huerta, en contra del Gobierno italiano y de su Jefe de Misión en Chile, De Vergottini, que ha llegado al extremo de desconocerle la calidad de diplomático. Así se transforma nuestra condición en la de rehenes políticos, de tal manera que pueda servir a los intereses de la Junta”.

Por la tarde reúno en Triana a Tobar, el Embajador de Venezuela, y a los Encargados de Negocios de Austria, Leifer, y de Suecia, Groth. Tobar, alto y macizo, el rostro redondo y pulido, desenvuelto en el hablar muy fluido, que lleva un anillo llamativo en uno de sus dedos, subraya lo que dice con los gestos. Paul Leifer, viejo amigo desde los tiempos de Israel, moreno y agradable, ídolo de las secretarías de La Moneda. Carl Groth, rubio y de muy poco pelo en los aladares; de voz baja, aunque de exposición impetuosa, lo cual da un sello en la defensa de sus tesis. Se debe hablar de los “nuevos” asilados. Son ya 40, interesan a nuestras Embajadas y también a otras. Digo: “En la nuestra han ingresado nueve. Tres de ellos habían buscado antes refugio en la de México, pero fueron expulsados de allí. Es la nueva política mexicana, luego de la empresa de Rabasa³³. No desean saber más de asilados. Tal vez se preparan a cortar los puentes con el régimen chileno, pero también otros Embajadores sudamericanos, en el pasado muy sensibles al “problema”, ahora tienen las puertas cerradas. Así se elimina el dramático juego de la válvula de escape. Los perseguidos vienen a llamar a la puerta de los europeos, y lo harán en medida creciente, siempre que la represión continúe”.

Nosotros estamos condicionados por la Nota de la Cancillería de diciembre del 73, que hacía una excepción a la ausencia de acuerdos bilaterales en el tema del asilo, pero es posible que la excepción no se repita.

“Yo tengo buenas relaciones con La Moneda —dice Tobar, representante del único país sudamericano que continúa aceptando asilados—. Puedo hacer de mediador. Si les parece presentaré yo mismo una instancia para los cuarenta, como si todos fueran míos”. Gesto típico en él: todo es fácil o resultará si se le entrega en sus manos.

LUNES 24 DE JUNIO

³³ El Canciller mexicano Rabasa vino a Chile, con un avión oficial, llevándose a todos los asilados en su Embajada. Después, en noviembre, México efectivamente rompió sus relaciones diplomáticas con el Gobierno chileno.

Segunda llamada de los ocho.

Annasofía me telefona a Triana. Son las seis de la tarde. “¿Has leído *La Segunda*? Si no lo has hecho, ¡cómprala rápido!” El periódico de la tarde encabeza con el título “Inestable”. Se dice: “Inestable es la posición del diplomático italiano De Vergottini”. Y se agrega: “El Gobierno chileno no le reconoce la calidad de Encargado de Negocios de Italia, ya que no está oficialmente acreditado. Únicos perdedores en este asunto son los ocho asilados en la Embajada de Italia, los cuales deberán esperar hasta que se resuelvan todos estos problemas de alto nivel”.

Aún no termino de leer la información, cuando me llaman desde Miguel Claro. Apenas llego a la Residencia, soy virtualmente acosado por los ocho, que mueven el diario bajo mi vista. Me preguntan si el Honorable Ministro Moro ha respondido a la llamada que le han hecho. Pretenden, a viva voz, que mande otra. Trato de calmarlos. Los invito a instalarse conmigo en la Biblioteca. Juntos redactamos un texto.

MIÉRCOLES 26 DE JUNIO

Junta de Aeronáutica Civil no renueva contrato de Alitalia.

Recibo a Vittorelli en Triana. “La Junta de la Aeronáutica Civil —me informa, con inesperada calma— ha decidido no renovar el contrato de Alitalia. Me han dicho que nadie en Italia ha querido recibir al General Poblete Romo, ni siquiera de lejos —balucea ahora—. Han dicho que el 3 de julio está prevista en Roma una manifestación en contra de la Junta de Gobierno de Chile, Además, el delegado italiano ha votado en contra del Gobierno chileno en la Asamblea de la OIT.

“¿Qué tiene que ver todo esto con Alitalia?” “Pero no me han dado más respuesta que lo que le digo —explica Vittorelli—. Es claro que la verdadera respuesta es política”. Después del desahogo, retoma un aire irónico: “¿No nos quieren más? Sólo los chilenos serán los perdedores”.

Cuando él se va, me pongo a leer *El Mercurio*. Mi vista da con un artículo que me ha mostrado Toscano, y que se refiere a la decisión sobre Alitalia. He aquí el texto: “La decisión —según fuentes de la Cancillería— tiene su origen en las dificultades diplomáticas entre Chile e Italia. El Gobierno italiano, por razones políticas, ha mantenido una actitud de indefinición diplomática en sus relaciones con la Junta. El Encargado de Negocios de Italia es Tomaso de Vergottini, pero la Cancillería no le reconoce tal condición, considerándolo, en cambio, diplomático en tránsito, porque aún no se ha presentado al Gobierno”. En síntesis se trata de la tesis de Huerta, reiterada ahora por el diario que es oficial por antonomasia.

Hoy Annasofía y yo cumplimos 11 años de matrimonio. Como nunca, en este período borrascoso, la he sentido tan cerca de mí. Me ha seguido, paso a paso, identificándose con mis problemas, sugiriendo, aconsejando, sin invadir, por otra parte, el campo en donde reclamo exclusividad. En la Residencia, sobre todo, su mano se ha dejado sentir. En cuanto a Antonugo, lo hemos inscrito en la Alianza Francesa, adonde va feliz. Siempre lo acompaña el chofer oficial de la Embajada, Sergio Soto, cuyo segundo apellido, que evita cuidadosamente usar, como es la costumbre en Chile, en lo que respecta al materno, es Pinochet. Ha entendido bien que tanto Annasofía como yo tenemos una gran preocupación por la seguridad de nuestro hijo, pues la situación política en este momento tiene muchos riesgos que pueden llegar a afectar a un niño de cinco años. Por eso Sergio se preocupa especialmente de Antonugo y está siempre con él en donde se encuentre. El pequeño lo aprecia mucho y le hace preguntas que tal vez Soto se resiste a responder. Ahora bien, él se encuentra ansioso, porque ha oído la noticia de que Alitalia no vendrá más a Santiago y da en inquirir: “¿Y ahora cómo volveré a casa en Roma?”.

MARTES 2 DE JULIO

Criterios para presentar nuevas solicitudes relativas a los salvoconductos.

LAJUNTA de Aeronáutica Civil confirma el rechazo a los vuelos, pero prorroga a Alitalia el permiso de asistencia de otras líneas, en el aeropuerto de Pudahuel: Air-France, Avianca, Swissair, labor que desarrollaba desde hace años. ¿Será esa, quizás, una primera manifestación de remordimiento por la decisión?

Me reúno nuevamente en Triana con Tobar, Leifer y Groth. El austríaco relata su entrevista con Collados, el cual, para conceder los salvoconductos, pretende, en cambio: en primer lugar, una Nota en la cual se solicite hacer excepción, “por una sola vez”, a la circular del 4 de diciembre pasado; en segundo lugar, un doble compromiso de no aceptar más asilados en un futuro, manteniendo reservado el asunto. Tobar se declara de acuerdo. Groth, en cambio, exclama: “¿Reservado? ¿En este país? ¡Es una ilusión!” Yo digo que me resulta más grave el compromiso para el futuro. “Creo —explico— que me será imposible mantenerlo. Hace sólo tres días saltaron el muro de Miguel Claro de a cuatro; ayer, de a dos. Además de lo que les explico, la vigilancia es débil y tal vez favorece el ingreso”.

De todos modos, entre europeos, nos ponemos de acuerdo en enviar notas idénticas, al mismo tiempo, en que no nos comprometemos *demasiado* a no recibir asilados en el futuro.

JUEVES 4 DE JULIO

Recepción por el Día Nacional de los Estados Unidos. Asiste el General Pinochet.

Hoy, día Nacional de los Estados Unidos, recepción por el Embajador Popper. Es diferente del usual cóctel diplomático. Lo primero, es más grande y más fastuoso. Los colegas, a Dios gracias, son minoría. Los chilenos resultan más importantes y diversificados, desde los sostenedores del régimen hasta los opositores. Veo al Cardenal Raúl Silva Henríquez, quien siempre ha sido más bien refractario a los cócteles, y a otras personalidades de la Iglesia. Pocos políticos, no acostumbrados a esta variedad de espectáculo desde que la Junta tomó el poder. Se mueven tímidamente al comienzo, pero, poco a poco, logran sentirse naturales, para terminar circulando entre diplomáticos y eclesiásticos, no evitando el contacto con los militares más abordables.

Lo interesante es que se halla presente la Junta en pleno, con Pinochet, quien se exhibe con un vistoso uniforme blanco. Jactancioso, con aire de desdén, ceño soldadesco, pone un tabique entre él y quienes zumban a su alrededor, untuosos y zalameros. Paso cerca de él, pues suscita mi curiosidad. Por un instante lo observo, cruzo con él una mirada. Después, continúo muy rápido a fin de evitar que alguien, en un generoso impulso, cometa la imprudencia de presentármelo y cualquiera immortalice, mediante una foto, un contagioso apretón de manos.

Me presentan, en cambio, a René Silva Espejo, Director de El Mercurio. Apergaminado, aunque ágil de mente. Me dicen que fue nazi de joven, pero que ya viene de vuelta. ¿De qué vuelta? Recordando lo de Huerta, me dice: “¿Así que usted es un turista?” Le rebato: “Nunca ha sucedido que un turista vea tan poco de un país en tanto tiempo”. La réplica viene: “No, pero usted puede ostentar el título del turista más distinguido de Chile”. Me agrada la definición, sobre todo porque viene de un “gobiernista” altamente calificado.

VIERNES 5 DE JULIO

Entrego a la Cancillería lalista de nueve asilados “nuevos”.

Le entrego a Valenzuela la nueva lista de asilados: son nueve. Hago un extenso discurso: “Usted sabe que nada podemos hacer nosotros... Ellos encuentran cómodo saltar el muro, tan extenso. Si están adentro, ¿cómo podemos echarlos? ¿Se imagina la reacción que provocaría en Italia algo así? También estas relaciones tan irregulares que tenemos podrían echarse a perder, no quedaría nada”.

El Director General exclama: “¡Todavía asilados!” Sin embargo, mis pausadas consideraciones lo suavizan y acepta la nota sin titubeos. Siento que entre él y yo se ha establecido una especie de entendimiento tácito. Carlos Valenzuela se identifica con mis problemas y será un inmejorable patrocinador de mi causa.

SÁBADO 6 DE JULIO

Annasofia es retenida “por la irregularidad de su pasaporte diplomático” en el aeropuerto. Intervención del Protocolo.

Annasofia parte a Lima. Le han invitado los Faiola. Él, Primer Secretario, fue uno de mis sucesores en Innsbruck. En 1970, en nuestro romántico retorno al lugar de los primeros amores, del matrimonio y de la carrera, nos recibió con calidez y alegría. Hemos estado en contacto con ellos y ahora ofrecen una invitación a Lima.

En verdad, yo estoy obligado a mantenerme acá, llevando el timón, pues no puedo abandonar la navecilla en la tempestad. El impedimento no afecta a Annasofia. Por el contrario, insisto para que se dé un respiro, que tome aire. Al principio es reticente, pero luego se deja convencer. Estos meses han sido muy duros para ella. Ya es una experiencia hecha sólo de deberes, de cansancio, de fatiga física y mental, sin una salida agradable. La Carrera es capaz de alterar a la mujer de un diplomático, toda vez que siga al marido en sus peripecias. Pero en Lima, además de los Faiola, va a ver la platería peruana, que espero no sea algo como un espejismo.

Las usuales emociones que provoca un aeropuerto. Los sobresaltos en el umbral de la inmensidad, arriba del mundo. Por el momento que vivimos, una conmoción; por lo que representamos, por la hostilidad supuesta o verdadera que nos rodea. Por las metralletas que nos apuntan, las cuales imaginamos cargadas por el odio. Cumplimos con las formalidades bajo las miradas de los agentes de Investigaciones. Yo pienso que son torturadores. Deben pensar que ella va a recibir órdenes en el exterior. Todo me parece lento, más lento, también porque Annasofia patatea, impaciente, pero con temor de dejarme, entre papeleos y problemas humanos, que aparecen de un día para otro. Finalmente nos separamos.

Llego casi en trance a Triana, pero pronto soy devorado por los papeles. Son tantos. Algunos van al canasto, pero otros están llenos de vida, de humanidad acosada, de relatos de ultraje, pero aquí está la secretaria en el teléfono. “Le paso a la señora” —dice—. “¿La señora?” —pregunto, lleno de temor—. “¡No me dejan partir!” —exclama Annasofia con voz irritada—. Hago un escándalo... ¡Ya lo he hecho! En un último control, una funcionaria me ha dicho que mi pasaporte diplomático no vale, porque tiene una visa vencida de turista... No puedo más con todas estas complicaciones. ¡Telefonea al Ministro de Relaciones o a Pinochet, a quién quieras! Hasta que no se pruebe lo contrario, tengo un pasaporte diplomático, o bien ¿no sirve más y es un pedazo de papel que nada significa y nada vale?”

“Llamaré al Protocolo —le contesto—Verás como todo se va a arreglar”.

“Pero debes resolver pronto, porque el avión partirá sin mí”.

Esto no lo quería. Le arruinarían las vacaciones. En el Protocolo no está Mario Silva, pero encuentro al segundo hombre, José María Gallardo, siempre amable y listo para solucionar las cosas que se hallan fuera de lugar.

“Si no podemos salir del país —puntualizo muy decidido—, quiere decir que estamos en confinamiento domiciliario. Es absurdo, pero tal vez quisieron evitar poner una nueva visa de turista en nuestros pasaportes, al volver a Chile. Si esa es la intención, si hay chantaje, tengan el buen gusto de hacerlo conmigo. No con mi mujer”.

“Pero no hay nada parecido —me garantiza Gallardo—. Ha sido sólo la ignorancia de una funcionaria del aeropuerto. Lo arreglo yo y te vuelvo a llamar cuando todo esté solucionado y el avión haya partido, con la señora abordo, naturalmente”.

La varita mágica de José María funciona. Después de diez minutos me confirma que todo está listo. A los veinte minutos me dice que el avión ha despegado, con Annasofia, por cierto. Respiro con alivio.

LUNES 8 DE JULIO

Son quemados públicamente los registros electorales.

Los registros electorales son quemados en la plaza pública. Justificación del hecho: habían sido adulterados por la Unidad Popular. Por eso no sirven más. Desaparecen así los últimos vestigios del sistema parlamentario. Los diarios difunden fotografías de la hoguera: quiere ser un gesto simbólico. Quienes piensen aún que los militares pretenden volver a un régimen democrático, han de tener, al menos, una duda.

De paso, un nuevo dato. Nuestros ocho “diferidos”, con el fin de desbloquear la situación, se declaran dispuestos a asumir el compromiso de no abandonar el territorio italiano, dentro de los sesenta días a partir de su arribo, en espera de que se concrete el eventual procedimiento de extradición.

MIÉRCOLES 10 DE JULIO

Pinochet es designado Presidente de la República. Se coloca por sobre la Junta. Nuevo gabinete ministerial.

Se ha formado un nuevo gabinete en Chile. Carvajal sustituye a Huerta en Relaciones Exteriores. Se reconoce, entonces, que Huerta había exagerado. Se comienza a comprender, del mismo modo, que la mayor parte de los países occidentales no aprueban la receta anticomunista de la Junta. El nuevo Canciller, Carvajal, es también Almirante y asume la cartera con la idea de un mayor pragmatismo en política exterior. Oscar Bonilla pasa desde la cartera del Interior a la de Defensa. Esto significa que se quiere alejarlo del contacto directo con el pueblo. Las frecuentes visitas a las poblaciones lo habían acercado a los problemas vivos del país, a la desolación de la extrema miseria, enraizada en las vísceras de las denominadas “callampas”. Pinochet, a quien veo cada vez más metido en la misión de levantar un castillo feudal, no puede permitir ya que alguien trate de hacerle sombra, ya sea blandiendo consignas populistas o por otras vías; pero el General Bonilla es fuerte, no puede ser eliminado de un día para otro y resulta mejor confiarle tareas distintas. Jorge Cauas, Vicepresidente del Banco Central, llega a ser Ministro de Hacienda, en tanto que a Raúl Sáez se le encarga la coordinación del área económica. Cauas y Sáez tienen formación democratacristiana. Hay en el PDC quienes cultivan la esperanza de que imprimirán un giro a la política económica, manejada hasta ahora por el espíritu oligárquico de la Armada. En tanto, presentan un plan deflacionista que consiste en la disminución del 15% del gasto público y del 20% de los empleados públicos dentro de 1975, además de un congelamiento de las contrataciones. ¿Cómo satisfacer con estas medidas las exigencias sociales del electorado democratacristiano?

Estamos en presencia de un cambio institucional, centrado en la nominación de Pinochet como Presidente de la República, lo cual lo coloca en un escalón más alto con respecto a los otros tres miembros de la Junta (me han dicho que, primitivamente, cuando después del Golpe se presentó la Junta, dijo Pinochet por televisión que la presidencia de la Junta sería rotativa entre los representantes de las entidades militares).

Paralelamente, Pinochet busca coordinar las orientaciones de la política económica, antes fragmentadas e inorgánicas. Todo ello equivale a la consolidación de las estructuras básicas del régimen, con un obvio alejamiento de las perspectivas de retorno a la normalidad democrática, como se puede ver por la incineración de los registros electorales y por el anatema de Pinochet en contra de los políticos³⁴.

³⁴En el discurso de “investidura” como Presidente de la República, dijo: “Jamás aceptaremos convertirnos en puentes de oro para permitir llegar al poder a políticos ambiciosos que tienen tanta responsabilidad en la destrucción del país”.

JUEVES 11 DE JULIO

Se otorgan los salvoconductos a los nuevos asilados.

Desde La Moneda me llega la respuesta positiva para ocho de los nueve asilados “nuevos”. El noveno, en cambio, es asimilado a la condición de “diferido” y se pide también para él el arraigo. No es casualidad que los salvoconductos sean otorgados el mismo día de la investidura del nuevo Canciller, el Almirante Patricio Carvajal Prado, quien ha sustituido a Huerta, el “hombre del 24 de mayo”.

Don Eduardo Frei me ha llamado por teléfono, diciéndome, con estudiada solemnidad: “Me felicito por usted, señor De Vergotini, porque, en la contienda con el Almirante Huerta, usted ha sacado la mejor parte. Más aún, me alegra porque ha logrado hacer saltar al peor Ministro de Relaciones que nuestra historia recuerda”.

La hipérbole de Frei esconde un elemento de verdad. Fue exactamente la conferencia de prensa que dio Huerta el 24 de Mayo, lo que señaló el fin del colérico marino, que practicaba con devoción el maniqueísmo. Le han reprochado los ataques indiscriminados a tantos Gobiernos, hechos de una sola vez.

MARTES 16 DE JULIO

Recepción de las "esposas de Dawson" por el término de misión del Embajador de Francia, Menthon.

La señora Cecilia Bachelet de Miranda, esposa de uno de los senadores radicales que apoyaba a Allende, organiza una recepción en honor de Pierre Menthon, el Embajador de Francia, quien se va de Chile. Se trata de las “mujeres de Dawson”. Algunas ostentan a los maridos rescatados, como es el caso de Anselmo Sule, y el de Alberto Jerez, de la Izquierda Cristiana éste. Otras se hallan solas y pendientes de la liberación de sus esposos: Almeyda, Letelier, Palma.

Las había conocido hace algunos días en la Embajada de la India, en donde el Embajador Malik me había convidado con Annasofia para despedir a otro que partía: el venezolano Tobar, de quien ya he hablado. Princesa india de verdad, con *sahri* y lunar, la Malik se desplazaba segura y conversadora, entre las chilenas, como la directora de una “Orquesta Roja” femenina, en tanto el delgado marido, en un papel más bien secundario, se hacía notar por el riguroso turbante. Los Malik, Tobar y Menthon son embajadores que han vivido la Unidad Popular, familiarizándose con los Almeyda y los Letelier. Participan de los dolores, angustias y esperanzas de aquellas mujeres, hasta ayer reverenciadas. Ciertamente las están ayudando, en la medida de sus fuerzas.

Observo a Menthon, a menudo refrenado en los gestos y en las palabras, descender del pedestal de barón con el fin de conversar animadamente con ellas. ¿Será posible que el desdeñoso noble francés tenga unarelación política con las mujeres de Dawson? Ciertamente, es el invitado de honor en un salón que tiene algo del sabor de lo prohibido. La DINA quizás nos esté espiando, pero las señoras no se preocupan, mostrando simpatía, una aromática infusión de compromiso intelectual y político, con dosis medidas de natural coquetería. Saben que los diplomáticos presentes comprenden su situación y, por ello, los tratan sin reservas, serviciales, como en la mejor tradición del huésped chileno, además de ser francas y explícitas en el discurso. Aunque soy nuevo en el ambiente, ya me he dado cuenta de que hay precedentes que me adjudican respetabilidad y decoro. Por eso me acogen con dulce premura, haciéndome sentir muy a gusto. Sé bien que han sufrido, aunque se esfuerzan en no demostrarlo. Y habrán de sufrir todavía. No me cuesta mucho hablar de política, de cosas que sé y que me apasionan, porque las vivo.

Todo es tan diferente de la recepción mundana, de la plática de salón. No me interesan, por eso me encuentro a menudo corto de argumentos: entonces se me ocurre buscar afanosamente a Annasofia, que tiene muchos, para que venga en mi ayuda. Una señal de entendimiento y estoy a salvo; pero hoy experimento la sensación de ser autosuficiente, encontrándome en mi salsa.

De los hombres chilenos presentes, quien me impresiona más es Alberto Jerez. Su aspecto es desordenado; los cabellos tirando a la greña, cuello de toro, mirada fiera y vivísima. Comienza hablando suavemente, después toma vuelo, irrefrenable, convincente, incluso en el examen de los propios errores. Era un tribuno del viejo Parlamento. Eterno jacobino, resulta muy fácil imaginarlo arengando a la muchedumbre. Hoy, sin embargo, es imposible, ¿Qué podría hacer en este Chile? ¿Qué podría hacer Anselmo Sule? Esperarán su hora, aplastados e impacientes, ocupados en apurarla, dentro o fuera del país.

JUEVES 18 DE JULIO

Huelga del personal de la Embajada. El caso Dorello Ferrari.

Se inicia una huelga por tres días de los funcionarios de la Embajada y del Consulado de Valparaíso. Protestamos por el congelamiento de nuestras remuneraciones en tanto el nivel de los precios sube vertiginosamente. Después de algunos reclamos no respondidos, Livia Meloni, Poiani y Girardello, mancomunados por requerimientos de la necesidad, a pesar de las diferencias ideológicas, piensan en recurrir a medidas extremas, “Si no, no nos creen” —dicen³⁵.

Por la tarde, tengo una reunión con Bernstein en La Moneda. No lo veo desde hace un tiempo y tengo la impresión de que, marginado por Huerta, puede haber recuperado su posición con la llegada de Carvajal. En realidad, no logra ocultar su aversión por el Ministro torpedeado —y hundido. Afirma: “Sus maneras no han facilitado el proceso de normalización. Carvajal es más prudente”.

Pronto vuelve discretamente al asunto que nos interesa. “Pienso que Italia debería dar más importancia a los hechos que a las formas. Es una realidad, querido Vergottini, que hemos dado salvoconductos también a los “irregulares”. Interrumpo: “Estoy de acuerdo, Embajador, pero qué me dice de lo de Alitalia?” Bernstein piensa que “es la hora de Italia para hacer un gesto, al que habrá de seguir, de parte nuestra, la reconsideración de lo de Alitalia y la acreditación de Dorello Ferrari”³⁶. En suma, Bernstein propone nuevamente, previo el reconocimiento de los errores pasados, la apertura hacia Italia, en el intento por llevar, sin ulteriores sobresaltos, la normalización al menos en el nivel de Encargado de Negocios.

³⁵El personal no obtuvo nada con la huelga. Decidió entonces renovarla entre el 26 y el 30 de julio, con la certeza de merecer un trato económico más justo, de acuerdo con las responsabilidades del puesto.

³⁶Dorello Ferrari, que no gozaba de buena fama en Nuestra Casa, fue propuesto como mi segundo, en el puesto de De Masi (o bien en lugar de Spinola). Solicité su acreditación como Primer Secretario, pero esta vez fue La Moneda, quien quedó en deuda con la respuesta. Bernstein lo incluyó en el “paquete” de cuestiones pendientes entre los dos Gobiernos.

Inesperadamente, para mí, y por eso tanto más agradable, llega una noticia de New York. Nuestro Ministro ante la NU, Giovanni Migliuolo, me informa de que en esa sede se ha abierto un diálogo entre el Embajador italiano Eugenio Plaja — a quien mucho estimo— y el chileno Raúl Bazán, para una posible normalización que no perjudique las posiciones de principio de ambas partes.

VIERNES 19 DE JULIO

Misión en Chile del Honorable Giovanni Bersani, Vicepresidente del Parlamento Europeo.

Durante la tarde llega desde Italia el Honorable Giovanni Bersani, diputado demócratacristiano y Vicepresidente del Parlamento Europeo, acompañado por Hans Lücker, Presidente del grupo DC. Es la primera visita de una autoridad política italiana en casi siete meses de mi misión en Chile; la primera brecha en el muro que nos ha aislado, separándonos radicalmente de nuestro mundo.

Bersani y Lücker vienen a solidarizar con el PDC, pero también a sondear el terreno en que pisa el Gobierno de Chile. Se reúnen con Fernando Léniz, Ministro de Economía, y le expresan preocupación por los Derechos Humanos y por las libertades democráticas. Léniz los escucha atentamente y llega a admitir ciertas cosas, pero dice, aparentemente convencido, de que la situación ha de mejorar. Aún más, que no podrá no mejorar. Bersani y Lücker le agradecen con cortesía. Han encontrado a un funcionario que posee modales, ingenuamente extraño a los de cuartel y sensible a los argumentos.

Bersani fue recibido solo en La Moneda, por Valenzuela y Bernstein, para no exponerme. Esta es la coartada para Roma, porque él viene como europeo, no como italiano, precaución inútil dado el carácter de los dos interlocutores. Ni Carlos ni Enrique habrían, en verdad, especulado sobre mi presencia junto a él.

Bersani es un auténtico boloñés, gordo, calvo y alegre. Habla claro y francamente. Da salida al sentido común cuando sonríe amistosamente, sin ocultarse bajo sus lentes. Me cuenta acerca de la reunión en La Moneda: ha visto confirmada mi tesis de que el Gobierno chileno quiere normalizar las relaciones también en un nivel mínimo, el de mi cargo, de manera pragmática, sin atenerse con estrechez al Derecho Internacional.

El diputado reiteró a los diplomáticos chilenos que el Almirante Huerta, con su extemporánea actitud, ha echado a perder un paciente y delicado trabajo. El me da a conocer el rostro interno del asunto: la Democracia Cristiana había dado el pase, pero De Martino había hecho de esto una cuestión de Estado. Es decir el Partido Socialista habría puesto en peligro la coalición de Gobierno en el caso de que Mariano Rumor³⁷ y Aldo Moro hubiesen normalizado, de una manera u otra, las relaciones con la Junta chilena.

SÁBADO 20 DE JULIO

Cena con Bersani, Frei Patricio Aylwin y otras figuras del Partido Demócrata Cristiano.

En la casa de la calle Coronel, hay una invitación a cenar, en honor de Bersani. Sólo hombres. Están el ex-Presidente Frei y, con él, el estado mayor de la DC: Patricio Aylwin, Presidente en ejercicio del Partido, sonriente y afable como siempre; Jaime Castillo Velasco, Tomás Reyes, que fue Presidente del Senado; Rafael Moreno, ex-Ministro de Agricultura, sucesor de Jacques Chonchol. Moreno se dedicó a atenuar el proceso de reforma agraria sin perder vigor por ello. Por eso está en la mira de los oligarcas que manejan el poder. El corpulento Enrique Krauss, también ex-Ministro, hoy responsable de las relaciones exteriores del Partido, se retira poco después del aperitivo, dejando en su lugar a su asistente, Federico Cumming.

³⁷Político demócratacristiano, en ese momento Presidente del Consejo de Ministros.

Cuando llega Frei hay agitación entre los de la casa, Sergio, Hernán, Rita³⁸. Todos están con él, porque el “presidente Frei” —como dicen repetida y respetuosamente— representó a Chile con dignidad, para ricos y pobres. Dicen que llevó pan y alegría a sus mesas. Lo sirven, lo admiran, simplemente se quedan mirándolo. También Annasofia parece haberse contagiado. Desea verlo, estrechar su mano, desearle suerte, augurándole el retorno a las labores que le corresponden. Don Eduardo se dirige a Sergio y Hernán con gestos y palabras llenas de benevolencia, como si les conociese desde siempre.

Frei está a la cabecera. A su derecha, Bersani, quien, a diferencia de muchos de nuestros políticos, es desconocido para la DC chilena. Los dos monopolizan la conversación. Cuando habla don Eduardo, los demás no interfieren. Desarrolla sus argumentos predilectos, insistiendo en la imperiosa necesidad de salir de la “traición”, —cada vez más evidente, de los militares que, con el impulso de Pinochet, han tomado un camino falso, plagado de violencia.

De tanto en tanto, tengo la certeza de que sufre por estar clavado en la silla, sin poder ir exponiendo sus tesis paseando de lado a lado, con las manos cruzadas detrás de la espalda, como es su inveterada costumbre. De todas maneras, se concede más pausas que las habituales, ya sea porque los diversos platos le agradan o porque está, vivamente interesado en escuchar a Bersani, orador de facundia y de gran colorido.

Nuestro Honorable parece hallarse a gusto y me da la impresión de un gato contento, porque Frei lo lisonjea, viéndole como el primer político europeo que viene a Chile a escuchar las voces de quienes luchan en su puesto.

Le informa de la situación chilena en términos exhaustivos, mientras Bersani expresa sus juicios respecto del momento político italiano. Lo hace, como profesional consumado, serio, con una amplia visión europea. Continúa diciendo que pertenece a la corriente llamada “de base”³⁹, y explica que su progresismo es social, no político.

Al término de la cena, ya estamos en el filo del toque de queda. Frei es el último en despedirse de mí. Me comenta complacido: “Inteligente, el señor Bersani, y qué satisfacción da el escucharlo: ¡De la mejor tradición del Parlamento italiano!”. En efecto, su visita a Chile tiene un valor especial para los dirigentes del PDC: significa que está recuperando su lugar en el mundo, luego de un período de “ostracismo” por parte de sus correligionarios europeos, italianos en particular.

MARTES 23 DE JULIO

³⁸Hernán Espina; al servicio de la Embajada desde hace varios años. Rita Veliz: nuestra reciente contratación familiar.

³⁹En la jerga política de Italia, la expresión “de base” designa a una de las corrientes principales de la izquierda de la Democracia Cristiana.

Se hace público el intercambio de cartas entre Bonilla y Aylwin. Este protesta por la censura impuesta a Radio Balmaceda, denunciando el autoritarismo del régimen.

Los diarios informan, con énfasis, del intercambio de cartas entre Patricio Aylwin y Oscar Bonilla. El presiderite del PDC define la censura impuesta a la emisora —requerida para que no difunda los comentarios políticos de Jaime Castillo y de Marta Caro— como “injusta, discriminatoria, arbitraria, lesiva de un derecho humano fundamental”. Bonilla le replica, ordenando al PDC respetar el “receso político”. Las actuales limitaciones de ciertas libertades —sostiene— obedecen a la necesidad de tutelar el orden público. Termina acusando de “doblez” al PDC.

Aylwin responde, afirmando que “ningún orden se puede establecer sobre la base de la imposición unilateral de la voluntad de los gobernantes”. Por último, interviene el Ministro Secretario General de Gobierno, Coronel Pedro Ewing: “El PDC se ha alineado en la campaña internacional en contra del régimen chileno”.

Vale la pena hacer notar que a “tapar la boca” a Aylwin —en la fraseología de *La Segunda*—, no haya sido Bonilla, como resultaba lógico, siendo quien llevaba la dirección en la disputa, sino uno de los más estrechos colaboradores de Pinochet, como Ewing.

Entre los de la DC se respiran mejores aires, tal vez porque —como sé por el mismo Aylwin— en su réplica a Bonilla ha colaborado Renán Fuentealba, máximo exponente de la izquierda de la DC en Chile. Las cartas de Patricio Aylwin son por lo tanto la primera manifestación unitaria del partido desde la época del golpe. En segundo lugar, porque tales cartas llevan a saber que se trata de la primera fase de la denuncia pública acerca de las arbitrariedades del régimen.

MIÉRCOLES 24 DE JULIO

Sacerdotes del COPACHI favorecen el refugio en la Nunciatura de 23 perseguidos. El General Arellano Stark interviene para que puedan dejar pronto Chile.

El COPACHI fuerza la mano de la Nunciatura. Ayer, tres religiosos han acompañado a 23 perseguidos (en su mayoría del Movimiento de Izquierda Revolucionaria, MIR), a la sede apostólica, ubicada en una calle perpendicular a Providencia, una casa de estilo francés de comienzos de siglo. El reemplazante del Nuncio —actualmente de vacaciones en España— un joven sardo, Biggio, ha tratado de impedir el ingreso, pero no lo consiguió. Sonríe del asunto, con sentimientos de complacido desquite. En nuestros breves encuentros, he debido soportar sus comentarios irónicos y mordaces acerca del “peso que tenía sobre mis hombros” y sobre la política, relativa a Chile llevada por Italia, que, para él, resulta incomprensible.

Por “el bien de la paz”, jamás le he respondido en el tono que merecía. Sin embargo, Annasofía, en una oportunidad, al no encontrar de buen gusto una apreciación muy antipática de Biggio sobre la Italia de hoy, le replicó mediante una pregunta: “Perdone, pero, ¿usted no es italiano?”

“Sólo he nacido en Cerdeña —fue la meliflua respuesta del joven cura—. Soy ciudadano del Estado Vaticano”. “¡Por suerte para Italia!”, exclamó el alma hablante de mi familia, en su tono muy vital.

Justamente a Biggio le ha tocado sufrir la invasión de “desgraciados”, que han recibido la guía de otros curas que nada tienen que ver con él, porque aman al prójimo y, por lo tanto, dan en ayudarlo, simplemente, en la necesidad. Como Don Fernando Salas, el Secretario del COPACHI, y Patricio Cariola, vástago iluminado y “renegado” de una familia de la colonia italiana. Gente que ha bebido la leche de Medellín, nutritiva en lo que respecta a la Teología de la Liberación. Pero tal vez la teología no cuenta: lo importante es que están comprometidos en salvar a quien sufre por sus propias ideas. Su ímpetu vital se ha impuesto sobre la resistencia del algodonoso diplomático.

Se han apoderado del teléfono de la Nunciatura con el propósito de llamar al General Sergio Arellano Stark, comandante de la plaza de Santiago. Han hecho todo en un abrir y cerrar de ojos. Los 23 son llevados al refugio del ACNUR y desde ahí toman el primer avión que parte a Buenos Aires. En dos días, todo está “solucionado”. Biggio podrá contar al Nuncio lo que es el miedo probado. Le dirá que ciertos curas chilenos son “verdaderamente” comunistas disfrazados. Que es necesario mantenerlos alejados de los tapices rojos y de la calma institucional de toda Nunciatura que se respete. El hecho de que 23 chilenos, cuyas vidas peligraban, hayan escapado de las persecuciones gracias al asilo de la Nunciatura, no lo conmueve. Sin embargo, el nombre de la Sede Apostólica se ha revelado como un salvoconducto eficaz y más rápido, que ha permitido a un General colaborador resolver sin formalidades un problema humano⁴⁰.

VIERNES 26 DE JULIO

Con los amigos festejamos a Annasofia.

Santa Ana. Entre los asilados que ingresan a la Residencia, los sueldos que no llegan, los privilegios que faltan, los “momios” que nos consideran execrables y la colonia que está en permanente revuelo, parece que uno no se da tiempo ni tiene ánimo; pero quiero festejar a Annasofia. La “Piaf” me ayuda. Invitamos a unos cuarenta amigos a la casa de Coronel. Cena y baile. De la Embajada los Toscano, los Matteucci, Livia y Carla, su hija. Olvidamos, por una vez, Miguel Claro. Colegas solitarios como el austríaco Paul Leifer y Calderón, el mexicano que condivide conmigo el destino de “hermano separado”. Los esposos: los Sammerskale; los venezolanos Osuna, amigos de Toscano, comprometidos en dar ayuda a quien la necesite; los norteamericanos Tonini. Él, Frank, es un inteligente enigma. Hay quienes lo creen agente de la CIA. Yo lo encuentro abierto y también un profundo conocedor de las cosas chilenas. Su mujer es una italiana mimada que, como es natural, no se encuentra bien en este Chile. Aníbal Fernández, paraguayo, jugador de bridge y enamorado de Roma, con la pálida mujer altoatesina⁴¹.

La colonia está representada por los Vittorelli y los Bortolaso. Encarnan la laboriosidad silenciosa y discreta del emigrante medio. Claudio di Girolamo, grande, de cabellos revueltos, exuberante en los gestos y en la palabra, pintor, escultor, director de teatro, a quien acompaña su mujer, Carmen Quesney, pequeña, que da la impresión de vivir a la sombra de su marido. Carlo Buonaccorsi, hombre de mundo, alegre y pícaro, trabaja en una oficina de las Naciones Unidas en el programa de desarrollo, está con la amiga italiana también mimada y poco entusiasta de Chile. Amigos chilenos como Fernando Sanhueza, ex-Presidente de la Cámara; Pedro Buttazzoni con su mujer; los Grau, nuestros dueños de casa de Algarrobo, y sus amigos Pumpin, grandes animadores de veladas.

⁴⁰El “caso” Arellano Stark es una especie de rompecabezas. Poco después del golpe fue acusado de haber ordenado, en octubre de 1973, ejecuciones sumarias en el Norte de Chile, lo cual le valió el nombre de “General de la Muerte”. Después hizo todo lo posible para que se olvidara aquel período, tomando pie en el hecho de que había sido antes Edecán del Presidente Frei. En particular se opuso cada vez más abiertamente a la escalada de Pinochet, pero éste logró neutralizarlo y, al final, aislarlo en la nebulosa de una jubilación anticipada.

⁴¹Altoatesina es un gentilicio correspondiente a quienes son de la región autónoma italiana de Alto Adige o Sud Tirol.

Se reúne toda esta gente en honor a Annasofia. Sensación de tranquilidad para mí, porque ella se siente muy bien, con ayuda de la cocina italiana, apreciada por los comensales. Hay juegos de niños que practican, ahora, los grandes. Se fraterniza relajadamente. Se baila y se ríe hasta la hora permitida por el toque de queda. En ese momento, desaparece la alegría y muchos se retiran apresuradamente, preocupados por no poder llegarla tiempo a sus hogares. Terminada la fiesta, quedamos solos Annasofia y yo. Ella me pregunta si todo ha resultado bien. Le digo que ha estado perfecto; todos querían una tarde así, que les distrajesen de sus tareas cotidianas. Agradecemos a Santa Ana.

LUNES 29 DE JULIO

Carvajal confirma al delegado de Alitalia la voluntad de llegar a un acuerdo pragmático con Italia. Conversación con J. Ruiz Jiménez, quien defiende a Corvalán.

Vittorelli ha sido recibido por Carvajal. Viene a contármelo todo en Triana. El nuevo Ministro le ha confirmado su personal deseo de llegar a un acuerdo con Italia, en forma pragmática, pero con una base formal mínima. En este entendido, daría la autorización para la reanudación de los vuelos de Alitalia. Vittorelli le ha respondido que el desmantelamiento va ya en una etapa avanzada. Que es muy difícil volver atrás. En Santiago hay sólo una oficina comercial.

Por la tarde conozco al abogado Joaquín Ruiz Jiménez, líder demócratacristiano español. Con Guido Calvi y un francés forman parte de un staff internacional de defensores de Luis Corvalán, el líder comunista chileno. Me recibe en el amplio salón del Hotel Crillón, edificio que representa la tradición santiaguina. Nos sentamos alrededor de una mesita. El ambiente es recargado, pesado como los mismos tapices y los sillones acolchados. Lo más puro del estilo arsénico y encaje antiguo. Espejo fiel de la aristocracia chilena que ha construido réplicas de castillos feudales —fuera de época, anacrónicos— también en el corazón mismo de la ciudad.

No me siento a gusto. Hay mucha gente que zumba alrededor. Son los clientes habituales y los esporádicos, hay camareros discretos, pero igual no me produce la impresión de una atmósfera propicia para el diálogo confidencial. Sin embargo, Ruiz Jiménez se declara como un teórico del alboroto blando. Dice: “Quien se aparta para conversar en voz baja, llama la atención; quien habla en una plaza, puede permitirse alzar la voz. Así nadie le hará caso”.

Me adapto a duras penas y mientras tanto estudio al ilustre interlocutor. Alto, delgado, de pelo gris. En contraste con su perfil aristocrático, gesticula mediante el movimiento de sus largos brazos y de sus dedos aguzados. Se agita en un irrefrenable parloteo. Está lleno de ideas, y a veces se sobreponen una en la otra, que se van entrecruzando, sin darse pausas para reflexionar. Hombre muy brillante, este Ruiz Jiménez. Si bien me fascina, su desorden expositivo me desconcierta.

En él se expresa el ala izquierda de la DC internacional. Me habla de su amistad con Moro, con Granelli, en Italia; con Tomic y Valdés en Chile. Chile; tierra de opresión y de esperanza. El apunta sobre la línea blanda del interior de las Fuerzas Armadas, sobre todo, Arellano y Bonilla, enemigos de los consejeros civiles de la Junta (Puga, que firma en los periódicos como *Alexis*, y Acuña, espigado ultra derechista).

Me habla de Corvalán, ¿Por qué el líder demócratacristiano español ha tomado tan a fondo la suerte del connotado comunista detenido? ¿Por qué se pone a parejas con el abogado Calvi? ¿No ofrece así pretextos para la reiteración del estribillo del régimen, de la propaganda que presenta al PDC como el caballo de Troya del comunismo internacional? Por otra parte, no es éste el momento de divagaciones políticas proyectadas en el futuro. El humanismo de la misión prevalece sobre las consideraciones de otro tipo. Entiendo que el viejo líder, que ha vuelto achacoso desde Dawson, suscita la compasión de los bienpensantes, en Francia, España e Italia.

“Para Corvalán —dice con fuerza Ruiz Jiménez— el problema consiste en evitarle el juicio, porque una vez comenzado, los militares se sentirían obligados a ir hasta el final”.

Por fin encuentro la relación entre el discurso sobre Corvalán y aquel acerca de mi *status*. Le digo a Ruiz Jiménez que sólo ayer, en La Moneda, me han dado este razonamiento: “Una vez regularizada la situación jurídica de los respectivos representantes de los dos países, la eventual intervención italiana por Corvalán sería acogida con simpatía por el Gobierno chileno, respetando los límites impuestos por la exigencia de salvaguardar la independencia de la justicia”. En resumen, después del paso en falso de Huerta, buscan en La Moneda cualquier pretexto que logre posibilitar la tan deseada normalización de las relaciones.

Ruiz Jiménez me ha seguido con interés. Augura él también una “mínima” normalización de las relaciones italo-chilenas, que me permita interponer los buenos oficios en favor de Corvalán o de otros. Han entendido que estoy preparado para luchar por causas justas, pero deben darme las armas adecuadas para este tipo de contienda. El ilustre interlocutor se despide amablemente, aprecia el trabajo de la Embajada de Italia y el mío personal. Diría en Roma que es oportuna la regularización de mi rango.

SÁBADO 3 DE AGOSTO

Visita de Laura Allende, hermana del Presidente.

DISCRETA, en punta de pies, Laura (“Laurita”) Allende Gossens, hermana del Presidente-mártir viene a nuestra casa de la calle Coronel. Muy pronto se impone y hechiza. Dicen que está enferma de gravedad, sin embargo conserva majestad en los rasgos, en su alta figura, en el óvalo perfecto de su rostro, en los ojos grandes y profundos, más sobresalientes aún en la vejez incipiente, como también en sus gestos amplios y equilibrados.

Es la mujer qué más me ha impresionado en mi vida, no por una exuberante femeneidad, sino por lo que se refiere a su personalidad. Mujer comprometida, logra no perder compostura, ni siquiera cuando, metida de lleno en la discusión política, halla palabras encendidas e impetuosas, incluso cuando se refiere a su hijo Andrés, con cuya vocación revolucionaria parece identificarse. Mujer culta, “Laurita” se interesa por los temas más variados. Annasofía está prendada: hablan de seguir cursos de cerámica en conjunto. Me parece difícil que lo logren, pero estoy feliz, de cualquier iniciativa que distraiga a mi mujer.

“¿Nadie ha tratado de dañarla, o más bien —digo—, de molestarla, de interrogarla?”. Me contesta que sí, “pero, por cierto, no logran impresionarme. Desde que estoy en Chile me juego por la causa, protejo a los compañeros; ellos vienen por mí, por el nombre que llevo. Se trata de un imperativo moral. Para que me acallen deberán expulsarme del país. Ustedes, en la Embajada de Italia, hacen un gran trabajo. El pueblo chileno les estará reconocidos. Continúen. ¡Lo necesitamos!”.

Con satisfacción oigo lo que dice. Me impulsa a perseverar, a no alejarme del problema humano que estoy viviendo. “¡Esta casa estará siempre abierta para usted!”, es la invitación impulsiva y generosa de Annasofía.

JUEVES 8 DE AGOSTO

Aumenta el número de asilados en Miguel Claro.

El ritmo de los ingresos se ha vuelto frenético. Es un reflejo dramático de la onda violenta de la represión. Se requiere un cedazo que permita cerner para distinguir entre los perseguidos y los aprovechadores, pero ello no es siempre posible. Livia, María Pía, Cesare, se meten de lleno para dar con el mejor método posible que permita organizarlos y asistirlos. Hay falta de fondos. ¿Cómo ir adelante?

VIERNES 9 DE AGOSTO

Gestiones en Roma.

Carlos Valenzuela quiere verme. Me recibe ceñudo, sin hacer ostentación de la acostumbrada ironía bondadosa; “He sabido por Roma que últimamente han entrado 31 personas en la Residencia italiana”. Se muestra molesto por no haberlo oído de mí, pero yo le explico el camino que recorren nuestras notas. Se relaja y pasa al argumento de las relaciones diplomáticas: “¿Usted sabrá de las conversaciones romanas entre Riesle y Pompei?”⁴².

“El vuestro —continúa— ha presentado una lista de las personalidades políticas chilenas en las cuales el Gobierno italiano está interesado. Son, entre otros, Gijón, el médico de Allende, y Anselmo Sule, el radical. Estos dos, como sabrá, ya han sido liberados. Pero es importante, para nosotros, que estén ustedes interesados en Corvalán”. Su discurso quiere decir lo siguiente: que Roma regularice mi *status* y Santiago ofrecerá la libertad de Corvalán. El Partido Comunista italiano debería estar de acuerdo. Tengo presente mi conversación con Ruiz Jiménez, en un contexto muy similar: el Gobierno de Pinochet busca espacios con el fin de hacer olvidar la amenaza de Huerta.

MARTES 13 DE AGOSTO

Se prohíbe el regreso de Bernardo Leighton a Chile.

Un decreto de la Junta prohíbe el ingreso a Chile de ciudadanos chilenos o extranjeros que “difundan noticias que tengan el propósito de alterar o destruir el orden social o el sistema de gobierno”. Se refiere a Bernardo Leighton y a Rafael Agustín Gumucio. Los dos han atacado a Pinochet en Roma.

“Vitriólico discurso de Bernardo Leighton”, intitula *La Segunda*, con letras altas. Un pobre vendedor de diarios, ignorante de lo que significa “vitriólico”, tradujo a su modo: “Patriótico discurso de...”, y así anunciaba su mercadería en una calle céntrica. Quizás a esta hora se halle pagando por su imprudente ignorancia. Me lo ha contado Sergio, el fiel chofer.

MIÉRCOLES 14 DE AGOSTO

Posibilidad de acreditación de funcionarios de rango menor.

Conversación, por la mañana, con Enrique Bernstein, en La Moneda. Me responde positivamente acerca de Dorello Ferrari y sobre el asistente comercial Enzo Simonetto. Dorello permanece como el “objeto misterioso”. Le pregunto a don Enrique si lo aceptará La Moneda sobre la base de un mero comunicado de esta Embajada. Me mira de reojo: “Estamos bien dispuestos, buscamos sobre todo no poner obstáculos de forma, para resolver los problemas de modo pragmático. Naturalmente que ustedes también deberían admitir el principio de intercambio de nuestra representación en Roma... Estovale también para Simonetto”.

⁴²Embajadores de Chile e Italia en la Santa Sede. Pompei era diplomático de carrera, en tanto Héctor Riesle, hombre joven, es un político del movimiento derechista “Fiducia”, que se movía por las calles de Santiago, con banderas y gallardetes, como heraldos de un torneo de la Edad Media.

Enzo Simonetto es un caso diferente, respecto a Ferrari, pues lo conozco bien. Yo he sido el que solicitó su nombramiento en Santiago. Fue mi colaborador en Nuremberg. Incansable, preciso, obsequioso. Al partir yo de Alemania, en agosto de 1968, me dijo: “Espero que me llame cuando tenga la oportunidad. Me reuniré con usted dondequiera que sea, aún en el fin del mundo”. Llegando a Santiago, pensé de inmediato en él, que, en el intertanto se convirtió en asistente comercial. Cuando se trató de hallar un reemplazante para Mario Matteucci, transferido a Quito, le escribí a Nuremberg: “Estoy en el fin del mundo. ¿Desea venir?”. Simonetto, fiel con la palabra empeñada, aceptó. Ahora sé que no he de tener problemas con su acreditación. ¿Lograré formar en torno de mí un pequeño mundo, trabajador y leal?

La sonrisa de Bernstein se acentúa. “¿Ha leído las declaraciones de Collados? ¿No tienen sabor de azúcar, luego de tanta sal?” En efecto, el Subsecretario ha hablado de mí en la prensa, pero ahora en términos positivos: “De Vergottini no está normalmente acreditado como Encargado de Negocios, pero puede tratar las cuestiones normales y de rutina”.

VIERNES 16 DE AGOSTO

Entrevista con Fernando Salas, secretario de COPACHI.

Cifras relativas a la represión.

Visita al COPACHI, en la calle Santa Mónica, vecina al Arzobispado. Amarrados a la reja de entrada, jóvenes descamisados, mujeres de luto. En el patio, la gente de siempre, aunque más numerosa. Esperan, pero ¿qué cosa? ¿Una ayuda en el trabajo, en la búsqueda afanosa y constante, en la defensa de un pariente? ¿Algún consejo fraterno? ¿Una buena noticia? ¿O tal vez sólo una alguna palabra de consuelo?

Cruzo entre la gente, que me ojea ansiosa, temblorosa. No logro mirarlos, evito verlos sufrir. Imagino que más de alguien me enjuiciará mal, simplemente por el traje y la corbata que llevo, ¿Seré un mensajero infausto?, pero también espero que otros reconozcan en mí al amigo dispuesto a tenderles la mano.

El edificio que alberga al Comité me recuerda un juego de construcciones, fabricado en España, que regalé a Antonugo. Gruesos bloques cuadrados parecen hechos de cartón piedra. Hay, sin embargo, una masa humana viva que lo vuelve verdadero. Adentro, camino inestable pisando sobre el armazón que cruje y sobre maderas enmohecidas. Me hago espacio agitando el pasaporte diplomático, mi única arma (por ello nunca lo dejo); pero rápidamente lo coloco en el bolsillo, porque me doy cuenta de que ostento un rango mediante la exhibición de aquella aristocrática tapa azul oscura, que contrasta con la humanidad que me rodea, quemada, lacerada, humillada en sus ropas y en sus almas.

“¡Tengo entrevista con el padre Fernando Salas!”, grito a una muchacha morena que parece ser una secretaria. Finalmente doy con él, en su pequeño y despojado estudio. Tantos papeles sobre el escritorio, sin orden. En la muralla un recuadro con la “Declaración Universal de los Derechos del Hombre”. Rubio, joven, de buen aspecto, Fernando me acoge con una sonrisa amplia y profunda, de esas que permiten romper cualquier barrera, de idioma, de educación, de carácter. Me imagino que su misma personalidad enérgica, su contagioso optimismo, son de ayuda para quien sufre. “Esto —exclama— es el puerto de esperanza que se nutre de las angustias de la gente, las transforma y vivifica. ¡Por eso aquí adentro es obligación mostrarnos alegres!”

Su sonrisa se prolonga en una carcajada sonora, ¡Qué diferente es del presidente del COPACHI, el obispo Ariztía, que irradia fe en su mirada luminosa, compuesto, tímido diría. En Salas, veo más bien la vitalidad desbordante, el aire jovial auténtico (no venido de la obligación, como desea hacerme creer). Su dinamismo activo envuelve, fundiéndose con el amor al prójimo, a todos quienes, angustiados, confían ciegamente en la institución a través de creer en las personas que allí trabajan.

Al igual que en la primera conversación con Ariztía, recuerdo que mi labor no debe apegarse a las fantasías, sino que debe nutrirse y apoyarse en datos, en cifras, sobre las cuales poner el peso de las argumentaciones. El responde tranquilo, con seguridad: “La represión está aumentando de nuevo. Recibimos un promedio de 80 recursos de amparo al día. Figúrate (de pronto me ha tratado de tú. No le habría sido posible no hacerlo), ¡qué trabajo para nuestros abogados! Todo gratuito. Lo hacen porque creen en la bondad de la causa”.

Reflexiono. ¡La causa, todavía la causa! Pero, ¿se trata de la misma de Laurita Allende? Creo que sí, al menos en el sentido en que la represión une a los perseguidos, y la Iglesia, misericordiosa, y no sólo en las palabras, los ayuda y los protege.

“Nuestro trabajo nos expone —continúa Salas—. Han detenido al padre Mariano Puga y lo han expulsado del país... Con Bonilla en el Interior, era mejor; ahora, con Benavides⁴³ el COPACHI tiene más dificultades. Otro problema grande es la desocupación; tenemos un 15%... Trabajamos fuerte, pero estamos agotando nuestros recursos, necesitamos nuevos fondos”. Es, también, nuestro problema... Luchamos contra las persecuciones y la miseria, ligada ésta en gran parte a las primeras, pero, para hacerlo eficazmente, requerimos dinero, tanto en el COPACHI como en la Embajada de Italia. Por otra parte, me convengo de que, si Fernando revelase mi identidad, esta humanidad martirizada me alabaría, pero ahora es él quien me interroga sobre los asilados, antiguos y nuevos. “Si el COPACHI te puede ayudar, ¡dímelo!”

Al salir y volver a pasar en medio de la gente que espera, siento algo que se parece a la felicidad. La diplomacia de salón ya no existe más, es sólo una leyenda. No rehúyo ya las miradas, más bien las busco y, sonriendo, trato de infundir la confianza que yo llevo en mi interior.

SÁBADO 17 DE AGOSTO

Claudio di Girolamo y Felipe Amunátegui.

Cena en casa de Claudio Di Girolamo. Es hijo del arte. Su padre es conocido en Chile por haber pintado diferentes iglesias. En Roma, lleva a cabo restauraciones para el Vaticano, colaborando especialmente con el cardenal Baggio, que fue Nuncio de Su Santidad en Santiago. Vittorio, el hermano, divide su vida entre la docencia y la pintura; pero donde el arte parece unir y convocar, la política separa. La madre fue una dama fascista de linaje. Vittorio sigue el modelo. De hecho formaba parte del grupo que ocupó la Cancillería el 20 de diciembre de 1973. ¿Será posible que Claudio se encuentre tan distante de él?

Cristiano auténtico, entiende la fe como obra; compartir los padecimientos, con el espíritu siempre en alto, en un constante esfuerzo por superar la caridad, hacer sentir a las víctimas del hambre y de la falta de justicia que todo aquel que se acerca a ellos es igual, no ajeno ni diferente.

Hoy el que piensa así no puede hacer otra cosa que estar de parte de los vencidos, los cuales forman un solo cuerpo y alma con los desamparados. La alegría de Claudio me sacude y me conmueve. Es tan similar a la de Fernando Salas. Me aproximé a esta fe operativa, de muchacho, en la Parroquia del Carmine en Udine (Italia), sin embargo un dirigente de la Asociación dijo un día: “Todo lo que cuenta para un católico es la salvación del alma. Todo debe ser instrumentalizado con este fin”. Pero entonces —me pregunté—, ¿no se trabaja para compartir? Ahí me detuve, justamente cuando estaba por llegar a la meta. Después, por las vicisitudes de la vida, me alejé, di otras batallas, me busqué en otros sueños y realidades, pero ahora hallo esta misma fe, aquí, en Chile, mirando estos bellos rostros, las sonrisas limpias, las miradas que conminan a ser uno con ellas.

⁴³César Benavides, general de Ejército, era considerado un fiel “a nativitate” de Pinochet. En el cambio de Julio, sustituyó a Bonilla en el Ministerio del Interior.

Sentado junto a Claudio se halla Felipe Amunátegui. Demócratacristiano, rubio, delgado, de aspecto delicado, habla despacio, esboza una sonrisa fatigada, reclinando, con suavidad, la cabeza. No parece responder al modelo; pero de pronto se anima, se enfervoriza como si hubiese presionado un interruptor invisible. Expone apasionadamente las tesis de la izquierda de la DC: “El tiempo —exclama— nos está dando la razón, ¡Resistamos! ¡Nuestra idea se ha de imponer sola!”

Con cautela, objeto que Fuentealba —quien fuera presidente del Partido, antes de Aylwin—ha redactado junto con éste las últimas cartas para Bonilla, que podrían considerarse a lo mejor la primera manifestación unitaria desde la época del golpe.

Felipe asiente, la arenga está concluida, se distrae, se decolora. Victoria, la mujer, lo mira intensamente. Es pequeña, rubia y vivaz, con algo de innata y simpática coquetería. No creo que hoy el marido se halle en estado de transformar en el apasionado diagnóstico. Ni siquiera, ocurre ello con Claudio. Lo veo, católico ferviente y trabajador, buen marido y padre de familia, artista múltiple, bohemio, contestatario. Todo esto —y algo más— es Claudio, pero no es un político, no sabe serlo, y lo admite.

MARTES 20 DE AGOSTO

Salida de Helmuth Stuen.

Deja Chile Helmuth Stuen, el intelectual de los asilados. Con él parten otros tres “diferidos”. Han recibido el salvoconducto hace cuatro días. De su categoría quedan cinco. Stuen marcha a Dinamarca. El colega Ole Phillipson lo ha interrogado. Le produjo agrado, al parecer. Con ese nombre y esa férrea lógica que lo distingue, en Copenhague se encontrará bien. Ole me cuenta que en los últimos días no le ha dado tregua, con miles de preguntas y aclaraciones. En realidad, el colega danés es un “latino” vivaz, indisciplinado e impetuoso. Roberto Toscano acompaña a los cuatro al aeropuerto. No hay problema alguno.

MIÉRCOLES 21 DE AGOSTO

La lección de “Radomiro”.

Voy a la calle Brabanzón, a la elegante y amplia casa de Radomiro Tomic, quien está de paso en Chile. Ya lo he conocido durante una gran comida en el Instituto Italo-Latinoamericano (MLA). El promotor fue el omnielocuente Secretario Ejecutivo, Perrone Capano. Debo admitir que, fuese recepción o almuerzo, Perrone lograba opacar a todos con sus modales principescos y su facundia. Por eso, mi recuerdo de Tomic es más bien pálido, aunque no lejano en el tiempo. Debe de haber pronunciado palabras de circunstancias, en respuesta al brindis del dueño de casa. Además, mis colegas del IILA en, aquellos tiempos (1972) sólo se nutrían de los hechos relativos a Allende.

Tomic me recibe en un estudio impecable, rodeado de libros finamente encuadernados. No hay huellas de desorden, de papeles amontonados de cualquier modo. Mientras trato de penetrar en su rostro inescrutable, protegido por gruesos anteojos, “Radomiro” comienza a desarrollar su clase.

Alcanza a zonas para mi desconocidas; las riquezas ocultas de Chile; el fracaso de todos los gobiernos, con mayor responsabilidad de los últimos, que no han sabido aprovecharlas; el factor militar, tan importante en América Latina, en donde es un partido como los demás, incluso más fuerte y, por ello, más arrogante; pero los políticos chilenos no lo han comprendido plenamente, con la ilusión de que Chile fuese la excepción del molde europeo, separado del resto del Subcontinente de la cadena de Los Andes, centinelas insuperables de la Independencia Nacional.

La lección me atrae y me fascina: es un óptimo e insólito telón de fondo para la propuesta relativa al presente. “Sólo un acuerdo de vasto aliento y de alcance histórico entre el PDC, la UP y las Fuerzas Armadas podrá salvar al país”. Recuerdo que había desarrollado ya esta tesis el 23 de noviembre pasado, en un polémico documento. Ahora la repite con una calma tenaz, paso a paso.

Es posible que Tomic tenga razón mirando en dirección del futuro, en una perspectiva de largo alcance. Hoy por hoy, existen demasiados platos rotos. Antes que nada habrá de ser preciso recogerlos y recomponerlos con muchísima paciencia.

JUEVES 22 DE AGOSTO.

El Vals de las Listas

Valenzuela y Bernstein me reciben conjuntamente. Quizás deseen así dar señas de la importancia que le conceden al asunto. El Gobierno chileno concedió los salvoconductos solicitados por los nuevos asilados. Carlos —en el mejor tono de ceremonia oficial— explica: “Comprenderás la excepcionalidad de la medida. La Embajada italiana ha sido la única que rompió el compromiso⁴⁴. Hay “huéspedes”, pero el Gobierno se mueve de igual manera, conciliatorio”. “¡No obstante las relaciones diplomáticas que todos conocemos!”, agrega don Enrique, entre insinuante y burlón.

Luego de las premisas, encuentro más ingrato que nunca contraatacar pero no hay otra salida: he subido al ring y estoy en la pelea de fondo. No puedo renunciar a mi papel: “Agradezco vivamente. Aprecio la comprensión del Gobierno chileno. No dejaré de referir todo esto en Roma. Sin embargo, tengo un nuevo problema, o, mejor dicho, el mismo...” “¡Como exclama Valenzuela, mirándome fijamente—. No me digas que...” “Sí, en el intertanto entraron otros, no podemos hacer nada... ¿Cómo rechazarlos? No tenemos modo de discriminar. Existe un comité interno de asilados, que es representativo de los partidos. Descontando aquellos que son “vivos” o aprovechadores, confiamos, dentro de ciertos límites, en esta evaluación...” “¡Bien! ¿Pero cuántos? —me interrumpe Carlos, gesticulando nerviosamente—. “¡28!”. “¡Imposible!” “¡Demasiados!””, agrega Bernstein.

“No, no se puede seguir así —insiste Valenzuela—. Ferrari, Simonetto, salvoconductos concedidos sin pestañeo. En suma, se multiplican los gestos de parte nuestra, sin contrapartida alguna...” “Tengan paciencia —digo—, verán. Por ahora, permítanme entregar esta lista...”.

Valenzuela me saluda moviendo rápida y constantemente la cabeza, sin abandonar la lista que tiene en la mano. Detrás de él, Bernstein sonríe resignado.

LUNES 26 DE AGOSTO

Cómo hacer frente al incesante flujo de asilados

Hay que ver un modo de afrontar el flujo constante de los que se asilan. Escribo a Nuestra Casa que continúa ininterrumpidamente el flujo de los asilados... Estamos tratando de hacer una selección, con la ayuda del Comité Interno... Si bien nos hallamos conscientes de estar realizando una tarea humanitaria, apreciada en muchos lugares, tenemos grandes dificultades para enfrentar el fenómeno con tan reducido personal. Se trata de una verdadera invasión, consecuencia, sobre todo, de la represión, pero también del desempleo, asunto que no se puede conciliar con los principios del asilo diplomático.

Los perseguidos políticos que escaparon del peligro real están de acuerdo. Me vino a ver el padre Salas, quien, con el Comité Interno, ha efectuado una selección: doce de los nuevos no tienen derecho a asilo. No pediremos para ellos los salvoconductos. Se ocupará el COPACHI. El personal de la Embajada, recargado de labores desde hace un año, no logra afrontar físicamente la tarea, cada vez más dura.

⁴⁴En efecto, no están más, como compañeros de ruta, los colegas venezolano, sueco, austríaco, luego de la unidad entre nosotros provocada por los asilados. La Embajada de Italia debe resistir sola la “ola” del invierno de 1974.

Respecto a todo esto solicito a Nuestra Casa tomar las medidas necesarias. Otras Representaciones se han encontrado en la misma situación, pero poseen sus propios agentes de seguridad, ¿Podrán venir inmediatamente Ferrari y Simonetto? ¿Podrá al menos ser destinado un *carabiniere* para Santiago?

Estamos desmoralizados. Debemos apoyarnos en las fuerzas que nos quedan. Annasofia y Livia “Edith” hacen las compras, con el camión, para la Gran Familia, con la alegría de Brusoni, el proveedor que nos abastece al por mayor. Han ingresado muchos niños. En algunos casos, lanzados sobre el muro... A Annasofia se le puso en la cabeza que deben sufrir lo menos posible. Trata de alimentarlos mejor que a los adultos; pero existen madres que vienen cada vez menos a cumplir su deber fundamental, excusándose, como coartada, en la “causa”. No sólo no se ocupan de sus hijos, sino que los privan furtivamente de sus alimentos de privilegio.

Mi esposa se da cuenta, las insulta con fiereza, con palabras que suenan como martillazos. Ellas no esperaban eso de una mujer, toman conciencia y prometen cambiar. Annasofia crea una escuela para los niños, ayudada por los propios asilados. Sirve para este propósito la biblioteca, con sus libros polvorientos, en gran parte de la época fascista. Sirven también los libros de la vieja Treccani⁴⁵; algunos son utilizados como base del piano cojo. Los hago retirar de allí aunque opine que la cultura que exhiben no es siempre adecuada, útil solamente para consultas menores. En cambio, el piano es un instrumento vivo, que transmite sensaciones. José Nicolás Yovane, el actor sobrino del Ministro-Carabinero, es el pianista oficial.

JUEVES 29 DE AGOSTO

Se hacen presente los Obispos.

El Cardenal Silva Henríquez entrega a Pinochet una instancia, firmada por él y por el obispo Camus, por parte de los católicos; Frenz, por los luteranos; Vásquez, por los metodistas y Kreiman, por los judíos. Solicitan, para el primer aniversario del golpe, amnistía general de los prisioneros políticos; cese del Estado de guerra interna, que ya no se justifica; revisión de los procesos militares por parte de los jueces civiles.

Diversas confesiones vinculadas por la piedad se alzan en contra de la represión justificada oficialmente como si se tratase de una guerra interna, la que sólo existe en el papel. Pinochet da pruebas al Cardenal de hallarse en una buena disposición; pero la experiencia enseña al ilustre prelado que sus palabras benevolentes no encuentran correspondencia en los hechos. Probablemente sepa que la Iglesia chilena decidió no celebrar el día 11 de septiembre, desoyendo las interesadas peroratas de *El Mercurio* y de *La Tercera*. En desmedro de un Cardenal decidido a batallar en pro de los Derechos Humanos, el régimen se apoya complaciente en Emilio Tagle, Arzobispo de Valparaíso, quien, en su juventud, era encargado de la Iglesia para velar por los derechos de los campesinos. Se le consideraba, por entonces, cura “rojo”. Ahora se reacerca a la “Iglesia de la Conquista”. Ni el Concilio Vaticano II ni Medellín dejaron huellas en él. Por ello es posible que festeje el aniversario del golpe⁴⁶.

Además de Silva Henríquez, otro signatario de la instancia ecuménica está en la mira del régimen: Helmuth Frenz, vicepresidente del COPACHI. Combatir al pastor luterano es más fácil. Basta con lanzar sobre él a los colonos alemanes, donde hay un número importante de bávaros, ex-nazis, fervientes admiradores del régimen. *El Mercurio* publica un llamado de 600 luteranos que piden su cabeza.

⁴⁵ Se trata de la más conocida enciclopedia italiana.

⁴⁶ Así lo hizo, efectivamente.

VIERNES 30 DE AGOSTO

La Moneda renueva pedido de arraigo para los cinco “suspensos”

Recibimos una Nota de La Moneda: “No obstante el gran número de salvoconductos concedidos a Italia (246), en la Residencia italiana quedan cinco personas con orden de detención: Juan Ávila, Guido Gómez, Pablo Pallamar, O’Higgins Palma y Manuel Vergara. Ellos deberán ser enjuiciados por el tribunal civil. Para conceder los salvoconductos, el Gobierno italiano deberá preocuparse de no hacerlos salir de su territorio por 60 días, plazo máximo para tramitar la extradición. El Gobierno chileno desea saber cuál es la vía a seguir para transmitir esta petición”.

Por enésima vez, La Moneda intenta obtener de Roma una normalización, “cualquiera sea ésta”, usando el tortuoso camino del arraigo. Me dirijo a los cinco acusados, los cuales se consideran a sí mismos “rehenes”, víctimas elegidas al azar por el Gobierno para ser inmolados en el altar de las relaciones con Italia.

El iracundo Ávila, agita sus fuertes brazos, amenazando con romper todo lo que se encuentra a su paso. Los demás tratan de calmarlo y, entre tres, logran sacarlo, mientras maldice a los militares y a su propia mala suerte. Gómez y Pallamar discuten animadamente, tensos y ceñudos. Quieren apelar en donde sea, a diestra y a siniestra, desde el Kremlin a las Naciones Unidas. Vergara y Palma son más razonables. Intervengo. Les aconsejo firmar la declaración, esta vez más circunstancial, con las bases ofrecidas por La Moneda. Palma dice estar de acuerdo, en el acto. Sin oír a sus compañeros, se sienta y redacta el compromiso de no dejar el territorio italiano durante los 60 días sucesivos a la eventual entrega de la solicitud de arraigo. Los otros lo aprueban.

DOMINGO 1 DE SEPTIEMBRE

Salen asilados.

PARTEN, con destino a Roma, 25 de los nuevos asilados.

LUNES 2 DE SEPTIEMBRE

Los encuentros privados de un Almirante italiano.

Invito a almorzar en la Enoteca —un restaurante típico de degustación, en el Cerro San Cristóbal, desde donde se ve magníficamente la ciudad— al Almirante italiano Foschini, Agregado Militar en Caracas. Está de paso en Chile, al término de su misión. ¿A qué ha venido a Chile? La curiosidad aumenta cuando me confiesa que ha estado en Concepción, como huésped de Bédjares, el general-comandante de la región.

Han sido colegas en Venezuela, y entre agregados militares es natural que se entiendan. Béjares ha puesto en contacto a Foschini con otros oficiales de relevancia en Santiago, quienes le han invitado a cenar. Entre los que más le han impresionado se halla el general Canessa, de origen italiano, bajo, grueso, volitivo y vivaz. Por las opiniones de él se ha hecho una imagen bien precisa. “Me dan la impresión de hombres preparados, con determinación. Sé todo cuanto se dice entre nosotros sobre el nuevo Chile... Hay algo de verdad, pero también muchas exageraciones. Estos generales, superada la primera fase delicada, me parece que han ido por la mejor vía, la reconstrucción del país. Al menos esta es la sensación que se tiene al oírlos. Me han dicho que no hay más “excesos”. Si los hubiere, aunque aislados, ellos los reprimirían”.

Lo escucho incrédulo. Tal vez él construye edificios desde muy lejos de las miserias que veo y palpo a diario. Es cortés, pero no logra esbozar una sonrisa convincente bajo los bigotes grises. Después, bajando el tono de voz, me confidencia: “Canessa preside el comité de los asesores técnicos de la Junta. Me imagino que es un puesto importante. No pienso que él me haya hablado a título personal. Me ha dicho que el Gobierno chileno tiene un vivo interés en mejorar las relaciones con Italia. Por ahora no importa el aspecto formal: basta con que funcionen las relaciones esenciales” Ledigo que lo sé, pero que han cometido graves errores. “Hoy están, probablemente, arrepentidos, por eso están dando pasos de acercamiento, sirviéndose de varios canales”.

Tal vez Foschini mantenga oculto un acuerdo privado: ser portador de pedidos bajo cuerda, especialmente cuando se encuentre sin uniforme, en retiro. Quizás...

Cambio de rumbo a la conversación, enfilo hacia los vinos chilenos, que el Almirante aprecia con los gestos clásicos del entendido. “¡Qué hermoso y grande es Santiago, visto desde aquí!”, exclama mi huésped.

“Lo he invitado a venir aquí —digo—, porque la vista no sólo satisface el sentido estético, sino porque posee los rasgos de conocimiento del ambiente. Hacia el este, en dirección de la montaña, es todo verde; es el barrio residencial. Creo que el 80% de los chilenos ricos viven ahí. Hacia el centro, edificios más altos, más grises: se trata de la zona burocrática, el camino de las oficinas y de los Ministerios. Es el barrio de clase media. Hacia el oeste, hacia el mar, acérquese, Santiago se ve también desde el otro lado del cerro. Una extensión de casas bajas, informes, que se pierde en el horizonte: Son los chilenos que poco o nada tienen. Son muchos, hoy más sometidos que nunca, achatados como sus moradas. Han tenido su momento, pero que sólo fue una gran ilusión. Ahora no cuentan para nada”.

El Almirante me sigue con la mirada, pero estoy seguro de que no me entiende. Su horizonte es aquel extendido de los mares, en donde no hay gente que pulule y sufra.

MIÉRCOLES 4 DE SEPTIEMBRE

Homenaje a Allende en la Residencia. El asunto del lienzo.

Con Livia Meloni decidimos ir a Farellones, lugar más cercano en donde es posible esquiar (40 kilómetros) y aspirar algo de aire. El camino, tierra y piedras, resulta impracticable para la maciza y vetusta *Bidonville*, cuyo vientre roza, cada vez más, la tierra. Será mejor que vayamos en el Opel de nuestra Piaf, más alto y rápido. Alegremente, Annasofia, Antonugo y yo preparamos nuestros atuendos para la nieve. No están muy a la moda, pero para estos momentos no se ven mal. Presiento el aire cortante, sobre los dos mil metros; el latigazo saludable que elimina, por lo menos un momento, el polvo, el smog, los pensamientos obsesivos; pero, justo en el momento, suena el teléfono, más molesto que nunca, porque hoy deseaba sentirme libre. “¡Es la Embajada!” —anuncia con voz clara Rita, la impagable criatura doméstica—.

“Esperemos que no anuncien desgracias —expresa Annasofia—, pero aunque así fuera, no deberías preocuparte. ¡Por una vez tan solo que nos evadimos!”

La voz de Roberto Toscano, que suena desanimada: “Tomaso, tenemos serias dificultades. Han expuesto el retrato de Allende, y se escuchan himnos populares... ¿Sabes qué festejan hoy?” “Es el aniversario del triunfo de Allende en la elección presidencial del 70 —respondo con impaciencia, viendo esfumarse el paseo—. ¿Lo festejan en el interior de la Residencia?”

“No. No es así. El lienzo con la imagen del Presidente es expuesto en el balcón principal. Desde afuera muchos lo han visto, han llamado a más gente. Ya la televisión está filmando. Los periodistas solicitan entrevistas”.

“Pero, ¿están locos?”

“Ya lo sé, pero no quieren terminar con esto. Es indispensable que tú vengas”.

“Está bien...” “¡Problemas! —resopla Annasofia— por qué renunciar, siempre renunciar?”

De pronto se convence de que es necesario actuar rápidamente: “¡Voy contigo! ¡Apresurémonos!”

Llegamos al umbral de la puerta de la Residencia en tenida de esquiadores. Annasofia, Livia y yo. En la calle, enfrente de la reja, un grupo de curiosos, algunos periodistas más o menos conocidos por las agendas que agitan con el fin de obtener alguna primicia. La TV ya debe de haber hecho un buen servicio. Me agacho para tratar de que el ropaje de montaña pase inadvertido. No tengo por qué avergonzarme, pero en verdad choca con el ambiente. El maestro Manuel nos abre la puerta. Nos bajamos del auto y vienen a encontrarnos Roberto Toscano y los miembros del Comité Interno. Vemos el gran lienzo con la efigie de Salvador Allende pintada al carbón. Debe ser obra de O’Higgins Palma, lo apostaría. Un disco, a todo volumen, llega al público del exterior, desde un proscenio enmarcado por el lienzo, notas que hablan de un período aún cercano, pero prohibido. Me llevan a la biblioteca, lugar común de las discusiones que interesan. Apremiado por el apuro de Annasofia, que aguarda afuera, hablo decidido:

“¿No entienden que se están haciendo un mal a ustedes mismos? ¡No es bueno para vuestra causa! Ya lo sabe todo Chile. ¿Están contentos con la bravata? ¿Quieren conmemorar a su líder caído? Nadie, aquí, se los prohíbe. La Residencia, por suerte es bastante grande. Si mantienen las ventanas bien cerradas, no se escucharán vuestros cantos, pero así... llaman la atención de todos los medios de información, de los extremistas de la derecha chilena. No esperan otra cosa que se les ofrezca un pretexto para poner un pie aquí adentro; pero yo tengo una responsabilidad con ustedes. No puedo aceptar, no he de permitir que les pongan el pie encima. Una contramanifestación, el ingreso de la DINA, serán las únicas consecuencias de esto. Además, no me dejarían tener los papeles en regla para solicitar los salvoconductos en La Moneda⁴⁷...”

⁴⁷Debo admitir que nunca los tuve.

Me miran pensativos. Alguien esboza una declaración teórica en defensa de la iniciativa. Otros me dicen que ha sido de un grupo socialista. Comunistas, MIR y otros socialistas se oponían, pero han cedido porque los primeros, que levantaban el estandarte del mártir, se hicieron fuertes con el nombre venerado. “De todos modos —sostiene un asilado—, ahora podemos detenernos. Quienes así lo deseaban han conseguido su objetivo. Llevar adelante la manifestación sería, en verdad, contraproducente. Estoy de acuerdo con usted, señor Vergottini”.

Roberto da un suspiro de alivio. Ya terminó el asunto y sacarán el lienzo, detendrán el canto en el tocadisco. Salgo, sintiéndome torpe y fuera de lugar con la tenida de varios colores, que se notaba mucho menos en la semioscuridad de la biblioteca; pero contento porque les he convencido, sin forzar la mano.

Annasofía me sale al encuentro, jadeante, la voz quebrada, lo que no le pasa a menudo. Debe haber sentido una fuerte emoción. “¿Qué ha sucedido?”

“¡No te preocupes, marido! Ya está todo listo... saqué el lienzo”. “¿Tú?” “Sí, yo exactamente”. “Ven aquí para que me cuentes”. Nos apartamos con Livia y Roberto y nos cobijamos bajo un árbol grande del parque, el más frondoso. “Subí. Primero me equivoqué de puerta. Alguien debe haber supuesto que intenciones llevaba y me miraron mal. Tenía un poco de miedo, lo confieso, pero fingía no sentirlo. En un rato, tiré del lienzo y lo saqué. Un mal momento: alguien gritó: “¡Ha ofendido la memoria de Salvador!” Yo creí en verdad que deseaban golpearme. Por suerte encontré defensores. Uno dijo: “¡Esté tranquila, señora! Yo la protegeré”. Otro exclamó: “Señora, si la hubiésemos tenido a usted en nuestras filas, la revolución no habría fracasado”.

“Anna, has estado bravísima, digo con sincera admiración, pero has corrido un riesgo innecesario, pues, entretanto, yo había logrado convencer a los del Comité...” “¡Sí, pero el lienzo aún estaría allí, quizás si lo hubieran sacado!” —rebate ella con tono de broma, de mujer práctica que cree en la acción y desprecia la teoría—.

Recomiendo a Toscano permanecer en la Residencia, porque ni Livia ni Annasofía quieren renunciar a la montaña nevada. Después, recomenzaremos con más vigor.

El camino, duro y accidentado, parece más largo que las indicaciones camineras. Finalmente llegamos a la meta. Farellones, otro mundo. Esquiadores grandes y pequeños bajan como bandadas representando el núcleo de un cuadro o una escena brueghelianos. Angustias y desdichas han quedado abajo, en un Santiago tétrico, en medio de la niebla. Trato de disfrutar de la nieve, quisiera devorarla, porque no es más que un instante de distracción pura. Cuando llega el momento del regreso, me viene nuevamente la ansiedad, la preocupación por cuanto puede suceder allá “abajo”, donde el azul y lo puro comienza a ensuciarse. El retorno es aún más pesado. El polvo penetra en el auto por cada hueco y me quita un tanto el frescor.

Ahora nuevamente en la Residencia. Encerrados en la biblioteca, hablamos del incidente de la mañana. Aflora alguna crítica a lo hecho por Annasofía. Reacciono con fuerza: no admito discusión acerca de esto. Pregunto si la TV ha mostrado algo. Desde arriba han decidido que no conviene difundir nada sobre la conmemoración de Allende. En la tarde ha ocurrido otro incidente: han disparado contra una pareja que trataba de saltar el muro. La mujer logró entrar, mientras que el hombre, alcanzado, fue detenido. “Lo habrán torturado. Tal vez haya muerto” —dice temerosamente un asilado—. Los miembros del Comité me comentan también del uso del teléfono. He colocado un límite, porque, con el continuo aumento de la población de la Residencia, las cuentas han superado el nivel normal. Los asilados solicitan más libertad para el uso del único medio que los comunica con el mundo exterior. Me mantengo firme, porque deben entender que el Estado italiano ya gasta mucho en ellos. No puedo, por tanto, consentir en el uso indiscriminado del teléfono.

JUEVES 5 DE SEPTIEMBRE

Prosigue el Vals de las Listas.

Los diarios no se refieren al lienzo con la efigie de Allende. En cambio, ofrecen unas “opiniones” de Pinochet sobre Italia, en una conferencia de prensa: “Las relaciones con Italia constituyen un problema diplomático. No deseamos situaciones enojosas con un país con el cual hemos siempre tenido relaciones cordiales... Tengo la impresión de que ese país está afrontando problemas idénticos a los nuestros del 71. La cuestión de los huéspedes se está resolviendo a nivel del Ministerio de Relaciones Exteriores. Estamos siempre dispuestos a buscar soluciones equilibradas. No deseamos situaciones desagradables”.

Conciliador, Pinochet parece confirmar las indicaciones que Foschini recibiera de Canessa; pero la comparación de la Italia actual con el Chile de Allende pretende dar a entender que también nosotros necesitamos de su “receta”.

En la tarde me encuentro en La Moneda con el Director General, en presencia del “metálico” Comandante Rojas. Me entregan 28 salvoconductos, y yo presento una lista de 80 “nuevos” asilados. Esto ha llegado a ser un intercambio típico en nuestros coloquios. Valenzuela, ya acostumbrado, esboza una leve sonrisa. Rojas no abre la boca.

LUNES 9 DE SEPTIEMBRE

La amenaza de El Mercurio.

En Triana me aguardan una noticia positiva y otra negativa. La primera procede de Nuestra Casa. Me autoriza a comunicar que, por la parte italiana, se hará lo posible para respetar el compromiso de los asilados “regulares” a permanecer 60 días en Italia. Esta decisión se basa en un acto voluntario de ellos. Estoy satisfecho, porque se ha cortado por fin el nudo del arraigo, a través del instrumento práctico de la declaración de los interesados, tal como la pensé desde un comienzo.

El artículo de *El Mercurio* es, en cambio, negativo para nosotros: “Los límites de la tolerancia en la interpretación de las reglas del asilo están siendo traspasadas más allá de lo imaginable. El más elemental principio de Derecho Internacional indica que las misiones diplomáticas tienen las correspondientes inmunidades, siempre que existan relaciones de derecho entre el Estado que las invoca y el que debe respetarlas. Pero ahora se ha llegado a la situación inverosímil de que, dentro de edificios en donde funcionan embajadas y donde hoy no existe ningún representante que formalmente esté reconocido, se están refugiando personas que, además de no tener derecho a asilo, no pueden estar amparadas por quienes carecen de investidura. Ha llegado el momento en que se aclare definitivamente si pueden continuar estas condiciones o si se les pone término dentro de las facultades de todo Gobierno que controla el orden público, ya que si no existe la función, tampoco pueden existir las inmunidades anexas a ella”.

No necesita nombrarnos expresamente, a la Embajada de Italia; y a mí, pues la alusión es clara. Estoy abusando de una función, por lo tanto no puedo pretender inmunidad; ni tengo título para proteger a los asilados o “huéspedes”. *El Mercurio* me desacredita ante la opinión pública favorable al régimen. La colonia italiana se siente indirectamente afectada. Se hace presente a través de una llamada llena de alarmas del “Providencial”. “He sabido —dice— que los elementos más radicales de la colectividad han decidido llevar a cabo una acción violenta, para expulsar por la fuerza a aquellas personas. Están convencidos de que la presencia de ellos en la Embajada es la que impide la deseada normalización. Naturalmente nosotros tratamos de frenarlos, pero no podemos garantizar. La situación se puede escapar de nuestras manos”.

En Miguel Claro, por donde paso a mediodía, la amenaza de *El Mercurio* ha acrecentado el pánico. Mi contacto con los asilados es difícil. Dicen: “Pueden entrar cuando lo deseen, estamos al descubierto. El Gobierno italiano debe comprometerse formalmente a protegernos... Usted no lo puede hacer solo, por lo que parece”. Me veo obligado a levantar la voz: “Tal vez han escogido la Embajada equivocada. Deberían saberlo. No es culpa mía. De todos modos, he hecho y haré lo posible, en los límites de mis facultades, para garantizar la seguridad de ustedes. Al fin de cuentas, soy siempre un funcionario diplomático, a pesar de que alguien asevere lo contrario...”

Continúo: “Más bien creo que ha sido la manifestación hecha por ustedes, el 4 de septiembre, la gota que rebalsó el vaso, provocando las iras de *Ei Mercurio*, Grupos de la colonia italiana están haciendo planes para atacarlos. Por eso traten, antes que nada, de mantener el orden interno. Es una necesidad absoluta. Deben estar tranquilos. No den motivo para que surjan las provocaciones. Nosotros les aseguramos, al menos por estos días, una presencia constante, también nocturna, de funcionarios y empleados en la Residencia”. Los huéspedes se tranquilizan, los del Comité me prometen que colaborarán conmigo y no permitirán desvarios. Los más contentos son los cinco “diferidos”, que ven, por vez primera, un haz de luz en la oscuridad de su situación.

Al atardecer voy a La Moneda, donde Carlos. Empiezo con la buena noticia: el “arraigo”. El Director General comenta: “Era hora. Si te van a autorizar para tratar la cuestión cuando se presente oficialmente, querrá decir que tu posición aquí, y por tanto las relaciones diplomáticas, estarán en la práctica normalizadas, sin que de nuestra parte haya ocasión de entonar himnos de victoria”.

Paso al editorial de *El Mercurio*. “Mepreocupa: provee la justificación legal para eventuales gestos irracionales”. Relato las diversas reacciones de la colonia y de los huéspedes. Valenzuela está preparado para responderme: “El artículo refleja la opinión de quienes resultan partidarios de la ruptura con Italia. No corresponde en los hechos a la política del Ministerio de Relaciones, que, por el contrario, propicia la apertura, apuntando hacia la normalización”.

MIÉRCOLES 11 DE SEPTIEMBRE

Luto en Miguel Claro por el aniversario del Golpe de Estado.

Hoy es el aniversario del Golpe. Por la mañana, temprano, me despierta el teléfono. Es Roberto Toscano, quien me avisa de que en Miguel Claro está ocurriendo algo nuevo. “¡Esta vez te las arreglas solo!” Es el comentario de Annasofia, siempre de un delicioso mal humor cuando la despiertan repentinamente.

Ganando tiempo, en un abrir y cerrar de ojos, me hallo en la Residencia. Un grupo de asilados me mira con sarcasmo. Del balcón principal cuelgan pendones negros: es el Partido Socialista que conmemora el sacrificio de Allende. En el interior hay quienes repiten fragmentos de sus discursos. Me reúno con el Comité en la biblioteca. “Tienen todo el derecho a recordar a su Presidente, pero, una vez más, les recomiendo que no hagan ninguna manifestación hacia el exterior. Los únicos perjudicados serían ustedes. ¿No han oído que, ayer por la tarde, grupos de “Patria y Libertad” recorrían la ciudad en vehículos agresivos? No esperan nada más que encontrar un pretexto para atacarlos, y ustedes se lo ofrecen, servido en bandeja de plata... Creo al menos que ustedes, los del Comité, personas responsables, se dan cuenta de la gravedad del asunto”.

“Debe usted entender cómo es nuestro estado de ánimo, señor De Vergottini —contestan—. Si otros festejan, nosotros deseamos recordar que para muchos chilenos el 11 de septiembre es un día de luto. Pero usted tiene razón y le entendemos. Nuestra pequeña manifestación ya la hemos hecho. Ahora podemos sacar los pendones. Le aseguramos que habremos de permanecer tranquilos y no provocaremos incidentes”.

No hay más que decir. Como si estuviese programado, se crea un instante de recogimiento, entre nosotros siete; los cinco del Comité, Toscano y yo. No puedo dejar de meditar acerca de las sobrias expresiones del asilado que ha hablado. En la ciudad embanderada por órdenes superiores, y por convicción de algunos, hay quien osa vestirse de luto, exactamente aquí, en la mansión de Miguel Claro, donde el “beau monde” santiaguino se daba cita ante la Corte de los Edwards, antes de asistir a las formales recepciones de la Embajada de Italia. Hoy, en cambio, un trapo negro colgado por el pueblo asoma en el aristocrático balcón. Quizás sea el único en todo Santiago. Lo respeto, en silencio.

Las voces de la otra realidad, aquella soberbia y triunfante provienen del mismo Pinochet, que habla desde el Salón de Conferencia del edificio Diego Portales.

Escucho por la radio, instalado en la parte posterior del auto, su voz: “Desde hoy termina el Estado de Guerra Interna. Queda el Estado de Sitio... Desafío a Cuba y a la URSS. Liberaré a los prisioneros políticos si ellos también lo hacen”.

JUEVES 12 DE SEPTIEMBRE

Fiesta del régimen por el aniversario del Golpe.

Reúno los primeros comentarios sobre los actos de aniversario. Los diarios se refieren a lo imponente que resultó la manifestación pública destinada a adamar a Pinochet y a la Junta. *La Segunda* cuenta 750 mil asistentes. Gran exageración: se calcula que no eran más de 200 mil, un gran número, en todo caso. Quiere decir que el régimen continúa contando con las simpatías de numerosos estratos del sector medio, aún dolidos por el recuerdo de las insuficiencias e incomodidades que pudo causarles la historia reciente. Entre los anuncios, uno tiene el valor de la propaganda; el otro declara terminado el estado de guerra interna, reemplazado por el estado de sitio. Los tribunales militares deberán decidir —de ahora en adelante— en base a las normas de tiempos de paz. Sin embargo, el nuevo Decreto que regula el estado de sitio permite aplicar, en determinadas circunstancias, el reglamento propio del estado de guerra.

En la ceremonia del “Diego Portales” se halla presente el Cardenal Silva Henríquez. ¿Quiénes estaban de entre los representantes europeos? Con una llamada telefónica logro saberlo. Es más fácil contar por el revés. Ausentes: Reino Unido, Países Bajos, Bélgica, Dinamarca, Suecia, Noruega, Rumania, además de los países del Commonwealth, India y China Popular. Por lo tanto Francia y la República Federal Alemana han sido los representantes de la Comunidad Europea en el acto.

JUEVES 13 DE SEPTIEMBRE

Almuerzo en Coronel y "Operación Kinder".

Almuerzo en calle Coronel. He pensado en presentar “amigos interesantes” al abogado Guido Calvi. Comunista, forma parte del ya mencionado Comité Internacional de los defensores de Luis Corvalán, con Ruiz Jiménez y un abogado francés. Llegó en el día del aniversario del régimen y se presentó en la Embajada.

Este Comité tiene un interlocutor interno en el “Comité de Recepción de Juristas Internacionales que defienden a Corvalán”. Forman parte de él un comunista, Fernando Ostornel; el socialista Carlos Briones, el radical Eugenio Velasco y el demócratacristiano Jaime Castillo. ¿Por qué tanta gente de renombre para la defensa del comunista chileno? En el exterior, calificados juristas; en el interior, dirigentes de los partidos. Se entiende en aquellos que son simplemente sindicados como sospechosos (en receso), como los del PDC, ¿pero Ostornel y Briones que reciban oficialmente a Calvi en el aeropuerto?

Logro comprender bien, sin embargo, el porqué admite tanto alboroto el régimen en torno a Corvalán. Tener en Santiago y en Tres Alamos a un rehén de alto rango es como tener un cuchillo tomado por el mango. Podría ser útil frente a Brezhnev y servir para negociar con él en un momento adecuado.

Guido Calvi no es alto. Relativamente joven, con tendencia a la obesidad y a la calvicie. Todo en él resulta familiar, burgués, intelectual, reposado. Si es comunista, quiere decir que el comunismo en Italia está cambiando de verdad. Tal vez ya no sea el tiempo de los antagonismos viscerales. De pronto, el tranquilo Calvi se ve sacudido por un tic que envuelve a ojos y a músculos faciales. Trato de evitar la impresión, concentrándome, en cambio, en su culta y estimulante conversación. La obra de la Embajada es conocida en Italia, por todo “el arco constitucional”. Calvi lo confirma y lo comparte. Surge, entonces, una relación inevitable. Lo atiendo como a cualquiera otra personalidad que venga de Italia, tanto más si trae expresiones de consenso en torno a nuestra labor. Deseo que vuelva a Italia con una impresión directa aún más favorable.

Por él, he convidado a Fernando Salas, quien se presenta acompañado por otro sacerdote joven, alto, de semblante grato. Se llama Cristián Precht. No es alborotador como Fernando y se esconde tras su contagiosa risa. “¿Sabes, Tomaso, quién es él? ¡Mi alter ego! Dentro de poco me iré y él habrá de ser quien me suceda”. No lo sabía. Annasofía dice: “¿Te has quemado con el COPACHI?” Salas se defiende: “No es exactamente así; es duro en Santa Mónica y un año resulta suficiente. Un sacerdote debe volver al cuidado de las almas. Aquí nos dedicamos a otras exigencias, importantes, sí, pero no puede ser eso todo”.

Sin embargo se cansa rápido de estas palabras “ad usum delphini”, entiende que no convence a nadie, me guiña el ojo y apunta: “En síntesis, el Cardenal lo ha decidido así, por el bien de todos”. No trato de profundizar, pues me detiene la presencia de Calvi; pero entre Salas y el abogado, muy interesado por la obra del COPACHI, se establece una relación fácil y fluida.

He invitado también al matrimonio Amunátegui. Felipe acaba de tener un incidente “diplomático”, debido, en parte a la casualidad, en parte a la temeridad. Se hallan presentes en Santiago dos periodistas italianos, uno del católico *Avvenire*: Spinoso; otro, del *Messaggero*, que hoy linda con la ultraizquierda: Pino Cimó. Los dos lucen una frondosa barba. He recomendado el primero a Felipe, para una entrevista. Pero fue precedido por el segundo, que *motu proprio* se presentó ante él. Felipe creyó que era el hombre del *Avvenire*, por la barba, y no preguntó más. El periodista debe haber sabido lo que ocurría, pero aparentó no darse por enterado, porque la situación lo favorecía. En resumen, Felipe vació el saco con el hombre equivocado.

Se dio cuenta ayer por la tarde, cuando lo llamé por teléfono diciéndole que el periodista Spinoso no había podido ir, pero que él lo podría ver mañana, en mi casa. Se produjo un silencio en la línea. “¡Pero, si recién he hablado con él!” “¡Imposible! No era él”. Hoy llega, jadeante, con Victoria, y le cuento la historia. El dice que ha cometido el error de su vida.

Le presento a Calvi, quien confirma que Cimó no goza de buena fama. Sensiblemente, promete tomar contacto con el *Messaggero*. Felipe no se siente tranquilo. Ya imagina títulos como: “Expotente demócratacristiano chileno —señalado con nombre y apellido— denuncia la barbarie de Pinochet”. Ya se ve expulsado del país⁴⁸.

He incluido entre los visitantes de hoy al austríaco Paul Leifer. Su toque danubiano no desafina. Es un amigo, mide las cosas de Chile con un patrón similar al mío. Por compromisos anteriores, nos dejará a la hora del café.

⁴⁸En verdad, el *Messaggero*, con el título de “Illusi e Delusi” (ilusionados y desilusionados), publicó un artículo de Cimó, en el cual se refirió a la entrevista con Felipe Amunátegui en estos términos; “Un exponente de la corriente de izquierda, que en un primer momento me expresó con desenvoltura sus opiniones, muy críticas, sobre la situación actual y futura de Chile, en un segundo momento me pidió, preocupado y alterado, de no dar, de ninguna manera, su nombre. En el intertanto fue advertido por un alto oficial de que la policía política lo tenían hacía tiempo bajo vigilancia; que a la Junta no le gustaba lo que él decía o hacía y que, si continuaba así, podía sucederle algo muy desagradable.

Cuando ya estamos todos reunidos, Calvi comienza a dominar la conversación, salvo las interrupciones naturales de Annasofia. Habla con estudiada lentitud, tanto que su italiano logra ser comprensible también para Felipe y Fernando. Realiza un juicio acerca del “allendismo”: “Este ha sido el yerro más grave: de los poderes del Estado, Allende sólo tenía a su disposición uno, el Ejecutivo, pero los otros, Militar, Legislativo, Judicial, Informativo, ¿qué? Los tenía a todos en contra. No, señores, ninguna revolución, por pacífica que sea, puede realizarse en estas condiciones. Debe estar preparada con tiempo, penetrando gradualmente en los sectores que interesan. En una perspectiva más amplia, conviene, a las fuerzas progresistas, buscar un entendimiento con las fuerzas intermedias dispuestas a un acuerdo, como por ejemplo, con sectores de la DC. Allende no lo hizo, o mejor dicho, se mostró dispuesto cuando ya era demasiado tarde. Berlinguer, sin embargo, entendió. Por algo lanzó la proposición del “compromiso histórico”, en *Rinascita*, inmediatamente después del 11 de septiembre, haciendo acopio de la experiencia chilena”. Todos se hallan pendientes de las palabras de Calvi.

Un toque de campanas, prolongado, violento, nos estremece. Corro a mirar; es el “kamikaze” Cesare Rampioni, que llega jadeante: “¡Excúseme, Doctor, pero la “Operación Kinder” debe realizarse ahora. La guardia es muy reducida”.

Vuelvo al comedor y guiño el ojo a Fernando. “Excúsenos —digo a los otros—: es una cosa urgente y delicada”. No tengo tiempo de estudiar las reacciones de los invitados. Annasofia, que no se inmuta, se encargará de distraerlos. Fernando Salas ha sido el promotor de la Operación. Días atrás me dijo, con aire hosco: “Oye, Tomaso, están buscando niños pequeños que les permitan llegar adonde se hallan sus padres, que son los jefes del MIR, Escucha, tenemos la prueba de que no bromean. Debemos salvar a los pequeños, como Ximena, hija de Miguel Enríquez; Camila, hija de Pascal Allende. Los hemos escondido en parroquias, pero no pueden continuar viviendo ahí, a salto de mata... Sólo el asilo los puede mantener seguros. ¡Sólo tú puedes ayudarlos!”

La sonrisa amplia, abierta, franca, cautivante, apareció nuevamente en sus labios. La sonrisa de quien cree en el interlocutor y se confía de él. ¿Cómo desengañarlo? “Tú sabes que no podría dejar de ayudarte en estas circunstancias —respondí—. Todo radica ahora en organizar bien la operación, coordinándola desde afuera y desde adentro”.

“Sería necesario instalarlos en el portamaleta de uno de vuestros automóviles”. “¡Entenderás, con el parque automotriz de que disponemos! Bromeo: un auto para una operación de este tipo lo encontraremos siempre”.

“Entonces —puntualizó— debemos encontrar el momento de menor vigilancia. Después, una rápida señal y alguien, no el guardia, abre la reja y el auto entra a toda marcha, picando”.

Pregunté a Livia y a Cesare, hallándolos dispuestos, felices de poder cooperar en este terreno... “Cesare puede conducir” dijo la Piaf, “Pero sería bueno que usted también esté presente —dije yo— para moderar así su impulsividad”.

Estos son los antecedentes. Ahora el *Kamikaze* está listo. Fernando telefona: “La persona vendrá aquí de inmediato”. Esperamos en la antesala. Estoy tenso, transpiro, no me atrevo a volver con los comensales. Cinco, diez minutos. Nos miramos en silencio. Ni siquiera Fernando logra mantener su optimismo habitual. Rampioni se impacienta. Finalmente aparece “Homero”. Bajo de estatura, calvo, asustado, él llevará a Cesare donde los niños. “¡Buena suerte! ¡Cuando todo haya terminado, venga rápido aquí!” —le recomiendo—. Fernando me abraza: “Ahora volvamos donde tu comunista”. Mientras nos encaminamos al comedor, nos cruzamos con Paul Leifer que sale. Se ha hecho tarde para su compromiso. “¡Perdóname. Ha sido un almuerzo tumultuoso!”, me excuso ante el colega austríaco. “¡Es culpa mía!”, precisa Fernando, pero la amplia sonrisa muestra que, en realidad, no se siente culpable. “No —replica Paul—. Si hay un responsable soy yo, por haber aceptado dos invitaciones al mismo tiempo. ¡Me desagrada tener que irme!” Nos mira con perplejidad. Quisiera saber. Lo despido con un aparte misterioso: “¡Un día te lo diré!”, que tiene algo de parlamento de ópera o de conciliábulo de los *cabonari*.

Nos sentamos a la mesa. Al principio éramos ocho, después seis, ahora siete. “Quizás qué diría nuestro huésped italiano —interviene Annasofia, guiñando un ojo—. Aquí no se observa el Protocolo”. Calvi responde: “Sé que en esta Embajada se trabaja bien y fuerte. Ahora se me da la prueba más perfecta. No hemos ni siquiera logrado almorzar en paz”.

Mi mujer busca poner una nota de alivio de la tensión, a modo de postre. “Hemos visto la película “Hermano Sol, Hermana Luna”, de Zeffirelli⁴⁹. La encuentro muy hermosa, al menos estéticamente”. “No —interviene Calvi—. No vale nada”. Felipe ayuda a Annasofia: “Se puede discutir el contenido, pero es un cine de gran belleza”. “Un fascista como él no puede realizar nada apreciable”. Es la opinión del abogado.

“Me asombra eso en usted —dice mi mujer—. Casi había llegado a convencerme con sus argumentos anteriores... Una persona culta e inteligente no puede razonar en términos tan dogmáticos”. En realidad es la reacción típica de un comunista tradicional: El otro es el enemigo.

Por suerte el “Fragoroso” Fernando interrumpe la discusión con una carcajada, invitándonos a un “amémonos todos”. Tomamos el café, mientras aguardarnos con ansias el regreso del *Kamikaze*. Calvi se despide. “¡Qué almuerzo más interesante!” También los Amunátegui se van. Nos quedamos con los sacerdotes. Contamos los minutos. Justo el sonido del timbre. Es el *Kamikaze* con la respiración agitada, pero al mismo tiempo radiante: “Todo solucionado” —relata con su característico acento romanesco—.

“Me abrieron la reja. Entré como un rayo. Nadie se afligió. Los niños han sufrido un poco, encerrados en el portamaletas, pero se comportaron bien. Livia se está ocupando ahora de ellos”.

Annasofia y Fernando lo abrazan y yo le doy una palmada en la espalda. “¡Tome un coñac!” “¡Es lo que necesito!” Respiramos después de tanta tensión. Me desplomo en un sillón, consciente del riesgo que hemos corrido. “Por los niños podemos exponernos” —comenta Annasofia—.

Un almuerzo tan denso, desordenado, lleno de imprevistos, ansias y temores, jamás me había ocurrido. El tímido padre Cristián Precht, que permaneció a la sombra de su extravertido predecesor, se me acerca en el umbral de la casa, mientras lo estoy despidiendo, para susurrarme al oído, con un buen italiano: “¡Tengo la sensación de qué mi tarea será más dura de lo que pensé!”

DOMINGO 15 DE SEPTIEMBRE

Partida de otros asilados.

Parten 31 nuevos asilados: 28 van a Roma, 2 a Londres y uno a Estocolmo.

MARTES 17 DE SEPTIEMBRE

Las conclusiones del abogado Calvi.

¡A Pudahuel, de madrugada! Annasofia y Antonugo se embarcan para Roma. En este último tiempo, mi mujer ha debido soportar un peso excesivo; compras en camión, escuela para los niños asilados, marido con escaso tiempo para dedicarlo a la casa y muchos otros problemas. Ansiedad por Antonugo, pero siempre están atentos Rita y Sergio, el valeroso chofer. La protección de nuestro hijo es tarea prioritaria, pero ello no es suficiente para lograr que Annasofia se tranquilice. Cada tanto se pregunta: ¿dónde está?, ¿qué está haciendo?, ¿lo raptarán?

⁴⁹Franco Zeffirelli: Director de cine italiano.

Yo mismo le insistí en que fuera a Italia, con el niño. Por lo menos ellos dos que respiren el aire de la Patria. Yo debo quedarme. “¡Estás como mi padre en el frente ruso!” —me dice Annasofia, ya en la escalerilla del avión—, y agrega, “...pero te tendremos siempre en nuestros pensamientos”. A la gente de la Embajada les ha prometido ocuparse de sus problemas financieros. Estoy seguro de que lo hará muy bien.

La nueva separación me deja triste, al abandonar el aeropuerto. Me detengo en La Moneda. Mañana, 18 de septiembre, se conmemoran los días de la Independencia de Chile, las llamadas “Fiestas Patrias”. He solicitado a Nuestra Casa instrucciones. Me han respondido que podré dar saludos verbales, en el transcurso de los contactos habituales que tengo con personas del Ministerio de Relaciones. Así, saliendo de la rutina, no hablaré, por esta vez, de asilados, con Valenzuela y Bernstein... “¡Felicitaciones por las Fiestas Patrias!” comienzo—. Para ustedes y en mi nombre. Me han ayudado a aliviar la misión que tengo, y por esto lo hago de corazón; pero también he recibido “instrucciones” de transmitir buenos augurios. Me imagino que son del Gobierno, pero no debe decirse en voz alta... Sin embargo, tómenlo a bien como un pequeño gesto, pequeño pero cortés”. “¡Qué diablos!” —comenta con hilaridad don Enrique—. “Jamás había escuchado esto. Un gesto insignificante, pero cortés. Las relaciones con Italia son fuente inagotable de peculiaridades. Ofrecen siempre nuevo material para el libro que me propongo escribir”.

El “Oblicuo” Carlos menea la cabeza, moviendo más que de costumbre los ojos: “Te agradezco calurosamente... Te felicito por el modo en que te vas manejando en este embrollo, ¿Cómo lo haremos para acreditar a Ferrari, o a alguien en lugar de él? Está la Convención de Viena, la cual veta que un delegado pueda acreditar... Escucha, Tomaso, me produce dolor de cabeza... Con Italia hemos infringido quizás cuántas reglas diplomáticas. Rotura tras rotura, continuamos en este camino. Tú no has logrado que alguien te nombre delegado, sin embargo existes y sólo Dios sabe cuántas veces hemos hablado (digo Dios sólo por comodidad del lenguaje, pues soy ateo). Tú no estás acreditado, y sin embargo quieres acreditar a otros funcionarios. De todos modos hazlo. Mándanos una nota, aunque sea para salvaguardar un mínimo de formalidad. Me dirás: ¿y yo? Ciertamente es absurdo que Ferrari o alguien en lugar de él pueda gozar de privilegios diplomáticos, y tú no... Pero no te preocupes: estoy tras Carvajal y verás que en un plazo breve solucionaremos todo”.

Estrecho, con fuerza y agradecimientos, las manos de los dos, como para sellar un pacto de hermandad diplomática. Más allá de las normas convencionales, nosotros mismos creamos un pequeño código. Les estoy agradecido a estos colegas expertos. Menos mal que, en la emergencia, he caído bien. Encontré a alguien que me ayuda y continuará ayudándome a desenredar la madeja.

Por la tarde, Guido Calvi viene a despedirse, en Triana. Lo acompañan Fernando Salas, Cristián Precht y Fernando Ostornol. Este último, la contraparte chilena de Calvi, es hombre de edad y estatura medias, algo incoloro, de escasos cabellos rojizos. Todo en él es suavidad, educación, cortesía, respeto. No dejan de sorprenderme estos comunistas. Calvi, al fin y al cabo es de la escuela de Berlinguer y ha saltado el foso de las clases para colocarse cómodamente en tierra junto a los floridos pastos del “Compromiso histórico”; pero ¡un comunista chileno! ¡Discípulo de Luis Corvalán, el del característico poncho y la rigurosa devoción por Moscú y sus directivas! Ostornol tiene la apariencia burguesa y la conversación abierta.

Dos comunistas. Dos sacerdotes: uno, metido hasta el cuello en la tutela del hombre en peligro; el otro, que trata de seguir el modelo, igualmente alegre. Un diplomático “en tránsito”, en esencia moderado, quien acepta con complacencia el impredecible destino que lo guía en la defensa de los derechos humanos conculcados. ¿Qué comentan? No importa saberlo. Es admirable que hayan podido encontrar repentinamente —en su común batalla— un terreno de entendimiento, con una conversación fluida, de contenidos concretos.

Cuando me quedo solo con Calvi, éste me confiesa: “He venido aquí con una idea, pero los diez días chilenos me han sido útiles para cambiarla. Me explico: pensaba tomar contactos, incluso en los niveles más altos, para tratar acerca de la libertad de Corvalán. En retribución habría ofrecido la vía libre, por acuerdo de mi Partido, para una normalización de las relaciones entre Italia y Chile. Sin embargo, ahora ya no pienso así, y se lo diré a Berlinguer y a Segre⁵⁰, debido a dos motivos: primero, porque tengo la impresión de que el régimen es menos sólido de cuanto se piensa. Sobre todo porque los contactos con los demócratacristianos me han hecho entender que un Frente Amplio de todas las fuerzas democráticas es una hipótesis posible. Una normalización de las relaciones de Italia democrática con el régimen podría perjudicar esta perspectiva. Segundo, porque me he convencido de que, debido a la presión internacional, Pinochet liberará a Corvalán de todos modos, tarde o temprano. Si esto es así, una iniciativa italiana autónoma se convierte en un hecho superfluo”.

No pudo ser más claro. Razonando en mi provecho, deduzco que la visita de Calvi, contrariamente a mis expectativas, no ha sido positiva. Deberé debatirme quizás por cuánto tiempo en medio de las trabas de mi irregularidad diplomática, ausencia de inmunidad, tratativas con quienes no reconocemos, con el fin de poder sacar a los asilados del país; asperezas con la colonia; dolorosa pasividad frente a los ataques de la prensa y a las descortesías de los “momios”.

En compensación debería estar feliz por la sincera solidaridad de las fuerzas democráticas ítalo-chilenas.

Durante la despedida, el abogado Calvi me hace otra confidencia y, ya que pertenece a la “inteligentsia” comunista, debo creer que lo hace de propósito: “¡Qué lata este viaje de retorno! Estoy obligado a pasar por Leningrado. Usted sabe, yo no podría permitírmelo. Lo ofrece Moscú, con la obligación de servirme, hasta donde pueda, de Aeroflot. Por tanto, debo dar la vuelta al mundo para volver a Roma”.

JUEVES 19 DE SEPTIEMBRE

La locura del “diferido” Juan Ávila y mi juego de azar.

Voy solo a Miguel Claro, para hacer una visita rutinaria. No hay nadie en el jardín. ¿Dónde estarán? Tal vez todos en el interior, en una asamblea. ¿Me presentarán un reclamo que les permita el uso del teléfono? El vetusto portón se halla abierto de par en par. Sobre el pavimento, en la entrada, manchas de sangre. Silencio. Un vago temor acelera mi pulso. Avanzo con cautela y aún no doy con nadie. ¿No entraría la DINA e hizo una matanza? ¿O se los llevaron a todos? Voy por el vasto hall. Nadie. Finalmente una señal de vida, un vocerío, un crujir de muebles que son arrastrados. Proceden de la primera pieza, la de la izquierda. Me acerco. Golpeo a la puerta con nudillos y dedos. Alguien, desde el interior, pregunta quién es. Oigo cómo confabulan. Les debo asegurar que no hay nadie conmigo. Siento que me toman de un brazo y me arrojan adentro, entre cajones y muebles que se corren. Dos o tres hombres vuelven a cerrar de prisa la puerta; empujan una maciza y gran caja con el fin de apuntalarla.

En el centro, un joven enorme, de cabellos enredados, rasgos de sangre sobre su frente; la camisa blanca abierta sobre el pecho. Se trata de Miranda, el único radical allendista que hay entre los asilados. Alguien me explica; “Ha sido Juan Ávila. Está enloquecido. Ha amenazado a Miranda; le saltó encima. Nuestro amigo ha respondido, golpeándolo con un palo en la cabeza. Ahora Ávila, con sus amigos Gómez y Pallamar, han subido a su dormitorio. Bajará con un cuchillo, ha gritado a viva voz que matará a Miranda. ¡Es capaz de hacerlo!”

“¿Pero por qué todo esto? —digo—.

⁵⁰Enrico Berlinguer, Secretario General del Partido Comunista Italiano, Segre, encargado de las relaciones exteriores del PCI.

“Don Tomaso, son ellos tres. Forman un grupo socialista y se la han tomado con nosotros, los comunistas. La otra tarde ya Ávila había herido al compañero Coloma. Nos acusan de secundar a la Embajada en demasía”.

“¿Y no estamos aquí para ayudarlos?”

“Nosotros estamos perfectamente conscientes, pero estos tres se hallan exasperados. Se consideran a sí mismos los últimos rehenes de la Junta. No creen en el asunto del arraigo. Quieren crear un incidente. Ellos son los responsables de los hechos del día 4 y del día 11. Piensan en forzar la mano del Gobierno de Italia. Nosotros no estamos de acuerdo. Ni tampoco lo están los otros grupos socialistas. Usted ha de saber: el PS está desgarrado, reproduce y multiplica en su interior las divisiones de afuera de la Unidad Popular. Miranda es el único radical; está con nosotros y es el más fuerte de todos. Defendió a Coloma y ahora la han tomado con él; pero ¡atención!, porque Juan Ávila ha perdido la razón”.

Reflexiono. Enlazo los hechos entre si y me toma un arrebato de responsabilidad funcionaria y humana. “¡Yo me encargo! ¡Hablaré con Ávila. Lo convenceré!”

“No, no puede hacerlo. ¡Este está loco, y es capaz de acuchillarlo también a usted!” La opinión no me inquieta. Subo de dos en dos las anchas gradas de la escalera. En el corredor del primer piso me enfrentan Gómez y Pallamar con cara agria y me aconsejan regresar. Otro, más conciliatorio, me advierte que “Ávila masca rabia”. “Hay que detenerlo a viva fuerza —me dice— y no es para usted el momento de verlo”.

Se me ocurre una idea que podría ser clave para lograr invertir la situación. ¿Si jugase al azar, diciéndole que me han anunciado la concesión del salvoconducto para él y para los otros dos sobrevivientes de los primeros tiempos? Anhela ese documento desde hace un año; la espera puede llegar a ser paralizante y es el origen de todo. De los incidentes, de su furor. Lo he decidido. Me doy ánimo y fortaleza y entro en su dormitorio.

Está sentado en una silla; los ojos bovinos inyectados de sangre, como para embestir, parecen tratar de encontrarse con los bigotes colgantes. Un paño en la cabeza le cubre las heridas. Los brazos se hallan sujetos por los de dos nervudos compañeros. “¡Ávila! —grito—. Traigo una gran noticia para usted, y para Pallamar y Gómez. ¡Por fin les conceden el salvoconducto! ¡Arriba! ¡Alégrense! ¡Las ansias y padecimientos han terminado!”

Lo dije todo de una vez, descargando el peso. Tenso al máximo, aguardo a que reaccione. Los compañeros me hacen eco, repiten la noticia que rebota por la pieza horriblemente desordenada, en el corredor, entre los árboles seculares que se ven en el recuadro de la ventana. Hay quien, con el fin de dar más fuerzas al anuncio y tratando de hacerlo volver a la realidad, le da palmadas en la cara. “¡Es el triunfo! ¡Tal vez podrás partir mañana, tal vez pasado mañana!” El alterado rostro de Juan Ávila comienza a relajarse, en la medida de que su mente comienza a percibir los datos de la noticia tan largamente esperada.

Me invade una sensación de orgullo que me tranquiliza; pero ahora vendrá lo bueno. Deberé multiplicar los esfuerzos, atormentar a los diplomáticos de La Moneda hasta el cansancio, esos tres salvoconductos me pertenecen. Bajo al *hall*. Miranda y los comunistas no quieren creer. Más de alguno se preguntará por qué no lo dije antes, no les hablé del asunto de los salvoconductos cuando estuve con ellos; pero llega Gómez, quien confirma, y, lo que es más importante para el grupo de Miranda, anuncia que Ávila se ha calmado. Fumarán juntos la pipa de la paz.

VIERNES 20 DE SEPTIEMBRE.

Gano el juego. La Moneda otorga los salvoconductos.

El “Metálico” Comandante Rojas pide verme al mediodía en La Moneda. Como siempre no se mide en preliminares: “El Gobierno chileno ha decidido otorgar ocho salvoconductos condicionados...” Retengo el aliento: “Para ellos, los Tribunales competentes de la República de Chilepodrán formalizar dentro de sesenta días, las peticiones de extradición a través de los canales diplomáticos que ambos gobiernos han utilizado en los últimos años...” ¡Palabrería! Quiero los nombres... Finalmente llegan: “Ávila, Gómez, Palma, Vergara, Cerpa, Méndez, Sánchez, Velasco”.

Hoy creo, sin reservas de ninguna especie, en la intervención de lo sobrenatural, en la mano de la Providencia. Ha pasado solo un día desde que invoqué, en silencio, la protección de Dios. El me oyó mucho antes de lo que yo esperaba. Ávila, que ayer me recordaba nada más que una camisa con manchas de sangre, hoy me suena como música armoniosa y muy dulce.

Observo a mi interlocutor. También él, el “Metálico”, se me aparece nimbado por una corona de olivo, envuelto en una aureola celeste. ¡Quisiera abrazarlo en un gesto impetuoso de agradecimiento conmovido! “¡No tengo nada que agregar!” La frase seca de él me lleva a la realidad. Reorganizo las ideas. Me doy cuenta de que me detuve en el nombre que me interesaba y venía en primer lugar. No recuerdo a los otros. Confusamente ruego a Rojas que me los repita. Son cuatro “regulares” y cuatro “nuevos”; pero en los “regulares” falta uno, Pallamar. Ese recibirá una documentación normal. No son necesarios los sesenta días.

Encerrado en el habitáculo del automóvil leo la nota que me han entregado. “El arraigo”... “Los canales diplomáticos que ambos gobiernos han utilizado en los últimos años...” Un lenguaje críptico. En cuanto a la condición de los ocho para no salir del territorio italiano por sesenta días, ¡quién podría respetarla en Italia!

Pensando en todo esto, estallo en una carcajada. Sergio, que no está acostumbrado a verme tan alegre, me pregunta discretamente: “¿Algo bueno doctor?” “¡Muy bueno, Sergio!” “¡En la casa le ofrezco un vaso de champán, del verdadero, pero primero vayamos de una carrera a Miguel Claro!”

MARTES 24 DE SEPTIEMBRE

Parten 35 asilados, entre los cuales se encuentran los últimos “diferidos”

Se van treinta y cinco asilados. Entre ellos, Ávila, Gómez y Pallamar. Es una fiesta. Ávila, en la reja de Miguel Claro, me agradece entre dientes; pero no me gusta: la mirada evasiva de alguien ausente, ajeno a sí mismo. Envío a Roma un certificado médico firmado por nuestro incomparable doctor Canio Loguercio, Juan Ávila sufre de alcoholismo crónico. Ultimamente se han observado manifestaciones de delirium tremens. El personaje deberá ser, por lo tanto, hospitalizado de urgencia y tratado apenas llegue a Italia.

VIERNES 27 DE SEPTIEMBRE

Sigue el Vals de las Listas. Roma suspende, a partir del fin de mes, y temporalmente, la autorización para trasladar a Italia a asilados en posesión de salvoconductos.

Carlos Valenzuela me comunica que se han concedido otros 62 salvoconductos. Agradezco y, como siempre, envío la pelota al campo adversario, informando de nuevos e interminables ingresos.

En la oficina, realizando un informe para Nuestra Casa, observo que se agrava aún más la posición de esta Embajada. Si por una parte el Gobierno chileno no establece una efectiva (y al mismo tiempo humana) vigilancia, los ingresos continuarán al insostenible ritmo actual, y si, por otra parte, el Viminale⁵¹ no corta el veto para la transferencia a Italia de posteriores asilados, nos encontraremos, como Embajada, en un callejón sin salida... El personal es cada vez más insuficiente y no da abasto para las tareas pesadas.

SÁBADO 28 DE SEPTIEMBRE

Parten 35 nuevos asilados.

DOMINGO 29 DE SEPTIEMBRE

Últimas salidas de Miguel Claro.

Parten otros veinte. Con estos se suspenden los vuelos, a pesar de que quedan aún en la Residencia numerosos asilados premunidos de salvoconductos.

LUNES 30 DE SEPTIEMBRE

Cena en la Embajada de Rumania.

El Subsecretario Collados revela a la prensa que han sido concedidos los salvoconductos a los asilados cuya partida dependía de la normalización de las relaciones con Italia. Un periodista le pregunta: “¿Significa esto una apertura de parte de Chile para superar la situación de inmovilidad en las relaciones con Italia?” Respuesta: “No, el Gobierno chileno siempre se ha mostrado favorable en lo relativo al tema, pero el problema de los asilados no parece fundamental en las relaciones ítalo-chilenas, condicionadas sobre todo por la política interna italiana”.

Informo de nuevo, con insistencia, a Nuestra Casa. Hablo de continuos compromisos y tensiones para todos. De ingresos incontrolables. Del estado exiguo de nuestros fondos. El pedido de aumento de la indemnidad fue rechazado y, por desgracia, el nivel de precios en un año ha subido en un 637%, no compensado por la devaluación del 300%.

⁵¹El palacio que alberga el Ministerio del Interior italiano.

El Embajador Dumitrescu, el rumano, ofrece una comida en honor de Paul Leifer, el amigo austríaco que deja Chile. Extraña mezcla de invitados. Están en Carlos Valenzuela y también Orlando Cantuarias, Ministro de Minería de Allende, detenido en Dawson. Sanda, la Embajadora periodista, va de huésped en huésped⁵² tratando de darles agrado y atención, enhebrando conversaciones. Sus anteojos, la conversación abiertamente política, dan un inesperado tono profesional a su apariencia de ama de casa, gordiflona, mal peinada. Vassile, el Embajador, es viejo, de cabellos grises y blancos, rostro surcado por profundas arrugas, visiblemente hecho por el sufrimiento. Siempre habla en voz muy baja, haciendo difícil entenderlo. Mira alrededor como si hubiese un espía para cada uno de los que se acercan. El aire de Europa del Este le ha convertido en un conspirador-tipo. Conoce por experiencia propia ciertos sistemas y los encuentra aquí, aplicados por la contraparte, pero él no se deja engañar. Son de los mismos. La Embajada de Rumania es la única ventana que da, en Chile, sobre el este europeo. Recuerdo que lo mismo sucedió en Israel, después de la Guerra de los Seis Días. Había una relación diplomática normal, una relación comercial fluida. Aquí en Chile, los rumanos continúan trabajando en el norte del país, en un derivado del cobre. Tal vez más allá de la aparente autonomía de la política exterior de Ceaucescu, Bucarest lleva a cabo un papel preestablecido, de acuerdo con Moscú, que puede observar así a los “países prohibidos”. Pero Vassile y Sanda, que han vivido en parte la experiencia demócratacristiana y toda la de la Unidad Popular, no pueden ni olvidar el pasado ni descuidar a las viejas amistades. Más aún, las cultivan, hablan con los de Dawson, con dirigentes en la clandestinidad. Vassile con un hilo de voz; Sanda, quejumbrosa, sin pudor político. La fortaleza rumana (así parece esta Embajada a los curiosos, con una alta, compacta e impenetrable reja) no recibe a aquellos que escapan de las persecuciones. El día de mañana, eso sí, podrán encontrar refugio en Rumania. A la sombra, debe existir un entendimiento entre extraños *gentlemen*: “Seguimos con los contactos oficiales, comerciamos en silencio. Nosotros los rumanos podemos mantener relaciones con la izquierda chilena sometida y sumergida (después de todo somos comunistas). También podemos hospedar a sus hijos más vejados, pero en las lejanas orillas del Mar Negro, no aquí, en la fortaleza de la calle Benjamín”.

Todo esto pasa por mi mente, mientras degusto el óptimo *mussaka*⁵³ de Sanda, que me recuerda Viena, así como Paul, llevando el ritmo del vals, dispensando sonrisas, busca los últimos secretos chilenos. Carlos está confinado en un ángulo por un Vassile impudicamente ávido de informaciones confidenciales. De repente, el rumano se vuelve hacia mí, tomándome del brazo: “¿Cuántos asilados tienes?” Es la pregunta obligatoria de los colegas. Ni siquiera él, tan parco y circunspecto, escapa a la regla. “¡Muchos! Entran todos los días”.

Me aprieta fuerte el brazo con un gesto comprensivo y solidario, y esboza una sonrisa, que parece destinada a infundirme ánimo, pero que no hace sino acentuar los pliegues del rostro ahuecado, volviéndolo más lúgubre. Con una excusa, lo eludo, escapo, en busca de alegría, de aire, pero esta tarde no lo encuentro. El otro lado de la cortina se ha transferido a Santiago, en una oculta conjunción de polos opuestos. Lo único que permanece gratamente es el apetitoso *mussaka* de Sanda. Me repito el plato.

MIÉRCOLES 2 DE OCTUBRE.

⁵²Uso en esta ocasión la voz “huéspedes” en sentido exacto, la calidad de auténticos invitados.

⁵³Un típico plato rumano que tiene como manjar básico las berenjenas.

Asesinato del General Carlos Prats González y de su esposa.

ES LA ATROZ noticia del día: el General Carlos Prats González, ex Comandante en Jefe del Ejército, Vicepresidente de la República durante el Gobierno de la Unidad Popular —quien lograra detener el llamado “Tancazo”, un levantamiento del Ejército, especie de entrenamiento del golpe, en 1973— es víctima de un atentado que se perpetró en Buenos Aires. Saltó por los aires, destrozado, junto a su esposa. La revista chilena *Ercilla* informó que Prats había sido amenazado de muerte por extremistas de derecha, por colaborar con Allende y con los “comunistas”.

JUEVES 3 DE OCTUBRE

Incidentes en Miguel Claro Encuentro con el Obispo Camus.

Roberto Toscano, Livia y Rampioni me insisten en que llame a Nuestra Casa. Revisamos en conjunto todo cuanto nos compete. La partida de Ávila y de los otros asilados ha producido un cambio positivo en Miguel Claro. El ambiente no es, pese a ello, tranquilo. Y esto proviene de la persistente negativa del Viminale para nuevas partidas a Italia.

Toscano resume algunos incidentes acaecidos en los últimos días, los cuales no contribuyen a recomponer totalmente los ánimos. El día 29, agentes de la DINA han detenido en el aeropuerto a dos de nuestros huéspedes que partían. La detención ocurrió después del paso de ellos por los controles normales. Se pudo intervenir rápidamente y los liberaron. El 30, agentes de la DINA siempre, irrumpieron en el estudio de quien es nuestro fotógrafo, Balestrazzi. Querían las fotografías de los asilados, que sirven para completar la documentación necesaria para los trámites de partida. Han recogido todo, vendando y amenazando a Balestrazzi. De ese modo lo llevaron a un “lugar desconocido”. Después de medianoche lo liberaron. “¿En la hora del toque?” —pregunto—. “Así es. Exactamente. ¡Con el riesgo suplementario de ser baleado!”

“¿Lo interrogaron?” “El dice que no, pero me parece extraño. También fueron amenazados por la DINA el jardinero y el cocinero”. Livia interviene acaloradamente: “Ayer han dejado un mensaje en la Residencia. Dice que entre los asilados hay dos miristas que se infiltraron en la DINA. Aseguran que no van a salir vivos de Miguel Claro. Que se lo van a hacer pagar muy caro. Naturalmente —dice— usted sabe, doctor, quienes son: Moder y Barrachina”. “¿Será así? —me pregunto—. ¿O más bien son, en verdad, de la DINA, y todo ello es una puesta en escena destinada a encubrir el ingreso y tranquilizar a los asilados?” “Puede ser —admite Livia—, aunque no lo creo; pero existe desconfianza en torno de ellos. Es un feo asunto”.

“Todo lo anterior —exclamo— demuestra una vez más la necesidad que tenemos de conseguir unos agentes de seguridad italianos”. “Es increíble —interviene Toscano—, todas las embajadas pueden contar con agentes propios, venidos para hacer frente a las emergencias. Sólo nosotros no los tenemos, precisamente nosotros, los que más necesitamos, por la situación diplomática y porque hemos quedado solos acogiendo a los huéspedes”.

Llamo a Nuestra Casa. Les digo que necesitamos de la ayuda de personas especializadas, que sirvan para dar seguridad a la Embajada. Los mismos asilados, ponen el grito en el cielo, solicitando lo mismo, reclamando cada vez más.

Comida en casa de Claudio di Girolamo, con los Toscano y el Obispo Carlos Camus, Secretario de la Conferencia Episcopal. El ambiente es, a la vez, sencillo y artístico, pero sobre todo lleno de gracias a la generosa y genuina hospitalidad de Claudio y Carmen. Toscano y yo insistimos acerca de lo mismo; asilados, siempre asilados, con el peso de los problemas que se relacionan. El Obispo, todavía hombre joven, macizo, ojos negros y penetrantes, nariz afilada, nos escucha muy atentamente. Después se apasiona y emite una furibunda arenga en contra del régimen y, especialmente, en contra de los torturadores a sueldo.

Claudio musita: "Ves, Tomaso, la Iglesia que cuenta en Chile está con el pueblo". Roberto sonrío, bajo los bigotes. Carmen se vuelve mil para atendernos. Se ocupa de Camus, el cual hace los honores a la mesa y, sobre todo, al excelente vino, un "Canepa" finísimo, tinto.

VIERNES 4 DE OCTUBRE

Visita del padre Cristián Precht, nuevo secretario del COPACHI, Detención del asilado Caroca.

Huésped de la cena en Coronel, el plácido Cristián Precht, ha tomado posesión del cargo de secretario del COPACHI. Nos intercambiamos impresiones y experiencias. Le atemoriza lo que viene, lo que le aguarda. Dice: "Creo que no he de estar a la altura..." Lo animo: "El contacto vivo con las desgracias humanas, el trabajo constructivo por aliviarlas, ¿no es una de las misiones del sacerdote?".

"Cierto" —contesta—, pero temo que me ocupen en demasía; me harán descuidar el aspecto espiritual de la misión, que es lo más importante". "Pero no durará para siempre" —consuelo—. Fraternalizamos. Él requiere, necesita, una verdadera solidaridad. Yo deberé recurrir a su ayuda y la recibiré con las manos abiertas. De ello estoy seguro.

Mientras nos hallamos en la mesa de trabajo, suena el timbre. Es Roberto Toscano, excitado: "Han arrojado por sobre el muro, hacia afuera, aun asilado..." "¡Explíquelo mejor!" Asílo hace: "Dantón Caroca estaba paseándose en las proximidades de la muralla cuando escuchó una voz que venía de afuera. Le gritaba: "¡Ayúdeme a entrar, compañero!" Se trepó y se expuso, con el fin de ayudar al otro, quien aprovechó para agarrarlo de la mano y tirarlo hacia afuera. ¿Está claro? Figúrate, la mujer y los hijos. Como sabes, todos están en Miguel Claro. Hemos interrogado a un carabinero de guardia. Nos dijo que el asilado a quien nosotros identificamos como Caroca saltó solo el muro, en el sentido inverso de todos los otros. Nos dio a entender que está en manos de la DINA".

"¡Feo asunto!" —exclama Cristián, el cual, por segunda vez, ha sido testigo de los problemas humanos que tenemos a diario en Miguel Claro. Habiéndose despedido el padre, redactó una nota para La Moneda, denunciando el hecho: "Dantón Caroca —escribo— está en posesión de un salvoconducto regular que le permite expatriarse".

DOMINGO 6 DE OCTUBRE

El jefe del MIR, Eduardo "Humberto" Sotomayor, herido, se refugia en Miguel Claro con un grupo de adeptos.

A buena hora me despiertan. Es de la Residencia: debo correr, sin alcanzar a afeitarme ni a arreglarme. Livia y Roberto están esperándome ahí, delante de la reja principal. Jamás los había visto tan agitados, hasta el punto de que sus voces se confunden y sobreponen, obligándome a pedirles que repitan lo que me dicen, de a uno por vez. "Entró Eduardo Sotomayor, ayer por la tarde. Ha participado en el encuentro armado en donde fue muerto el número uno del MIR, Miguel Enríquez. Está herido en una pierna".

Voy con ellos al primer piso. Le asignaron, en espera de mi confirmación, la última pieza del corredor, hacia la derecha, antes de aquella que permanece cerrada, en espera del fantasma del Embajador. "Aquí es más fácil vigilarlo —me explican—. La DINA no se resignará y tratará, de cualquier modo, de sacarlo".

Todo, alrededor, son voces, alborotos. Van y vienen hombres y mujeres, y helo ahí, sentado sobre la cama, delgado, pálido; los cabellos muy negros caen sobre la frente; espesos bigotes oscuros, mirada viva e intensa. Veo su pierna inmovilizada. El saludo, ceremonioso, es el de quien conoce las buenas maneras. Habla bien, de corrido, sin tropiezos, como si no experimentase dolor. Le pregunto por la herida. Primero debe expresarme su gratitud: “Deseo agradecerle muy sentidamente, señor Vergottini, por el asilo concedido a mí y a mis hombres. También en nombre del movimiento...” Es un jefe el que habla, responsable por sus acciones y por las de los suyos. “No se preocupe por mi pierna, es asunto mío. ¡La estoy curando solo: soy médico!”

“De cualquier manera —replico—, tenemos aquí nuestro doctor, disponible de día y de noche. Es bueno que lo oiga”. “Créame —insiste Sotomayor— no es nada grave, una herida superficial”. Miro alrededor. Tiene el consuelo de su anciana madre, de dos hijos. Se ha reconstituido un núcleo familiar. Más allá, en la salida, una decena de jóvenes lo protegen. Sotomayor piensa que puede interesarme conocer cómo fue el enfrentamiento. “Nos han sorprendido. Estábamos todos juntos, toda la dirigencia del movimiento. Comenzaron a disparar desde afuera. Respondimos. Miguel fue alcanzado mortalmente. Yo, herido, logré escapar. Unos amigos me ayudaron a llegar a Miguel Claro. Sabía que éste era un refugio seguro”.

Hace una pausa y continúa: “En Agosto la *FACH* trató de llegar a un acuerdo con nosotros, Intermediarios fueron el Obispo Camus y Laurita Allende. Resultaba cómodo: se apoderaban de nuestras armas y nos enviaban fuera del país. Para nosotros, eso significaba abandonar en forma espontánea la lucha. No cedimos, pero, en ese momento, el enfrentamiento resultó ineludible. Llegaron hasta nosotros y Miguel cayó”.

Al comienzo, el asilo en embajadas les estaba prohibido. Sólo ahora último comenzaron a faltar al compromiso, en la medida en que se estrechaba el cerco en torno de ellos. Ahora es un jefe el que se asila, con un pequeño grupo de seguidores. Es el reconocimiento de la derrota.

Sotomayor se dirige específicamente a mí: “Le agradezco particularmente por los niños. ¡Sé lo que ha hecho por ellos!” La mirada del “Águila Herida” se endulza con este pensamiento.

LUNES 7 DE OCTUBRE

Laura Allende contra Sotomayor.

Que Sotomayor esté con nosotros deben saberlo pocos más allá del recinto de Miguel Claro; pero Toscano y la Piaf tienen serias dudas, basándose en dos hechos que sucedieron ayer por la tarde. El primero; una vez más fue detenido el cocinero y tuvo que permanecer durante dos horas en la comisaría. Dice que no lo han interrogado. El segundo: disparos de pistola se hicieron desde afuera, en dirección del techo de la Residencia.

Por la tarde, al entrar en casa, encuentro a Laurita Allende. Lo hace siempre así. Jamás se anuncia. Se ve que conoce las reglas del juego, pero me sorprende verla agitada, con los grandes ojos claros inyectados en sangre; ¡jella, que me había impresionado por su calma y su comportamiento de reina! Hoy está transformada: “Sé que Humberto⁵⁴ está en Miguel Claro —me dice bruscamente—. No debió hacerlo. Lo han seguido; otros lo imitarán; pero Andrés no, él no se rinde⁵⁵. Ahora es el jefe. Se necesita protegerlo...” Frases cortadas, algunas decididas, otras implorantes. ¿Qué está tratando de decirme? Empiezo paulatinamente a entender: su hijo Andrés se encuentra en la línea de conducción del MIR, después de la muerte de Miguel Enríquez y del asilo de Sotomayor. Está casi solo. Sin embargo, ¿cómo protegerlo?

⁵⁴Alias Eduardo Sotomayor.

“Espero que no haya revelado a la Junta que Humberto se asiló en la Embajada de Italia” —dice—. “No, no todavía; pero deberé hacerlo, como para cada uno de ellos”. “Por favor, ¡no lo haga! Se lo ruego. Para Humberto no es como para los demás, ¡entiéndame!” No lo esperaba: Laurita se descompone, pasa de la súplica a la intimidación. Va y viene moviéndose entre extremos. Me preocupo por ella, pero no puedo dejarla en la duda. “Laura, no me es posible actuar de otro modo. La Embajada de Italia está en el ojo de la tormenta. Mi defensa ante el Gobierno chileno se funda en el mantenimiento de una línea, limpia, clara, sin flexiones. Siempre hemos denunciado, con la mayor precisión, la presencia en nuestras dependencias de los asilados. En todas las oportunidades con sus nombres y apellidos”.

“Pero con Humberto no es lo mismo” —replica ella—.

“Discúlpeme, Laura. Quisiera terminar el razonamiento. No puede ser distinto. Denunciamos la presencia de asilados no por un capricho, sino que para lograr el objetivo preciso: el salvoconducto para la expatriación. ¡Este es el significado del asilo!”.

“Lo sé, Tomaso. Usted ha hecho tanto por nosotros, ¿cómo no reconocerlo?” Por un momento, se vuelve persuasiva, muy dulcemente, pero pronto retoma el punto y vuelve a la carga con más vigor: “El movimiento es otra cosa. No puede renunciar a la lucha. No tiene otra razón de ser que la lucha. En este momento hay un paréntesis obligado, pero Humberto no puede irse al extranjero. Debe curarse y volver a cumplir su tarea, su único trabajo. ¿Me entiende?”.

La entiendo, como madre admirable que lucha por lo que es suyo, por su hijo. No desea que las fuerzas del régimen se encarnicen con Andrés. Quiere que Humberto también vuelva con él, con todos los otros. Replico: “Es exactamente lo que no podemos hacer en carácter de Representación diplomática. Dar refugio a revolucionarios para que recobren la fuerza, el aliento; reposen para después recomenzar la lucha con renovado vigor. ¡No podemos transformarnos en un sanatorio de revolucionarios! ¿Quiere que nos expulsen del país? Annasofia estaría feliz: dice que es la mejor manera de convertirnos en héroes, pero yo me siento obligado a evitar tal posibilidad. Tengo una misión muy precisa que cumplir: la de lograr que todos los asilados puedan expatriarse, sin problemas de primera o de última hora. Por otra parte, ¿usted cree que la Junta no sabe que Sotomayor está con nosotros? Como sea, yo he hablado con él y está de acuerdo...”.

“¿Cómo? ¿El está de acuerdo? ¡Bellaco! ¿Entonces no quiere continuar la lucha? ¡Lo sabía!” Laurita se descontrola, se ve violenta. Ella es quien quiere dictar las normas, como una Gran Sacerdotisa del Movimiento. Le están faltando el respeto. De improviso le sobreviene una duda: “¿Es verdad que quiere irse?” “¡Escuche! Para tranquilidad suya se lo preguntaré nuevamente; pero nada, por desgracia, podrá modificar mi decisión”.

Laurita se levanta. Se yergue con esfuerzo, me saluda con altanería y con gestos de resentimiento, pues ninguna explicación, por lógica que sea, vale y pesa frente al amor materno. Este punto, sin embargo, permanece oculto en el fondo de la conversación.

MARTES 8 DE OCTUBRE

⁵⁵Andrés Pascal Allende, hijo de Laurita.

Repercusiones negativas del ingreso de Sotomayor.

Informo del asunto a Nuestra Casa. Lo de Sotomayor y los miristas es una espina clavada muy honda. “Su presencia aumenta los riesgos en Miguel Claro. Hoy día los asilados son ya 180, de los cuales 70 tienen el salvoconducto, pero no pueden salir por las razones conocidas... Por lo tanto debo insistir acerca de la solicitud de enviar en forma urgente a Santiago personal de seguridad italiano...”.

Voy, por la tarde, a Miguel Claro. Los asilados han formado un piquete de emergencia para la protección del jefe mirista. El me escucha, tendido y apoyado sobre los codos. Le relato lo de Laura Allende y comento: “En el momento de asilarse, usted ha elegido un camino y debe recorrerlo hasta el final. Tiene un pasaje obligado que se llama salvoconducto. Para pedirlo deberemos enviar una nota...”. Sotomayor no me deja dudas sobre sus intenciones: “¡No se preocupe en lo más mínimo! Asumo plena y totalmente la responsabilidad de mis acciones. Sabía muy bien qué significaba el paso de saltar esta muralla: confiarme a un Estado extranjero que, por humanidad, ha hecho tanto por nosotros, con el fin de poder salir de mi país. Significa también reconocer la derrota. Estoy de acuerdo con Laurita en esto: hemos perdido una batalla, pero no la guerra. Es necesario recuperar fuerzas para volver acomenzar desde cero; pero no podemos hacerlo aquí. Iré al exterior, a Cuba, con esta intención. No le puedo crear otros problemas a la Embajada que generosamente me hospeda. Acepto sin reparos las reglas del asilo. A Laurita y a los otros que no están de acuerdo conmigo en el MIR, les explicaré. Ya estoy escribiendo una carta para motivar mi actitud. Por Laurita la Embajada no debe preocuparse; lograré ponerme en contacto con ella, de cualquier modo, para aclararle la situación...”.

Lo he escuchado con complacencia. Me quita un peso de encima.

MIÉRCOLES 9 DE OCTUBRE

“Alexis” me propone la entrega de Sotomayor y de otros cuatro miristas. Entrevista con Patricio Aylwin y Rafael Moreno: El PDC protesta en contra del exilio impuesto a Bernardo Leighton.

“El señor Alvaro Puga, para usted, doctor”. “¡Démelo!” “¡Señor Vergottini, debo hablarle con urgencia!” “Muy bien, ¿Adonde nos podemos encontrar?” “Venga a mi oficina, en el Diego Portales. Espero que no tenga escrúpulos en hacerlo...” “¡No, por cierto!”.

Me voy muy rápidamente. Alvaro Puga es, para la izquierda, un personaje execrable. Lo es, en verdad, para toda la democracia, ¿Por qué? Durante la UP, él, con el seudónimo de Alexis, decía por Radio Agricultura las cosas más duras en contra de Allende y del Gobierno. “¿Pero es por eso que todos están en contra suya?” —digo a mis interlocutores—. ¿Y la libertad de expresión que tanto se reclama ahora? O tal vez quieren dejarme creer que Allende cayó por los ataques de Alexis?”, Los de la UP recurrían a teorías más simples: “Es, en síntesis, un golpista, un conspirador, un mentor del golpe”.

Tomó contacto conmigo en enero. Empleó un tono diferente y, por teléfono, me dijo que era italiano por línea materna: Cappa. Por ello se sentía ligado a Italia. El me consideraba el Embajador de mi país. De allí que recurría a mí con el fin de resolver un problema personal. Su madre, que venía a Chile desde Buenos Aires, debió detenerse en Mendoza. Ahí descubrió que el pasaporte italiano con el cual viajaba había vencido. ¿Podía tratar yo de obtener la renovación del pasaporte? “¡Por cierto!” —aseguré—. En un tiempo breve, la señora Cappa tuvo al día su documentación. Se trataba de un acto diplomático habitual, pero Alexis apreció mi colaboración.

Con malestar, al modo de una pesadilla, llego a una puerta lateral del edificio Diego Portales. El rascacielos me parece amenazante, extendiendo el cono de sombra sobre la calle y sobre el patio, más allá del recinto y de las rejas puntiagudas y de la caseta de la guardia. Contradicción de un *bunker* dirigido hacia lo alto y no hacia las vísceras de la tierra. Jerárquicamente, una pirámide. Piso a piso se va ascendiendo de grado, hasta dar con la cumbre, protegida con aislantes cada vez más espesos. Desde arriba, domina. El enemigo no podrá acercarse, se estrellará antes contra una de las barreras. Entro a la guardia y muestro el pasaporte azul a un carabiniere, quien lo extrae del elegante estuche, lo examina exactamente como lo hizo un colega suyo la primera vez que me presenté en La Moneda. Lo entrega a un superior, el cual lo mira con estupor, como si se tratase de un objeto de anticuarios. Tal vez le han dicho que en Santiago no existe una Embajada de Italia, que es sólo un residuo de Representación, que hospeda a delincuentes, los cuales no pueden ser atrapados en homenaje a, una malvada regla internacional. Por tanto soy un fantasma o un falsificador de documentos, o, peor aún, un protector de los sin ley.

El oficial, puesto en el pedestal de la guardia, ahí en la “Sacra Torre de la Patria”, alterna la revisión del extraño documento azul con ojeadas sospechosas que me lanza. No estoy acostumbrado a imponer mi presencia y mucho menos trato de hacerlo en el Diego Portales; pero miro la hora. Son las 18:05 y Alexis me esperaba a las 18. Con tranquilidad, se lo hago presente al capitán que, finalmente, se digna acercarse a un mesón para preguntar a una muchacha que lleva una tarjeta de identificación. “¡Ah, usted es el Encargado de Negocios de Italia! Don Alvaro Puga lo está esperando...” “Lo suponía —digo—, ¡pero aquí me han hecho perder el tiempo!” “Lo siento —murmura ella sonriendo, meciendo la cabellera rubia—. He osado pronunciar una expresión crítica en el “Sancta Sanctorum” del régimen. Para darme ánimo se me concede el título de Encargado de Negocios. Sin embargo, Alexis me lo atribuye con desfachatez a través de la voz alta y resonante de la rubiecita, cuyo aspecto fascinante no se compadece con el continuo taconear de botas que va produciendo un eco persistente.

Escortado por otros carabineros, erguidos y silenciosos, atravieso el patio; paso la barrera de metralletas que me apuntan, gracias a una señal de mi escolta. Finalmente ingreso en el Templo del Régimen.

El ascensor se detiene en el piso 17. Un poco más abajo de la cúspide. Me da eso la medida de mi interlocutor. Su estudio es pequeño, sin adornos, ordenado, compuesto. Alexis viene a mi encuentro, abrazándome con un gesto de aparente fraternidad. Alto, de piernas delgadas en lo que respecta al grueso tronco; manos pulcras, cabellos engominados. La expresión es difícil de desentrañar, a causa de los anteojos oscuros. Se esfuerza en ser lo más cordial que puede.

Recuerda el, para nosotros histórico, episodio de la madre Cappa. Intenta crear una suerte de corriente de comprensión que vuelva fácil el diálogo. Cuando estoy dando vueltas a otros pensamientos, no advierto a tiempo el salto cualitativo de su discurso y necesito concentrarme para retomar el hilo, dado que perdí el punto de sutura inicial. “No debería ser difícil para ambos. Tú me entregas cinco miristas, entre ellos a Sotomayor, y yo me comprometo a resolver todos tus problemas”. Trato de reorientarme. Aquel “tú” confidencial, lanzado de sopetón, muy chileno, quiere darme a entender que no lo debo considerar un enemigo, que puede lograrse un muy buen entendimiento entre nosotros. ¿Pero qué me está proponiendo? ¿Entregarle a Sotomayor? Tal vez he oído mal, me he confundido. “Temo —digo— que no he entendido...”.

“Sabemos que se ha refugiado donde ustedes. Sólo él nos interesa con los otros cuatro”. Entonces esto es. No me había preparado para una proposición de este tipo. Trato de acomodarme a la situación imprevista, de expresarme en dos palabras sensatas, conforme al pensamiento de Nuestra Casa. Alexis continúa hablando tranquilo, como si todo no fuese otra cosa que un partido de tenis. “Después te concederemos sin demora los salvoconductos que están pendientes aún. Todos los asilados serán transferidos al refugio de las Naciones Unidas, donde el mismo Gobierno proveerá para su mantención, en espera del visto bueno de países que estén dispuestos a acogerlos en su territorio. La captura de los cinco miristas se efectuará durante el trayecto desde la Residencia al refugio. ¡No te preocupes. Lo haremos con todas las precauciones posibles!”.

Sigo estupefacto el relato. Alexis, imperturbable, continúa explicándome el plan. Los lentes negro humo no me permiten seguir las probables emociones secretas. “Son delincuentes comunes. Te darás cuenta de que no podemos permitir que Miguel Claro se convierta en una base de operaciones en contra de nosotros. Podemos establecer los detalles entre los dos. Naturalmente tomando precauciones. Si estás de acuerdo, actuaremos rápidamente. ¡Mientras más rápido, más fácil!”.

Creo que, de su parte, eso es todo. Lentamente desarrollo mi pensamiento, porque algo tengo que decirle de lo que pienso, luego de haber sido tomado por sorpresa. “Mi acción —respondo— se inspira en razones humanitarias. ¿Un trueque? ¿Entregar uno, o más bien los cinco, por la salvación de todos los demás? Yo espero salvarlos igual. Admito que se necesitará tiempo. Sobre todo porque ustedes nos harán la vida difícil después de nuestro rechazo...” Alexis retoma la palabra, sin alterarse: “Pero no es así, todo quedará como antes, a menos de que el Gobierno italiano no se decida a normalizar las relaciones”.

“Entiendo —replico—. De todos modos es algo muy importante que no podría decidir solo”.

Me levanto para despedirme. Alexis no revela la menor inquietud. Me envuelve en sus brazos que son como tentáculos, refunfuñando algo acerca de su madre italiana. “Entonces, quedo en espera de una llamada telefónica. Trata de apurarte, ¡por favor!”⁵⁶.

En la guardia pido el pasaporte que me retuvieron en la entrada. La misma rubia me lo devuelve, sonriendo con coquetería. “¿Le fue bien?” —indaga—. “¡Muy bien!” —contesto convencido—. Es exacto: estoy contento conmigo mismo, por mi comportamiento frente a lo inesperado.

Por la tarde me encuentro con Patricio Aylwin y Rafael Moreno en casa del Presidente del PDC. Una sobria, pero digna y amplia casa, ubicada en un barrio del sudeste de Santiago. Rafael Moreno es ágil, dinámico, afable, ejecutor de la Reforma Agraria durante el gobierno de Frei⁵⁷. Patricio Aylwin, como buen dueño de casa, adelanta su clásica sonrisa cautivante, sumamente adecuada para que el huésped se sienta cómodo. Y así es.

Temas obligados de la conversación son los asuntos y la situación de la Embajada; los asilados; nuestra tan particular relación con el régimen militar. Después se habla del Hermano Bernardo. Moreno resume los hechos: un decreto *ad hoc* prohíbe su reingreso a Chile, salvo autorización expresa del Ministro del interior. Motivo invocado por la autoridad: “Declaraciones denigratorias de la Patria, con el agravante de haberlas hecho en el extranjero”. “Bernardo —dice Moreno— es incapaz de sentimientos hostiles hacia nadie. ¡Es una infamia condenarlo al exilio!” Aylwin me lee un comunicado del PDC. Tratarán de publicarlo. Se habla de: “injustificable violación de un derecho humano fundamental... afirmaciones atribuidas a una persona conocida por su patriotismo, moralidad, lealtad a la democracia, no pueden ser definidas como una ofensa a Chile, sino como una crítica al régimen. Ningún Gobierno, por su naturaleza transitorio, puede pretender confundirse con la Nación, que es permanente”.

Aseguro que he de mandar lo más pronto posible el texto del comunicado a Roma, pues estoy de acuerdo con lo que en el se dice: “¡No es justo humillar de tal manera a un hombre tan recto!”.

⁵⁶La reacción de Nuestra Casa fue, como es obvio, negativa. Se preguntó de dónde provenía la propuesta, que aparecía en contradicción con los propósitos expresados en el nivel de la Cancillería. Al mismo tiempo, aprobaba mi conducta, causándome el efecto de un bálsamo restaurador. La gravedad de la situación había sido completamente ponderada en Roma, en donde se estaban dando los pasos para tomar las determinaciones necesarias, en procura de una solución adecuada del problema.

⁵⁷La “segunda manera” fue mucho más drástica y la puso en marcha Jacques Chonchol.

VIERNES 11 DE OCTUBRE

El Cardenal Raúl Silva Henríquez, me asegura el apoyo de la Iglesia. En la Embajada de España, breve conversación con el General Bonilla.

El Cardenal Silva Henríquez me recibe en su oficina de la calle Erasmo Escala. Aguardo en una pieza en donde se hallan grandes retratos de sus antecesores en la Arquidiócesis. La secretaria, a quien me anuncio, no tiene nada de burocrática. Bonachona, gordita, parece una sencilla ama de casa colocada allí como por casualidad. Sobre su mesa no hay nada que delate los tiempos que corren. Con algún esfuerzo, podría salvarse el teléfono; pero el resto... En el centro una gran agenda polvorienta que recuerda catastros de otros tiempos. Ahí ella apunta los compromisos de Su Eminencia, con un lápiz. Alrededor, algunas hojas esparcidas, las que miro distraídamente. Son los Boletines de la Arquidiócesis, Ya que me toca aguardar, tomo uno. Contiene noticias que sólo interesan a la parroquias.

Paseo por la pieza, cuando don Raúl aparece en la puerta, acogedor, usando su muy buen italiano. Como hombre sencillo, rehúsa cualquier saludo exagerado. Sólo me consiente una inclinación de respeto. “¿Qué malos momentos está pasando, señor Vergottini, o mejor, Tomaso! Mis colaboradores lo llaman así... ¿No es cierto? ¡Bien! ¡Póngase cómodo! —me dice, indicándome un sillón de color damasco rosado, mientras él elige un silloncito. Lejos del escritorio y del ruidoso teléfono, el diálogo ha de ser tranquilo. “¿Qué puedo hacer para ayudarlo?” —me dice—, “He venido aquí para pedirle. Su apoyo, y este lo solicito en el sentido más vasto del termino; pero no me atrevo a confesarlo”. El Cardenal ha entendido al vuelo, evitándome las complicaciones. ¡Qué diferencia con los purpurados pomposos y distantes, para quienes reverencia y beso en el anillo son introducciones irrenunciables antes de cualquier diálogo, o, mejor dicho, audiencia!

Le refiero, en síntesis, nuestras penas: la preocupación por el ingreso de los miristas. “Más de alguien podría aprovecharlo para un golpe de fuerza, quizás con qué funestas consecuencias. Ayer he enviado la nota señalada, comunicando el ingreso de Sotomayor y de los otros. Espero que la cuestión permanezca en reserva, pero no estoy seguro. ¡Si la prensa se entera, nos atacará sin piedad!”.

“¡Querido señor Tomaso! —me interrumpe don Raúl, en actitud suave y paternal—, todo Chile está viviendo un momento muy difícil. No pensé que se podía llegar a tanto. El pueblo está sufriendo; nosotros, los sacerdotes, tenemos el deber de ir en su ayuda, de aliviarles en sus penas. Usted participa de nuestro drama, aún no siendo chileno. Está ayudando y se lo agradecemos. Con nuestras limitaciones, trataremos de hacerle lo más soportable que sea posible el trabajo. Hablaré con alguien del Gobierno: no deben explotar la situación, no pueden hacerlo de ninguna manera. Nada de publicidad. Nada de ataques”.

La sombra de Alexis y de su extraña proposición —aunque evito mencionarla— pesa en nuestra conversación. “¡Cuántos nuevos compromisos para la carrera diplomática!”, es el comentario final de don Raúl, mientras me acompaña a la puerta. “Lo sé, pero a Chile lo elegí yo. Además mis tareas son de índole humanitaria, más estimulantes que los pedantescos informes, a menudo arrojados en el cesto de los papeles de los Ministerios...” “¡Que Dios lo bendiga!” Don Raúl recuerda que es el Primado de Chile y me imparte una bendición cardenalicia. Me conmueve, infundiéndome nueva fe, voluntad de continuar en el camino, sin vacilaciones. Lo miro con reconocimiento.

Al atardecer, recepción en la Embajada de España. Entre saludos rápidos, presentaciones incomprensibles, eternos whiskies, que bebo con parsimonia, o canapés que evito con cuidado, reverencias a las señoras, que ofrecen las mejillas para el ritual beso; en suma, entre estos y otros componentes de un cóctel diplomático que se respete, dos personajes me llaman la atención. El primero es un señor de aspecto agradable, larga cabellera canosa, aire desenvuelto. Me lo presentan como el Embajador Miguel Serrano. Me sorprende porque es el único que no habla de asilados y no me hace preguntas curiosas, hostiles o escabrosas. Por el contrario, me pregunta por Roberto Ducci⁵⁸, su gran amigo, inteligentísimo, culto. “¿Dónde está?” “Es Embajador en Londres”. “Pero qué bien, ¡Quisiera tomar contacto con él!” “¡Muy fácil! Le doy la dirección de nuestra Embajada”.

Después, Serrano, diplomático jubilado, comienza a divagar yendo desde Nietzsche al fascismo, de Proudhon al darwinismo, envolviéndome en un vórtice filosófico. No es diálogo típico de cóctel, que oscila entre trivialidad y formalismo, por un lado; cuestionamientos profesionales, a menudo insinuantes y desvergonzados, por el otro. Por una vez, no soy blanco ni protagonista de este tipo de encuesta; pero el hilo del discurso de Serrano se pierde en el gentío. Alguien lo ha llamado de alguna parte; otra persona me arrastra hacia otro lado.

Me presentan a un alto oficial de Ejército, espigado, tranquilo. “¡El General Oscar Bonilla Bradanovic!” Este nombre me saca del sopor astral, inyectado por el diplomático filósofo. Exactamente él, el Ministro de Defensa, el ex-Ministro del Interior, el hombre de las poblaciones, el “democrático” del régimen. Recuerdo haberme preguntado esto: “¿Será verdad? ¿O más bien la oposición se ha construido un personaje que congenie con sus propios esquemas, pero que en realidad no existe?”. A fable, de trato suave, carente de tono y aura militares, Bonilla me habla de Italia, país al que aprecia más que a ninguno, por la feliz conjunción de sus paisajes encantadores con los habitantes alegres y generosos. En verdad, yo siempre desconfío de quien, apenas me conoce, alaba a Italia. Con frecuencia, se alaba a la tierra para, en seguida, denigrar, aunque con buenas maneras, a los italianos. O bien conjugan estos criterios en una misma opinión; pero en este caso se produce un poco después la estocada a nuestra política o, en la coyuntura que estamos viviendo, al trabajo de la Embajada.

Sin embargo, Bonilla me parece sincero. De Italia pasa a Chile para decirme: “Usted debe tener una tarea muy difícil, con tantos asilados. Con mayor razón si consideramos las relaciones entre nuestros dos países. Lo entiendo y me duele”. La mujer, bulliciosa y festiva, se lo lleva cuando estoy por abrir la boca; pero esas palabras me bastan. Para mí no hay dudas: el General Bonilla es exactamente lo que se dice, una agradable excepción.

SÁBADO 12 DE OCTUBRE

⁵⁸Roberto Ducci, fallecido hace unos años, era considerado el "príncipe" de la diplomacia de la Farnesina.

Violenta campaña de prensa en contra de la Embajada, definida como “Nido del MIR”.

En Triana, leo los grandes titulares de los diarios: “El MIR se ha mudado a la Embajada de Italia: 107 nuevos asilados” (*LaSegunda*). Compruebo que la lista entregada el 10, que incluye 33 niños, fue dada de inmediato a la prensa, contrariando mis ocultas esperanzas, exactamente por la presencia de Sotomayor. “Nido mirista en la Embajada de Italia” (*La Tercera*). El mismo diario nos dedica un editorial: “...se trata de una Embajada que hace más de un año funciona sin Embajador y que, al parecer, no cumple otra función que recibir a chilenos interesados en desprestigiar al Gobierno. Aunque ha sido emplazado hasta por sus propios connacionales, el Gobierno italiano ha mantenido una conducta netamente política. Ha evitado reconocer a la Junta de Gobierno, pero, al mismo tiempo, ha mantenido en Santiago abierta la Embajada, en una actitud doble que cuesta entender. Resulta doloroso comprobar la colaboración de la Embajada de Italia a un juego político... Tal vez sería oportuno que Chile renovara, en forma definitiva, su emplazamiento a Roma para normalizar relaciones. Si se considera que nuestro país no es digno de contar con el reconocimiento de un Embajador, sería posible que Chile opinara que no es conveniente seguir contando con una Embajada como ésta”.

“Disparan con todo contra nosotros —comenta sarcástico Roberto Toscano—. Somos un nido de miristas. *LaTercera* la agarró contigo. Si hubiese un Embajador, todo estaría solucionado. Piensa que un Embajador sería necesariamente, por naturaleza y por edad, un reaccionario, que no toleraría ningún “nido” en sus dependencias”.

Releo el editorial, para tomar nota exacta del contenido del mensaje. Roberto interrumpe mi lectura: “¡Pero, Tomaso!: ¿no te das cuenta de que tienes un defensor de alto linaje, el mismo Canciller, el Almirante Carvajal? Mira acá. Increíble, hojeo y encuentro la conferencia de prensa del Ministro de Relaciones Exteriores. Un periodista le preguntó: “Italia no ha reconocido al Gobierno chileno. La Embajada de Italia está dirigida por un funcionario no acreditado como Encargado de Negocios. ¿Cuál es su opinión, señor Ministro, sobre la actitud de este señor, hecha pública ayer? Y ha permitido el ingreso de “huéspedes”, algunos de los cuales están acusados de delitos”.

Responde Carvajal: “En cuanto al reconocimiento, jamás lo hemos solicitado. Sepan que existen diferentes modos para reconocer a un Gobierno: algunos envían una Nota especial; otros continúan manteniendo relaciones, sin necesidad de confirmarlo por escrito. Respecto de la entrada de personas a la Embajada de Italia, es necesario reconocer que muy a menudo sucede en contra de la voluntad del Jefe de Misión. No podemos acusarlo de ser responsable de haberlos llamado. No me parece, por lo tanto, que se pueda achacarle una actitud de este tipo. ¿Por qué esas personas han elegido la Embajada de Italia? Probablemente porque ha sido la última a la que hemos consentido la expatriación de un gran número de asilados. Por tanto no creo que se trate de acciones deliberadas de las cuales se pueda inculpar al Gobierno italiano”.

Comento: “Me parece claro, Roberto. En un lado de las barricadas, hay una línea blanda, atenta a las reacciones externas. No quiere quemar aquellas relaciones que quedan entre nuestros dos países. Es la tesis del Ministerio de Relaciones Exteriores, más bien la de los funcionarios, sobre todo del gato y del zorro, Valenzuela y Bernstein. Esta línea fue la que se impuso después de la salida de Huerta, y ahora se hace clara; pero ¿qué peso real tienen en el interior del régimen? Puede ser que tenga más la otra que apunta sobretodo a eliminar al MIR. Se expresa en la propuesta de Alexis. De cualquier manera es grato darse cuenta de que somos objeto de una discusión interna...” “Tú bromeas —ahora es Roberto quien está serio—; pero podremos pasar malos ratos”.

Ahora voy a Miguel Claro. Ahí habrán leído los diarios y han de estar alborotados. Llega un mensaje de Roma: El Viminale confirma que no puede contribuir a “desbloquear la situación”... Tratarán de insistir. En verdad es descorazonador y se agrega a los ataques de la prensa chilena. Nos sentimos abandonados, atrapados en un reducto. ¿Cuándo saldremos de él?

DOMINGO 13 DE OCTUBRE.

Sigue la campaña de prensa. La Tercera ataca personalmente a Toscano. Jaime Castillo me pide que intervenga en favor de su sobrina Carmen.

El domingo es una jornada de trabajo para nosotros y tal vez más que los otros días. El “Kamikaze” Cesare Rampioni me sale al encuentro en Triana, gritando en romanesc⁵⁹: “Dotto, lea *El Mercurio*. La han tomado con nosotros. En toda la primera página. ¡Qué titulares!”.

Dicen que somos un lugar de veraneo. Mientras subo por la escalera, miro de reojo los titulares de primera página del diario de los Edwards: “Representación italiana: Embajada convertida en balneario. Actitud agresiva de asilados hacia la calle. Disfrutan de lujosa piscina y canchas de deporte”,

Todo respaldado por una gran foto en donde se ven a algunos asilados que se pasean en camiseta por nuestro jardín. Me acomodo en mi escritorio y trato de “digerir” de la mejor manera posible la prensa. ¡Tantas advertencias, pero fuese sólo esto! ¡También calumnias! La piscina está seca, inactiva desde el Golpe de Estado. Es cualquier cosa menos un balneario. No me queda claro el que los huéspedes lancen piedras a los vecinos. Sería un suicidio. Es verdad que el 4 y el 11 de septiembre han actuado en contra de su propio interés, pero se trataba de circunstancias especiales. Además, Ávila y sus compañeros soplaban el fuego. Ahora debería ser distinto.

Veamos *La Tercera*, Nada en la primera página, pero en el interior hay un artículo de María Eugenia Oyarzún que nos está dedicado. Dice: Desde el 11 de septiembre de 1973 Italia no ha roto relaciones con Chile, pero tampoco ha reconocido al actual Gobierno. No hay, pues, embajadores. En una situación bastante controvertida sin embargo la sede de la Embajada de Italia se ha convertido, en la práctica, en una especie de secretaría del MIR...”

Naturalmente ello no es verdad, pero, en el fondo, es lo que deseaba Laurita. La prensa —me parece— tiende a dar respaldo a Alexis, tal vez trata de intimidarme para que ello me lleve a entregar a Sotomayor. Carvajal y los amigos de La Moneda quisieran, en cambio, ayudarme para hacerlo salir del país, pero empiezo a creer que están en minoría.

“En la mansión de la Embajada —prosigue la periodista—, entran, salen y circulan connotadas personalidades del extremismo marxista. Recién ahora se sabe que desde febrero está como huésped de esa residencia el ex-parlamentario Matías Núñez. ¿Cuántas veces entró y salió de la Embajada este político extremista?” ¡Increíble! ¡Un ir y venir de gente! ¿Matías Núñez? Si mal no recuerdo, se trata de un niño, no de un diputado.

“Sorpresivamente —insiste la señora Oyarzún— han aparecido 107 nuevos asilados. La Embajada de Italia, que ni tiene Encargado de Negocios acreditado, ya que el existente circula con visa de “turista”, y en la que actúan funcionarios como un militante comunista de apellido Toscano y un periodista comunista de *L’Humanité*, de apellido Vicario, acoge a más de 180 marxistas, en su mayoría miristas”.

Leo con asombro. ¿Adónde quiere llegar esta bendita mujer?¹ “El último en asilarse fue el líder del MIR, doctor Sotomayor, con toda su familia. Y luego se pide entonces los permisos para que esta gente salga. Si no hay reconocimiento de parte de Italia del Gobierno chileno, ¿cómo sucede todo esto?... Pero Chile no puede aceptar que una sede diplomática existente sólo en teoría se convierta en un lugar de reunión de extremistas chilenos que buscan el caos en el país”.

⁵⁹El “romanesc” es el dialecto romano.

Me hundo en la butaca, tratando de armar el rompecabezas. Aparece Toscano; “Señor Pseudo-Encargado de Negocios, con visa turística vencida, me presento; soy el militante comunista de nombre Toscano. Estuve en la residencia, pero, por muchos esfuerzos que he hecho, no he logrado descubrir ni al ex-diputado marxista Núñez, ni tampoco al periodista comunista de la *Unità*, “pardon”, de *L’Humanité*, Guido Vicario”.

Menos mal que conserva el buen humor. “Escucha, Roberto, más allá de los disparates, la cosa es seria: están tratando de colocarnos con la espalda a la pared a fin de obtener algo, tal vez la entrega de miristas, pero, en verdad, no creo que cuenten con eso. O la normalización, a cambio de los salvoconductos para Sotomayor y sus compañeros. No me parece, eso sí, que un trueque de este tipo pueda satisfacer a Alexis y a quienes piensan como él. O bien, si resistimos, la “vía libre moral” para violar la residencia. Debemos prepararnos. Confiaba en los amigos de La Moneda, pero también ahí, me parece evidente, hay alguien interesado en perjudicarnos. ¿Quién, diablos, ha entregado tan pronto la lista de los 107 para la publicación? Se mencionan nombres. Lo mío no importa, pues ya me he acostumbrado a los calificativos más extravagantes. Se encuentran en la oscuridad para definirme y en eso tienen razón. Me preocupa, sin embargo, la mención expresa tuya, Roberto, como militante comunista”.

“Lo sé —dice Roberto, pensativo—. Es como invitar a la cacería de un hombre. Tengo una familia, no sé si podré quedarme aquí...” “Habla contu mujer. Ante cualquier decisión, tendrán mi apoyo”. Ya el resto de desconfianza hacia él que Annasofia había despertado en mí, se había ido, en el campo de batalla del trabajo cotidiano y en equipo.

Pero, ¿quién ha puesto en el candelero tu nombre y aquel absurdo, de Vicario, para darle material a la Oyarzún?” —pregunto—. La respuesta de Roberto es inmediata. “¡Apuesto a que ha sido Di Castri!” El viejo nostálgico del Comité Tricolor, el héroe de “la marcha sobre la Cancillería” de Triana. En cuanto a Guido Vicario, estaba aquí en el momento del golpe. Prudentemente se refugió en Miguel Claro y permaneció ahí hasta que se le aseguró que podría partir sin problemas.

Concluyo: “Estoy decidido a destrozr el artículo. Roberto, prepara una carta a *La Tercera*, de manera sarcástica, pero poniendo los puntos sobre las ies. Después, la vamos a revisar juntos”.

Media hora después, la carta esta lista: “Punto uno: el ciudadano chileno Matías Núñez, que se encuentra en la Embajada de Italia, tiene 13 años y es hijo del ex-diputado socialista homónimo, el cual dejó Chile varios meses atrás con el salvoconducto concedido por el Gobierno chileno, después de haber obtenido asilo en la Embajada de México. Punto dos: la carrera diplomática italiana, a diferencia de la de otros países, es estrictamente profesional y no política. Sorprende que la periodista haya calificado con tanta desenvoltura supuestas tendencias políticas en funcionarios de la Embajada de Italia, Punto tres: el periodista italiano Guido Vicario —de *La Unità*, periódico italiano, y obviamente no de *L’Humanité*, periódico francés— no ha trabajado jamás en la Embajada de Italia, Después de haber sido corresponsal en Chile de ese periódico, abandonó el país en diciembre de 1973... No es deber de los periodistas conocer cada detalle de los distintos aspectos del funcionamiento y estructura de una Embajada, sin embargo se presume que deben informarse ellos mismos antes de informar a los propios lectores. En este caso, parece que la señora Oyarzún no lo ha hecho”.

Firmo con mi apellido, sin calificaciones que resultarían embarazosas o capaces de generar más confusiones. Le digo a Roberto que asumo plena responsabilidad de lo escrito. Debemos refutar las calumnias, Pido a Sergio que lleve de inmediato el texto a *La Tercera*,

Entra la Piaf, cuya innata tristeza se ha acentuado en los últimos días con el peso de los acontecimientos. “En la Residencia están exasperados. Temen que todo este incordio sea una coartada para entrar y llevarse a Sotomayor. Los miristas están todos alrededor de él, ¿Y qué dice del ataque personal a Roberto?” Livia tiembla. “Doctor, cuente conmigo, en lo que pueda yo hacer”. “Iré a la residencia al atardecer. ¡Avisé por favor, al Comité!”

Una llamada telefónica. Se trata del “Providencial” Giovanni Ferralis. La voz es ronca, cargada por la fatiga: “La colectividad está agitada. Sabemos que los más duros se preparan para atacar Miguel Claro. Esta vez será muy difícil detenerlos —dice—. Los presidentes de las asociaciones quisieran tener, en el más breve plazo, una reunión con usted...” Le respondo: “Hagámosla mañana, a las seis de la tarde”. Acepta.

Por la tarde recibo en Coronel a Jaime Castillo Velasco. Siempre me produce una impresión curiosa: de baja estatura, grandes anteojos, miope, navega en su propio mundo, en donde menudean las fórmulas jurídicas. En un instante, baja la voz, aproximando su sillón al mío. Ha de ser su manera de entrar en la realidad cotidiana. Me habla de Camila, la hija pequeña de su sobrina Carmen Castillo: “Señor Vergottini, mi familia le está reconocida por todo cuanto ha hecho por la niña. Simplemente la ha puesto a salvo. ¿Cómo está?” “Muy bien don Jaime. Nosotros —en particular mi mujer— cuidamos de manera especial a los niños”. “¡Gracias!, pero ahora —dice Castillo, acercándose más, con un hilo de voz— quisiera hablar de la madre, de Carmen”. Me queda claro que es éste el motivo de la visita. “Hay una pugna —explica el ideólogo— entre la DINA y los servicios de la Fuerza Aérea que han detenido a Carmen; estás temen que la DINA saque sus garras con el fin de darle muerte. Me han hablado: quisieran sacarla de Chile con la ayuda de algún Gobierno extranjero. He pensado en Inglaterra, donde vive su padre, mi hermano Fernando⁶⁰; pero ni yo ni mis amigos conocemos al Embajador Secondé. ¿Puedo pedirle que usted nos recomiende a él?”

Entiendo que, tocado en sus afectos familiares, se dirige a mí no tanto como a un amigo, sino como a un Salvador, una especie de “deus ex machina” del asilo. Dificultades, peripecias, ataques, problemas de cualquier tipo me aquejan todos los días, pero, comienzo a darme cuenta, crean alrededor mío un distintivo de aprecio y de respeto. El traslado de Carmen Castillo a Inglaterra, en cuanto a mí se refiere, está asegurado. Me bastará una conversación con Reginald Secondé.

LUNES 14 DE OCTUBRE

Agitación en la colectividad. Reunión en Triana.

Por la mañana, en Triana, veo a Roberto que me espera, despeinado con los ojos enrojecidos, muy distinto del que era el día anterior, cuando me comentaba con ironía el artículo de la Oyarzón. “Tomaso, mi mujer recibe llamados telefónicos amenazantes... Está aterrada... quiere irse lo más pronto posible. ¡Excúsame, parece que te abandono pero debo solicitar de inmediato el regreso a Roma”, “Ya te he dicho que lo entiendo: no te hagas problemas. Sabré resistir —le expreso—. Advertimos sin demora a Nuestra Casa”.

Escribo al instante y solicito la inmediata sustitución del Secretario Roberto Toscano. Después de los ataques de los periódicos, podría ser blanco, de acciones violentas.

A las cuatro de la tarde, el “Metálico” Rojas me recibe en La Moneda. Con el ceño fruncido, el estilo brusco y directo, me dice: “Antes de poder hablar de salvoconductos para nuevos “huéspedes”, tenemos necesidad de proceder a su identificación. Hasta ahora se ha hecho en el aeropuerto, pero es mejor para todos que ello se haga en la Residencia, cualquier día antes del viaje. Se ha comprobado que los miristas usan a menudo documentos falsos, doble identidad. Debemos estar seguros sobre quiénes son en verdad. Se trata sólo de una formalidad: un grupo experto en identificación iría a Miguel Claro a revisar las huellas digitales”. Respondo concisamente, adecuándome al estilo del interlocutor: transmitiré la solicitud a Roma.

⁶⁰Fernando Castillo Velasco, Arquitecto de prestigio, profesor, Ex-Rector de la Universidad Católica de Chile.

De vuelta a casa, paso por Miguel Claro. Como siempre, me veo rodeado por un grupo de hombres barbudos y mujeres descompuestas que mantienen alejados a los niños que alborotan. Expresiones de ansiedad, indagatorias. Los aliento, les hablo tratando de ofrecerles seguridad. Converso con los jefes, con Sotomayor. Se levanta, apretando los dientes: “¿Cómo está la pierna?” —pregunto—. “Mucho mejor, señor Vergottini —exclama—. Todo lo que está sucediendo es culpa mía. No deseo convertirme en un peligro y en un peso para usted, que me acogió generosamente, ni para la Embajada, ni para los compañeros que se encontraban aquí cuando salté la muralla. Si no obtiene el salvoconducto, me entrego a la Junta”.

“Usted puede decir lo que mejor le parezca —replico, con calma—, pero ¡no dramaticemos! Yo me atengo, a lo que dice el Canciller, para mí es la autoridad que cuenta. Habrá leído con seguridad sus declaraciones: no me responsabiliza por el asilo. Quiere decir que no pueden castigarme por una culpa que no tengo. Trate de no dar demasiada importancia a la prensa. Le aseguro que continuaré luchando aquí para obtener los salvoconductos para todos, y en Roma, con el fin de hacer posibles las salidas. ¡Tengan paciencia, sé que es un momento muy delicado, pero verán cómo saldremos adelante!”

Estas palabras son recibidas con expresiones de esperanza o de incredulidad. Por todos habla Leighton, nombre de guerra de una especie de gran oso, de bigotes espesos y pelo negro, muy simple, comunista desde la piel al alma⁶¹: “Tenemos plena confianza en usted, señor Vergottini, pero no en la Cancillería chilena. Creemos que están todos de acuerdo en contra de nosotros y de la Embajada por el hecho de hospedarnos. El Gobierno italiano debe intervenir directamente para desenmascarar a la Junta, denunciar su chantaje y obtener los salvoconductos para todos. Le rogamos que insista ante Roma, para expresar las cosas en este sentido”. Al final, a modo de estrambote, me dice algo que parece una advertencia: “¡No se haga ilusiones con el Canciller!”

Llego tarde a Triana. Las seis han pasado hace rato. Las “autoridades” de la colonia me aguardan en el corredor. Acomodo a todos ellos en el saloncito de mi estudio. Además del infaltable Ferralis, más desordenado y jadeante que de costumbre, están presentes los hermanos Valentino, Maurenzo Davico, Giuseppe Canepa, a quien hallo más redondo: como si se hubiese convertido en una botella del óptimo vino que produce, el “Canepa finísimo”. Están también el canoso Víctor Pensó, presidente de La Humanitaria, y el titular de la Parroquia Italiana, padre Antonio Mascarello, hombre rojizo, de apariencia campesina y no tan mística. El último en presentarse es un hombre viejo que no conozco, pero imagino que se trata de Luigi Di Castri, el del Comité Tricolor, mi enemigo número uno en la colonia. Rechacé al comienzo la sugerencia de invitarlo, hecha por Ferralis, pero después me dejé convencer. Será mejor que él también me escuche, sopeso lo que diré y no lo recoja de segunda mano. Camina con dificultad; su rostro es oblongo y rugoso. Lo ayudan a tomar sitio. La repulsión instintiva que experimento por quien creo de mala fe deja el paso, en mí, a una actitud de comprensión. Tal vez la nostalgia circule en su cuerpo y él mide la vida chilena de hoy con pasión indomable derivada de sus ideas que murieron.

Enfrente de mí hay una colonia de gerontes. ¿Se extinguirá con ellos? No lo sé, pero, por el momento, se esfuerzan en ofrecer, a despecho de la edad promedio, una imagen de vitalidad y de decisión. El primero en tomar la palabra es, naturalmente, Ferralis: “Quisiera expresar la molestia de la colectividad por las noticias de los últimos días... Para ser franco, no estamos de acuerdo con la hospitalidad que la Embajada concede a un gran número de extremistas... Es la única Embajada que lo hace... Todos los periódicos hablan. Comenzamos, como italianos, a resentirnos. Nos va mal en las discusiones con los chilenos, con quienes jamás hemos tenido motivos de desacuerdo. Requerimos una explicación que nos sirva de garantía”.

⁶¹Hoy, a diferencia de 1974, lo llamaría “comunista estalinista” o de viejo cuño (en italiano, vetero-comunista).

Como siempre, el “Providencial” es más duro conmigo cuando habla entre los suyos que cuando lo hace en privado; pero entiendo que necesita defender una posición tal vez puesta en entredicho.

Respondo con tranquilidad, ponderando las palabras. Me resulta fácil, porque sé bien qué debo decir: “Traten de no dar gran importancia a lo que se escribe en la prensa. Los periodistas están en su salsa con la noticia del día. Ya he visto grandes titulares rojos y azules, de *La Tercera*, de *La Segunda* o de *Las Últimas Noticias*, dedicados a una victoria del “Colo-Colo”, a una violación o a un “milagro”, que ya nada me impresiona... Traten, en cambio, de dar más importancia a las declaraciones del Almirante Carvajal. Como Canciller él es la autoridad competente en lo que toca a las relaciones exteriores, con quien la Embajada debe entenderse institucionalmente”. Les leo lo que he dicho. Lo hago sin dejar de reiterar los términos más significativos. “Vean bien —continúo— que libera completamente de culpa a la Embajada. Dice que todo cuanto sucede es el fruto del estado anormal de las relaciones entre los dos países, pero esto no es asunto nuestro”.

Interviene Di Castri, arrastrando lentamente las palabras, con fuerte acento toscano. Vuelve atrás, es decir a Behman Dell’Elmo, el cual habría contaminado la Embajada. Los efectos se sentirían aún: “Hay entre ustedes quienes se hacen parte activa, siendo felices por la actitud asumida por Roma. Pero no piensan en nosotros, viejos colonos, que nos hemos hecho una situación con el sudor de nuestra frente. Tal vez debamos abandonarla debido a los caprichos políticos de una camarilla marxista”. Finalmente reconoce que Carvajal salva mi buena fe, pero quizás —según su parecer— no está bien informado de cómo van las cosas en el interior de la Embajada.

Lo interrumpo con energía: “Yo sólo soy responsable de la Embajada, de lo que sucede aquí. Si el Ministro de Relaciones Exteriores de Chile no tiene nada en contra de nosotros, no veo por qué debe ser nuestra misma colectividad la que nos ponga bajo el poder de una acusación”.

Rafael Valentino, acalorado, se aclara la garganta, en tanto, con una señal de la mano, pide la palabra, Sé que no quiere al casi coetáneo Di Castri, razón suficiente para intervenir pesadamente en favor mío, con la autoridad que él mismo, tal vez sólo él, se atribuye como “Presidente de los Presidentes” (por eso lo llamo *Negus Neguesú*⁶². “El Encargado de Negocios —dice con esfuerzo no exento de firmeza— tiene toda la razón. ¡Nosotros debemos ayudarle y no dedicamos a ponerle “bastoni fra le ruote”!⁶³” Davico y Canepa, aunque tímidamente, lo apoyan. La atmósfera se despeja, serenándose. Aprovecho para pedir a los presentes que traten de detener a los extremistas que amenazan con saltar la sede de Miguel Claro. “Desean desatar una batalla. ¡Traten de tener confianza en mí! ¡Llámenme en cualquier momento, por el motivo que sea!”

Para mi alivio lo que he dicho es escuchado. Ferralis termina prometiendo mantenerse en contacto permanente conmigo, en nombre de las asociaciones italianas. Nos separamos dándonos afectuosos apretones de mano. Curiosamente he usado con ellos los mismos argumentos que empleé hace muy poco para tratar de tranquilizar a los asilados.

MIÉRCOLES 16 DE OCTUBRE

⁶² El Rey de Etiopía se hacía llamar “Rey de Reyes”, es decir, Negus Negesti.

⁶³ Se trata de un italianismo gráfico, “mettere bastoni fra le ruote”, que significa entorpecer, poner estorbos o dificultades a alguien en su empresa, labor u ocupación.

Continúa la campaña de prensa en contra de la Embajada. El Mercurio me ataca directamente

Como ocurre casi siempre, apenas llego a la oficina de Triana, Roberto me trae la prensa del día. Ha reaparecido en sus labios la sonrisa socarrona: “Es verdaderamente una comedia. Esta vez te llaman ‘una especie de Encargado de Negocios’ y ‘diplomático transeúnte’ ”. Me exhibe un editorial de El Mercurio intitulado “Uso y abuso del derecho de asilo”. Con un suspiro, comienzo a leerlo en voz alta, a fin de que no se escape siquiera un matiz: “...resulta que recientemente han entrado a esa Embajada 107 “huéspedes” nuevos, la mayor parte miembros de grupos extremistas de la Unidad Popular. Complica aún más la situación el hecho de que el Gobierno italiano no ha reconocido al nuestro y que la Misión está a cargo de una especie de Encargado de Negocios “adinterim”, que parece estar considerado por nuestra Cancillería como un diplomático extranjero transeúnte”.

Interrumpo la lectura: “Ciertamente que ya tengo un florilegio de definiciones. Me apoyo en el respaldo del sillón, componiendo lo dicho por Huerta, por *La Segunda* y por la Oyarzún. Mi sonrisa se encuentra con la de Roberto, En los momentos críticos es importante no perder el humor, que no es otra cosa sino sentido de las proporciones. Pero Roberto, sobre todo por la natural presión que ejerce sobre él su mujer, está por abandonar la lucha, cediendo a las amenazas. Yo, en cambio, luego de haber visto partir a De Masi, Spinola y dentro de poco a él, permaneceré en el puesto de batalla. Annasofia estará nuevamente a mi lado. Me ha dicho por teléfono que, por ningún motivo, habrá de dejarme solo. Comienzo a colocarme el traje de “Capitán de esta nave amenazada y, por añadidura, encuentro que me calza a la perfección. No lo había pensado. “Gnozi tauton”, decía el filósofo griego, o sea, “¿Conócete a ti mismo!” Pero hay quienes no logran llevar la empresa a cabo en toda su vida, por mucho que permanezcan en este mundo.

Continúo leyendo: “El Gobierno de Chile podría perfectamente negarse a tratar con el jefe de esa Misión, pero no lo ha hecho por consideración a un país que siempre antes mantuvo muy cordiales relaciones con el nuestro y cuya numerosa colonia contribuye al progreso de Chile”. Sin embargo Carvajal, —o alguien por él— ha entendido que, por el momento, no puede obtener más de Roma. Mejor resulta este “pseudo-diplomático en tránsito” que nada. El editorial termina así: “Para que la institución del asilo sea respetada es preciso que se ajuste estrictamente a las disposiciones de las convenciones sobre la materia y que no se vulnere la soberanía del país al cual pertenece el asilado”. El reputado periódico, vistiendo con pompa para la ocasión, imparte así una pedantesca lección.

“Mira esta noticia de la Agencia Efe, en *La Tercera*” —exclama Toscano— poniéndola bajo mi nariz. Habla de la balacera de Miguel Claro: “Una bala golpea en el techo de la Residencia. De Vergottini dice que ha enviado una nota de preocupación... Los representantes diplomáticos italianos en Chile han recibido amenazas telefónicas. De Vergottini las atribuye a sectores exaltados por la campaña de la prensa”. “Has hecho muy bien de emitir esta declaración —comenta Roberto—. ¿Cuándo la realizaste?” “Ayer por la tarde. Me han llamado por teléfono a Coronel. Pienso que es oportuno denunciar... Nadie puede tener dudas, ya que se tratase una campaña orquestada. Es importante que la agencia española de noticias se refiera en términos adecuados y que *La Tercera* publique la nota sin comentarios adversos. Debemos defendernos con los pocos medios a nuestra disposición”, “Estoy de acuerdo —asiente Roberto—, pero si quieres agregar otras piezas al mosaico de la campaña, lee este artículo de Ricardo Boizard en *La Segunda*”.

Título: “La Embajada de Italia, refugio dudoso”. El articulista es un tráfuga democratacristiano⁶⁴. Me ha llamado la atención por su libro acerca de la Democracia Cristiana chilena, en donde tomaba parte activa en lo que se narraba. En base a este me había formado una opinión acerca de él, que ahora debo cambiar. Leo: “A mi juicio este Gobierno, con extrema complacencia, está llevando demasiado lejos el respeto al derecho de asilo... cuando una Nación carece de relaciones con otra y se transforma en una enemiga recalcitrante, ¿acaso sigue siendo territorio extranjero el sitio que, hasta ayer, ocupaba su Embajador? Si nunca Italia reanuda relaciones con Chile, ¿por qué diablos esa casa de la calle Miguel Claro tiene que continuar siendo, hasta la consumación de los siglos, un pedazo imaginario de la península itálica y no un trozo efectivo de nuestro territorio nacional?”

Esta vez me indigno. No es posible que sea justamente un democratacristiano, un “ex”, el más explícito de todos en definir los objetivos de la campaña de prensa, denunciando la “debilidad” de la Junta e invitándola a terminar con los huéspedes de Miguel Claro. Concluye Boizard: “...si se concediera el salvoconducto a los asaltantes de bancos asilados... ¿con quién hay que tratar y a quién hay que entregarle el salvoconducto? No al representante de Italia, cuyo actual título es dudoso...”

Mi ira se modera y va a cambiarse en una risa ancha. “¡Título dudoso!”, otra piedra preciosa para enriquecer la colección.

Por la tarde, me reúno con los Embajadores de Venezuela y de Rumania. Arellano es el nuevo hombre de Caracas. Me parece de hechura distinta a la de su predecesor. Huidizo, poco claro. Tobar era decidido, dinámico, franco, tal vez demasiado impulsivo. Es posible que este cambio anticipe el advenimiento de una nueva generación de jefes de misión “inmaculados”, que vivirán una experiencia chilena “ex-novo”, inmunes al pernicioso contagio con la realidad allendista. Los otros, aquellos del 11 de septiembre, o ya se han ido, como Tobar, Menthon, Mineur, Hoiting, o se irán dentro de poco, como Pañis y Malik. No creo, en términos generales, que sus actuaciones hayan estado ligadas a la ideología, sino más bien al drama humano de encontrar muertos o desaparecidos de un día para otro a sus interlocutores de ayer.

No obstante, estoy aquí para llamar a la puerta de Venezuela, como lo hago con México, Dinamarca, Rumania. No puedo demorarme en asuntos personales. Tratar de “colocar” asilados en casa de otros es un medio para desbloquear la situación, después del veto temporal del Viminale. Me empeño a fondo. Entre muecas y expresiones condescendientes, Arellano me hace entender que Caracas acogerá a dos de los nuestros. Me basta.

En seguida me traslado al “bunker” rumano de la calle Benjamín, Aquí no hay dónde perderse. El Embajador es siempre el mismo, el “tenebroso” Vassile, de voz incomprensible. Ya conozco el rito de la casa: debo adaptarme a la atmósfera y al clima de conspiración. Después del infaltable café turco, que saboreo con agrado, Vassile se me viene encima, susurrándome al oído: “He recibido la respuesta de Bucarest; están dispuestos a acoger a 20”.

No logro retener una exclamación de felicidad y de gratitud, pero me sale sofocada por la inmediata percepción de que estoy contraviniendo las reglas de la casa. En efecto, el Embajador me mira con estupor y preocupación. Al despedirme, le estrecho las manos con fuerza.

La Embajada de Rumania no agradará a las fuerzas opositoras chilenas, porque mantiene relaciones diplomáticas con el régimen militar, y no acepta “huéspedes”; pero a mí me gusta mucho. Esta tarde, el viejo Vassile me parece joven y hermoso como un arcángel.

⁶⁴Según mis informes, Ricardo Boizard fue uno de los grandes oradores de la antigua Falange Nacional, germen de la DC hoy. Se lució en el Parlamento y escribió algunos textos periodísticos estimables, como Voces de la política, del púlpito y de calle y Esa noche Perón, entre otras.

JUEVES 17 DE OCTUBRE

***Carlos Valenzuela me reitera la posición de La Moneda, contraria a la “línea dura”.
Entrevista con el Nuncio.***

Al término de la mañana, me recibe en La Moneda Carlos Valenzuela. “¿Nuevos huéspedes?” —me interroga con ademán desenvuelto, guiñando el ojo estrábico en señal de entendimiento tácito—, “No, a costa de una desilusión para ti, vengo a hablarte de otra cosa: estamos cada vez más preocupados por la campaña de prensa diaria en contra de nuestra Embajada. Dan nombres, inventan historias. Es peligroso... fomentan los extremistas, que buscan pretextos para intervenir. Se multiplican en la Oficina las llamadas telefónicas y lo mismo ocurre en la residencia, en las casas. ¡Hablan de incendio!”

Carlos se pone serio. “Tú sabes bien cómo están las cosas, ya te lo he dicho... Estos artículos no son otra cosa que expresión de una línea dura, la cual no es compartida aquí adentro” Lo interrumpo: “Carlos, me preocupa la orquestación... Todos los diarios hablan de lo mismo. Me temo que el Ministerio de Relaciones esté aislado con su tesis”; “No, no es así”. El Director General se pone de pie y camina nerviosamente por la oficina. “Recién — continúa— ha sido decidida la intensificación de la vigilancia. Impediremos cualquier tentativa de acción violenta. Lo aseguro”.

Comprendo que se sienta incómodo. No insisto, porque sé que, en la medida de lo posible, ha tratado y seguirá ocupado en ello, de cubrirnos las espaldas.

Por la tarde llevo la respuesta a Alexis. Ya he tomado confianza con el Diego Portales. No me impresiona tanto. Además las formalidades son más rápidas, no tengo tiempo de divagar. Me reconocen y me acompañan donde el asesor de la Junta en la antesala de la cumbre. El conocido gesto de abrazo, la sonrisa ceremoniosa y lo que se oculta tras los anteojos. Le explico el porqué de nuestro “¡no!” Reacciona con aparente serenidad: “Sabía que no había nada que hacer desde el momento en que no aceptaste que organizáramos el asunto entre nosotros. ¡Admito que era delicado!” Muestra, por tanto, haber recibido bien el golpe. Se da maña para asegurarme que nada ha cambiado para peor, tanto en los niveles superiores como en el que corresponde a nosotros dos. “Para cualquier asunto, dirígete a mí, sin problemas!”

Bajando en el rápido ascensor de la torre, que parece llevarme a la rastra a misteriosas cavidades subterráneas, repaso las palabras de Alexis y pienso en ellas. Deduzco que a mí, diplomático “inestable”, me conviene conservar un contacto de cierto peso en el interior del horripilante rascacielo del régimen.

Del Diego Portales a la Nunciatura⁶⁵, en una cansadora carrera de obstáculos. El Nuncio Sótero Sanz de Villalba, español, es la quintaesencia del sacerdote suave y devoto. Las manos siempre juntas (me parece que no logra separar la una de la otra). Esta apariencia, sin embargo, contrasta con la nerviosa insistencia que le vi en mis primeros días chilenos, cuando me pedía solicitar a Nuestra Casa que acogiese en Italia a dos dirigentes de la UP, José Antonio Viera Gallo⁶⁶ y Julio Silva Solar⁶⁷, refugiados en la Nunciatura. Ahora puedo pedirle la retribución, pero tengo alguna duda, no por cierto de su fe, sino de la capacidad que él pueda tener para manejarse en el terreno práctico: “Monseñor, la Embajada de Italia se encuentra en una situación muy delicada. No quisiera que el Gobierno chileno, de un momento a otro, se concediese vía libre para poner las manos encima de Sotomayor y de sus compañeros. Más aún, podría dejar hacer a fascinerosos y después refugiarse detrás de un muro de inocencia oficial”.

“Entiendo, hijo” —replica el Nuncio, con tono dulce y paternal—. Ha dejado el hábito del diplomático para vestir el pastoral, que le resulta más adecuado. “¡Créame! Estoy cerca suyo. Lo estaré aún más con los ruegos por usted y por toda la Embajada”. No me echo a morir: “Le estoy muy agradecido, pero tal vez podría usted, también, cuando la ocasión se presente, emplear buenos oficios con las autoridades del Gobierno para que prevengan cualquier acción desconsiderada. ¿Puedo contar con eso, verdad?”

“Cierto, hijo. Trataré de decirlo... y ya veremos cuál ha de ser el momento propicio”. Me despide con estas gentiles palabras, pero que resultan poco firmes. Tal vez se trate solamente de una cuestión de estilo.

VIERNES 18 DE OCTUBRE

Culminación de la campaña. Di Castri en La Tercera incita a desalojar a los “untori”⁶⁸ de la Embajada.

La Tercera, que hace dos días ha publicado sin comentarios nuestra réplica a la Oyarzún, inserta ahora una carta del “momificado” Luigi Di Castri al Director acerca del mismo tema. “Leo en La Tercera de hoy el desmentido del Primer Consejero de la Embajada de Italia, señor Tomaso de Vergottini: en la actual situación de las relaciones oficiales Italia-Chile, la representación diplomática italiana expresa solamente el punto de vista del Gobierno de Italia, en su simbiosis política cristiano-marxista”.

⁶⁵La Nunciatura Apostólica está ubicada en una callecita lateral (hoy dedicada a la memoria del Nuncio, Monseñor Sótero Sanz de Villalba, vecina a Providencia. Es un chalé rodeado por un jardín, que proyecta la sombra de enormes álamos frondosos que dan sobre las habitaciones, volviéndolas lóbregas y algo tétricas.

⁶⁶Dirigente, entonces, del MAPU, ex- Subsecretario de Justicia del gobierno de Allende. Actualmente milita en el PS y es el Presidente de la Cámara de Diputados.

⁶⁷Uno de los antiguos teóricos de PDC ex diputado.

⁶⁸La voz untori designa a difusores de enfermedades infecciosas (en la novela “I Promessi sposi” de A. Manzoni son los chivos expiatorios acusados por la multitud de difundir los gérmenes de la peste que azotó a Milán).

¡Esta es buena! Resulta una desgracia que no esté Roberto para que comentáramos juntos. Es una piedra preciosa de la colección “toscano-nostálgica” del decrepito y siempre vivaz Di Castri. “Nuestra Italia, en Chile, está mejor representada por los italianos que aquí viven y trabajan, en perfecto entendimiento con el pueblo y el Gobierno de este país”.

Di Castri teoriza así acerca de la inspiración de la “Marcha sobre la Cancillería” del 20 de diciembre de 1973. Para él, el Comité de Salud Pública, instalado aquel día, interpretaba a la verdadera Italia mejor que el actual Gobierno democrático. “Como delegado para Chile del *Comitato Tricolore*, organización que une a todos los italianos en el extranjero, que conservan la ciudadanía originaria, agradezco lo que usted ha publicado sobre el comportamiento de los funcionarios de la Embajada de Italia y lo exhorto a continuar, puesto que hay mucho que aclarar y denunciar. Es verdad que la carrera diplomática italiana constituye una profesión, pero los funcionarios que la eligen generalmente se ponen al servicio de los partidos políticos, puesto que la política es el motor de la carrera”. Aquí apunta bien. Prosigue: “El señor De Vergottini sabe perfectamente que sus colaboradores en la Embajada de Italia, al servicio del marxismo, están movilizados para el reclutamiento de asilados y la elaboración de informes sobre Chile, falsos como la profesión política que ostentan... Vicario fue huésped de la Embajada... La tendencia política de los funcionarios de la Embajada de Italia no es por lo tanto supuesta, sino efectiva y operante en contra del pueblo y del Gobierno de Chile libertado”.

El viejo agitador incita así a desalojar a los “untori”. Toscanoya ha sido advertido, pero quedan los otros, que él conoce muy bien. Livia Meloni, Cesare Rampioni y María Pía Castelli Abarca. Sabe todo acerca de ellos y está listo para “desenmascararlos”.

Con esta carta la campaña llega al clímax. Están en peligro no sólo Eduardo Sotomayor y sus compañeros, en Miguel Claro, sino también todos nosotros, en calle Triana y en nuestras residencias privadas, ¿cómo reaccionarán “el pueblo y el Gobierno” de Chile en contra de las “serpientes” que están escondidas en su seno? Si escuchase a *El Mercurio* y a *La Segunda*, podrían tomar las medidas que quisiesen, porque nuestra inmunidad (pero yo ni siquiera tengo eso) se apoya “sobre fundamentos inciertos, vacilantes”. Nos hallamos, pues, a la intemperie, en descubierto. Los diarios italianos que recibimos semanalmente, con siete días de retraso, hablan de la Embajada de Santiago, de los ataques que sufrimos, de la “balacera” de Miguel Claro. No se puede decir que no ponen en claro nuestra situación.

En tanto, la prensa chilena ofrece las declaraciones que he entregado ayer a Carmen Castro, la hermosa y gentil corresponsal de la Agencia Orbe; “Miristas huéspedes no son 107, sino sólo 20... no es verdad que los asilados tengan una vida lujosa; se limitan a pasear por el parque, no pueden usar la piscina... no es verdad que tengan una actitud insolente hacia el exterior...” Sí han provocado los incidentes del 4 al 11 de septiembre, pero sería suicida si ahora los repitiesen.

MARTES 22 DE OCTUBRE

Vuelven de Roma Annasofia y Antonugo.

Nuestra Casa es contraria a la “identificación” de los asilados en la residencia, por razones de principio. Que continúen haciéndolo en el aeropuerto. Por otra parte me deja una luz de esperanza para la recepción de los huéspedes en Italia, asegurándome que están dando los pasos con el Viminale en este sentido.

Por la tarde estoy en Pudahuel para aguardar a Annasofia y Antonugo desde Roma. Revivo las mismas emociones de febrero pasado. Hemos gastado un sueldo en las frecuentes e interminables conversaciones “por el hilo”⁶⁹. Ella ha estado ansiosa por saber noticias de Santiago, especialmente de balaceras. De nuevo el calor sofocante de Pudahuel, desierto de aviones. Me resurge el vago e inconfesado temor de la catástrofe. Disminuye poco a poco sólo cuando el aparato se perfila como un punto negro en el cielo; se engruesa, volviendo sus contornos más nítidos. Se posa, arrastrándose por tierra; desaparece por un momento; reaparece, se acerca agigantándose con ruido ensordecedor, sonando y apagándose, permitiendo que muchos seres humanos pequeños salgan de sus entrañas, uno por uno. ¿Dónde están los míos? Helos ahí, inconfundibles, sonrientes, gesticulantes. El cálido abrazo de Annasofia renueva el mutuo entendimiento consolidado desde hace tiempo. Antonugo me salta impetuoso sobre las espaldas, rosado, bullicioso, auténtico, lleno de frescor juguetero.

En la sala de espera, mientras el niño, junto a Sergio, se dedica a las maletas, Annasofia me cuenta: “Me ocupé de tu remuneración. He estado con Pedini. Ignoraba que nos hallásemos tan mal económicamente. Meprometió que pondrá a la Embajada en condiciones de trabajar sin preocupaciones de carácter económico (¡cómo si las otras no fueran poco!). Después he solicitado un aumento especial para los empleados locales y para los del Instituto de Cultura, porque están peor que los demás. Me aseguró que lo haría. Naturalmente aclaré que tú estás al frente y que por lo tanto no te puedes mover: por eso me nuevo yo. No tuve miedo de nada...”

JUEVES 24 DE OCTUBRE

Carvajal pone el bozal a la prensa en lo relativo a Italia. Secuelas de la “Operación Kinder”

En La Moneda hay un rostro nuevo. Me recibe José Fernández, el Director Político. Diplomático de carrera, diminuto, compuesto, serio, parece no admitir confidencias. Habla con sequedad.

Primer asunto: las identificaciones en la residencia. Comunico las reacciones negativas, de Nuestra Casa. “Nos las esperábamos —admite Fernández. No insistimos más en las identificaciones como condición preliminar para la concreción de salvoconductos; pero debemos hacerla, al menos dos o tres días antes de la salida y, por lo tanto, en la residencia. Este es el tiempo mínimo indispensable para la verificación de la identidad. Sólo así podrán tener ustedes la seguridad de que no se repetirán más los incidentes del aeropuerto. Los huéspedes que se presenten ahí, tendrán la seguridad de que podrán partir”.

Informaré acerca de esta nueva fórmula, que me parece mejor. Fernández pasa a los otros asuntos, entregándome una nota de respuesta a nuestras protestas por la balacera del 15 y por un nuevo incidente, acaecido en la tarde del 20. Un individuo armado disparó desde un automóvil. Dos balazos en dirección de la residencia. Los carabineros detuvieron el tránsito. Leo la nota que se sustenta en la tesis periodística acerca de la agresión, por parte de los huéspedes, en su comportamiento insolente hacia el exterior. Por ejemplo, el día 15 la policía de servicio en Miguel Claro fue provocada, debiendo usar las armas disparando al aire. Pretendía disuadir a los asilados de su actitud. “¡Deben colaborar más!” —amonestó Fernández—.

Por suerte y luego de esta lección que digiero mal, viene la parte de dulce; “Usted se ha quejado de la campaña de prensa; personalmente le encuentro razón”. ¿Es la dureza de Fernández sólo una máscara? “Pero hay más —prosigue lentamente—, ayer el Canciller convocó a los directores de periódicos y les invitó a moderar el contenido y el tono de los artículos respecto de la Embajada de Italia”. Esta buena e inesperada noticia me hace olvidar el resto. Agradezco calurosamente y me dirijo a Triana. Toscano está ahí esperándome. “¡Quédate tranquilo, Roberto, al menos por el momento cesarán de atacarnos! El Almirante le ha colocado el bozal a la prensa”. “Ellos—comenta Roberto— se lo pueden permitir”.

⁶⁹Expresión de moda en Nuestra Casa. Quiere decir “por teléfono”.

Recibo, en Coronel, a Jaime Castillo Velasco. “La Embajada inglesa —relata— concedió el visto bueno a mi sobrina Carmen. Está todavía en el hospital a causa de las heridas que recibió en la balacera⁷⁰”. Pero apenas esté recuperada, partirá a Londres. Le agradezco mucho, en nombre de toda la familia, por la intervención impagable con Secondé. La pequeña Camila podrá viajar ya mañana en avión... El abuelo Fernando la estará esperando. ¿Puedo ir a buscarla a Miguel Claro? El traslado al aeropuerto estará bajo la protección de la Embajada inglesa”.

Por cierto que me muestro de acuerdo. Yo también iré a saludar a Camila, contenta, pero también (y parecería increíble) no muy feliz de tener que abandonar nuestro refugio. Se encariñó con las cosas, con los amigos. Me pregunta por tía “Sofía”, ángel custodio de los niños en Miguel Claro.

En la tarde, refiero a Nuestra Casa la odisea de los hijos de los jefes miristas, ocultada hasta ahora. Explico haberme decidido, por intercesión del COPACHI. Tenían pruebas de que se pretendía llegar a los padres a través de los hijos menores, utilizando, si fuera necesario, también los maltratos físicos. Es por esto que son, desde los primeros días de septiembre, huéspedes de la Embajada los niños de Enríquez, de Sotomayor y de Pascal Allende.

En toda esta triste aventura del asilo, pocas cosas me han dado tanta alegría y satisfacción como la “Operación Kinder”. Hemos impedido que tocasen a niños inocentes... Tal vez pudieran no haberlo hecho, pero era mi deber moral intervenir con el fin de protegerlos. No lo he dicho anteriormente, porque he sostenido hasta ahora la tesis de nuestra “pasividad frente a lo inevitable” mientras los hijos de los jefes miristas los introducimos a la Embajada nosotros mismos, desafiando a la policía; pero ahora que Camila parte bajo la protección de SM Británica, no puedo continuar callando.

MARTES 29 DE OCTUBRE

Destinación a Santiago de Enrico Calamai.

Nuestra Casa comunica que ha destinado a Santiago, en misión extraordinaria, con carácter temporáneo, al Secretario Enrico Calamai, Cónsul en Buenos Aires. Me ayudará en la emergencia, después de la partida de Roberto Toscano.

Mi réplica no es entusiasta (por cierto que no dudo acerca de los méritos de mi nuevo colaborador directo). Agradezco, pero observo que de esta manera la Embajada quedaría privada de diplomáticos regularmente acreditados... Su funcionalidad ha de resultar cada vez más perjudicada... En efecto, somos ejemplo único de una Representación regular en sus bases, pero dirigida por funcionarios en posición anormal; antes era yo solo, ahora lo será también mi número 2. Nos apoyamos en terreno pantanoso, sin las adecuadas garantías. Esto se presta a los comentarios más ásperos, amargos, precursores de tempestad. ¿Cuánto durará una situación así?

MIÉRCOLES 30 DE OCTUBRE

⁷⁰La misma emboscada en que mataron a Miguel Enríquez.

Viaje al Sur. Primera etapa: Curanilahue, en la región carbonífera del Golfo de Arauco.

Hacia tiempo ya que Annasofía venía insistiendo: “Necesitas de unas vacaciones, distracción, pensar en algo diferente de los asilados, Nuestra Casa o la política chilena”. Hasta ahora, el sentido del deber, nunca antes probado de esta manera por las graves responsabilidades profesionales y humanas, me ha bloqueado cualquier veleidad veraniega. Por otra parte no soporto más el rol de turista inmóvil por definición, aunque sea “el más distinguido” de Chile, según René Silva Espejo. También me interesa la proposición de Mario Vilenskij, Presidente de la Federación de Bridge: “Los primeros días de noviembre hay un interesante torneo en Puyehue, espléndido lago del sur, a 1000 kilómetros de Santiago. Se juega en el hotel de las Termas. Les gustará mucho también a Annasofía y Antonugo”

La distancia me da que pensar. “¿Y si justamente en esos días hubiera algún problema, y se requiriera de mi presencia en el acto, cómo lo haría?” “¿Y Toscano, para qué sirve?” dice Annasofía, buscando la salida al problema. Finalmente me decido. El itinerario se hace con rapidez; primera etapa, Curanilahue, en la zona del carbón, al sur de Concepción. Ahí visitaremos a Cesare y Giusi Taviani. Segunda: Termas de Puyehue. Tercera; Villarrica, en el fundo de Renato Ramistella. Todo comprendido en el lapso de una semana. Sí, perfecto, pero ¿y el medio de locomoción? La mastodónica y cada vez más deteriorada Bidonville no resistiría el esfuerzo de cubrir más de 2 mil kilómetros. Por tanto, me dirijo a los colegas europeos, en particular al amigo Carl Groth, el sueco, que administra la propiedad de la Embajada de la Unión Soviética, incluso el parque automotriz.

Carl no me espera a que termine el prólogo: “No tienes necesidad de explicarme nada —exclama con ímpetu. Yo te complazco en seguida. No puedo darte un auto ruso; tengo responsabilidad de Estado, no personal. Supón que suceda cualquier cosa, chocar, por ejemplo... En cambio, puedo privarme, sin problema, de uno de mis autos”. “¡No quería pedirteeso!” “¡Créeme. Lo hago por mi propia voluntad; es para mí un agrado el colaborar con quien tanto ayuda y da de sí... y a tantos!” “¡De acuerdo! ¿Qué marca?” “Volvo, cambio mecánico”. “Mejor, porque no tengo práctica con el automático”.

Esta mañana nos ponemos en marcha: Annasofía, Antonugo, Rita y yo. El Volvo de color verde botella enfila feliz por la Panamericana, lanzándose hacia el Sur. Una vez afuera de Santiago, olvido todo: asilados, Sotomayor, La Moneda, Nuestra Casa, salvoconductos, PDC, Pinochet. Se esfuman como por encanto. Devoro kilómetros alegremente, con un entusiasmo que no sentía desde hace tiempo. El viaje es largo, pero lo siento liviano como el volante. El paisaje es magnífico. Las flores al borde del camino, hacia Rancagua, de colores muy vivos, como si fuesen una fiesta constante, enmarcan nuestro paseo. Estamos en plena primavera. San Fernando, Curicó, Talca, Chillán, Bulnes. Aquí dejo la Panamericana y tomo la ruta a Concepción, sobre la costa.

No quisiera detenerme y arribar pronto a Curanilahue. En verdad no siento cansancio y sólo permito paradas muy breves, con el fin de “alegrar” a Antonugo. Un descenso entre pinos muy verdes anuncia la ciudad portuaria, que finalmente se abre sobre el Golfo. Yo tengo tiempo de admirar todo, pero de paso. No me detengo a ver los contornos, tratando de llegar a la meta antes de la puesta de sol. Pasamos por calles idénticas las unas de las otras, encuadradas, poco atrayentes, pero con muchos semáforos que nos van deteniendo.

Dejada atrás la ciudad de Concepción, nos encontramos en un bosque de altísimos eucaliptos, que nos bañan de perfumes intensos y frescos. Al poco rato, los bordes del camino comienzan a llenarse de gente desamparada, cubierta por andrajos oscuros. Se hace cada vez más numerosa. Es un funeral; el negro se aclara en el centro, en el blanco inmaculado de un pequeño ataúd. Annasofía siente un escalofrío de horror. No quiere saber del dolor y del sufrimiento de los niños, ni menos de su muerte. “Llévame de aquí. Te lo ruego. ¡Acelera, acelera!” Pasamos por Lota, Coronel, centros vivos del carbón, llenos de hollín, de miserias, de desolación. Aquí se han nutrido los revolucionarios chilenos, aquí tuvo sus raíces el MIR de los Enríquez (Miguel y Edgardo), hijos del Rector de la Universidad de Concepción, y del doctor Sotomayor.

He aquí otro ataúd blanco. “¡Es horrible!—grita Annasofía—. ¡Dejan morir a todos los niños! ¡Volvamos atrás!” Miro de soslayo a Antonugo.

No respira y tiene lágrimas en sus ojos. Proseguimos trastornados. También mi alegría se esfuma y comienzo a ceder al cansancio. El volante me pesa entre las manos; transpiro copiosamente. Del Chile vigoroso, que se enorgullece de su espléndida naturaleza, hemos pasado, de improviso, al Chile tenebroso, misérrimo, antesala del cementerio, pero también fragua ardiente de un pueblo que asiste, mudo y resignado, a la muerte de sus vástagos. Nos damos cuenta de que estamos metidos en el interior de la tragedia, deseosos de hallar rostros amigos, hospitalarios.

He aquí Curanilahue. Idéntica atmósfera. Arrancando por las calles del caserío, preguntando a derecha e izquierda, llegamos por fin a la iglesia salvadora. Nos acoge el sacerdote italiano, Don Valentino el cual, aunque brusco, resulta solícito. Salimos con dificultad del auto, marcados por la fatiga y la pena. El cura nos conduce hacia una callejuela lóbrega, detrás de la iglesia, Apenas distingo la calle. Annasofia, mal parada sobre los tacos, se apoya en mi brazo derecho. Llamo a Rita, que nos sigue con Antonugo, el único que charla, contento con solo haber tocado tierra. Una luz débil, vacilante, comienza a iluminarnos, abriendo paso a una figura humana, que avanza hacia nosotros, “¿Son ustedes, Tomaso, Annasofia?” Es Cesare.

Así se produce el encuentro nocturno, en la trágica región del carbón, de Arauco, con Cesare Taviani. No puedo menos que pensar en el padre, Paolo Emilio, seguro, altivo, de naturaleza autoritaria. Recuerdo la conversación con él, en el Viminale, poco antes de cruzar el océano. Se notaba la preocupación suya por el hijo, expuesto a lo impredecible en el nuevo Chile. Satisfecho de que yo hubiese sido el elegido (me conocía desde el 71, cuando comencé a colaborar en la revista política “Civitas”, para representar a Italia en Santiago). Le aseguré, entonces, que me iba a preocupar de Cesare desde lejos, y, en cuanto fuera posible, desde cerca, listo para interponer, entre él y el “hacha” represiva, el escudo itálico, residuo de autoridad de una Representación diplomática.

El objeto de tanta atención ya lo conocí en Santiago. Me ha parecido pálido y tímido. Una carrera religiosa detenida en razón al amor por GiusiDante, conservando sin embargo el carácter misionario de la vocación original. Ha encontrado la compañera adecuada, aparentemente frágil, pero hábil en secundarlo con buena voluntad. Han llegado a este Chile remoto, pero próximo a Italia por el valor ejemplar que se atribuía a ese “experimento” allendista que llamaba la atención. Inmersos en una fragua de ideas y quehaceres, han elegido el desafío más humilde y menos visible, aquel de la miseria profunda, irrespirable y malsana, de Arauco, cuna de la rebelión de todos cuantos no soportan la idea del hombre vuelto al estado de bestia. Apostolado de religión humanizada, vibrante en el afán de identificar a Cristo, que resucita elevándose al cielo, y el minero que se forma realizándose a sí mismo en las entrañas de la tierra.

A esta especie de trabajador esforzado, Cesare y Giusi ofrecen instrucción técnica, es decir los instrumentos para no errar en su misión. A raíz del golpe se encontraron como sobrevivientes de un grupo diezmado de un día para otro. Respetados por ser “ellos”, todos juntos con la iglesia y el cura; pero observados con sospecha y desconfianza, espiados en sus movimientos. Entiendo la angustia del padre: todo esto lo puedo palpar.

Ahora distingo más nítidamente a Cesare, zapatos gruesos, aire distraído, pero muy concreto en sus acciones. Se ocupa de las maletas. Llegan Giusi y los niños. Se afanan en torno de nosotros. “Aquí, por desgracia, habrán de tener paciencia y organizarse como mejor puedan”. “Pedimos sólo una cama; un catre; no importa adonde —dice Annasofia, exhausta—. La casa es prefabricada, con maderas claras y brillantes, todo muy limpio. En un abrir y cerrar de ojos, las camas están listas. Una cena rápida y restauradora; “Pero, ¿dónde está Rita? —exclama mi mujer—. La hemos olvidado”, “Aquí no hay lugar para ella —explica Giusi, desconsolada—. Pero Cesare tiene la solución; “¿Temo que deba ir a la parroquia, a dormir con el cura!” Todos ríen. “Tenemos un colchón y lo llevaremos allí”. Me ofrezco tímidamente para ayudar, pero Cesare no me presta atención. Sale con el colchón a cuestas, seguido de Rita. Enfilan hacia el callejón que conduce a la parroquia y se pierden en la oscuridad.

La oficina y el apostolado de Cesare y Giusi Taviani.

Despierto con el olor penetrante de la madera fresca. Oigo, en la lejanía, un rítmico golpear de martillos. El taller está en actividad. El aire helado de la mañana, saboreado en la ventanita semiabierta del baño, me quita la carga de las últimas estribaciones del sueño. Me preparo a vivir, aunque sea por una parte del día, en la increíble atmósfera de Curanilahue.

El taller es un panal fervoroso. ¡Ah la actividad! Jóvenes con rasgos del indio altivo, de mirada aguda, se afanan alrededor de tornos y prensas. Otros escuchan concentrados al instructor, que se expresa con marcado acento italiano. Cesare predica entre ellos, seguro y feliz de mostrar caminos. Ha quedado atrás el aspecto distraído. Me esfuerzo por llegar a entender los misterios de la técnica. No creo que Cesare ame la política, personificada en el padre. Tal vez por reacción ha buscado una vía expresiva física y espiritualmente distinta. En este camino de retorno al cristianismo más puro y simple, no hay espacio ni siquiera para un arte tan superficial y exento de contenido humano, como se dice que es el de la diplomacia.

Debido a ello, quizás, me pareció hallar, en nuestro primer encuentro, una mirada de desconfianza. Tal vez pensó que la ayuda a los asilados me fue impuesta, que no es parte de mi afán de ser y de servir; pero hoy es distinto. He llegado hasta aquí. Para él, quiere decir que me he sacado capa y tricornio⁷¹, mostrando interés en los problemas reales de este mundo, los únicos que valen la pena. Sintiendo motivado, se exalta reavivándose. Nos conduce por Curanilahue, a fin de que descubramos en cada ángulo la miseria, a entender a qué se debe la tristeza y apatía de sus habitantes, que parecen hechos de barro y de madera carcomida, como sus casas. Mientras más avanzo, más me siento humillado ante él, que acepta vivir aquí, en medio de ellos, sin la más mínima ostentación. Sólo así la enseñanza vale y crece.

Me vuelve a la mente el Obispo Fernando Ariztía, que Cesare considera un ejemplo para todos, Annasofia me aprieta con fuerza la mano. Tiene un nudo en la garganta que le impide hablar, y los ojos velados por las lágrimas. Sin embargo ella misma, con el imperativo de superarse en la carrera, a veces me desvía de dar ayuda a los que sufren, que es tarea ingrata, pero satisfactoria cuando se halla iluminada por la participación.

Como leyendo en mi pensamiento, ella susurra: “Recuerda que también tú estás haciendo el bien a quien lo necesita”. Mi mujer tiene razón: es la gran conquista de Santiago, una regeneradora infusión de humanidad en una profesión árida según opinión común. Annasofia es partícipe, rompiendo con los tabúes de su primera juventud, concebida como para vivir preferentemente en un ámbito estético. Cesare nos mira y sonríe con su modo característico, entre irónico y socarrón, pero respetuoso. Ahora agrega un matiz de complacencia por el contacto verdadero que ha surgido entre nosotros.

Sin embargo, cuando viene el momento de la separación, reaparecen en él los signos de desconfianza. Tal vez esperaba haberme transmitido el impulso para quedarme y conocer así mejor la desoladora realidad de Arauco. En verdad, no puede concebir que lo deje por un torneo de bridge.

Después de 500 largos y tediosos kilómetros, llegamos a la zona de placidez que es el lago Puyehue, silencioso y discreto. Lo bordeamos durante parte no desdeñable del tramo, cuando de pronto el Volvo cae del suave asfalto, en un camino lleno de piedras y de desniveles, entre sobresaltos y nubes de polvo. Por fin una señal nos advierte que hemos llegado a la meta: Bajamos acalorados, más bien jadeantes y ansiosos de tomar un refresco. El albergue de las Termas aparece ante nosotros, grande y desigual. Luego de media hora, Antonugo y yo nos hundimos en la enorme piscina de agua caliente y sulfurosa. Gozo como él, que chapotea alrededor de mí, alegre y juguetón.

⁷¹El tricornio era -y es- el sombrero típico de los diplomáticos. Hoy día se usa en la diplomacia de los países regidos por sistemas monárquicos.

DOMINGO 3 DE NOVIEMBRE

El Sur de los lagos. Puyehue, Osorno, Puerto Montt.

RETOMAMOS el viaje luego de la descansada estancia en Puyehue. El torneo de bridge en equipos no me ha exigido un esfuerzo especial, ya sea porque entre los cinco componentes del *team* (Mario Vilenskij, Attilio Botto, Manuel Domínguez, Raúl Mata y yo) nos cambiamos amigablemente en la mesa verde, ya sea porque mis compañeros son muy superiores a la media de los jugadores de los otros equipos, así es que hemos obtenido el primer premio fácilmente. He alternado el juego con saludables paseos por los hermosos bosques vecinos y con zambullidas en la piscina, siempre en compañía de Annasofia y Antonugo, quienes estaban más alegres que yo durante la entrega de los premios.

Extraño ambiente el del bridge, igual en todas las latitudes. En particular, los jugadores ignoran cosas esenciales de la personalidad de sus compañeros, incluso de sus actividades, de sus ideas. Lo que cuenta es el manejo de las cartas, única medida de valoración, inspirado en la habilidad, destreza, reflejos, técnica, aptitudes para el juego en pareja, “presencia” en la mesa. En síntesis, un encuentro extraordinario, sobre todo teniendo en cuenta el momento que vive Chile, que no sepa qué piensan mis compañeros de equipo, políticamente, ni deseo llegar a averiguarlo. Extraordinario y, al mismo tiempo, relajador.

Con el Volvo de Groth, limpio y descansado, subimos hacia la frontera con Argentina. Vamos por un camino estrecho, semicubierto de vegetación selvática, hasta dar con una localidad situada a los pies del volcán Antillanca, frente a las canchas de esquí. Annasofia aprovecha la breve detención para indagar acerca de la temporada invernal.

Nos volvemos por el mismo camino, luego tomamos la Panamericana, hacia Osorno. Una ciudad del Far-West, las casas, de maderas opacas, chatas, de un solo piso. Doy vueltas con el auto y busco, más que la morada del Agente Consular Umberto Matté, un centro, algo que se parezca a una plaza, núcleo afectivo, sitio de tradición.

Nada. Todo es uniforme como los transeúntes, con sus ropas humildes y ajadas. De nuevo Annasofia está triste y desilusionada por este nuevo encuentro con la miseria, “¡Pero no puedes comparar esto con Arauco!” —insisto—. Ella quiere irse. No obstante, los Matté logran hacerla cambiar de idea. Son ellos una pareja joven y hospitalaria. Nos acogen con alegría en su casa, que no tiene que ver con la pobreza. Ella es una alemana risueña y hermosa, pertenece a la clase media de origen teutón, muy propia del sur de los bosques y de los lagos. Participó en el torneo de bridge en Puyehue y me habla con respeto, no tanto por lo que represento, sino más bien, por mi supuesta habilidad en el juego. “Lo he visto jugar, ¿sabe? Todos dicen que usted es un maestro”. No me sorprende, porque su actitud corresponde a una especie de clásica deformación mental de los jugadores de bridge.

El marido, comerciante en maderas, es brusco en los modos, pero sincero y generoso. Dejamos ahí a Rita y Antonugo, mientras Annasofia y yo nos dirigimos a Puerto Montt con nuestros huéspedes, en el extremo del límite sur de los 3.300 kilómetros de Carretera Panamericana Chilena. Más allá están las islas, los fiordos, los hielos eternos, abajo hasta la Tierra del Fuego. Umberto Matté nos lleva en un Opel. De pronto, Angelmó se halla ante nuestros ojos. Puerto pesquero colindante con Puerto Montt, pequeño, compacto y, al mismo tiempo, colorido y hormigueante de vida del mar. Bajamos: callejuelas que parecen corredores, impregnadas de un fuerte olor a pescado. Sobre todo, llama la atención una fiesta de mariscos que reproducen, agigantados por el Pacífico, aquellos nuestros, como las almejas, que corresponden a nuestra “arsella”, y también machas, locos, erizos, picorocos. Los he conocido bien, pero aquí parecen más vivos, sabrosos, auténticos. Lo único nuevo para mí es el piure, rosado, lleno de yodo. Almorzamos en el restaurante Stop. Matté me había alabado el típico “curanto”, surtido de mariscos, pescado, carne, verdura, longanizas y prietas, papas y cebolla. Todo cocido en un hoyo en tierra, que abre su boca con piedras calientes, para taparse luego con ramas para mantener el calor.

Hoy, no hay. Pero el pescado es fresco y de gran calidad. Volvemos a partir y nos detenemos en el casino de Puerto Varas, sobre el Lago Llanquihue, el más grande entre los centenares de lagos del Sur. Matte es un aficionado a la ruleta y se altera a medida de sus pérdidas. Debemos sacarlo de ahí. Volvemos a Osorno y estamos cansados, pero contentos, después de una jornada movida, llena de variaciones. Annasofía se ha olvidado fácilmente del primer impacto negativo que experimentó al ver la región. En cuanto a mí, es la primera vez, desde que estoy en Chile, que practico el verdadero turismo.

LUNES 4 DE NOVIEMBRE

Villarrica; el fundo de Renato Ramistella.

Reiniciamos el viaje hacia lo que ha de ser nuestra última etapa. Villarrica, en donde habremos de ser huéspedes en el fundo del italiano, más bien “italianissimo” —como él gusta de definirse— Renato Ramistella. Hasta hoy me las había arreglado con el mapa caminero, pero ahora, una vez cubiertos 200 kilómetros, me encuentro con la necesidad de decidir. O dejar la Panamericana en Loncoche, más cerca, o debo dirigirme hacia Freire, en donde puedo encontrar un camino mejor. El apuro por llegar cuanto antes a la meta me hace optar por la vía más corta. ¡No debería haber hecho eso! Las dificultades del tramo que llevaba hacia las termas de Puyehue son nada comparadas con las de éste. Las piedras son demasiadas y tengo que realizar equilibrios de riesgo para evitar las más filudas y sobresalientes, capaces de dar a los diablos con el tubo de escape y otras estructuras del Volvo que, siempre debo tenerlo en mente, no es auto mío.

Después de unos veinte infernales kilómetros, sucede lo que yo temía: la rotura de una rueda. Bajo un sol abrasador tratamos de reemplazarla, pero aquí se confirma mi limitada pericia en este tipo de quehaceres, que, como sucede a menudo, irrita a Annasofía. Buscamos una mano experta, pero el camino no es muy concurrido y es fácil saber por qué. Pasa, a lo menos, un cuarto de hora de espera hasta que aparece un camioncito que se detiene. El chofer baja a ayudarnos. Después de otro cuarto de hora, estamos listos para seguir.

Por fin aparece el lago, con la ciudad homónima. Sobre el fondo, el volcán, tal vez el más característico entre tantos, blanco desde la cumbre hasta el comienzo de las laderas. Aguas tranquilas, como en Puyehue, pero aquí hay más vida, desde el quehacer de los habitantes del pueblo hasta el movimiento de las blancas velas que revolotean sobre el lago. Es el *Yatching Club*. Allí me explican dónde se halla el fundo de Ramistella. Retrocedo para enfilarse por otro camino accidentado, no tanto como el de Loncoche, pero más estrecho y polvoriento. Después de algunos kilómetros, pregunto por el señor Ramistella a un solitario transeúnte. Demuestra no entender; entonces, avivado por la experiencia santiaguina, reconozco el error y cambio el modo de la pregunta: “¿Don Renato?” “¡Ah, Don Renato!” El viejo campesino de rostro bronceado y lleno de arrugas se ilumina al entender al desdichado extranjero. Cuatro palabras enriquecidas por vastos gestos de los brazos me indican la dirección adecuada. El Volvo, ya martirizado, se estremece ahora por la empinada senda, cada vez más angosta e inaccesible. El fundo que, por lo que he entendido, debería estar cerca, parece en cambio inalcanzable. Estamos cubiertos por el polvo y bañados de sudor. “¿Cuándo llegaremos?” —preguntan extenuados Annasofía y Antonugo—. Siguen otras preguntas que caen invariablemente en el vacío, ante cualquiera que encontremos.

Ya descorazonados, recibimos la primera indicación concreta. “Soy un trabajador de Don Renato; después de esa curva doble, a la derecha ¡y llega!” Debe ser la “volta buona”⁷². En efecto, el lago, desaparecido hace rato de nuestro horizonte, reaparece de improviso, iluminándonos con la ilusión del agua cercana; pero no se trata de un espejismo aquella casa de techo verde y bajo, que se asoma tras una arboleda. Hay un portón abierto. Entramos. Nos acogen unos gritos de júbilo. Reconozco a Renato, rodeado de niños.

⁷²“Volta buona” equivale a la frase “¡al fin!”, “¡por fin!” o “¡finalmente!”.

Ramistella es un tipo muy especial, pero me agrada su impetuosa autenticidad. Recuerdo cuando apareció por vez primera en Triana. Preguntó a los porteros por mi, con jactancia. Estos trataron en vano de defender mi oficina del ataque de quien se sentía con derecho a entrar ahí. “¡Soy Renato Ramistella! —me dijo con vehemencia—. Conozco muy bien a los Embajadores Theodoli y Pansa⁷³. Nada que ver con Behman. Yo era el mejor amigo que los dos tuvieron en Chile. Aquí estaba como en mi casa. Desde el 71 he dejado de frecuentar la Embajada por los motivos que usted imagina; pero ahora he sabido que está de jefe un istriano. Tengo cariño por las tierras irredentas; combatí en esas partes, por eso he roto el compromiso conmigo mismo y he querido conocerlo.”

Imposible detenerlo. No me quedaba sino tratar de recoger algo de aquel torbellino de palabras, pronunciadas a golpes. Como lo supe después, había sido un oficial al servicio del Rey, cuando conoció en Roma a una rica chilena, Mónica Díaz. Flechazo fulminante, matrimonio acelerado como es propio de su carácter. Viajó a Chile, Le gustó el país, en particular la tierra del Sur, la desmesurada (para nuestras medidas), propiedad de la familia. Entonces decidió trasladarse aquí, adquiriendo un “pedazo” de tierra y tarbajándola como agricultor, con gran empeño.

“El Marqués Theodoli —me contó— venía aquí a cazar. Dejaba la oficina a las 2 de la tarde de los días viernes y, rápido, en auto hacia Villarrica. Caza en la mañana de los sábados y domingos. Bridge en la noche. Lunes, de vuelta a Santiago. Lo hacía cada vez que podía”,

“¿No son más de 800 kilómetros?”

“Sí, pero usted está habituado en Italia al tráfico, a los contratiempos. Aquí se desliza veloz como el aceite. En no más de ocho horas estaría con nosotros. ¡Lo acogeremos con los brazos abiertos! ¡Por supuesto que también a su mujer y a su hijo! Entonces, de acuerdo apenas lo desee. ¡Salga de este infierno y venga a respirar el aire del paraíso! ¡Basta un telegrama, y listo!”

Era tan perentoriamente persuasivo que me comprometí a aceptar la invitación, en la primera oportunidad.

Siento los olores de campo. Establos, caballos, gallineros, y, a ello, se suma el perfume de los guisos a la manera italiana. Retorno a los años despreocupados de la infancia. La vida en el fundo transcurre bajo la mirada tutelar del volcán nevado.

“A menudo humea y a veces expele lava y provoca dolor. Por suerte para nosotros, estamos en la parte opuesta del lago, en la buena...” —explica Renato—. Es de mediana estatura, 55 años, enjuto y nervudo. Nuestro anfitrión tiene un carácter hospitalario, efervescente y militar al mismo tiempo, Mónica parece seguirlo, pero Annasofía, que intuye muchas cosas, me guiña el ojo. “¡No te fíes de las apariencias! ¡Es ella quien guía el baile! ¡Me ha bastado con mirarla!”

Pálida, distinguida, Mónica es parca en palabras, pero sonríe ceremoniosa. ¿Se sentirá feliz con nuestra presencia? Los dos niños, de la edad de Antonugo, son de pelo negro y piel oscura, en contraste con la blancura de los padres. Renato explica: “Los hemos adoptado. Son hijos de campesinos. ¡Vengan a ver a las mellizas! ¡Tienen solo un año y son un amor!” Dos muñecas negras, con esas cabelleras rubias que parecen pegadas con saliva. Algo así como ficciones, en negativo de fotografía. “¿No son dos tesoros, dos grandes hallazgos?”, —pregunta el dueño de casa—, quien vuelve sobre las muñecas negriblancas todo el amor de que es capaz.

⁷³Livio Theodoli, Embajador en Chile (1962-1966); Paolo Pansa, Embajador (1966- 1971).

En el momento de ir a la mesa, un pequeño incidente diplomático: “La tradición de mi familia quiere —sentencia Renato con altivez— que para la cena se acostumbre la chaqueta. ¡Excúsame, Tomaso (ya nos tratamos de tú), pero debes tenerla puesta!” “En verdad —le digo—, no he traído chaqueta conmigo. He concebido este viaje como una forma de reposo total, sobre todo de la mente. Chaqueta y corbata son para mí instrumentos de trabajo. Colocármelas significa alterar mi distracción. Por eso la he dejado en casa”. “¡No te preocupes!”, responde Renato, para mi satisfacción pero más tarde me doy cuenta de que he entendido mal, pues completa la frase: “Lo arreglamos rápidamente: yo te presto una chaqueta de las mías. Si al fin y al cabo somos de la misma textura!”

Del dicho pasamos al hecho, sin dilación. Me ayuda a colocarme una horrenda chaqueta, toda a rayas azules. Me siento incómodo, y, además, agraviado por la sonrisa irónica de Annasofía. Una exigencia de este tipo me parece fuera de tono en un ambiente rústico. Tiene un sabor y un carácter de situación propia de “El desierto de los tártaros”⁷⁴. Me confirma, además, que Ramistella debe encontrarse a gusto con el actual régimen; pero en la mesa ocurre algo que me provoca dudas.

Embutido en la atroz chaqueta, que me resulta estrecha, oigo los diálogos de Renato y de Annasofía, que le hace el peso con orgullo. Mónica comienza a hablar, rompiendo el hielo. Se declara entusiasta de Pinochet, pero, a juicio suyo, los militares en el poder son algo “blandos”. Continúa: “Es así como el otro día he visto pasear por Villarrica a un Comunista, sin que nadie lo moleste”.

Cruzo una mirada con Annasofía, pero he entendido bien. Y pensar que hemos iniciado esto con una oración al Altísimo. Ahora Annasofía reflexiona sobre la miseria, tan común en el Chile de hoy. “No crean —la interrumpe Mónica, ceñuda—. Ha sido siempre así. En realidad, quieren ser pobres. Comen poco, pero están habituados por generaciones...” Termino la comida con amargura en la boca, a pesar del delicioso dulce con ricota.

Renato me toma del brazo, amigablemente. Se ha dado cuenta de mi malestar: “Tomaso, la chilena es una mentalidad distinta de la nuestra; pero yo, cuando puedo, cambio. Piensa que, llegando aquí, encontré que todos los campesinos, grandes y pequeños, andaban a pata pelada. ¡No es posible! —alegaba yo—. No puede ser. Mónica objetaba alegando que no importaba, que estaban acostumbrados, con los pies llenos de callos por generaciones. Que no tenían necesidad de zapatos. Pero yo me impuse. Los hice comprar a todos. ¡Per Bacco! ¡somos italianos y tenemos un sentido de humanidad superior al de otros pueblos! ¿No es cierto?”

Estas palabras me reconcilian con Renato. Es un “Burbero benéfico”⁷⁵. Le gustará el régimen, porque responde a sus cánones militares, pero espera que sea más sensible a las exigencias del pueblo. También hay en él esa buena madera que hace posible creer en los seres humanos.

En cuanto a Mónica, a pesar de sus ideas “heredadas” por generaciones, hay que considerar que ha adoptado —junto a Renato— hasta cuatro niños, lo que tiene sin duda un gran contenido social. ¿Qué hubiera sido de las dos “muñequitas” recién nacidas y abandonadas, sin la intervención de la pareja?

MARTES 5 DE NOVIEMBRE

⁷⁴Obra del italiano Dino Buzzati, llevada al cine por Valerio Zurlini.

⁷⁵ “Burbero benéfico”, expresión italiana derivada de un célebre personaje de una comedia de Carlo Goldoni. Quiere decir algo como un “gruñón inofensivo”.

Una mujer asesinada es encontrada en los jardines de Miguel Claro.

Hoy, según el programa, debemos volver a Santiago, pero Renato, apoyado por Annasofia, trata de convencerme de que permanezcamos dos días más en el campo. Pongo una condición: que en Santiago no haya ocurrido nada grave. En el fundo no hay teléfono, de tal manera que Renato debe acompañarme en auto a la ciudad. Desde un teléfono público llamo a la Embajada. Digo a Roberto que deseamos quedarnos un par de días más, siempre que no haya alguna novedad de importancia.

Del otro lado una voz débil, sin nada del clásico matiz burlón de Toscano, contesta: “En verdad, hay una novedad: un cadáver en el jardín de Miguel Claro, una mujer, la han hallado muerta en la noche del 2 al 3”. “¡No es posible!” Pero el tono de Roberto no es de burla. Trato de pensar bien, de prisa. De entender qué ha pasado. “¿Quién ha sido?” “Pensamos que la han arrojado por encima del muro, pues sucedió de noche. Y tú sabes, con el toque de queda, quién pudo hacerlo...” “¿Qué has hecho?” “Llamé a los carabineros, pero también a Prabhu⁷⁶, a la Cruz Roja, a Groth”. “¡Voy rápido a Santiago, Roberto!”

Cuelgo el teléfono... No logro coordinar las palabras y resumo los hechos a Renato, que me interroga ansioso. “¡Trata de entender que no me es posible faltar al deber, ni menos en un momento como éste! Te agradezco la invitación, discúlpame, pero debo correr a Santiago”. El, militar riguroso, se resigna: “Lo prometido queda para otra vez; por supuesto, sin cadáveres en el jardín”.

Volvemos al fundo. Annasofia nos sale al encuentro, alegre. Trato de mantener la calma, pero a ella no se le escapa la más mínima alteración mía, “¡Hubo un muerto!” —le digo—. “¿Quieres bromear?” Estoy muy consternado. “¡Hagamos las maletas de prisa! ¡Deberé estar en Santiago por la noche!” Annasofia se revela. “¡Esto sí que no lo esperaba!” —exclama—. “Si quieren —contesto— quédense aquí ustedes”. He tocado una de las teclas más delicadas de ella, que jamás me dejaría solo en el peligro: “¿Estás loco? ¿No somos entonces toda tu familia?”

Me despido de mis anfitriones, de Villarrica, del volcán. Acelero el Volvo y olvido las piedras, los desniveles, la polvareda. Una vez en la Panamericana, parece que volamos. Nadie habla en el auto. Ni Annasofia ni Antonugo, encogido en el asiento posterior, como oprimido por algo más grande que él. Lo mismo ocurre con Rita. Un silencio desconocido en nuestros viajes. Es algo así como si estuviésemos siguiendo a un funeral, pero a toda velocidad.

MIÉRCOLES 6 DE NOVIEMBRE

Convocatoria a La Moneda. Dura requisitoria del comandante Rojas. Se reanuda la campaña de prensa en contra de la Embajada.

Esta noche he dormido poco y mal. Ayer regresamos muy tarde y estoy despierto desde las cinco. Tres horas después me encuentro en Triana, en donde ya está Toscano. Extenuado, palidísimo, los bigotes vueltos hacia abajo, exento de toda ironía. De inmediato inicia su narración.

A las 4 de la madrugada, entre el sábado 2 y el domingo 3, lo llamaron de la Residencia. Le dijeron que a las 3, más o menos, sintieron ruido de frenos, como el de un camión que se detiene, luego unas voces excitadas y un extraño rumor. Corrieron al lugar y hallaron un cadáver.

Roberto aguardó hasta las 7, hora de término del toque de queda y se precipitó en dirección a Miguel Claro. Vio a la muerta. Una mujer joven y morena. Tenía en el cuello marcas que indicaban el haber sido estrangulada. No la reconoció. Le dijeron que era Lumi Videla, la compañera del mirista Sergio Pérez.

⁷⁶Auditor de la Nunciatura que reemplazó a Biggio.

Trató de comunicarse con La Moneda, pero los días domingo se encuentra cerrada. Telefonó, entonces, al comando de Carabineros, en donde le aconsejaron que presentara la denuncia en la Comisaría del barrio, la número 14. Ahí le solicitaron una autorización escrita para poder entrar en la Residencia. Llamó a Nuestra Casa, a la Secretaría General, y después de media hora le dieron la conformidad por teléfono. Cerca de las 12 y media, un grupo reducido de policías y carabineros desarmados entraron en la casa.

Entre tanto, los asilados se atrincheraron. Se sumaron también Monseñor Prabhu y el venezolano Osuna. En presencia de ellos se realizó un reconocimiento sumario del cadáver y, a las 15 horas, una ambulancia del Instituto Médico Legal entró al jardín para llevárselo. Durante el 3 y a la mañana siguiente no se supo nada del asunto. Desde entonces, Roberto ha recibido llamados telefónicos a cada rato. Les dijo lo que sabía: “Lumi Videla no estaba entre nuestros asilados”.

Lo interrumpo. “¿Estás bien seguro?” “¡Sí, por casualidad hice el último control en la tarde del sábado 2!” “Pero hay un intervalo de algunas horas” “He sabido que Lumi figuraba entre los dirigentes del MIR y que fue arrestada el 21 de septiembre, en tanto que su compañero fue detenido al día siguiente. Te ruego, Tomaso, lee los periódicos. Sobre todo el editorial de *La Tercera* de ayer... Podrás comprender la agitación mía y de mi mujer...”

Hojeo la prensa. Los mismos titulares de octubre, después del ingreso de Sotomayor. *El Mercurio* pone en primera página: “Mujer muerta en la Embajada de Italia” y se refiere a las declaraciones del Subsecretario del Interior, comandante Enrique Montero Marx; “Con la autorización de la Embajada concurrió (a la Residencia) la Brigada de Homicidios de Investigaciones... El cadáver presentaba alrededor del cuello manchas violáceas, estimándose de 12 a 14 horas la data de la muerte, al momento del reconocimiento, que finalizó a las 14 horas... Hoy (ayer) la Sección Huellas identificó a la occisa como Lumi Videla Moya, nacida el 11 de febrero de 1948... casada con Sergio Pérez Molina, quien registra asaltos a bancos y es integrante del MIR... La versión de un funcionario de la Embajada no ha sido aclarada por Investigaciones”.

Roberto, muy serio, me interrumpe: “¡Como vez, comienzan a atacarnos!, pero lee *La Tercera*”. Miro el título sensacionalista: “Estrangularon a una hermosa mujer en los jardines de la Embajada italiana”. Además, un editorial que lleva el título de “Crimen en una Embajada”. Se puede leer lo siguiente: “El asesinato... demuestra hasta qué extremos se puede llegar cuando una sede diplomática desvirtúa sus funciones y se convierte en centro de alojamiento de extremistas y antisociales... La denuncia a carabineros la hizo recién a mediodía el segundo secretario comercial de la Embajada, Roberto Toscano. El diplomático no explicó por qué transcurrieron tantas horas entre el hallazgo del cuerpo y la denuncia... En cambio, se preocupó mucho de precisar que la muerta —cuyo nombre dijo ignorar— no pertenecía al grupo de huéspedes de la misión... El segundo secretario opina que la mujer fue asesinada en la calle y que sus victimarios la habrían lanzado hacia el interior de la Embajada. Al parecer ignora que a la hora del crimen había toque de queda y severa vigilancia en el sector”.

“Escucha, Roberto, ¡es necesario rebatir esto!” “Ya lo he hecho, lo relata *La Tercera* de hoy, pero, te ruego, continúa”. Prosigo con la lectura: “... en la opinión pública cunde un sentimiento de malestar e irritación contra la actitud del Gobierno italiano. No sólo se permite el lujo de mantener una pseudo-embajada...”

Me detengo: no logro contener una sonrisa. “Otra gema para enriquecer nuestro collar”. Roberto, por un momento, se relaja. “Esta vez —dice— te han perdonado debido a tu ausencia. Ya que no pueden hablar de pseudo-diplomático, han preferido referirse a la pseudo-Embajada”. Vuelvo a *La Tercera*: sino que la única función que cumple es amparar violentistas. La situación se torna más oscura al producirse un crimen, fruto, seguramente, de las pasiones y acciones de los elementos alojados en el lugar. Una Embajada, definitivamente, no puede convertirse en una hospedería. Esto significa degradar a niveles increíbles la función diplomática”.

“En verdad —observo— es el ataque más duro que hemos recibido hasta ahora. ¡Han olvidado las recomendaciones del Almirante Carvajal!” El artículo termina así: Puede tener la seguridad Italia (de) que su representación en Santiago en modo alguno está contribuyendo a las buenas relaciones entre ambos países. Es más, estamos seguros de que su actividad es una ofensa para los centenares de italianos avecindados en Chile”.

“Es un llamado abierto al Gobierno; a la policía, a la colectividad italiana para que actúe en contra de nosotros —comento alterado—. ¿Y los asilados?” “¡No te digo! Están enloquecidos. La han tomado, además, con Roma, porque no autoriza las salidas y porque no envía para acá a los agentes italianos...”

Revisamos la prensa de hoy. Me conmueve la noticia de la detención de Laura Allende. El Subsecretario Montero Marx revela que en casa de ella habían sido encontradas cuatro granadas y documentos secretos del MIR: “La actitud de Laura Allende —declara— es prueba de la fría desvergüenza con la cual personas vinculadas con el extremismo rojo pretenden abusar del trato preferente que el Gobierno ha aplicado en consideración de su estado de salud...”

“¡Pobre Laurita! Agregan al daño el sarcasmo. La alusión a la enfermedad grave no impide la humillación de la detención”. “¡Quizás cómo la habrán tratado!, exclama Roberto, cruzando su pensamiento con el mío. “Tal vez no la veré más”⁷⁷. Por eso me provoca pesar el que nuestro último encuentro haya estado signado por la incompreensión. No podía complacerla, pero pasan por mis ojos antiguas imágenes de la joven hermosa, austera, segura. Su imprevisible visita en calle Coronel, la mutua comprensión con Annasofia, el apasionado alegato de la madre herida.

Refiero a Nuestra Casa que el episodio confirma, una vez más y de la manera más dramática, la insostenible situación en que se halla la Embajada, expuesta a diario a chantajes, amenazas y provocaciones.

Entre tanto, son ya las 11 y media y, a mediodía, estamos citados a La Moneda, para un “intercambio de ideas”, Preveo un duro encuentro. Cuando llegamos, con Toscano, a la antecámara del Director General, las dulces secretarías, Patricia Olmedo y Mónica Labbé, me reciben con mayor calidez que de costumbre. “¿Están listas para recibir los últimos deseos de los condenados a muerte?”, les pregunto.

Se abre la puerta y aparece Carlos Valenzuela, sombrío. Nos invita a acomodarnos en torno a una mesa. Se hallan presentes el “Metálico” comandante Rojas, compuestísimo, empacado, y José Fernández, gélido. Me dan escalofríos. Me impongo a mí mismo tener la mayor calma. Debo interpretar mi papel.

“Queremos una explicación de ustedes. La versión de los hechos”. Con estas palabras, dichas con falsa altivez, Carlos da inicio a la discusión. El recita bien su parte. Por el momento me las arreglo, dando la palabra a Toscano, testigo y, a la vez, acusado. Resume primeramente los hechos. Después rebate las acusaciones formuladas por los periódicos, explicando el intervalo de ocho horas entre el descubrimiento del cadáver y la llegada de la policía en los médicos legistas. Confirma haber dicho a la prensa que la mujer no formaba parte del grupo de nuestros huéspedes. Desmiente, sin embargo, haber opinado que había sido asesinada en la calle. Con rostro ceroso, Roberto habla a duras penas, carraspeando, pero poco a poco se ha calmado. Ahora es el turno mío de apoyarlo y resumir su relato, hacer mía su posición. Al mismo tiempo dejar en claro que soy yo el que representa a la Embajada, a mi país”.

“La Embajada —expongo— no dispone de elementos suficientes para expresar una opinión propia... Si se remite a los resultados de la investigación judicial; puedo, sin embargo, afirmar que Lumi Videla no figuraba en la lista de nuestros huéspedes... Estoy preocupado por los ataques personales de la prensa a Toscano...”

Interviene, altanero, mordaz, el comandante Rojas: “Hago presente que no conocemos la lista completa de los susodichos huéspedes de ustedes. Aquí llegan listas de vez en cuando. Sin embargo, queremos ser permanentemente informados, puestos al corriente y al día”.

⁷⁷En efecto, no la volví a ver. Murió suicida, oprimida por un cáncer, en Cuba (1981).El régimen no autorizó ni funeral ni entierro en Chile.

“Es verdad —admito—. Hemos seguido el criterio ‘periódico’ porque, antes, nosotros mismos deseamos interrogar, saber a quién tenemos en casa. Por ejemplo, ayer han recibido una lista de 38 personas asiladas desde el 10 de octubre. Pero no tenemos problemas en comunicarles todas las veces que entre alguien”.

Rojas hace un gesto de asentimiento; después, impertérrito, retoma el hilo de su discurso, yendo de lo general a lo particular: “¿No han tomado en cuenta que Lumi Videla pudo estar bajo un nombre falso?”

Miro en dirección de Roberto y con un movimiento menor lo invito a contestar. Este dice: “Interrogamos siempre a todos, antes de confeccionar las listas. La habría reconocido”. Pero el “Metálico” apremia: “¿Sostiene usted que ha realizado el último empadronamiento en la tarde, digamos que a las 7?”

“Sí”.

“Bien, el cuerpo fue descubierto a las tres. Los médicos legistas lo han visto a las 12 y treinta, y dicen que la muerte ocurrió 12 o 14 horas antes, es decir, entre las 22 y treinta y 0.30 de la madrugada. Es posible que, entonces, dando fe a sus declaraciones, haya ingresado, digamos, a las 20, y haya sido muerta a las 23, tal vez porque alguien hizo circular la noticia de que era una delatora...”

Miro a Carlos con aprensión. Nervioso, se agita en la silla, mientras Fernández se encoge, empequeñeciéndose, con el fin de alejarse de la mira. Los dos son comparsas frente al “Inquisidor”, que trata de colocar a Roberto, palidísimo, con la espalda en el muro. Veo que esta vez no podemos contar con la ayuda de los diplomáticos chilenos. Por tanto cobro fuerzas y respondo yo: “En verdad, teóricamente, existe la posibilidad que usted menciona. Sin embargo, es remotísima; pero lo que usted y nosotros podemos pensar cuenta poco. ¡Importará la conclusión a que llegue el juez!”

Tras la réplica, oso desafiar la mirada recta y cortante del “Metálico”, que no ha logrado hipnotizarme. Más aún, creo haber acertado, pero él, como si nada hubiese ocurrido, da vueltas y cambia de tema: “De todos modos, señor Vergottini, usted admitirá que, dado el descubrimiento del cadáver, con todos los problemas que ello provoca y los riesgos que comporta, se hace ya indispensable —e improrrogable— la identificación previa de los asilados. Si Roma continúa rechazándola, que lo ponga por escrito, explicando los motivos”.

Desviada la conversación del tema candente, todo lo demás me encuentra a disposición. Por eso me apuro en dar seguridad de que insistiré ante Nuestra Casa para que dé vía libre y despeje el camino para que sea posible identificar en la Residencia.

Miro a mi alrededor. Los rostros se ven menos tensos que antes, pero el inefable comandante tiene aún un as bajo la manga, una copia de *La Segunda* de ayer 5, con un artículo titulado “Comprometedor documento de Laura Allende”. Se trata de unas líneas que Rojas me muestra, en donde Andrés Pascal Allende dice a su madre (la carta es de algunos meses atrás y fue requisada durante una pesquisa en casa de ella) que busque asilo para las hijas Camila y Francisca. Aconseja acercarse de preferencia a la Embajada de Italia, “que siempre ayuda a los compañeros” y ordena: “Por ningún motivo usen automóviles privados. Es muy peligroso. Usa el auto de la Embajada, que allí facilitarán...”

“¿Qué dice de esto, señor Vergottini?”

El impasible Rojas se concede, por una vez, un ligero movimiento de los músculos faciales, lo cual remata en una mueca sardónica. Nos está lanzando contra las cuerdas. Decido rebatir, con firmeza, una parte de la requisitoria. “Excluyo categóricamente que el auto oficial de la Embajada sea usado para estos fines”⁷⁸. Es la verdad.

⁷⁸Juego apostando al escaso conocimiento de los asuntos de Embajada, muy habitual en todas las latitudes. En efecto, el auto oficial, uno solo, el vetusto vehículo apodado Bidonville, jamás fue usado para tales propósitos, indicados por Rojas. Lo fue, en cambio, el auto con patente AA (Agentes Administrativos) perteneciente a Cesare Rampioni.

De todos modos, Carlos se decide finalmente a librarse del mordisco del “Metálico”, desviando el tiro. “La *Segunda* también habla de precedentes demoledores acerca de la situación interna de la Embajada, que la policía podría entregar en el caso de que el Gobierno italiano continúe rechazando, en su territorio, 70 asilados que ya se encuentran en posesión de sus salvoconductos. Este es un punto importante. Que Roma se decida a resolver”. Tras decir esto, se levanta y se despide, excusándose porque es esperado por el Ministro.

La extensa y agotadora reunión se termina velozmente, con rápidos apretones de manos y promesas de “permanecer en contacto”. A la salida de la oficina del Director General, Patricia y Mónica se me acercan furtivamente: “¡Esperamos que haya salido bien! ¡Nosotras “hinchábamos” por usted!”. En verdad, ignoraba que tenía hinchas ocultas en La Moneda.

Una brevísima pausa, con el fin de almorzar. Annasofía me interroga. La siento tan cerca, como parte de mí mismo. Me aconseja. Ni siquiera reclama cuando, luego de un sorbo de café, escapo hacia Triana para contar a Nuestra Casa acerca del encuentro de la mañana. Insisto en lo de la “identificación” en la Residencia.

Me traen *La Segunda* de ayer. Somos la noticia del día. Entre los títulos: “Insolencia de la Embajada de Italia. Acusa que el cadáver ha sido lanzado por alguien que se encontraba afuera. Comprometedor documento de Laura Allende. ¿Hasta cuándo se tolerará la actitud agresiva de esta Embajada?” En última página, bajo el sub título “Osadía”, *La Segunda* precisa: “... Toscano agregó a la denuncia algo que constituye una osadía por la gravedad que encierra. Dijo que la mujer ‘no era asilada de la Embajada de Italia...’. El atrevimiento de la frase tan poco diplomática y sutilmente acusadora de Toscano encierra algo directo: el que civiles asesinos hayan causado la muerte de la mujer y luego, durante el toque de queda, obligadamente la alzarón sobre el muro y la dejaron caer en el jardín. O también queda la duda sobre si propios elementos uniformados hayan efectuado ambas faenas (el asesinato y el ocultamiento en los jardines), ya que resulta imposible para nadie que no sea uniformado transitar por esas calles... Los asilados gozan de amplia libertad para desprestigiar a Chile, rompiendo toda norma de asilo y ante la impasibilidad de círculos oficiales... En Santiago la Embajada de Italia se ha transformado, junto con la de Suecia, en verdadera secretaría del extremismo... Frente a esta grave situación creada por el comportamiento del segundo secretario comercial Roberto Toscano... justo es pensar que el Gobierno chileno tendrá que tomar una actitud más firme”.

Así es que somos acusados de complicidad con los peores enemigos del régimen. Roberto está alarmado. “Escucha, Tomaso, continúan dando mi nombre. En casa recibimos llamados amenazadores. Francesca tiene miedo, sobre todo por Manuelito. Sé que has pedido mi regreso a Roma. Te pido, ahora, apurarlo. ¡No resisto más esta tensión permanente!” “¡De acuerdo, lo haremos pronto!”

Livia, afligida, me habla acerca del estado de ánimo de los refugiados. Leen los periódicos. “Temen que la DINA entre de un momento a otro en la Residencia. Han formado piquetes armados con bastones. Hacen ronda por todo el jardín. Sotomayor está atrincherado en su habitación y, alrededor de él, hay cordones de protección. Los niños permanecen adentro. No salen más a jugar en el prado. Desean hablarle, saber... Imaginan que usted ha estado en La Moneda”, “Livia, hoy es demasiado tarde; debo oír a Nuestra Casa, reordenar las ideas. Reúna mientras tanto al Comité. Trate de calmarlos... Diga que estoy moviéndome por ellos”.

Esta noche tampoco logro conciliar el sueño. Cuento todo a Annasofía: “¿Sabes que los Toscano anticipan la vuelta? ¿No quisieras partir tú con Antonugo? El barómetro está marcando mal tiempo”. Mi mujer admite haber pensado en mandar a Italia a Antonugo, pero Rita, Sergio y Hernán le han asegurado que nunca lo perderán de vista.

JUEVES 7 DE NOVIEMBRE

Testimonios de que Lumi Videla estaba en la cárcel a fines de octubre.

Informo a Nuestra Casa de que Roberto Toscano, después de constantes ataques a su persona, anticipa su regreso a Italia para el 16 de noviembre próximo.

Por la tarde, visita al COPACHI. Me reciben Fernando Salas y Cristian Precht. Quisiera averiguar si tienen alguna información sobre la desdichada Lumi. Cristián me da la impresión de haber tomado confianza con la secretaria del COPACHI. Se le ve más suelto, más conversador. A Fernando le digo: “¿Pero tú, qué haces todavía aquí?” Me responde con una carcajada de las suyas. No se resigna a abandonar “su trabajo”. Ha formado el Comité, dedicando a la defensa del Hombre toda su inagotable y entusiasta energía; debería ir a Osorno pero mientras tanto está aún aquí, entregando buenos consejos, con la eterna, optimista risa, que infunde coraje en los náufragos, aferrados desesperadamente al COPACHI como a un salvavidas.

Ambos se excusan, como chilenos, por la violencia y perversidad de los ataques de la prensa en contra de la Embajada de Italia. “¡Es vergonzoso! ¡Cualquiera puede sentirse autorizado para atacarlos!” —exclama Fernando—. “Justamente por ello hago partir a Roberto” —observo—. “¿Pero tú, y tu familia?”, —pregunta Cristián, aprensivo—. Respondo retóricamente que el capitán debe ser el último en abandonar el buque, y que Annasofia tiene coraje suficiente como para quedarse a mi lado.

Cristián sabe algo de Lumi. “Nuestras informaciones coinciden con la tesis de ustedes, la única aceptable, sobre la responsabilidad de la DINA. La autoridad judicial hace tiempo ya que recibió un recurso de “habeas corpus” por la detención de Lumi Videla Moya. No sólo eso, sino que el 31 de octubre, en la antevíspera del descubrimiento del cadáver, la Corte de Apelaciones ha reiterado al Ministerio del Interior la solicitud de informaciones sobre ella”...

Me conforta comprobar que, si la prensa oficialista cabalga sobre el tigre del asalto a nuestro reducto, al menos tenemos la plena solidaridad y apoyo del COPACHI, punta del *iceberg* de un Chile sumergido, pero que me imagino inmenso.

Por la tarde, cóctel donde Belela Herrera, que presenta al nuevo delegado del Alto Comisionado de los Refugiados (ACNUR), Sicott. Belela estaba casada con un diplomático uruguayo acreditado en Santiago, pero en el momento del golpe se separaron. Se dice que por divergencias políticas. Ella comenzó a trabajar para el ACNUR, ayudando a los perseguidos por el régimen militar. Diminuta, diáfana, aparentemente tímida, sin embargo viva y audaz en la ejecución de su misión.

Los presentes me rodean, deseosos de conocer alguna noticia de primera mano sobre “el crimen en la Embajada de Italia”. Me esfuerzo en relatar lo que puedo, sin esquivar las preguntas. Jean Noel La Coste, el corpulento consejero francés, me lleva aparte con aire misterioso: “Lumi Videla me confirma en voz baja— ha sido vista en la cárcel el 15 de octubre por un detenido que hemos logrado transferir a Francia”. Entonces, la actitud reservada de Jean Noel era justificada: me ha traído otro elemento de juicio que, unido a aquel del COPACHI, contribuye a traer luz sobre lo acaecido en Miguel Claro.

VIERNES 8 DE NOVIEMBRE

Secuelas del asesinato.

En el camino a la oficina, me detengo para ver a Vassile, el “Feo Tenebroso”. Con su acostumbrado aire circunspecto, en tanto me ofrece un delicioso café turco, el Embajador rumano trae otra pieza para resolver el rompecabezas. Conoce a Dantón Caroca, nuestro ex-asilado que había sido engañado por el “¡Ayúdame, compañero!” Ahora, Dantón se ha dirigido a él a través de un intermediario. Ha estado en la cárcel en donde ha visto a Lumi el 21 de octubre. Lo han torturado, pues querían hacerle decir que los asilados entran en la Residencia utilizando el automóvil oficial de la Embajada. ¡Otro motivo más de preocupación para mí, pues están fabricando las pruebas para meternos en el saco! Y es así como se ha llegado a las revelaciones sobre Laura Allende. Dantón está ahora en su casa, pero teme un segundo arresto. Mujer e hijo están siempre con nosotros. El “Tenebroso” me promete que va a tratar de obtener una visa de ingreso en Rumania para toda la familia.

Otra visita a la Nunciatura. Deseo agradecer al Nuncio la ayuda prestada a Toscano por el Secretario, Monseñor Prabhu, el joven hindú de apariencia altiva, pero generoso y leal, presto a jugarse por la tutela de los derechos humanos. Sótero Sánz, la prudencia personificada, trata de moderar el entusiasmo de su subordinado, presente en el coloquio. “Todo hace presumir —le digo— que el cadáver ha sido lanzado durante la noche en la Residencia por agentes de seguridad”. El Nuncio me aconseja cautela en el tratamiento del caso. “Busque —dice— no chocar con la sensibilidad de los militares... haga lo que le piden”. Pienso en la identificación en la Residencia. Despidiéndome, me asegura de todos modos que dirá una palabra en favor nuestro al Canciller.

En Triana, me traen copia “fresca de la imprenta” de una conferencia de prensa del Subsecretario Collados. Dice que la muerte de Lumi Videla es un hecho político. Las versiones contradictorias dadas hasta ahora son ‘fruto de especulaciones’. Esta frase me tranquiliza y viene a significar que en los niveles más altos se empieza a arrojar agua sobre el fuego. Dice, además, que 62 asilados en la Embajada de Italia están en posesión de salvoconductos, pero no pueden viajar porque Italia rehúsa recibirlos. Eso no está bien y yo digo a los corresponsales de ANSA y de REUTER que el viaje de ellos está sólo “suspendido”. Le expongo a Roberto que es preciso reiterar tal cuestión. Collados afirma además que las listas de asilados que nosotros presentamos no tienen ningún valor, que es necesaria su identificación en la Residencia, “prohibida hasta ahora por el Gobierno italiano”.

Vuelvo a La Moneda por la tarde. Me recibe, solo, Carlos Valenzuela. Se nota más tranquilo. A ratos, reanuda sus bromas. Lo apremio: “*La Segunda* nos amenaza. ¿Cómo se puede decir que no consentimos en que el juez ingrese a nuestra Residencia?” Responde: “Repito cuanto te he dicho por Sotomayor. ¿Por qué no atienden más a lo que expresa el Gobierno antes que a la prensa? ¡Collados ha sostenido que las especulaciones periodísticas no tienen valor!”

Objeto que, al menos por nuestra parte, se da mucha importancia a la prensa. Por último, Carlos se refiere a lo relativo a mi posición diplomática que, obviamente, no ha cambiado en el intertanto. “Estoy tratando de convencer al Ministro para que lo resuelva de manera pragmática”. “¿Cómo lo haremos para el reemplazo de Toscano?” “Verás que no va a haber ningún problema...” Me despide con un fuerte apretón de manos. Desea reanimarme después de la tempestuosa discusión alrededor de su mesa, hace dos días.

DOMINGO 10 DE NOVIEMBRE

Asamblea en Miguel Claro: el temor de los asilados.

Ayer, Livia y Roberto me lo habían dicho: los asilados tienen miedo, están seguros de que ha sido la DINA quien lanzó al jardín el cadáver de la pobre Lumi, con el propósito de culparlos a todos o a alguno de ellos, como Sotomayor. En otras palabras, el “Incidente” sería un macabro pretexto para poder franquear la reja de Miguel Claro con los papeles en regla para arrestar al jefe del MIR y a sus lugartenientes. El mismo “Mamo” Contreras habría ideado este plan. Parece rebuscado pero que, en ciertos niveles, se aspira a poner la mano sobre “Humberto” es cosa que sé por experiencia directa. Por tanto no descarto *a priori* la tesis de los asilados. Contreras, o alguien en nombre suyo, tiene en verdad la capacidad de hallar los instrumentos y las personas adecuadas para actuar de acuerdo con el supuesto plan. Por otra parte, soy el primero en desear que se aclare todo acerca del trágico acontecimiento. Deberé precaverme, solicitando la presencia de testigos responsables.

Hay algo más que inquieta a los huéspedes. Collados ha acusado abiertamente a Italia de no querer acogerlos. “¿A qué juego jugamos?”, preguntan Leighton, Sepúlveda y los demás del Comité Político. “La DINA está tratando de echarnos en su saco, recurriendo a las peores infamias, y Roma nos hace saber que no somos personas gratas en Italia. ¿Quiere tal vez consignarnos al verdugo?”

Toscano y la Meloni han tratado de explicar cómo están las cosas, pero los del Comité replican: “Nosotros podemos entender, pero nuestra gente no... Aquí nadie logra conciliar el sueño...están atentos a cada rumor... Ven espías por todas partes. Si se convencen de que el Gobierno italiano los abandona, es el fin. No lograremos más controlarlos, dejaremos de tener en las manos la situación”. Por ello insisten en que yo hable delante de todos.

Annasofia me ha puesto en guardia: “¡Permanece atento, esta Asamblea, como la llaman ustedes, no me gusta... Demasiada gente!” Sin embargo, como me sucede siempre, cuando tengo fe en mis argumentos, experimento la sensación de seguridad y de tranquilidad. Debo ser lo más convincente posible para asegurarles al menos de las intenciones de nuestro Gobierno y de la firme determinación mía de malograr eventuales maniobras que los perjudique.

Nos reunimos en el salón del primer piso que, en tiempos de los Embajadores, era el centro de distribución hacia las zonas distintas del palacio. Algo así como el *hall* de un gran albergue. Ahora, es el núcleo de la vida de un grupo que oscila entre el cautiverio y la libertad, sometido constantemente a tensión por efectos de la incertidumbre. Son 250, entre grandes y menores. Se amontonan, la mayor parte de pie; algunos sentados sobre el devastado parque. Otros se encaraman en la escalera que conduce a los pisos superiores. No hay rasgos que parezcan sonrisas, ni siquiera entre los niños. Sombríos, silenciosos, como oprimidos por una tragedia inmanente.

Me pongo de pie ante la gran chimenea de mármol, bajo una pintura que tiene todo el carácter del 700 italiano. A la derecha tengo a mi Estado Mayor en las relaciones con los asilados: Roberto Toscano (ya le quedan pocos días de permanencia en Chile, pero está presente hasta el final en su trabajo), la afligida Livia Meloni y el tumultuoso “Kamikaze” Rampioni. A mi izquierda se encuentran los miembros del Comité Político, especie de muro de contención entre nosotros y la gente. Leighton, que parece salido de un *koljoz*⁷⁹ soviético, paquidérmico y pedante en la exposición, resume las preocupaciones de todos.

⁷⁹El koljos es una comunidad agrícola organizada según los principios revolucionarios de la Unión Soviética.

Cuando él termina, me aclaro la garganta y comienzo a hablar, lentamente, acentuando las palabras, marcando los pasos más importantes: “El Gobierno italiano no los rechaza —como ha dicho el Subsecretario Collados—. Sólo ha suspendido las salidas por motivos técnicos... se reanudarán dentro de poco. Estén seguros. Italia está tratando de llegar a una solución global del problema. En el intertanto, nosotros debemos hacer algo, incluso, además, con todas las limitaciones de movimiento que ustedes conocen. Estamos en constante contacto con varias Embajadas, para hallar nuevos caminos de salida. En estos días, dos de ustedes han sido aceptados por México, dos por Nueva Zelandia, uno por Francia, uno por Dinamarca. En La Moneda me han prometido que acelerarán la concesión de salvoconductos para estos seis”.

Me hacen algunas preguntas. Tengo siempre una respuesta, pero la ansiedad no desaparece de sus rostros. “Sobre todo —concluyo— deben tener una seguridad, la de que nosotros aquí estamos con ustedes. El asilo no es para nosotros una palabra vacía, sino que compromete nuestras fuerzas y nuestro honor. ¡Les protegeremos en cada momento!”

El “Estado Mayor” me ayuda, mezclándose en la multitud, alentando, animando. Intercambio también yo algunas palabras, de tú a tú.

LUNES 11 DE NOVIEMBRE

Viña del Mar. Recepción de la colectividad para el Senador Bettiol.

A Viña con el Consultor Ferralis, que me acompaña al volante de su antiguo auto Mercedes 180. Fin de semana dedicado a la colectividad. Ayer, después de la asamblea en la Residencia, he participado en la ceremonia con la cual los colonos conmemoran a los italianos caídos en las guerras, en el Cementerio Monumental, con sucesivos ranchos en el Estadio Italiano.

Hoy, cena en la Casa de Italia en Viña, organizada por los profesionales de origen italiano en honor del Senador Bettiol, el cual se encuentra en Chile para asistir a un Congreso de Derecho Procesal Penal. No es el mejor descanso después de una semana intensa y sufrida, pero me han vuelto a la cabeza las palabras de Gaja⁸⁰: “Trate también de tranquilizar a la colectividad, de cautelar sus intereses concretos...” Son entonces mis deberes que no puedo eludir ni descuidar. Por otra parte, esta gente continúa siendo fervorosa partidaria del régimen, en claro contraste con Roma. “El verdadero Chile que nos interesa a los italianos —me dice Ferralis, mientras maneja— es aquél que ha luchado en contra del comunismo, alejando la amenazante dictadura del proletariado, lo cual se expresó en el movimiento del 11 de septiembre... Créame: muchos de los que alardean en Italia lo hacen porque se hallan a miles y miles de kilómetros; si estuviesen aquí, si hubiesen vivido los tres años de Allende, verían las cosas de modo distinto y nos comprenderían”.

En los comienzos de mi misión en Chile me costaba mucho entender este tipo de argumento, pero poco a poco me fui adaptando. Suelo decirme: “Tal vez también tú, en circunstancias parecidas, actuarías o hablarías así”. Esto se me ha vuelto en precondición de cada uno de los diálogos que tengo con ellos. Me lo repito para mantener el silencio cuando mi conciencia se rebela. Sin embargo, admito que raramente los connacionales unen la defensa de las posiciones conquistadas en tierra extranjera a la actitud imperiosa y despectiva por la condición humana, característica de algunos “momios” chilenos.

⁸⁰Secretario General del Ministerio de Relaciones Exteriores.

Llegamos a la Casa de Italia, el tétrico palacio con viejos trofeos guardados en vitrinas endeables, con Garibaldi, representado en la enorme pintura de Mariani, que quisiera infundir nuevo y vibrante ardor en quien la contempla. En medio de connacionales de diversa estirpe y pelaje, se destaca la imponente figura de Bettiol. Grande, pesado, con la mirada patriótica de mi tierra “Giulia”⁸¹ cojea con fiereza y parece recoger el desafío del héroe de Quarto⁸². Ya nos hemos visto en Santiago, en la oficina. Mostró comprensión, motivada un poco por el “espíritu de campanil”⁸³, un poco por el conocimiento de mis lares infantiles; el viejo senador me interrogaba acerca de “sospechosas figuras” que estoy obligado a proteger. Y helo aquí, objeto de admiración y esperanza de los connacionales más ancianos, tan encarnizados en el rechazo de la política italiana. Imagino que ya les ha tranquilizado sobre su “aventiniana”⁸⁴ y académica extrañeza a todo cuanto hierve en la olla romana, y sobre su sentida participación en el drama de ellos.

El banquete en su honor es tranquilo, hasta el momento de los discursos. Espero evitarlos, sin embargo el dueño de casa Aldo Colombo, no me deja alternativa. Me levanto, saludo brevemente y, puesto que sé que de mi no esperan otra cosa, pronuncio palabras de aliento aun muy cauto: “La presencia entre nosotros del Senador Bettiol es la prueba de cuanto ya tuve ocasión de decirles: Italia, la madre patria, no olvida a sus hijos más lejanos... La actual situación de las relaciones político-diplomáticas depende de motivos contingentes, por tanto es, en principio, cambiante y así será en la práctica; pero no puede dañar la imperecedera relación entre los dos pueblos, de la cual ustedes, italianos de Chile, son la imagen...” Después de esta concesión a la retórica, los aplausos se dan por descontados, pero una voz campanuda se deja oír: “¿Cuándo vendrá el Embajador?” “Cuando salgamos de la situación congelada actual— respondo, luego de un instante de recogimiento— y también ustedes pueden contribuir a mover las aguas. Traten de evitar enfrentamientos, de entender las motivaciones de nuestro Gobierno. Si lo hicieran, estoy seguro de que Roma comprenderá más fácilmente las vuestras. De todas maneras, me comprometo a transmitir a Roma vuestras posturas y apoyarles en lo que me resulte posible. Sobre todo, prometo que la colectividad italiana continuará recibiendo ayuda y contribuciones para sus instituciones”.

Ahora habla Bettiol. Después de algunos agradecimientos, entra en materia técnica. Termina con el aprecio por mi misión, en un *crescendo* de tonos patrióticos, pero el clima austero del encuentro es turbado, al término, por un frívolo incidente. La hija del Padrino, joven, de físico monumental, aunque algo tosco, está sentada al lado de un oficial chileno de origen italiano. La madre, junto a mí, observa que la muchacha, desatenta a cuanto dice Bettiol, ríe por un chiste del vecino, pareciendo coquetear. Durante una de las últimas pausas del Senador, se oye en la sala la voz estentórea de la madre “¡Hija, no seas indecente!”

⁸¹Venezia-Giulia, región que fue incorporada a Italia en 1918, después de la Primera Guerra Mundial y la derrota del Imperio Austro-Húngaro. Tras la Segunda Guerra Mundial quedó en poder de Yugoslavia, con excepción de su principal ciudad, Trieste.

⁸²Quarto. Pueblo de la Liguria, de donde partió Garibaldi con sus expedicionarios hacia Sicilia.

⁸³La voz tiene un sentido figurado que alude a la generosa fraternidad que se tiene debido al origen común.

⁸⁴De Aventino, una de las siete colinas de Roma adonde se retiraron, en protesta contra el poder aristocrático de la República, los de la plebe.

Pernocto en Viña, en casa de Covatta. Cerca de las tres despierto sobresaltado. La tierra tiembla. La cama se mueve. La lámpara tintinea junto con los vidrios del dormitorio. Busco afanosamente el interruptor, mientras siento los gritos de terror de las mujeres de la casa. Nos encontramos todos en el primer piso, desgredados, descompuestos. Es mi primer contacto con el auténtico terremoto de un país sísmico. “El coñac es obligatorio” —me dice el Padrino—. Me informo acerca de la situación en la capital. Ahí el sacudón se ha notado menos. Vuelvo a la cama, en espera de la réplica del temblor, que no llega.

MARTES 12 DE NOVIEMBRE

Tensión en el personal de la Embajada. Los jefes de misión de la CEE me expresan su solidaridad.

De Viña directo a la calle Coronel. “¿Miedo? —pregunto—. “¡Antonugo no se dio cuenta!” asegura Annasofia. En Triana, en cambio, el movimiento telúrico ha tenido un efecto multiplicador en los nervios y en las intolerancias de mis colaboradores. Vienen en delegación para decirme que ya no pueden más. “La prensa nos ataca cada día. Nuestra Casa no nos concede el sueldo necesario por el exceso de trabajo... ¡Y ahora sólo nos faltaba el terremoto!” Todos se quejan. Los que se ocupan de los asilados están bajo la mira de la colectividad. El “Kamikaze” Rampioni quiere irse. Le han pedido la casa y busca otra, y alguien ha solicitado, como condición para el arriendo, una profesión de fe política “juntista”. Refunfuña Poiani, sometido a turnos extraordinarios. Imprecan los del servicio consular, Girardello y Zerega. “Quedamos dos —dicen— porque los otros se ocupan exclusivamente de los asilados”.

Pinto, para Nuestra Casa, un cuadro sombrío de la situación, poniendo de relieve la calumniosa campaña de prensa, que está provocando sentimientos de animosidad en contra nuestra... En este momento tenemos más necesidad que nunca de refuerzos. Paradojalmente, en cambio, el personal ha sido reducido. Los funcionarios, que eran cuatro, incluido el Jefe de Misión, ahora son dos, y uno está a punto de partir, reemplazado por otro: Enrico Calamai, que viene acá destacado por el Consulado de Buenos Aires, por lo tanto en una situación tan precaria como la mía. Además, debía llegar ayer a Pudahuel, pero Toscano, que lo fue a buscar, no pudo hallarlo. Buenos Aires se ha justificado rebuscando la excusa y el argumento. Tenemos necesidad de un contador; yo mismo he encontrado una persona óptima, Renato Elulian. Colaboró conmigo en Innsbruck, en el 64. Me comprometí a llamarlo, apenas fuese posible. Ha respondido mi carta sin tardanza, aceptando con entusiasmo, pero se debería acelerar su traslado. El asistente comercial Matteucci ha sido transferido a Ecuador, en agosto, y aún no vemos al reemplazante, Enzo Simonetto. Rampioni no resiste más en Santiago.

Llego a Coronel en el momento del almuerzo comunitario, que Annasofia ha preparado de acuerdo con todas las reglas. Dos Embajadores: uno es Goedarth, el alto y rubio holandés, de aire mundano e inclinaciones juntistas, muy distinto del rudo y rechoncho Hoiting, integrante de “la banda de los Consejeros”; el otro es Kurt Lüdde Neurath, el alemán mofletado y simpático. Están rodeados de Consejeros: el francés La Coste, Encargado de Negocios después de la partida de Menthon; el inglés Summerscale, que representa al Embajador Secondé y el danés Larsen, que ha ocupado el puesto de Ole Philipson.

La situación de la Embajada de Italia es el objeto principal de la conversación. Sin términos medios, pido solidaridad y colaboración, en el espíritu “comunitario”⁸⁵. La mía es una perorata que cae en terreno fértil, porque están impresionados por la campaña de prensa en contra nuestra. “¡Es una indecencia —exclama el exuberante Neurath—. Cada vez que veo a un periodista del régimen, le digo: saque las manos de la Embajada de Italia”.

Una agradable sorpresa es la actitud de Goedarth, otras veces crítico de las Embajadas europeas, incluida la suya. Levanta la voz: “No se puede permitir que una Embajada comunitaria quede así expuesta a la agresión; de lo verbal a lo material el paso puede ser muy corto. Ya lo he dicho a Valenzuela, pero hablaré también con el Ministro, para manifestarle mi preocupación, más aun, la de la Comunidad, porque estoy seguro de interpretar los sentimientos de todos ustedes... Los invitados asienten con vivacidad. Lacoste se refiere a los antecedentes que posee sobre Lumi Videla.

A las cuatro se despiden, estrechándome fuertemente la mano, uniendo las palabras de cortesía a las promesas de apoyo. El más enfático es el Embajador de Bonn, el cual se despide con un estentóreo: “¡Viva la solidaridad comunitaria!”

Con el titular “Aclara madre de la extremista Lumi Videla”, *La Segunda* publica integralmente una carta enviada a su Director por la madre de Lumi, Luz Moya Díaz, quien protesta por el trato humillante con que el diario se refiere a su hija. Especialmente cínico le resulta —como es natural— el titular de la edición del 6 de noviembre: “Celos o delación”, que efectivamente no admite otra alternativa, y la sucesiva pregunta del diario: “¿Cuál de los asilados dio muerte a la mujer?”

JUEVES 14 DE NOVIEMBRE

La Moneda pide autorización para que el Ministro en Visita pueda ingresar a la Residencia e interrogar a los asilados.

Carlos Valenzuela me recibe en La Moneda. Cuando aparece en la puerta y me invita a pasar, observo: “Estoy aquí de nuevo. Si mis visitas deben continuar al ritmo actual, haría bien en arrendarme una oficina en este glorioso palacio”. “¿Pero cómo te las arreglarás con los periodistas?” dice el Director General, consciente de tocar una tecla delicada: Los periodistas que reportean en el Ministerio de Relaciones son en efecto mi pesadilla. Se agolpan a mi alrededor apenas cruzo el portón del palacio: ¿Qué ve? ¿De qué cosas hablará? ¿Cuántos asilados hay en la Embajada de Italia? ¿Cuántos miristas? ¿Cómo está Sotomayor? Por algún tiempo encontré una salida de escape por una puerta de servicio indicada por Bernstein, pero se han dado cuenta y ahora no tengo manera de escabullirlos. No puedo pretender que los funcionarios me fijen las entrevistas en las horas más insólitas, con el propósito expreso de evitar a los periodistas. Ha sido un gran esfuerzo trazarme una línea, a la cual trato de atenerme con escrúpulo. Sonreír siempre, referirme a las generalidades, extenderme acerca de hechos conocidos con abundantes palabras de escaso contenido, desviar el discurso hacia temas más inocuos. A quien me interroga acerca del estado de las relaciones entre ambos países, respondo que se trata de una situación temporal, dictada por hechos contingentes. Por tanto está destinada a normalizarse ahora o después. Debemos armarnos todos, chilenos e italianos, de santa paciencia... Yo no puedo influir: soy un simple ejecutor...

⁸⁵El adjetivo “comunitario” se usa en Europa para referirse a todo lo concerniente a la Comunidad Europea.

Carlos me tiende una hoja: “Lee esta nota. Es una resolución judicial que pide un informe de parte del funcionario Roberto Toscano sobre lo sucedido a Lumi Videla. Al mismo tiempo, el Tribunal pide que se autorice al juez designado como Ministro en Visita para el caso, don Eduardo Araya, a fin de que entre en la Residencia e interroge a los huéspedes. Como ves, la policía ha terminado su trabajo. Ahora la autoridad judicial es la única competente. Espero entonces que el Gobierno italiano permita el ingreso del juez con sus asistentes”. Le respondo que transmitiré a Roma la solicitud, con opinión positiva mía.

Es lo que hago, luego de una carrera breve en auto desde La Moneda a Triana pasando por una Alameda que se deja envenenar por la acción de los horribles y malolientes tubos de escape de los innumerables microbuses desvencijados.

Defiendo ante Nuestra Casa la tesis del ingreso del juez y de los asistentes, aún con las debidas cautelas; de otra manera, la prensa nos acusará nuevamente de complicidad con los miristas... Mientras tanto encargo a Toscano que prepare su relato. “Sé muy bien que por la tarde deberías ir al aeropuerto en busca de Calamai; en la noche es el cóctel en mi casa para despedirte, y en dos días más partes; pero trata de encontrar el tiempo para responder con este bendito informe. ¡Es importante! En lugar de enviarte a ti, mando a Livia al aeropuerto!”

“¡De acuerdo!, pero no te preocupes, la relación la tengo en la cabeza y en pocas horas estará lista”, responde Roberto. Alas seis y media, una hora antes del inicio del cóctel, se presenta en Coronel Enrico Calamai. Alto, delgado, pálido; un rostro fino enmarcado por una espesa barba, la cual debería endurecerle los rasgos, pero ello no es así. Inspira simpatía y ternura, por su modo discreto y la mirada dulce. “Te conocía por nombre y por cuanto has hecho aquí —me dice con énfasis, alzando un poco la voz como para apoyar las palabras—, ¡y estoy feliz de poder colaborar contigo!”

También yo me siento feliz de que el nuevo funcionario, no importa en qué situación se halle, precaria e irregular, muestre así sus sentimientos, sincero, conmovedor. Lo presento a Annasofía, quien después, en otro lugar, me dice: “Es un *pezzo di pané*⁸⁶. Te puedes fiar de él, ¿pero no te parece algo débil?”

Comienzan a llegar los invitados, todos amigos de Toscano. Entre los diplomáticos, tres franceses: Jean Noel La Coste; Francois Nicollaud, Primer Secretario, esquivo y reservado; Roland Husson, agregado cultural, alto y torcido “impregnado por la Unidad Popular”, con la cual se identifica. La mujer es una vistosa y simpática rubia, australiana. Dos suecos, el Encargado de Negocios Carl Groth y el primer secretario Wilkens. El nuevo Consejero Político de los Estados Unidos, Charly Stout, brazo de la CIA en la Embajada, con bigotes a lo David Niven. Da la impresión de un compuesto militar inglés que goza de vacaciones, en contraste con su esposa, una friulana⁸⁷ rubia, desbordante, locuaz.

⁸⁶Equivale a la expresión española: “¡Es un pan de Dios!”

⁸⁷De la provincia italiana de Friuli, en el noreste del país.

Hay más. El mexicano Rafael Osuna, el pequeño hindú Chakravarty, y el otro hindú de la Nunciatura, Monseñor Prabhu. Los delegados de las Organizaciones Internacionales que colaboran con la Embajada en tareas humanitarias: el CIM, con el siempre impecable y sonriente Roberto Kozak y la Elkkin, sueca exuberante y activísima; el ACNUR, con el calvo Sicott y la delgada Belela. La OIT, con la apergaminada, pero indomable Yvonne Tabbush. El COPACHI, con el viejo y el nuevo, Fernando Salas y Cristián Precht. El periodista americano Nicholson, jirafa rubia y anteojuda, casado con una heredera venezolana. Una representación “sui generis” de la colonia italiana. Por una parte, la tradición; por la otra, los elementos atípicos. En el primer grupo, las autoridades de la Cámara de Comercio, que Toscano ha tratado, porque, a menudo lo olvido, está acreditado como secretario comercial: Enzo del Porto, el “Pavo Real”, y Cesare Valentino. El leal Riccardo Fochesato, que tiene abierta una oficina de Alitalia. El anciano doctor Paolo Raffo. De él no he hablado jamás, si bien lo conozco desde hace tiempo, porque no logro soportarlo. Médico de familia de los Spinola y de algunos embajadores de Italia, se ha introducido en Coronel como elemento estable, ofreciendo gratuidad a cambio de confidencias. Con aire paternal desliza desde consejos médicos a políticos, que siempre responden a que es juntista y, como tal, ve en Pinochet la medicina ideal para enfermos crónicos, como son el Chile de ayer y la Italia de hoy. “¿No es posible que surja un hombre similar también en Italia?” es su acostumbrada e “inocente” pregunta.

En una zona intermedia están el brillante y colorido Carlo Buonaccorsi, funcionario de las NU, y Giorgio Bagoni, delegado de ANSA, pelucón y enmarañado, pero profesional diligente. Marginados por voluntad propia, coincidente con aquella del Estado Mayor de la colonia, como Claudio Di Girolamo, el doctor Canio Loguercio, humilde y valioso, sobre todo para la población de Miguel Claro.

Dedico un aparte para César Cecchi, el “Wunderdoktor” o doctor Maravilla. A diferencia de Raffo, no he hablado hasta ahora de él, porque lo aprecio mucho y describir su desbordante personalidad no resulta nada fácil. Me parece de todo, menos un médico. ¿Cómo y cuándo ejerce la profesión? Es verdad que era amigo personal de Salvador Allende y ahora lo sabotean, pero no basta. Domina cualquier argumento con extraordinaria competencia. Se define genéricamente como “de izquierda”. Soltero empedernido y solitario, busca, sin embargo, a la gente y la ama. Tiene el gusto por la “battuta”⁸⁸ y goza de la anécdota hilarante. La conversación con él es estimulante porque convierte todo en un notable fuego de artificio, en el cual uno se halla inexorablemente inmiscuido. Su edad es indefinible. Sean cuales sean sus años, no le afectan para nada, porque se desborda juvenilmente ante cada iniciativa ya sea política, social o cultural. Ve la vida como una maravillosa aventura. Físicamente, César es de estatura mediana, rostro oblongo, grandes bigotes, anteojos muy gruesos. Siempre atento a coger la flecha en el aire y a ver el rasgo irónico en la exposición de unas ideas o en el análisis de una situación, que él mismo va coloreando, poniendo la compañía de una risa sonora que termina, a veces, en un contagioso gruñido.

La gente se agrupa en la casa; el rumor es ininterrumpido y los argumentos no escasean. Todos parecen contentos, olvidados, al parecer, de los grandes problemas que nos ocupan y aquejan. Esto es signo de que el “trago” funciona. Observo con agrado que Calamai se halla confraternizando con Cristián Precht. Al final, la pareja Toscano me agradece calurosamente. Han saludado a todos, a los amigos que han compartido con ellos por dos o más años, en los momentos tristes y en los gratos.

SÁBADO 16 DE NOVIEMBRE

Toscano deja Chile. Roma autoriza labor del juez en la Residencia. Lidia Quinteros, asilada, es operada en el Hospital Militar.

Roberto y Francesca, con el pequeño Manuel, dejan este país. Unidos como pocos en la intimidad, en la idea, en el gesto, entre ellos no vale la dialéctica de los opuestos que algunos ven en mi matrimonio. Tal vez cada pareja es un mundo en sí mismo.

⁸⁸Un toque de humor en una conversación y/o discurso.

Se despiden de Chile con emoción. Fue una etapa breve, pero intensa en la vida de ellos. Acudiendo a la llamada del experimento ilusorio, han vivido su magia y también la carrera, irrefrenable y ruinosa, hacia el precipicio. Después han sido obligados por las circunstancias a asistir al vuelco de las cosas, al martirio de los amigos. Los han ayudado hasta que sintieron la presión amenazadora. En Moscú podrán respirar un aire más grato. “Pero no se ilusionen —comenta Annasofia—, Será distinto, muy distinto al Chile de Allende”. Estoy de acuerdo: aquí la libertad era ofrecida a granel. Ahí es lo contrario. Es algo como vivir el invierno en los hielos eternos. Pierdo un colaborador inteligente y culto.

En Triana encuentro la respuesta de Nuestra Casa. Luego de recordar a las autoridades chilenas de que no tenemos obligación de consentir el acceso del juez en la Residencia, deberé comunicarles que, con el propósito de colaborar con el trabajo de la justicia, autorizamos su ingreso, a fin de que proceda al interrogatorio de aquellos que han descubierto el cadáver. Deberá asistirlos, posiblemente con el representante del CICR. El interrogatorio no podrá ser extendido a otras personas, pues en tal caso se configuraría una verdadera encuesta. Me siento aliviado: he insistido mucho, también telefónicamente. Nuestra Casa ha comprendido que no puede continuar exponiéndonos a los ataques. Aceptando el interrogatorio en la Residencia, debemos ganar puntos en la opinión pública del régimen, que acredita “a priori” la información oficial.

Por la tarde participo en un torneo de bridge en el Estadio Sirio, en pareja con Carla Parlatore, una italiana pequeña, atenta, diligente. La competición ha finalizado recién cuando se oye el altoparlante, alzándose por sobre el rumor colectivo de enjambre. Me parece oír: “Llamado telefónico para el señor Tomaso de Vergottini”. Se trata de Livia. Con voz angustiada dice: “Consejero, ¡una asilada debe ser hospitalizada de urgencia! Le ruego que venga rápido”.

Me apuro yendo hacia Triana, Livia sale a mi encuentro, jadeante. “Es la Quinteros. Un ataque de apendicitis aguda. Canio la está asistiendo, pero advierte que debe ser operada sin demora”. Trato de dar con Mario Silva para el salvoconducto. Recuerdo a Edelstam y a Sergio González, el primer caso de este tipo que debí afrontar en Santiago. Por suerte, el Jefe de Protocolo está en casa. “Tomaso, no te preocupes —dice— te preparo al instante el salvoconducto y pido al Hospital Militar que envíe rápido una ambulancia a Miguel Claro. En el camino, podrías pasar a mi casa, en Avenida Lyon, para retirar el documento”.

Me tranquilizo. Mario Silva es de gran valor. Con imperturbabilidad oriental, logra simplificar y resolver los problemas. Guío la *Bidonville*, Livia está a mi lado, aunque no comparte mi fe en el “Bonzo” Silva. Teme un golpe de la DINA. Llegamos a Miguel Claro y el maestro Manuel nos abre la reja, murmurando como siempre. En tropel, los asilados nos rodean. “¿No harán entrar a la ambulancia acá adentro, verdad? ¡Los agentes de la DINA podrían disfrazarse de enfermeros!”

Quien así habla, en la semioscuridad del jardín, interpreta el malestar, la ansiedad de todos. Comunidad acusada de delitos, a menudo imaginarios, pero no se hace diferencia, porque, en la óptica de la contrarrevolución, el revolucionario es siempre delincuente. Comunidad atrincherada, cuya seguridad reposa en gran parte sobre las espaldas de un funcionario no regularmente acreditado. Comunidad en la que basta una pequeña negligencia para colocarse a merced de sus enemigos, hoy instalados sólidamente en el poder.

Entro en la Residencia. Lidia Quinteros está tendida sobre un colchón. Se halla junto al portón. Canio está cerca. Se queja de dolor. Interrogo a nuestro médico: “La ambulancia debe entrar. No podemos obligar a la enferma a otros esfuerzos” sostiene firmemente. Trato de contener al Comité Político. Les aseguro que si le llega a suceder algo yo respondo.

Ante la reja un resplandor de faros, voces exitadas, el perfil blanco de la ambulancia que rompe la oscuridad. Me acerco. Se adelanta un oficial. Me saluda golpeando los tacones. “Hemos recibido la orden de transportar a una enferma al hospital —expone—. ¡Será bajo mi protección y responsabilidad”!

“Que entre también la ambulancia —rebato—, pero sólo con los enfermeros. Nada de soldados en armas”. El oficial es inflexible: “No. Debemos proteger a los enfermeros. A lo menos un soldado de la escolta deberá entrar”.

No tengo alternativas porque, según el médico, no hay tiempo que perder. Hago abrir la reja para que entre la máquina, la cual se detiene ante el portón principal. Un soldado salta a tierra, apuntando con la metralleta. Me pongo al lado de él, como haciendo de escudo ante los asilados, que se protegen en la oscuridad. Dos enfermeros entran corriendo en la Residencia con la camilla y cargan a la enferma. Todo como si fuese un relámpago. Tengo apenas tiempo para dirigirme al doctor: “Canio, tú vas en la ambulancia. Livia y yo vamos a retirar el salvoconducto. Nos encontramos en el Hospital Militar”.

Una sacudida de puertas, dos órdenes secas, se reabre la reja. La ambulancia pasa y se lanza a alta velocidad por calle Miguel Claro. La sigo por un instante y después me desvío hacia Avenida Lyon. Son las diez. Mario Silva me espera en la puerta de su casa. “¿Todo listo? ¿Puedo confiar?” “¡Por cierto!” —dice extendiéndome el salvoconducto—. Lo tomo. Saludo al “Bonzo” salvador con efusión rápida y corro, Livia queda inquieta. “Será, pero no me confío... El salvoconducto va bien, pero ¿y si la secuestran ahora? ¡He tenido demasiadas experiencias negativas para no imaginarlo!” “Livia, si no corriésemos algún riesgo, quedaríamos paralizados. En este caso pienso que es mínimo, ¡de otra manera el “Bonzo” no se habría comportado con tanta seguridad!”.

Llegamos ante la puerta del Hospital Militar. Dos agrios soldados, con la acostumbrada metralleta que apunta sobre nosotros, nos impiden el paso. Muestro el pasaporte diplomático, que miran como se hace con una bestia rara, y el salvoconducto, ante el cual se iluminan. “¡Venimos con la ambulancia!” Abren la reja. Descendemos y entramos en el edificio. Una enfermera dice haber visto pasar una camilla. Nos indica el segundo piso. Subimos corriendo y encontramos a Loguercio. Le interrogamos ansiosos. “Todo en orden. Ninguna dificultad. No han pedido documentos. Ya la están anestesiando. Dentro de poco la operan. El médico es bueno; lo conozco. Podemos fiarnos”. Edith y yo nos miramos a los ojos, con un suspiro de alivio. La operación tuvo éxito y estamos felices como si se tratara de un pariente o amigo. “Deberá permanecer algunos días en el Hospital —nos informa el cirujano—” y Loguercio agrega: “¡Me ocuparé yo. Vendré aquí todos los días!” “Gracias, Canio, eres impagable”. Lo abrazo con gratitud. “Por favor avísame cuando sea tiempo de llevarla nuevamente a la Residencia”. Acompaño a Livia a su casa. “Estoy contenta, pero no estaré tranquila hasta que no la vea en Miguel Claro”. Es apasionada y ve todo color negro, como el de sus vestidos, siempre de luto en recuerdo de su marido, muerto hace unos años. Ofrece a los asilados un corazón abierto y generoso, pero no los anima. “¡Livia, basta con el pesimismo, piensa en el caso de hoy; era complicado, pero todo salió muy bien!” “Tiene razón, doctor”. Se despidе yéndose sonriente con su muy sombría ternura.

LUNES 18 DE NOVIEMBRE

Regularización de mi estatus diplomático.

En la oficina, de mañana, abro un sobre que trae un nombre era en el timbre: “Ministerio de Relaciones”, entregada por mano. Es una nota que se refiere a nuestra comunicación del 21 de marzo de 1974 (anunciando que el señor Tomaso de Vergottini había asumido las funciones de Primer Consejero), a la cual da una respuesta distinta a la de entonces, que por tanto, deberá estimarse como nula.

En el texto nuevo, la Cancillería, al tomar nota de esta acreditación, lo hace “en el supuesto de que Vergottini ha quedado a cargo de la representación italiana”. He leído la nota con creciente emoción. No me equivoco al interpretarla. Significa que hemos dado vuelta una página. Ya no soy más el paria de los diplomáticos. He conquistado el estatus que me corresponde en tierra chilena. Figuraré incluso en la lista diplomática como todos mis colegas, con los mismos privilegios e inmunidad. Podré regularizar la situación de nuestros muebles, importar un auto mío.

Sé que debo agradecer a Carlos Valenzuela. Ha sido él quien, pacientemente, pudo convencer al Almirante de la necesidad de ajustar, por lo menos en parte, una situación cada vez más insostenible; de darme los instrumentos para poder trabajar con una cierta tranquilidad, sin incidir, al mismo tiempo, en la posición política del Gobierno italiano. Es verdad qué, de acuerdo con la Convención de Viena, el funcionario más alto en grado de una Representación Diplomática es “Encargado de Negocios”, pero justamente para respetar la antedicha posición italiana, el Ministerio de Relaciones Exteriores chileno no menciona más expresamente este término.

Annasofia al teléfono. Se siente feliz, pero también el triunfo tiene sus límites. Le digo: “En sustancia estaremos como los demás, pero no aún en lo formal: nada de ceremonias gubernamentales; en la mesa, nuestro lugar queda al último”.

MIÉRCOLES 20 DE NOVIEMBRE

Roma quita la suspensión del ingreso a Italia de nuestros asilados.

La Tercera se ocupa de nosotros: “La Embajada de Italia condiciona el ingreso del juez en la Residencia”, es el título poco simpático. Nuevamente los ataques de la prensa; pero después veo que el contenido del artículo no corresponde a la presentación: De Vergottini dice que el Gobierno italiano no pondrá obstáculos al ingreso del juez Araya, si bien podría impedirlo, tomando pie en el Derecho Internacional. La fecha y los modos del interrogatorio —precisa el diplomático— serán convenidos de común acuerdo”.

Importante y esperada noticia de Nuestra Casa: deberé informar a las autoridades chilenas, a través de los canales que considere más oportunos, que de parte de Italia se ha llegado a la determinación de hacer entrar en nuestro país aquellos asilados que estén en posesión de salvoconducto. Queda la posibilidad de acoger allá también a los otros. Se me invita a llegar a acuerdos para organizar las salidas.

Llega Enrico Calamai de la Residencia. Le he rogado que se arregle en ella, en el principesco dormitorio del Embajador, largamente deshabitado. Es joven soltero, sin las remoras familiares de Toscano. Puede exponerse más fácilmente a lo que podríamos llamar metafóricamente “la intemperie”. Le digo: “Me preocupa pedirte esto, pero es bueno para nosotros, porque así podemos controlar de cerca lo que sucede en Miguel Claro; y es bueno para los asilados, porque tendrán un contacto constante y directo con un funcionario responsable. Podrás recibir el Comité Político cada mañana, antes de venir a la oficina”. Acepta de buen grado y ahora se halla frente a mi, con su aire humilde, de constante compasión por alguien o por algo. “¡Poveracci! —dice—. Me han pedido interceder...” Lo interrumpo sonriendo, aludiendo a la conmiseración de ese “¡Pobrecitos!”: “Hoy nada de lágrimas: podemos darles una buena noticia: en Roma han decidido levantar la prohibición de las salidas para Italia”. “¡Qué bien! ¡Qué buena noticia!” exclama con ímpetu gozoso.

JUEVES 21 DE NOVIEMBRE

Vuelve Lidia Quinteros. Balacera en los alrededores de la Residencia.

Con Canio Loguercio y Enrico vamos a buscar a Lidia Quinteros al Hospital Militar. Todo es normal. Ni sombra de las tensiones del día de la hospitalización. Ella se siente bien y habla con tranquilidad. “¿La han interrogado?” pregunto, a pesar de lo difícil que es oír una respuesta sincera. “Me han hecho algunas preguntas, pero con discreción, acerca de la situación en la Residencia y sobre algunos asilados”. “¿Sobre Sotomayor?” “Sí, pero he respondido con expresiones genéricas”. En la Residencia la han acogido con alegría. Está naturalmente Livia, contenta por “haberse equivocado. De frente al Comité Político, la operada cuenta que la DINA trató de secuestrarla, pero el oficial de Ejército responsable de su custodia se opuso. “¿Ha visto la escena?” “No, me la ha contado un enfermero”.

Por otra parte los asilados se hallan en estado de alarma por la balacera de ayer en la tarde, ocurrida en las calles adyacentes de la Residencia. La prensa de hoy habla de “enfrentamientos a balazos entre carabineros y el MIR”: dos miristas han resultado muertos, uno de ellos es el “gato” Valenzuela. Sotomayor lo recuerda conmocionado; dice que toda resistencia es inútil: “Los compañeros deben convencerse de que es necesario deponer las armas, sumergirse, también en el exterior y, reorganizarse para retomar la lucha en un tiempo más, en circunstancias y condiciones más favorables”.

Discuto con el Comité Político acerca del interrogatorio por parte del juez, en la Residencia. Como era fácil de prever, ellos ponen condiciones. No están de acuerdo con las condiciones de Nuestra Casa, que quiere limitarlo a quien ha descubierto el cadáver. Prefieren el interrogatorio colectivo, pues esperan, en efecto, que el juez se convenza de la inocencia de todos, y escuche los testimonios de quien tiene que decir algo sobre el delito. Obviamente en el supuesto de que no sea de completa mala fe.

Más tarde voy a La Moneda para discutir este asunto con el Director General, informándole que Roma ha decidido reabrir la puerta a los asilados provistos de salvoconductos. Valenzuela me asegura que la Cancillería lo tendrá en cuenta.

VIERNES 22 DE NOVIEMBRE

Llega a inspeccionar la misión Profili-Pasqua. Incidentes delante de la Residencia.

Por la mañana me dirijo a Pudahuel para aguardar a la misión compuesta por el Ministro Plenipotenciario Giacomo Profili y el Coronel Pasqua que viene a inspeccionar la situación. Me imagino que muy rara vez haya sido esperada de manera tan entusiasta una delegación que cumple tal mandato. La explicación es muy simple: nada que esconder, mucho que revelar. Nada que perder, pero algo, esperamos, habremos de ganar.

José María Gallardo, el maestro de ceremonias de sonrisa estereotipada, ha puesto a disposición nuestra la salita VIP. La espera es breve. Aquí está Profili, uno de los primeros en descender del avión. Viene a mi encuentro con una sonrisa luminosa. Lo recuerdo en tenuta de tenis, protagonizando épicas jornadas en el círculo de Nuestra Casa, del cual ha sido mentor y presidente. Bajito, menudo, de cabellos entrecanos, jovial. “¡Venimos a darle una mano!” Son sus primeras palabras, exactamente las que esperaba. Ellas bastan para establecer entre nosotros una relación fluida y activa. Para mí es como si Nuestra Casa reconociera, en alguna medida, habernos descuidado. La rama de olivos no podía haber sido confiada a un mejor mensajero, afable, cortés, tranquilizador. Siempre un paso tras él, el Coronel Pasqua, Jefe del Destacamento de Carabineros de Nuestra Casa. Alto, de tez oscura, respetuoso, reservado, caballeroso, es como la conciencia crítica del exuberante Giacomo.

Nos detenemos en la oficina, en Triana. El inspector estrecha la mano de todos, con amplias sonrisas y gestos de agrado. “Ningún control. No quiero ver ninguna cuenta... Esta es una inspección “sui generis”; estamos aquí para escucharlos a ustedes, qué tienen que decir y qué solicitan”. “Tendríamos tanto que pedir y reclamar que necesitaríamos un día completo” se lamenta el oso Poiani. En ese momento, en el círculo formado en torno de los inspectores irrumpe negra, trágica, jadeante nuestra Piaf. “Excusen, pero en la Residencia ha sucedido algo terrible: a mediodía, aproximadamente, han disparado contra un hombre que trataba de saltar la muralla. Lo han herido, no ha logrado saltar; ha caído. Una ambulancia se lo ha llevado. Después han disparado desde afuera en dirección al edificio. Un proyectil ha golpeado una cornisa, sobre el portón principal. Los huéspedes están agitados, deseando hablar con usted señor Ministro...”

Los inspectores han sido sorprendidos “in media res”⁸⁹. De inmediato se dan cuenta de la atmósfera en la cual vivimos y trabajamos. Pero ya es tarde, Annasofia nos espera para comer. Postergamos para mañana la visita a Miguel Claro.

⁸⁹Expresión latina que significa "en medio del problema o del suceso".

Mientras tanto telefono al Director General: “No es posible que los carabineros disparen en dirección de la Residencia; además de alcanzar a los asilados pueden hacerlo también con el personal de la Embajada”.

Valenzuela se interesará. Le pregunto cuándo podrá recibir a Profili y a Pasqua: “Han llegado el viernes por la tarde y regresan el lunes por la mañana; pero si tienes un momento para ellos...” “Está bien —responde cáusticamente—, ustedes los diplomáticos italianos son conocidos como trabajadores del domingo⁹⁰. Vengan entonces el domingo por la tarde, a las cuatro, a mi casa”, “¡Gracias, Carlos! Seremos puntualísimos”.

Cena en Coronel. Annasofía ha preparado a los inspectores un recibimiento cálido, lleno de flores y de cosas exquisitas. Se disculpa por la modestia de la casa: “¡Aquí todo es de emergencia!” dice. Durante el almuerzo, ella da la partida y explica a su modo, incisivo, colorido, fotográfico, nuestra situación. Profili y Pasqua escuchan atentos, estupefactos. En Nuestra Casa los han informado de modo general. Ignoran muchas cosas. Mi mujer y yo intercambiamos una mirada de entendimiento. Debemos llenar cada laguna, pintar los tintes oscuros del cuadro, aunque manteniendo el buen humor, signo de fuerza, de resistencia a la adversidad. Poco a poco los huéspedes ministeriales penetran, participando, en nuestro mundo.

SÁBADO 23 DE NOVIEMBRE

Encuentro de los inspectores con los asilados.

Asamblea en Miguel Claro. Cuando los inspectores entran, los asilados van a su encuentro, en grupos que van aumentando. Los miran intrigados. “¿Tal vez traen alguna novedad grata?” Los escoltan hasta la entrada del edificio. Profili distribuye sonrisas y amplios gestos de las manos. Pasqua lo sigue, preocupado de no adelantarlo. Ambos escrutan a los asilados, y parecen preguntarse si se trata de héroes cansados, de liebres acosadas, de delincuentes, aprovechadores, gorriones o inútiles. ¿Habrán oído tañer muchas campanas? Ahora forman círculo, unas doscientas cincuenta personas. Se sienten los gritos de los niños, ansiosos al ver las miradas silenciosas de los adultos. ¿Cómo se sentirá el “tierno Giacomo”, puesto en medio de ellos, intérpretes de una realidad tan remota que ha de parecerle puramente imaginaria? ¿Cómo los enfrentará? Vengo a su encuentro presentándolo con breves y afectuosas palabras. Se acerca Sotomayor, con el gesto del líder: “Los saludo, señores, en nombre de todos los presentes, que desean tener la oportunidad de expresar su eterna gratitud a Italia, que nos ha dado refugio y nos protege”.

⁹⁰Siempre tuve dificultades en entender, a pesar de las razones dadas, este exceso de diligencia que caracteriza a la diplomacia italiana. En algunas oficinas importantes del Ministerio se llega a trabajar "full time" aún el domingo por la mañana. Ello provoca un efecto en cadena en las Embajadas más grandes —y aún en las otras— donde los jefes de misión no quieren ser considerados inferiores, respecto de sus colegas ministeriales, tratando de que siempre se les halle en sus puestos de trabajo. En cambio para los anglosajones el fin de semana es sagrado.

Veo que Profili se relaja y comienza a hablar resueltamente: “Le traigo una buena noticia. El Gobierno italiano ha decidido acogerlos en Italia⁹¹. Los problemas sólo eran de orden financiero, pero ya han sido superados. Por nuestra parte, no habrá más. Haremos todo por ayudarles, para sacarlos de esta situación. ¡Estén tranquilos! ¡El Consejero de Vergottini, que goza de la plena confianza de nuestro Gobierno, tiene exactamente este papel!” El Coronel Pasqua, quien se ha colocado a las espaldas de Profili, hace ostentosos ademanes de asentimiento. No faltan preguntas que revelan preocupación y aún provocativas, por parte de los asilados. Valiéndome de la experiencia, soy yo el que responde. Después la atmósfera se aliviana. Casi todos se meten en el engranaje, con señas de optimismo. Festejan, con humilde espontaneidad, a quien se ha molestado en venir desde Italia por ellos. Así lo creen y, en gran medida, tienen razón.

DOMINGO 24 DE NOVIEMBRE

Intermedio hípico. Entrevista de los inspectores con diplomáticos chilenos.

Como dueños de casa, Annasofía y yo tratamos de distraer a los huéspedes. Al menos por la mañana del domingo. Sé que Profili ama la equitación. Lo acompañamos donde Tito Girardi, un connacional veneto, rico, que nos ha invitado a su parcela, en las márgenes de la ciudad, hacia la cordillera. Hay un concurso hípico, presente el Santiago “bien”, el viejo y el moderno. Para los inspectores, el verde perfecto de los prados; el aire puro que respiran a pleno pulmón; los saltos estilizados de los caballos bien adiestrados: todo constituye una agradable diversión en medio de una misión importante.

A las cuatro nos espera Carlos Valenzuela, en su chalé cercano al Club de Golf. Con él se encuentra el Director Político, el pequeño y ceñudo Juan José Fernández. A los saludos sigue la búsqueda de antiguas relaciones comunes⁹². El ambiente casero vuelve más relajado a Carlos, quien se torna franco, hablador y bromista. Se trata de un diálogo entre él y Profili y algunas acotaciones mías. Pasqua y Fernández se mantienen en segundo plano, entre sombras. Carlos logra convencer al inspector que para el Gobierno chileno encuesta judicial e identificación de los asilados son problemas conexos, que ambos deben ser resueltos si se desea permitir la partida.

Más tarde llevo a los inspectores para que visiten la sede del Instituto de Cultura. Quiero que estén de mi parte en esto, en la batalla por obtener el traslado del Instituto a un lugar más seguro y digno. No es difícil: basta con dar una vistazo al edificio decrepito, a punto de derrumbarse, ubicado en un barrio que se extingue y que posee además mala fama, para persuadir al “Tierno Giácomo”⁹³ de apoyarme.

LUNES 25 DE NOVIEMBRE

⁹¹En verdad...como ya se ha dicho, la noticia la había dado yo, pero sin duda, expresada por un alto funcionario venido expresamente desde Roma, permitió una reiteración acrecentada de la alegría, en Miguel Claro.

⁹²Fórmula inevitable en cada conversación seria entre diplomáticos que se encuentran por primera vez.

⁹³El “Tierno Giacomo” es un personaje de las tiras cómicas de Woody Allen.

Profili defiende la tesis de la Embajada. Los inspectores dejan Chile. Conversación con el Obispo Ariztía.

En Triana, los inspectores oyen pacientemente las lamentaciones de los empleados. Después se refugian en mi oficina, en donde Profili comunica a Nuestra Casa el haber informado a los asilados del desbloqueo de las salidas, en un momento de aguda tensión por la balacera del 22 de noviembre, que se ha repetido ayer; pero también la primera fase de la evacuación —puntualiza— está condicionada ya sea a la encuesta judicial, ya sea a la identificación de los huéspedes a través de la toma de las impresiones digitales. Esta última operación, que se practicaba en el aeropuerto, momentos antes de la partida, no ofrece suficientes garantías. El Comité Político de los asilados concuerda con que se realicen ambas operaciones. Profili ruega, por todo ello, reconsiderar la posición negativa al respecto.

El inspector deja constancia de que el problema de los asilados y el del personal de la Embajada ya han llegado a un punto tal de tensión que exigen medidas para enfrentar el progresivo deterioro de la situación. Es necesario aumentar las remuneraciones; acrecentar el número de directivos; enviar un experto en códigos que tenga también tareas de vigilancia y... cambiar la sede del Instituto de Cultura.

Todo eso constituía mi apremio. Cuando acompañé a los queridos huéspedes a Pudahuel, no dejé de agradecerles. “¡Es lo mínimo, si pudiésemos haríamos más por ayudar a quien está obligado a trabajar en las condiciones más difíciles y que ya ha dado tanto!” Con estas palabras, el “Tierno Giacomo” se despidió, entrando en el auto VIP que lo conduce al avión. El coronel Pasqua se halla siempre tras él, consintiendo y saludando.

De regreso en la oficina, respiro. Por primera vez no me siento abandonado en la trinchera. Los emisarios de Nuestra Casa han traído una buena palabra, han visto y comprendido, en breve tiempo, nuestros problemas. Tal vez serán los mejores abogados de esta embajada. Se necesitaba entonces tocar con la mano la realidad de Santiago. Así se establecerá, lo espero, un nexo más fluido con Nuestra Casa.

Leo los diarios, olvidados en el intenso fin de semana. El domingo, en el Santuario de Maipú, ha habido una gran peregrinación. Cientos de miles de fieles. El Cardenal ha hecho una “Cruzada para la reconciliación entre los chilenos”. En la homilía ha dicho: “la paz y la reconciliación son posibles sólo como fruto de la justicia. No hay paz ni reconciliación sino donde todos los derechos de los hombres, de todos los hombres, son celosamente respetados”. Ha hablado del derecho a la vida, de la monstruosidad de la tortura, pero no lo oírán. Si lo hiciesen no habría más asilados.

La Tercera de hoy se refiere a la balacera del viernes delante de la Residencia con el título de “Frustrado intento de asilo”. En el texto se lee: “Un individuo ha tratado de asilarse en la Embajada de Italia, pero los carabineros lo han impedido”. Habla también el diario *La Patria* en términos retorcidos: “Un mirista ha sido baleado sobre el muro de la Residencia, mientras trataba de asilarse burlando la vigilancia de la policía. Desde el interior han abierto el fuego contra los carabineros de guardia. *La Patria* es órgano semioficial, refleja el pensamiento de Acuña y de Contreras. Han formulado ya esta tesis: los carabineros o alguien en vez de ellos, han disparado hacia el edificio porque fueron provocados. Pero ésta vez no se entiende por provocación el uso del insulto de grueso calibre, sino el disparo de un arma de fuego. Una insinuación que facilita el camino de la acusación en contra nuestra, por no respetar las normas sobre el derecho de asilo, permitiendo a los asilados mantener armas y usarlas. Lo cierto es que siempre en los muy pocos casos en que alguien se ha refugiado llevando consigo armas, hemos exigido, y obtenido, la entrega de ellas. Eso debería excluir la hipótesis de *La Patria*.

En la tarde voy a Santa Mónica. Me reciben Fernando Ariztía y Cristián Precht. La represión no tiene término. Me muestran las impresionantes estadísticas del año. Después hablamos de los problemas de la Embajada. Cuento los últimos acontecimientos. No es posible no abrir el corazón ante un hombre como Ariztía. Me mira con dulzura llena de una humildad cercana a lo sobrenatural. “Permanezca firme, señor Vergottini, el Chile auténtico lo observa y lo admira. ¡En un mañana sabremos manifestar nuestro reconocimiento!”. Cristián sonríe complacido. Creo no merecer estas palabras, pero las recibo como un néctar celestial.

MIÉRCOLES 27 DE NOVIEMBRE

Expulsión de Renán Fuentealba.

Ayer han expulsado a Renán Fuentealba, por una declaración a France Presse. Dicen que él “Ha desafiado a la autoridad, comprometiendo el prestigio de Chile en el exterior y ha atentado en contra de la paz interna”. Lo han tomado con violencia de su oficina, sin siquiera permitirle hacer sus maletas, ni avisar a la familia. Lo han llevado en vilo al aeropuerto y lo han embarcado en el primer avión para Lima.

Carmen, su mujer, ha sido hospitalizada, ha tenido una crisis histérica. Annasofia la visita. En Coronel, por la tarde, recibo a Tomás Reyes, el ex-presidente del Senado, un hombre de edad, bonachón. Me refiere detalles de la detención de Fuentealba (pertenecen a la misma corriente de la DC) y me ruega transmitir un mensaje a Roma. Me deja leer un comunicado que el partido preparó: protesta vivamente contra una medida que “contraviene el más elemental respeto del Derecho y hace más difícil la reconciliación entre chilenos”. Pienso que esta decisión fue tomada en el interior del régimen por quienes propician una lucha sin cuartel en contra de la DC.

El documento es firmado por 64 ex-parlamentarios y ministros, incluidos entre ellos a quienes pertenecen a la derecha interna, liderados por Juan de Dios Carmona, los mismos que hace poco —me hace observar Reyes— han criticado la condena del régimen chileno por violaciones de los derechos humanos, emitida por las NU. Ahora, aparecen todos unidos en la defensa de Renán.

JUEVES 28 DE NOVIEMBRE

Roma autoriza la identificación en la Residencia. Vacunación de los asilados.

Nuestra Casa se decide a permitir la identificación de los asilados en la Residencia. Es el primer fruto de la intervención del “Tierno Giacomo”. La operación deberá limitarse a quienes, premunidos de sus salvoconductos, aceptan someterse al procedimiento previsto, entregándome una declaración de consentimiento que los haga responsables, evitando conflictos a la Embajada en caso de impugnación de identidad. Se recomienda la presencia de un representante del CICR.

A la vez informo a Nuestra Casa que he obtenido 31 visas para nuestros huéspedes por parte de otros países, Gracias a Groth son 22 (14 van a Suecia; 8 a Cuba, que recibe a los miristas). Rumania acoge a 4; a 2, Canadá; Inglaterra, 1; Dinamarca, 1, y Francia, 1. Diez de los aceptados por otros países están ya en posesión de salvoconductos. Las cuatro visa para Bucarest corresponden a la familia Caroca, mujer y tres niños; el marido, Dantón, está aun en la clandestinidad, protegido por el COPACHI, que trata de hacerlo entrar en la Nunciatura. Vassile me asegura que él podrá contar también con el visto bueno de Rumania.

Hojeo *La Tercera*. Una página entera está dedicada a la vacuna de los asilados, lo cual se cumplió ayer, formalidad necesaria y preliminar de cada salida. No he pedido autorización a Nuestra Casa, ni los asilados se oponen. El ingreso de tres enfermeros ha sido controlado por Calamai y Rampioni.

El “Kamikaze” me muestra una foto que lo retraía mientras se baja del auto para entrar en la Residencia. La lectura de ella es: “Auto del Secretario del Archivo. Entrevistado por los periodistas ha respondido, muy molesto, que no conoce el español”.

Comentario de mi dinámico colaborador: “La han tomado conmigo, *Dottó*, pero tienen razón: he respondido exactamente así”. *La Tercera* habla de peligro de epidemia. Hubo un ir y venir de periodistas; creían que llegaba el juez, pero sólo han visto con desilusión el arribo de cuatro enfermeras, eficientes, pero feas. Interrogados los vecinos, insisten en lo de los riesgos del contagio por las “condiciones insalubres del ambiente”. Los asilados —puntualiza el diario— caminan desnudos y descalzos; las mujeres vagan por los prados semidesnudas y muy desordenadas. Cada tanto se acercan a la reja y hacen gestos obscenos dirigidos a los carabineros de guardia. Estos no reaccionan a las cotidianas provocaciones. “¡Llamen a las agencias ANSA, ORBE, UPI!” —digo—. El teléfono se pone en acción. Bagoni llega rápido: “Le ruego que informe de que aquí no hay ninguna epidemia. Es simplemente la vacunación obligatoria, pedida con anticipación conveniente a las salidas...” Digo las mismas cosas a la siempre cortés y sonriente Carmen Castro, de ORBE.

Pero el diario de los Picó Cañas no ha terminado: en un editorial dedicado a la ruptura de relaciones con el Gobierno chileno, decidida ayer por México, lamenta que no haya sido Chile el de la decisión y sirve como lección para las relaciones con Italia: “Es preciso tener presente que algo similar puede ocurrir con Italia, nación que tiene una irregularidad manifiesta en sus relaciones diplomáticas con Chile. Su “Embajada” en Santiago no tiene Embajador y es sólo un centro de refugio de extremistas y delincuentes. Pese a todo, la situación se mantiene por 14 meses y no da muestras de mejorar. No se trata de romper relaciones con todo el mundo, pero sí de tomar la iniciativa cuando otra nación cree que puede burlar el restablecimiento de la ley en Chile”.

La incitación a romper relaciones no ha sido nunca más explícita. Es otra vía indirecta para llevar a la “solución final” la cuestión de los asilados en Miguel Claro. Temo la insistencia, pues los ataques no cesan. *La Tercera* se halla siempre a la cabeza. Hablaré mañana con el Director General, aunque ya conozco bien el tono de grabación de su respuesta.

VIERNES 29 DE NOVIEMBRE

Negociaciones en La Moneda

A primera hora de la tarde, me presento en la oficina de Carlos Valenzuela, en La Moneda. Hablamos de tres cuestiones de actualidad. Primero, la identificación. Le digo que los asilados también están de acuerdo. Segundo, lo del interrogatorio en la Residencia. Valenzuela me transmite las exigencias del Ministro en Visita. El quiere interrogar a todos los asilados, acepta la presencia del delegado del CICR, pero no la del abogado. Sobre la tercera —los ataques de la prensa— me da la respuesta de siempre.

DOMINGO 1 DE DICIEMBRE

Llega a Santiago el agregado comercial Enzo Simonetto.

Llega a Santiago Enzo Simonetto. Lo dejé en Nuremberg, en el 68. Se trataba de un colaborador diligente y de probada eficiencia en el servicio consular. He contado que me había dicho que vendría corriendo en cuanto yo lo llamase. Y lo ha cumplido. Aquí está, agitado por la dureza del viaje, ha adelgazado, es serio y obsequioso, y trae el acento endurecido por la larga práctica del alemán.

¿Me estoy construyendo un feudo? Puede ser, pero en la situación en la cual me encuentro, creo tener derecho, a lo menos, a escoger colaboradores que conozco como hábiles y de confianza. Me complace que ellos acojan de inmediato mi llamado, a despecho de la distancia.

SÁBADO 7 DE DICIEMBRE

Cambio en la vigilancia de la Residencia.

Los asilados temen a la guardia externa, porque advierten que los carabineros han cambiado en el aspecto. Ya no son más toscos, condescendientes y tal vez buenos, como en los comienzos. Ahora pertenecen a núcleos o grupos especiales, preparados para la represión. La mirada es más fría; los modos, secos y bruscos. Provocan y no aceptan diálogo. Ayer, algunos han registrado el auto de Calamai, mientras otros lo tenían quieto con la metralleta apuntándole al pecho. Han arrestado a dos personas que trataban de saltar el muro. Las reglas han cambiado, a raíz del ingreso de “Humberto”, y sobre todo después del asesinato de Lumi. La atención se concentra sobre nosotros. Por eso están movilizados los servicios de seguridad, que sustituyen a los “pacos” tradicionales y que actúan a su manera. Me preocupo, teniendo en cuenta que son inminentes la identificación y la encuesta judicial. En verdad, tanto Profili como yo hemos recibido garantías, pero no siempre la buena voluntad manifestada en el nivel diplomático corresponde al comportamiento real de los órganos ejecutivos.

MIÉRCOLES 11 DE DICIEMBRE

Nuevo ataque de La Tercera. Entrevista con el vicepresidente de la Empresa que edita el diario.

Por la mañana, Enrico me cuenta que ayer en la tarde un grupo de personas trató de entrar en la Residencia, pero que fue rechazado por la guardia. Ignora si han sido o no arrestados. Mueve tristemente la cabeza. Leemos juntos un artículo de *La Tercera* titulado: “Siguen provocaciones desde Embajada italiana”. El texto dice: “...Llegados al sitio del supuesto suceso, el controvertido edificio de la Embajada italiana, constatamos un hecho que ya resulta repetido. Algunos de los residentes en dicho lugar se entretienen lanzando piedras como provocación a las fuerzas de orden que custodian el recinto y éstos responden con disparos al aire, única forma de defenderse de la agresión que se ampara tras un discutible fuero diplomático. Los vecinos hicieron un comentario unánime: ¿Hasta cuándo?”

“¡Pobrecitos los de las fuerzas de orden! ¡Qué indefensos son! —comenta Enrico con una sonrisa agrisulce—. ¡Se ven obligados a usar los fusiles en contra de las piedras!” Le pido que me diga con sinceridad si ha visto a alguno arrojar piedras.

“¡No me parece que tengan la vocación del suicidio!” Les creo, no tanto por la experiencia pasada (pienso en los episodios del 4 y del 11 de septiembre) sino más bien porque entre los asilados ahora hay más disciplina, con Sotomayor que impone su superioridad política e intelectual.

Ahora voy a Pudahuel, con el fin de recibir a Gino Girardi, el diligente y eficaz jefe del servicio de prensa de P.E. Taviani. Irá a Curanilahue a visitar a Cesare, pero mientras tanto se detiene algunos días para estar con nosotros y estudiar la situación, y así poder narrarla a su superior.

Por la tarde vamos con Annasofia a ver a la mujer de Renán Fuentealba, dada de alta en la clínica y próxima a la salida hacia Lima. Al vernos, estalla en lágrimas: “¡Pobre Renán, apartado de la casa, de la familia! ¡No le han permitido llevar nada con él, nada!” Nos agradece cálidamente por nuestro interés.

Vamos a cenar en casa de los Amunátegui. Está ahí Jaras, el vicepresidente de la Empresa COPESA, que edita *La Tercera*. “Lo he invitado por ti —explica Felipe—, estamos en las antípodas en las ideas políticas, pero es un viejo amigo. Es una tradición chilena aquella que la amistad pasa por sobre la contingencia política. Ahora se ha ido perdiendo, por desgracia; pero queda algún ejemplo aislado, como éste, al menos así lo espero. *La Tercera* es el diario que más te ha atacado. Pienso que un contacto así, informal, de acercamiento, te puede resultar útil”.

Doy las gracias a Felipe y le digo que precisamente ayer *La Tercera* ha publicado un artículo bilioso en contra de nosotros. Jaras, un joven rubicundo, de mediana estatura, tiene un aire inocuo. Mé escucha con atención. A ratos, asiente pareciendo convencerse. Al final me dice: “Señor Vergottini, a veces tenemos necesidad de escribir de una cierta manera, porque recibimos información sólo de la parte interesada. Es bueno que lo haya oído y con ello la versión suya de los hechos. Me servirán...”

Parece sincero, pero no sé cuánto peso pueda tener él y cómo logrará oponerse a todas las vastas fuerzas interesadas en presentarnos batallas a diario.

JUEVES 12 DE DICIEMBRE

Preparativos para la identificación en Miguel Claro.

Carlos Valenzuela me informa telefónicamente que la identificación será llevada a cabo en la Residencia, el día 16. Las impresiones digitales serán tomadas a todos los huéspedes con excepción de los niños. “Esto —dice Carlos, acentuando la voz— porque una vez completada la encuesta todos los huéspedes recibirán el salvoconducto”.

Voy a la Residencia, en donde me aguarda Enrico. Nos reunimos con Sotomayor, Leighton y los otros del Comité Político. Disponemos el plan operativo para el 16. “Humberto” me presenta una hoja firmada por todos los asilados adultos, los cuales declaran someterse a la identificación mediante la toma de las huellas digitales, voluntariamente. Así se nos declara absueltos de cualquier responsabilidad. Nuestra Casa tiene razón al querer tomar todas las precauciones del caso.

SÁBADO 14 DE DICIEMBRE

Emilio Barbarani reemplaza a Calamai como secretario de la Embajada.

Esperamos a un nuevo funcionario que ha de tomar el puesto de Calamai, quien se ha sentido mal en la Residencia: hemorragia urinaria. Sotomayor le ha prestado la primera asistencia, pero ahora deberá consultar a un especialista. Creo que su físico débil no ha resistido la prueba de Miguel Claro. Cada mañana escucha con paciencia las peticiones y los lamentos. Participa de los sufrimientos de los asilados y los asimila, los ve como si fueran propios. Después trata de comunicarme su conmoción.

Nuestra Casa decidió substituirlo sin demora por Emilio Barbarani, Cónsul en Buenos Aires. Por la tarde, temprano, eso sí, me encuentro en el amplio *hall* de la Residencia para los preparativos de la ceremonia de la identificación. Escucho, detrás de mí, resonar pasos pesados y firmes que hacen crujir el entablado. He aquí a Barbarani. Alto, robusto, de pelo castaño, mirada luminosa, ostentosamente seguro de sí mismo, genuino en la fragorosa alegría. En suma, una sensación de franqueza, de autenticidad poco común, emana de él. Su sola presencia aquí, en este momento, me da seguridad. Intuyo que podré contar con él sin reservas. Estimo a Enrico, por supuesto, lo siento cerca y lo conozco sincero, pero su tormentosa fragilidad no es ideal para la durísima lucha que estamos experimentando.

Arengo a los asilados. La pequeña muchedumbre de 250 personas se agrupa alrededor de nosotros, Barbarani, a quien presento en pocas palabras, y la infaltable Livia están de mi lado. Doy consejos e instrucciones para lo de pasado mañana. Aclaro dudas, respondo las preguntas. A menudo, la masa me produce inhibición y sé que frente a ellos no ofrezco lo mejor de mí, pero aquí es distinto. Las circunstancias que debo enfrentar me transforman, otorgándome un temple y un tono vitales.

En la tarde, en Coronel, Annasofia me revela, sonriendo, que “Milo” antes de juntarse conmigo en Miguel Claro, me había buscado en la casa y le había preguntado: “¿Adónde puedo encontrar a su padre?” Barbarani, que ha cenado con nosotros, explica: “Cuando te he visto juvenil con la Sahariana blanca, no creí en mis ojos. ¡Pensaba que un Jefe de Misión debía ser más viejo!” Más tarde, cuando quedamos solos, Annasofia y yo intercambiamos opiniones sobre el recién llegado, que cayó aquí de un día para otro, inesperado, con la violencia de un huracán. “¡O es un ingenuo o es demasiado astuto! —me dice mi mujer—, Pero ¡pienso que para ti ha de ser un buen colaborador!”

LUNES 16 DE DICIEMBRE

Se realiza la operación de identificación de los asilados.

Hoy es el día de la identificación. Los asilados aguardan, agolpados en el jardín. Se estrechan unos con otros para darse confianza y coraje. He dicho que entrarán pocos y sin armas, pero ellos desconfían. La identificación asume un significado especial, que trasciende la operación misma, porque viene a ser una especie de prueba general de lo que va a ser la encuesta judicial.

Suena la campana. Me acerco a la reja, con Manuel y con Barbarani. Sonríe a Milo: “¡Es la prueba de fuego para ti!” “¡Estoy listo!” —dice. El maestro abre la reja: entran primero seis enfermeras de la Cruz Roja chilena; después, seis individuos de civil. Uno de ellos, bajo con pelo y bigotes rosáceos, me dirige la palabra: “¿Usted es el Encargado de Negocios? Cada tanto alguien me da este título que no debería mencionarse. De todos modos, hago una señal afirmativa.

Somos expertos del Registro Civil” dice, mostrándome su carné de identidad y el de los otros. Les pregunto si tienen armas. “¡No!” es la respuesta obvia, que no sé cómo comprobar, porque me repugna la idea de registrar a alguien. Me doy vuelta hacia Milo, y pienso que él sí sería capaz de hacerlo. Se diría que el impacto que le procura esta experiencia la excita. Entran otras dos personas: son los funcionarios de la Cruz Roja Internacional. He solicitado su presencia como garantía de normalidad.

Invito a la comitiva para que me siga. El compacto grupo de los asilados se abre en abanico para dejarnos pasar. Sus miradas atentas caen sobre los “expertos”. En verdad, han de pensar que son de la DINA, pero se mantienen fieles al compromiso de no dar ningún pretexto para reacciones. También los expertos y las enfermeras observan a los asilados. Tal vez algunos de ellos creen en la propaganda adversa y esperan ver a veraneantes bien alimentados. Se cruzan, en cambio, con gente desgredada, vestida a la diablo, con los rostros tensos, ajados, en procura de una libertad que temen vaya a esfumarse en el horizonte.

En el *hall* hemos organizado una especie de mostrador con las mesas más grandes que hay en la Residencia. Expertos y enfermeras toman el puesto y su jefe comienza los llamados. Uno por uno los asilados se acercan, primero dudando, después, cuando se dan cuenta de que no les sucede nada, con seguridad creciente, en fin, con altivez. Las enfermeras toman las huellas, con tarjetas personales que tienen ellas. Los expertos sacan una o dos fotos por cada asilado. Al final, todos sentimos alivio. Los asilados, porque no les han tocado un pelo; los expertos y enfermeras, debido a que la muchedumbre no los ha devorado. Nosotros, porque la operación se ha desarrollado a la perfección, sin el más mínimo incidente o dificultad.

MARTES 17 DE DICIEMBRE

Enrico Calamai deja Chile.

Grandes titulares en los diarios. *El Mercurio*: “Nuevo fichaje de los asilados. Embajada italiana”. *La Tercera*: “Nuevo y completo fichaje en la Embajada de Italia”. El diario dice: “Expertos en huellas digitales del Servicio de Identificación han efectuado la operación de verificación en la Embajada de Italia. Esta operación ha servido para identificar completamente más de 200 ciudadanos que se encuentran ahí como huéspedes. El Ministerio de Relaciones Exteriores nos ha dicho que los representantes del Gobierno italiano han concedido todas las facilidades posibles a fin de que esta operación pudiera realizarse. La verificación ha sido pedida por Eduardo Araya, Ministro en Visita para el caso de Lumi Videla”. Menos mal: *La Tercera* nos alaba, aunque sea por boca del Ministerio. ¿Será un primer efecto de la cena con Jaras, en casa de Felipe Amunátegui?

Enrico Calamai nos deja. Por la tarde viene a la casa de Coronel, a saludar, acompañado de quien es el sucesor. Está más pálido que de costumbre; la sonrisa más triste. En la mañana ha sido examinado por un destacado urólogo. “¿Qué te ha dicho el especialista?” “¿Tomaso, quisiera no decírtelo!” Miro a Milo, que ha asumido una expresión compungida, en contraste con su desbordante naturaleza. “¡Arriba, coraje!”, dice mi mujer. “¡Beh... (es una manera corriente de Enrico para iniciar las frases) me ha dicho... que lo menos que puedo tener es una tuberculosis!” Mientras habla, su sonrisa languidece, hasta convertirse en algo que apenas es una mueca. “¿Sabes que hoy se sale más fácil de una tuberculosis?” dice Annasofia. Yo la veo poco segura. “Ya —murmura Enrico—, es lo menos que puedo tener”.

“¿A qué clase de lumbreras ha visto?” —exclama mi mujer, que ha recobrado el vigor verbal—, y agrega: “Las cosas se dicen o no se dicen, no se ofrecen alternativas huidizas, sólo para alterar a los pacientes”. El “pezzo di pane” tiene el aire cansado, de resignación, de quien está por abandonar una lucha. “Excúsame, Tomaso, me disgusta tanto ahora, justamente ahora, en este momento así de duro; me disgusta, pero no puedo hacer otra cosa... Ha sido una experiencia única, tan humana, positiva... Jamás habría pensado en vivirla en mi carrera, aunque desgraciadamente en forma tan breve. Te agradezco, Tomaso, porque pienso que es difícil encontrar un superior tan comprensivo. No te he sentido como un jefe, sino como un gran amigo. Tú has construido con Annasofia todo esto, una obra humanitaria... Excúsame por dejarte plantado ahora”.

La emoción nos toma a todos. Lo abrazo: “Has sido un gran colaborador. Piensa en sanar. Después podrás encontrarme aquí o en otro lugar” Lo acompaño a la puerta. Lluve. “¿Sabes qué día es hoy? ¡Martes 17!” Así se despide, alargando los brazos como que nada puede en contra de la suerte adversa. Me vienen escalofríos. Sucede cada vez que me encuentro frente a una combinación inexplicable con los limitados instrumentos de mi mente. Todo parece llevar a un epílogo funesto. Palabra de médico, lluvia, cábala numérica. Tomo la mano de Annasofia, la aprieto con fuerza. Cruzándome con su mirada, entiendo que está probando las mismas sensaciones. ¿Lo vemos por última vez? Desfilan ante mí confusas imágenes de Leopardi, De Amicis, Pascoli.

MIÉRCOLES 18 DE DICIEMBRE

Parte la hija de Miguel Enríquez. Encuentro con el abuelo Edgardo,

Esta mañana hay una novedad en la oficina. Dantón Caroca, aquel a quien una mano tiró afuera del muro de la Residencia, obtuvo el salvoconducto a través de la Nunciatura, Partirá para Rumania. Está también el caso de Favio Navarrete, detenido entre diciembre del 73 y diciembre del 74, marido de la ex-asilada Angélica Araya, que trabaja como enfermera en Imola. Está libre pero ha hecho saber que la DINA lo busca nuevamente. Hablo con Belela Herrera, quien organizará una reunión familiar con los auspicios del ACNUR.

Con Annasofia, acompaño a la pequeña Ximena a casa de los abuelos. Es la hija de Miguel Enríquez. El abuelo Edgardo fue Rector de la Universidad de Concepción; arrestado después del golpe, pasó siete meses en la desolada y austral Isla Dawson. Ahora se halla en Santiago, con arresto domiciliario, pero, gracias a una intervención personal del Ministro de Alemania Federal Wischniewskj, ha obtenido la autorización para trasladarse a ese país. Llevará con él a la nieta.

Al verla de nuevo, los abuelos no pueden contener las lágrimas. Quizás después de tantas penas, la consideraban perdida, abandonada, desnutrida. En cambio está sana, bien vestida, luciendo la luminosa alegría de la inocencia. Annasofía y yo nos apartamos, por respeto al patético reencuentro entre quien comienza a huir de la vida, padeciendo la adversidad, y quien se abre a ella, como una flor.

El abuelo Edgardo, alto, curvado y doctoral, se muestra enternecido, conmovido; “No logro creer que sea verdad...” Contempla a la pequeña gema que mira a su alrededor y esboza una sonrisa. En su breve y borrascosa vida, no sé cuántas veces ha estado con los abuelos. No sé cuánto haya visto al padre, antes de la desgracia, pero tal vez ha estado siempre alguien listo para cuidarla, como en los últimos meses. El abuelo lo sabe bien. “Señor Vergottini, señora... Es difícil poder expresarlo con palabras apropiadas, pero estamos infinitamente agradecidos. Ustedes han salvado a la niña, salvado verdaderamente. Ahora veo también cómo la han cuidado. Todo Chile democrático y auténtico les está reconocido”.

El abuelo Edgardo saca de una cajita un portallaves de piedra negra. “Señor Vergottini, este es un regalo para usted. No es una piedra preciosa, pero para nosotros tiene un gran valor. Yo la he tallado en las horas de ocio en Dawson. Aquí está la fecha y aquí las iniciales ‘T.V.’” Le agradezco con emoción: “También para mí tendrá un valor superior a una joya...” Le pido que nos hable de Dawson, de la vida de los prisioneros que dan en llamar absurdamente VIP en la isla austral. El suyo es un recuerdo de sufrimiento. Me impresiona, sobre todo, el trabajo inútil. Debían transportar grandes piedras, sin objetivo alguno, ¿Para mantenerlos en ejercicio? No, para debilitar a los más jóvenes y para contribuir a prostrar a los más viejos, ya quebrados por el frío.

Mañana, juntos los tres, abuelos y nietos, partirán para Alemania. “Ciao, tía” —es el saludo de la niña a Annasofía—. En el refugio de Miguel Claro mi mujer ha dado a ella y a los otros niños cuidados especiales y algo inestimable: el afecto.

JUEVES 19 DE DICIEMBRE

Tratativas en vista del interrogatorio a los asilados. Llega nuestro primer automóvil personal.

En la mañana acompaño a Gino Girardi al aeropuerto. Ha visto a Cesarey familia en Curanilahue: ningún problema. Parte feliz.

A las 12, reunión en La Moneda con Bernstein y el “Metálico” Rojas. Debería ser la última prueba antes del interrogatorio en la Residencia, fijado para pasado mañana. El juez Araya —me habían dicho— teme por su seguridad, por eso desea entrar con escolta armada. “¡Ni hablar!” he respondido. La pelota vuelve al magistrado. Ahora, ellos deberán transmitirme su “nueva voluntad”. Comienza a hablar el “Metálico”, y entre tanto, Bernstein se encarga de ablandar sus palabras mediante una sonrisa meliflua o una intervención suave.

“Usted debe comprender: el juez debe ser protegido de alguna manera. No ve con agrado entrar en su Residencia y dar con bandidos...” Lo interrumpo: “¡Pienso que ya lo había dicho: mi Gobierno no consiente en la entrada de una escolta!” “Lo sé. Sólo quería explicar el punto de vista del juez, a quien nosotros tenemos la obligación de proteger”. Interviene Bernstein, persuasivo: “Es necesario buscar entonces el entendimiento en un punto intermedio...” “Una solución podría consistir —agrega Rojas— en realizar el interrogatorio en la casucha que creo sirve de portería, esa que se halla contigua a la reja de entrada. Ahí los carabineros, aun quedándose afuera, podrían defender al juez si los huéspedes intentasen cualquier cosa en contra de él. Todavía mejor si se dejase la puerta de la reja entreabierta, de tal manera que se permita al juez salir rápidamente, si es necesario”.

Replico: “La idea es buena, pero no acepto la reja entreabierta”. “Está bien —dice el “Metálico”, muy secamente—. Por otra parte, no podrá desarrollar todas las operaciones solo. Tiene necesidad de actuaros. Por lo menos cinco”. “Espero que no se trate de una escolta camuflada” objeto. “Esto puedo garantizarlo” replica Rojas. “¡Bien! Todo está listo entonces. El juez podrá venir pasado mañana, el sábado”. “Verá que todo andrà bien” agrega Bernstein, en la puerta, apretándome el brazo en señal de buen entendimiento.

Sergio trae, en la tarde, el nuevo automóvil, un Fiat 132, amarillo resplandeciente. Es nuestro, personal. Desde hace un año casi, no conocíamos el agrado, Annasofia y yo, parias de los diplomáticos extranjeros, sin privilegios de esos que conceden brillo a la diplomacia. Ahora, luego de la inapreciable intervención de Valenzuela, volvemos a experimentar la sensación de la inmunidad. El auto es como el signo del reencuentro del status. En verdad, la reubicación en el rango es incompleta: mantenemos el extravío; nos excluyen de las ceremonias oficiales, pero quizás sea éste nuestro mérito frente al país real.

Annasofia y yo nos miramos a los ojos, húmedos de alegría, como niños que hallan el juguete preferido. Un poco más allá la negra *Bidonville*, automóvil de Estado desde hace 11 años, ya simula un despojo, o lo es. “De ahora en adelante —digo a mi mujer—, usaremos la amarilla para los compromisos diplomáticos; la otra estará reservada para los trabajos pesados”.

SÁBADO 21 DE DICIEMBRE

El Ministro Araya interroga a los asilados. Se revela el misterio de una foto.

Para festejar Santo Tomás, Annasofia ha organizado una velada de bridge en Coronel, con los amigos expertos en el juego. Me lo dice al desayuno. Le estoy agradecido, pero mi pensamiento se halla en otra parte. Dentro de poco llegará a Miguel Claro el Juez Araya. Debo apresurarme para ver si todo está listo, para dar las últimas recomendaciones.

Barbarani me recibe en la reja; “¡Todo bien, estamos listos!” —exclama altivo y alegre—. Me viene la sospecha de que haya siempre sido así. Que no conozca aflicciones. Que se ría del peligro. Enrico Calamai me lo había dicho; “¡Milo se siente aquí como el invitado a un matrimonio!” Me alegro por la elección que hizo de él Nuestra Casa. Con enorme vitalidad, con alegría natural, con deseos de hacer las cosas, Milo es justamente lo que se necesitaba. No solamente es robusto, sino también desprovisto de rasgos melodramáticos, abierto y leal. Ha conquistado pronto al Comité Político de los asilados. Incluso el sombrío Sotomayor sonríe con él. Leighton, el bigotudo “Koljosiano”, lo mira entre ojos, dudoso, a mitad de camino entre la sospecha y la complacencia.

Nos reunimos en la biblioteca, siempre oscura y polvorienta. Repito las recomendaciones: “Estoy seguro de que no intentarán golpes; pero entiendo los temores de ustedes. Traten entonces de no ofrecer el más mínimo pretexto... Respondan tranquilamente a las preguntas...” Leighton me asegura: “Están todos sensibilizados. No se preocupe, Doctor”. Continúo: “Lo primero, todos concentrados en la Residencia. Después, preséntense de a uno en portería al juez”.

“Pero no podemos dejar a una persona sola a merced de la DINA —objeta el “koljosiano”. Los 100 metros entre los dos edificios son demasiados. Por eso no quedaremos todos encerrados en la casa, sino que un grupo pequeño se colocará detrás de los primeros árboles, pronto a intervenir si las cosas se pusieran malas”.

Esta idea no me convence, recuerdo la experiencia del 4 y del 11 de septiembre, pero Leighton insiste: “Nos preocupa sobre todo el compañero Humberto; es el más expuesto; la DINA tratará de aprovechar la ocasión para capturarlo”. “¡Está bien! —digo—, pero no se dejen ver, no se pongan en la mira. Recuerden que la DINA sólo espera un paso falso dado por ustedes”. “Doctor —replica el “koljosiano”—, todos nos hallamos conscientes del riesgo que corremos. No lo vamos a aumentar con nuestras manos”. “Y además estoy yo para controlar la situación” exclama Milo en voz alta. Los miembros del Comité sonríen, contagiados con su optimismo.

Cuando, fuera de la biblioteca, veo a los asilados comunes, esos rostros oscuros y ceñudos de los hombres, los ojos desencajados de las mujeres temblorosas, siento lo que experimentan en este momento. Una pequeña, oscura, despeinada, me pregunta afligida: “¿No sucederá nada, Doctor?”, queriendo oír una respuesta que sirva de bálsamo. Trato de tranquilizarla. Naturalmente está también Livia, pero dudo de que su pesimismo atávico y doliente sea el mejor sedante para esta gente ansiosa, corroída por el miedo a que ocurra un drama. Mejor se encuentra el explosivo Milo, no obstante que él no esté aún compenetrado de los sufrimientos de la masa, como la apasionada y trágica Edith nuestra.

Afuera, en el jardín, ya han llegado los “garantes”, recibidos por el diligente “Kamikaze” Rampioni. Se trata del abogado Antonio Raveau, del COPACHI, recomendado por Cristián, quien me dijo: “Pertenece a la clase alta, pero no es un momio”. Un año en Chile me ha hecho entender el matiz. El linaje en el tiempo se asocia con el tono conservador “momiesco”, es decir, irreversible, pero hay más de una agradable excepción, permeada de tradición parlamentaria, liberal, humanitaria. Este hombre anciano, muy magro, de rostro desencajado, osa confundirse con los curas “marxistas” del COPACHI; por eso es tachado como “traidor de clase”. Con él están Santhsy, joven delegado de la Cruz Roja Internacional, Rafael Osuna, el bigotudo consejero venezolano, y Carl Groth, el sueco, siempre, en apariencia, ausente, pero lúcido y seguro. Estos dos últimos han sido, con Monseñor Prabhu, los “padrinos” de Toscano en el descubrimiento del cadáver. Por eso los hemos vuelto a llamar. ¡Qué desgracia la ausencia de Prabhu, el hindú caballeroso y sensible! El habría venido, pero el Nuncio Sótero Sanz de Villalba ha sido afectado por una crisis de “oportunidad diplomática”, resuelta al final con un sufrido veto.

Junto a los tres garantes, visito las dos piezas de la portería, pequeñas, inhóspitas, amobladas solamente con dos mesitas y alguna silla. Detrás del antiguo portón, por la calle, se agrupan periodistas y curiosos, contenidos por una docena de carabineros armados con metralletas. Fotógrafos y operadores de la televisión, con el afán de lograr las mejores “escenas”, se levantan unos sobre las espaldas de los otros. Uno ha encontrado una rama de árbol que cuelga por el exterior de la reja y se ha encaramado peligrosamente.

De pronto, la muchedumbre se aparta, entre aullidos y empujones de los carabineros. Se abre paso alguien canoso. Debe ser él, Eduardo Araya, el juez. Grueso de cuerpo y duro de apariencia, da la impresión del púgil famoso que se apresta para subir al *ring*. Me acerco y, con un gesto, invito al maestro Manuel a abrir la reja. Después de breves saludos, el juez me muestra a los cuatro actuarios, dos hombres y dos mujeres, quienes le siguen. “¡Espero que no oculten armas!” —digo—. “No, esté tranquilo, son mis secretarios. Sin embargo, los dos hombres, jóvenes y bigotudos, con modales circunspectos, huelen a agentes secretos. Intercambio una mirada con Milo y entiendo que piensa como yo, pero no podemos evitar que entren. “¡Sólo estas cuatro personas!” —dice Milo con tono autoritario—. Los hace entrar, después cierra la reja, tirándola con fuerza. La multitud, afuera, presiona, quiere ver lo que pasa. Los carabineros logran detener con dificultad a los más audaces; vuelan máquinas fotográficas. Al bullicio de afuera se opone el preocupado silencio de los asilados, en la Residencia; pero sé que alguien está alerta, oculto entre los frondosos matorrales. Araya no pierde tiempo. Con los asistentes examina cuidadosamente las dos piezas. Por diez minutos —me dice debe quedarse solo con ellos, después llamará uno a uno a los asilados. Hablo con el abogado Raveau, que debería asistir al interrogatorio. Pasan los diez minutos. La atmósfera tensa contagia también a aquellos que están afuera. Cuando la cabeza blanca del juez se asoma a la salida de la portería, no hay hoja que se mueve en el contorno. Raveau se le acerca discretamente. Parlotean. Después el abogado vuelve a decirme que no hay nada que hacer. Araya está dispuesto a informarlo pero sólo al final.

Barbarani, midiendo a zancadas el espacio que va desde la portería a la Residencia, avisa a los asilados. Van a ser interrogados en orden alfabético. Observo que el primero evita el camino normal y más directo de acceso al “Tribunal de Campo” que le habría expuesto a las miradas y a las fotografías de los espectadores que se amontonan tras la reja. Toma, en cambio, el camino más largo, a hurtadillas, de un árbol a otro, hasta llegar a la parte posterior de la casucha. Sólo en el último momento, cuando se aproxima a la única puerta de ingreso y se cuela con celeridad, puede ser visto por la gente de afuera, pero es un segundo. Debe ser la estrategia elaborada por el Comité Político. Controlarnos, silenciosos e impacientes, el tiempo del interrogatorio. Después de 20 minutos, la angosta puerta se abre y el primero de los llamados rehace la ruta para regresar a la casona. “¡A este paso, se hará de noche!” exclama Milo, rompiendo el silencio. Toca el turno al segundo, una mujer. El mismo procedimiento y, más o menos igual demora. Se avanza así con calma y regularidad, pero antes de despedir al número 7 de la lista, una muchacha morena de regular estatura, un “actuário” se presenta en la puerta y pide a Milo que le preste su máquina fotográfica, la cual lleva vistosamente en bandolera. Él me da una mirada y, a mi señal afirmativa, se la ofrece. Un rato después la muchacha sale corriendo.

Dejo a Milo de guardia en el jardín, con Livia y Rampioni, y vuelvo a lacasona, acompañado de los “garantes”. Hay un sólido murmullo entre los asilados que se agolpan en la biblioteca con aquellos que han pasado la prueba. Los encuentro ahí a todos, alrededor de la mesa. “Señor Vergottini —me dice Sotomayor, que ha tomado la palabra—, ha sucedido lo siguiente, que resulta muy interesante. Los primeros interrogatorios han sido muy duros. El juez no admitía que los compañeros le contaran algo de propia iniciativa. Debían limitarse a contestar sus preguntas... A todos les mostraba la foto de una muchacha, preguntándoles a quemarropa: ¿Esta es Lumi Videla, no es verdad? Es una foto tomada a alguien que se encontraba en la Residencia. Parece que, en efecto, había una similitud entre la muchacha de la foto y Lumi. Por eso, los compañeros que la conocían en verdad, han dudado, al principio, de responder negativamente. El juez fue avanzando así hasta que la última interrogada se reconoció en la foto. Entonces, Araya ha pedido la máquina para así tomar una fotografía y comparar la nueva imagen con aquella que traía consigo”.

Interrumpo el relato de “Humberto”, “...pero ¿cómo es posible que los primeros llamados no hayan ellos mismos reconocido a una muchacha que vive junto con ellos?” “Le parecerá extraño —replica Sotomayor— pero, en nuestra comunidad de 250 personas, no todos nos conocemos. Hay quien vive apartado y no participa de las actividades del grupo”.

Uno de los llamados para el interrogatorio agrega: “Yo, en realidad, la conocía, pero en el momento tuve una duda... La imagen no era muy clara, me bastaba poder excluir que correspondía a Lumi...” Interviene el abogado Raveau. Conozco a Araya y lo considero una persona bastante seria... Puede entonces que la policía política lo haya convencido de que el asesinato haya sido perpetrado por los asilados en el interior de la Residencia y, como prueba le han dado la foto... Claramente, si algún asilado, cogido de sorpresa, hubiese reconocido a Lumi en la muchacha retratada, ésta habría sido para el juez una prueba irrefutable de la validez de la tesis de la policía; pero en la práctica nadie ha caído en la trampa, además una refugiada se ha reconocido en ella. Araya quiso una confirmación: por eso pidió otra foto de la joven. Esto puede significar que es de buena fe...”

“Entonces quiere decir —deduzco— que de ahora en adelante interrogaría sin prejuicios... La encuesta puede llegar a ser algo serio”. Sotomayor y los otros sonríen aliviados. Pregunto: “¿Han notado si alguno de los actuarios lleva armas ocultas?” Responde el “koljosiano”: “Un compañero que entiende del asunto asegura que al menos uno esconde un revólver”. Pero ya no parecen preocuparse.

Me avisan que afuera está Annasofia. Salgo de la biblioteca y la encuentro de frente alegre. “¿No piensas en divertirme hoy? ¡Recuerda que es tu onomástico y después es necesario dar de comer también al pobre juez. Luego del almuerzo ha de ser más dulce”. Detrás de ella está Hernán, quien sostiene con esfuerzo una pesada bandeja de plata con platos de porcelana y vasos de cristal, con la marca dorada de la Casa de Saboya⁹⁴. Así nos presentamos ante el juez Araya, a quien se le salen los ojos. Duda, pero finalmente acepta el ofrecimiento. Servido con las antiguas reglas de una casa arcaica, sobre espléndidas platerías y brillantes porcelanas de herencia monárquica, ¡qué contraste con lo que ofrece la desnudez monacal de la casa, con la humanidad modesta y lacerada que lo rodea! Pero todo, en este lugar y en este momento, es contraste. Por ejemplo, entre la áurea carrera de un tiempo, reflejada en el emblema saboyardo, y nuestro trabajo de hoy, de Annasofia y mío, descendidos del pedestal diplomático con el fin de encontrarnos y sentirnos personas entre personas, que viven y sufren.

⁹⁴Casa Real de Italia.

Se reanuda el interrogatorio, después de la pausa a la manera de Buñuel⁹⁵. Vuelve la tensión a la Residencia; hay agitación en el exterior, en medio de los ansiosos cazadores de noticias. No está previsto, pero todos lo esperaban. Araya rompe el orden de llamada y nombra a Eduardo Sotomayor, conocido como “Humberto”, jefe del MIR. Un rápido corrillo de voces, perfiles humanos que aparecen y desaparecen entre las ramas; cuerpos que se arrojan sobre el pasto. En un instante, como si surgiese de la nada, veo a “Humberto” ingresar por la puerta de la casucha, en medio de dos fieles que le guardan las espaldas. “¡Es él!” —grita alguien, más allá de la reja—. Otros le hacen eco, se encaraman, se aglomeran, desafiando las durezas de los guardias, en el vano intento por inmortalizar la escena.

El jefe revolucionario que ha abandonado la lucha, aceptando el asilo humillante, ya ha entrado en la casucha. Lo está interrogando un juez del tan odiado régimen, en el territorio propio de la Italia de centro-izquierda, por un crimen que no ha cometido. Quizás alguno cree en verdad que es responsable, como sus compañeros, de la ejecución de una espía, condenada por un tribunal Revolucionario en los subterráneos de Miguel Claro. El interrogatorio se prolonga. Nos miramos perplejos Groth, Santshy, Osuna, Raveau, Milo, Livia y yo. Los garantes se hallan siempre alertas. Finalmente, después de una hora, un actuario se presenta, hace señas de que el interrogatorio ha terminado. Milo transmite el mensaje. Con saltos de canguro, los guardias de corps de “Humberto” llegan nuevamente a la casucha, lo cubren y lo escoltan a través del mismo camino, hasta la Residencia. Me reúno por segunda vez en la Biblioteca con el Comité Político. Dice “Humberto”: “Después de la cuestión de la foto, el juez no habla más: deja hablar. Así pude hacer una declaración política. ¡Pienso que ahora no hay ningún peligro!”

Otros responden al llamado. Las horas pasan, pero todo está más calmo. A las 8 de la noche, Araya y los asistentes salen de la casucha. Han oído a 40 personas. “¿Podremos continuar el 24, sólo en la mañana?” me pregunta el juez, que aparece transpirado, exento de la gallardía con la cual se había presentado. “Por cierto —le contesto—: estamos a su disposición”. Pero en la Pascua, la primera Pascua en tierra chilena, en el trasfondo del crimen infame; de la pena de tanta gente, escapada, atrincherada, sospechosa, interrogada, infamada; de la justicia llena de preconceptos, rescatada luego; de la devoción de los empleados. La Pascua en la morada que vio las fiestas de los Edwards y tantos rituales diplomáticos, convertida ahora en Alcázar asediado.

Vuelvo muy cansado a casa, pero contento. Después de una ducha refrescante, me abandono a mi Santo, en medio de los trajes un poco profanos de los amigos del bridge. Tengo la sensación relajada de un mundo artificial y distinto, en donde los problemas de la vida abren paso a aquel por descubrir, con medios lícitos por supuesto, quién, entre los adversarios tiene una carta determinada.

DOMINGO 22 DE DICIEMBRE

Reacciones de la prensa por el interrogatorio.

En casa leo los diarios. Nos dedican grandes titulares. *El Mercurio*: “Ministro en Visita en la Embajada de Italia. Espera por el interrogatorio de los asilados. Cordón militar aisló el sector. Calma total”. *La Tercera*: “Ministro en Visita en lugar donde se encontró cuerpo de Lumi Videla. Interroga a los asilados en la Embajada de Italia. Los 221 huéspedes ante el juez”. Hay una foto que muestra a un asilado en el momento de entrar. Lo explica así: “Impecables los huéspedes para la visita”. *Las Últimas Noticias*: “Por el crimen de la Embajada los miristas se confiesan con el juez”. *La Patria*: “El juez Araya recibió todo tipo de facilidades de los funcionarios italianos”.

LUNES 23 DE DICIEMBRE

⁹⁵Luis Buñuel, director de cine español. El discreto encanto de la burguesía, Los fantasmas de la libertad.

Comentarios favorables para la Embajada.

La prensa sigue con sus titulares. *La Tercera*. “No se aclara el crimen de la Embajada”. *Las Últimas Noticias*: “207 miristas fueron interrogados. Humberto Sotomayor declaró 50 minutos ante el Ministro”. *El Mercurio*: “Una hora fue interrogado Sotomayor”. El diario precisa que hubo un clima de gran tranquilidad y que “el juez pudo contar con toda clase de garantías”.

En síntesis, titulares e informaciones nos resultan totalmente favorables. Me parecen lejanos ya los violentos ataques después del ingreso de “Humberto” y del asesinato de Lumi. He hecho bien en insistir ante Nuestra Casa para el interrogatorio. Ahora hemos llegado a ser funcionarios serios y responsables, que dan facilidades para que la Justicia pueda realizar su trabajo.

MARTES 24 DE DICIEMBRE

Segunda visita del juez Araya. Misa de Navidad en Miguel Claro.

Retorna el juez. Se repite el ceremonial del 21. Sin embargo, ya no hay tensión en la población de Miguel Claro, ni curiosidad más allá de la reja. Todos piensan en la Pascua. También los asilados. Han pedido dos “deseos: las empanadas y la llamada “Misa del Gallo”. Livia se afana para procurarles el tradicional plato nacional. De la Misa me encargué yo y la celebrará Cristián Precht en la tarde. Protesta el “koljosiano” Leighton: “La gente quiere una auténtica Misa del Gallo. ¡Es alrededor de la media noche, no a las ocho!”. Con dificultad lo convenzo de que no es posible por el toque de queda imperante.

A las 12 se va Araya. No ha terminado y vendrá nuevamente el 31. Pocas veces el término “aguafiestas” me ha aparecido tan apropiado como en este caso. De todos modos, los asilados no se preocupan más. Ya lo consideran como si fuese de la casa, corren para contarle cualquier cosa, viendo que los escucha.

La misa será a las 8. No será la del Gallo, pero es de Cristián, un gran sacerdote. En el salón principal se agrupan los asilados. Por nuestra parte, Annasofía, Livia, Milo, Césare Rampioni, María Pía, Simonetto. Cristián usa túnicas blancas, que se ven inmaculadas en el ambiente tenuemente iluminado. Una tosca mesa ha sido habilitada como altar. Los huéspedes se disponen en semicírculo. El grupo aumenta. Descienden de la escalinata, vienen desde el jardín. Los rostros morenos, barbudos o mal afeitados de los hombres; aquellos brillantes, con negros cabellos, desordenados, de las mujeres.

Dan la impresión del miedo, como avergonzados de acercarse al gran misterio. Algunos, crecidos en la costumbre de la desacralización, sienten el deber de dejar eso de lado, porque la Iglesia chilena los ha ayudado y les socorre en la emergencia. Otros encuentran el Verbo de la infancia, después repudiado y escarnecido; pero para todos la Misa del Gallo, aunque anticipada, permanece como uno de los puntos cardinales de la vida. Más allá de la religión, hunde las raíces en la tradición de un pueblo, que exige la participación. Helos aquí a todos, silenciosos. Sólo algunos niños, briosos, no preparados para participar en el Misterio, chillan. Ahora el instante del recogimiento.

Miro a Cristián, Poco a poco se ilumina. Sus palabras toman cuerpo al mismo tiempo que dulzura. Expresan sufrimiento por la desgracia de su pueblo, que está frente a él, en su expresión más atormentada, pero también subliman la experiencia terrenal en el ofertorio de un Dios que está presente en la atmósfera nueva, purificada. Todos se hallan pendientes de sus palabras. Lo veo agigantado en el mensaje de la fe humana, que vive y transmite. Los presentes la reciben como esperanza, que los transforma y ennoblece. También los rostros más duros, torvos, se aclaran, se vuelven amables.

Tímidas, comienzan a acercarse las mujeres. Después, se congregan los hombres, en procesión lenta y continua. Las hostias no alcanzan. El sacerdote las debe dividir. Todos, sin excepción, se aproximan a él, cantando, atraídos por una fuerza magnética. Esta misa tiene el sabor y el significado de los orígenes. Vuelven a la mente las catacumbas romanas. Annasofia me aprieta un brazo. La miro: tiene los ojos llenos de lágrimas. Milo, en cambio, trata de fotografiar la escena, buscando diversos ángulos. Ahora, Cristián se dirige a los presentes, invitándoles a expresar una esperanza, un deseo, un simple pensamiento. Muchos responden al llamado, compitiendo entre ellos por expresar lo que llevan adentro. Hay quien ruega por la Patria postrada, y hay quien lo hace por los parientes fallecidos. Hay quien confiesa públicamente su propio pecado. En fin, hay también quien agradece a Annasofia, a mí y a mis colaboradores, por cuanto hemos hecho por ellos. Es “Humberto”, el jefe. Al “ite missa est!” corro a abrazar a Cristián. Ha elevado los espíritus, ha despertado la fe que dormía en muchos, nos ha hecho vivir una Pascua inolvidable. Todo alrededor de nosotros es canto, vibrante, festivo. De repente, como respondiendo a una señal, se convierte en himno. No me equivoco: es la Internacional Socialista. Busco a Milo, pero él abre los brazos, como diciendo: no lo podemos evitar. Cristián suspira: “No lo debían hacer... pero ya la misa está terminada. En la fiesta del reencuentro no podrán olvidar que están sobre la tierra, combatientes de una guerra perdida. El himno es parte de la esperanza del desquite”. “¡Es natural!”, observo trivialmente, mientras lo acompaño a la salida. A mis ojos y a los de muchos, el joven secretario del COPACHI se ha elevado a la altura de un santo, porque, con el instrumento de la fe, ha hecho una especie de milagro de Natividad. Me conforta saber que es nuestro amigo.

VIERNES 27 DE DICIEMBRE

Singulares augurios de Año Nuevo en La Moneda.

Muy temprano voy a La Moneda, con el fin de formular un augurio para el próximo año a cualquiera que, siendo chileno, no sea militar. Que esté en posición oficial, pero no en exceso. Quien llena bien estos requisitos es el “Bonzo” Mario Silva, el Jefe del Protocolo. Los coloquios con él son siempre apolíticos y asépticos, vagando entre diáfanas nubes. Sé, sin embargo, que más allá de las palabras de circunstancia, está su comprensión por mi “posición especial”; su disponibilidad para resolver mis problemas materiales. Lo ha hecho y lo hará: esta es la promesa que leo en sus ojos cuando su mirada huidiza y la mía se encuentran.

Me despidió con la tranquila sensación de haber hecho aquello que estimo como mi deber. El saludo al “Bonzo” es el ideal punto de encuentro entre dos opuestas formas de legitimidad y conveniencia políticas. Soy yo quien determino hasta dónde puedo empujar sin darme a una traición con las instrucciones recibidas y, al mismo tiempo, sin violentar la susceptibilidad del actual dueño de casa chileno. Dejo a los colegas, Embajadores y Encargados de Negocios “regulares” el honor de entregar el saludo formal y ceremonioso al general Pinochet.

Saludo también a Bernstein y al “Metálico” comandante Rojas. Con ellos el discurso se desliza inevitablemente sobre el terreno político, pero en un clima relajado. Cuento cómo ha sido la labor del juez Araya, quien nos hará una visita a fin de año. Ellos expresan, cada uno a su modo, complacencia por la ausencia de incidentes. “¡En gran parte, eso es mérito suyo!” —admite el “Metálico”, aún con su máscara de impasible puesta. No logro saludar, en cambio, al “Oblicuo” Carlos Valenzuela, porque no está. Desde hace algún tiempo no puedo encontrarlo. Me pregunto si habrá caído en desgracia.

MARTES 31 DE DICIEMBRE

Tercera visita de Araya. Fiesta de Año Nuevo, “de toque de queda”.

En Miguel Claro, temprano, Milo y yo recibimos al juez Araya, por tercera vez. Viene también Santsy, el delegado de la CICR. Es el último de los garantes, porque a los otros les hemos ya agradecido, al despedirse. Ya el Ministro en Visita no le infunde pavor a nadie. Después del suceso de la foto y la declaración política de Sotomayor, el resto parece más bien formalidad. Los interrogados le repiten lo mismo y no sé de qué le sirve, porque creo se ha persuadido de que el crimen no fue cometido en la Residencia. Tal vez quiera algunos puntales más para apoyar su convicción.

A la una, todo ha terminado. Afuera de la reja no hay nadie, ni siquiera un curioso. Permanecen los carabineros de guardia, molestos sobre todo porque no les agrada pasar aquí la última noche del año. Nos despedimos de Araya como si se tratara de un viejo amigo. Saludamos a los asilados, a los del Comité, a los que se acercan a nosotros, a los niños. A todos les deseo lo más apreciado por ellos, que puedan salir de aquí lo más pronto y encontrar, en Italia, o en otra parte, una acogedora morada temporal, en espera de regresar a Chile en paz.

Fiesta de Fin de Año, de “toque de queda”, como se acostumbra decir ahora en Chile. En casa de Pumpin. Están también Milo y Simonetto. El asistente comercial, formal a la manera teutónica, besa las manos de las señoras, que lo miran divertidas, pues están habituadas al beso en las mejillas, sobre todo hallándose en una fiesta de Año Nuevo. Alguna toma la iniciativa, y el buen Simonetto esquiva confuso el beso. Barbarani lo reprende: “¡Besa, Simón, besa. El honor de nuestra Patria está en juego!” El “teutónico” lo toma en serio y trata de besar con desenvoltura. Cada vez, gracias a la ayuda de las libaciones, lo va logrando mejor. Al final, besa entusiasmado, también cuando ello no se prescribe. “Ya se ha transformado en el besador loco” comenta Milo, burlón.

A las tres de la mañana, hay quien lanza la idea de un chapuzón en la piscina. Dicho y hecho: la mayor parte de los hombres se desnudan y, en calzoncillos, se zambullen entre oleadas y griteríos. Yo no soy capaz. Annasofía y yo hacemos una señal a Milo, pero él se excusa, está resfriado. A su vez, él hace una señal al “Teutónico”, quien se defiende, pero Milo insiste, con el repetido llamado al honor nacional; Forzado “Simón” se decide y en poco tiempo revela, a los asistentes sus calzoncillos largos, que le caen hasta la altura de la rodilla. En un abrir y cerrar de ojos sesustra a la hilaridad general, zambulléndose desordenadamente. Annasofía y yo lo miramos sonriendo; intercambiamos el enésimo brindis. “Quizás nos traiga suerte —observa ella— en el momento de la zambullida y de alegría”.

Vuelvo atrás las hojas del calendario dei 74, el año más difícil de mi vida. Entré como un intruso en un mundo que no era el mío, muy lejos del mío; pero lo hice llegando hasta las raíces, no sobre la superficie, como a menudo pasa entre los diplomáticos, al punto que me interrogo: “¿Es verdad que mi mundo está en otro lugar? ¿Existe un mundo que sea mío?” Annasofía me escruta, como leyendo mis pensamientos: “¡Tu mundo somos nosotros, Antonugo y yo, no importa dónde!”

1975

Se desbloquea la situación

**Los asilados parten en grupos distintos
hacia Italia y otros destinos.
Termina la función de refugio
para los perseguidos políticos
llevada a cabo por la
Residencia de Miguel Claro 1359.**

JUEVES 2 DE ENERO

***Nuevos comentarios de prensa
sobre la encuesta de Miguel Claro.***

REAPARECEN los diarios y hablan acerca de la encuesta en la Residencia. Este es el título de la primera página de *El Mercurio*: “Mujeres pieza clave en crimen de la Embajada. Ministro se constituyó por tercera vez en la sede diplomática”. En el texto se explica: “...el magistrado centró su atención en una mujer asilada, cuyo nombre no fue dado a conocer, pero que es considerado como pieza clave en la investigación... Es posible que a mediados de enero próximo el Ministro Araya esté en condiciones de emitir su informe sobre el caso... Expresó que durante las tres visitas oculares practicadas a la Embajada italiana había recibido de parte de los jefes de esta misión todas las facilidades necesarias para llevar a buen éxito su tarea investigadora”.

Título de *La Segunda*; “Nuevas citas por el crimen en la misión italiana”. En el texto: “El juez declara a *La Segunda* haber terminado con la tercera visita, el interrogatorio. Si se culpase a algún asilado, se pediría la extradición. El caso Lumi Videla debería terminar dentro de enero”.

Mis observaciones: la prensa se da cuenta tarde de lo de la misteriosa mujer, cuando ya no importa nada. Dice que el proceso se terminará en enero, mientras que yo pienso que se ha de ver obstruido, porque Araya no se atreverá a revelar que hay responsabilidades distintas. Gracias, al juez, por las palabras de aprecio por nosotros. Quizás haya quedado impresionado por la platería con el escudo saboyardo.

VIERNES 3 DE ENERO

Almuerzo donde el Cardenal Silva.

Todos los invitados llevan hábitos: el obispo Valech, macizo y socarrón; el obispo Camus, a quien conocí en casa de Di Girolamo, corpulento y siempre batallador; el vicario Ferrari, italiano, bajo y fornido, prototipo del cura obrero. Don Raúl, el Cardenal, cuando habla trasunta tristeza por su Chile, por el drama que han debido vivir las representaciones extranjeras, sobre todo la nuestra.

Cuando me aprieta el brazo con fuerza es como si dijese: “¡Te estoy agradecido en nombre de mi Patria, aquella verdadera, hoy sofocada!” Al tácito discurso siguen palabras en buen italiano: “Apreciamos especialmente la tranquilidad con la cual usted, don Tomaso, lleva su cruz”.

Saboreo las palabras como si fuesen un néctar, porque quien las dice es un gran hombre, un luchador por la justicia, por la resurrección de los seres humanos pisoteados. “No es una cruz —le rebato amablemente— porque es un trabajo humano, que hago voluntariamente, distinto de la rutina diplomática”.

En la mesa, una madera larga y tosca, Don Raúl se anima. Sirve personalmente los vinos, describiéndolos con la apasionada competencia del pequeño productor. Es afable, conversador, dueño de casa atento y presuroso. Lleva la voz cantante y los demás lo siguen. Me pregunta sobre la encuesta en la Residencia. Relato todo con abundancia de detalles. “Cáritas está siempre a su disposición —promete don Raúl— para cualquier cosa: colchones, frazadas”. Agradezco y acepto, pero el apoyo que más aprecio es el moral de la Iglesia chilena, personificada en su Primado.

LUNES 6 DE ENERO

La Moneda desbloquea la salida de los asilados después de la encuesta. Otorga 70 salvoconductos.

Bernstein me comunica que setenta asilados en posesión de salvoconductos podrán partir. Informo a Nuestra Casa. Con esto está claro que la encuesta no produjo el resultado que la DINA esperaba. En efecto, Arayano ha achacado responsabilidad a los asilados. Puede suceder que haya descubierto alguna cosa “por fuera”, pero no lo dirá. En otras palabras, la vía libre para las salidas significa que el crimen no es más endosado a ellos. Recuerdo los días siguientes al 2 de noviembre: la agresión de la prensa, que nos acusaba de todo lo imaginable; los coloquios en La Moneda; la dureza del “Metálico” Rojas; la salida precipitada de Toscano; el tira y afloja con Nuestra Casa por la encuesta; la negociación con Araya por interposición, de La Moneda; la tensión del 21 de diciembre... Todo se desvanece ahora como pompa de jabón. Quedan los asilados, absueltos de la culpa mayor⁹⁶.

⁹⁶En efecto el informe de la Comisión de Verdad y Reconciliación (Febrero de 1991) afirma que Lumi Videla murió el 3 de Noviembre de 1974 —después de su detención por agentes de la DINA (21 de septiembre)— en una sesión de tortura a la que fue sometida en el recinto de José Domingo Cañas. Según el informe de la autopsia, la causa precisa de la muerte fue la asfixia.

Me pongo a pensar en quien me dio, en el momento más crítico, una mano: el “Oblicuo” Carlos Valenzuela. ¿Dónde está? No llama más por teléfono, no me recibe más. En las últimas visitas a La Moneda hablé sólo con el “Viejo Zorro”, con el “Metálico” y con ambos. Alguien, no recuerdo quién, me ha dicho que Carlos está en dificultades por juicios cáusticos sobre la Junta, expresados en una reunión social. Les creo, pero espero que no sea verdad, que logre con su vena dialéctica zafarse del embrollo.

VIERNES 10 DE ENERO

La “Divina” Zapallar y la casita del “Choclo” Erlwein.

Mañana intensa. Veo, separadamente, a Carl Groth y al “Feo Tenebroso” Dumitrescu. Ambos me dan buenas noticias: Cuba ha concedido el visto bueno a nuestros 25 asilados. Rumania, a los 35 que lo habían pedido. Presento al Embajador otras 11 peticiones. Después voy a la Vicaría Norte, en donde me recibe Fernando Ariztía, como siempre humilde y angelical. Me deja ver las estadísticas del COPACHI. La segunda onda represiva, iniciada en julio de 1974, fue casi totalmente absorbida por la Embajada de Italia: 400 asilados. Algunas decenas por la Nunciatura y por Colombia. El obispo exalta nuestro trabajo.

En la tarde, salida para Zapallar, con el auto Torino, de Milo. Hemos arrendado por un mes una casa de piedra, con terraza abierta sobre la bahía. Pertenece a Pedro Erlwein, llamado el “Choclo”. Un joven pintor amigo de Philipson. A 150 kilómetros sobre la Panamericana Norte, doblamos hacia el oeste, en dirección al mar. Llegamos a Papudo, donde se inicia el camino de tierra apisonada que conduce a la “Divina” Zapallar, el oasis de la aristocracia chilena. A pique sobre el océano arrollador de espuma, el camino sigue la sinuosidad de la costa, pero el espectáculo natural se pierde entre nubes de polvo levantadas por los automóviles que nos preceden o nos cruzan. Barbarani pregunta cómo es posible que a una localidad de tanto nombre, “mejor que Portofino” —según una amiga chilena— no se llegue por un digno camino de asfalto. Annasofía y yo tenemos lista la respuesta: este camino es el aislante que protege del vulgo la ciudadela blanca de los patricios chilenos. A ningún medio de transporte público, llevando a bordo “muchedumbres petulantes y harapientas”, le está permitido llegar a la “Divina”.

En los tiempos de la Unidad Popular el asunto se complicó. Se trataba no sólo de evitar el contacto “infecto”, sino de rechazar posibles asaltos de turbas de truhanes azuzados por fogosos jefes populares. Uno de estos, neroniano en los gestos, propuso quemar este símbolo del ocio exclusivo y distante de los “patrones”. Con la guía del alcalde Santa María, los zapallarinos organizaron la defensa armada de la intocable y remilgada “Divina”, pero el “providencial” golpe de Estado impidió la gesta. ¡Hela ahí, tras una curva, Zapallar, ante nuestros ojos! Milo no se da cuenta. Es necesario conocerla, porque está escondida entre grandes penachos verdes que van degradando hacia el mar, impetuosa a despecho de la ensenada que la cobija. Sólo el observador atento descubre desde lejos la existencia de casas, que se entreveran, como blancas manchas, con la lujuriosa vegetación.

Ya estamos en las entrañas de Zapallar, un sube y baja de angostos caminos, de asfalto nuevamente. El silencio parece obligado, como si todo estuviese de acuerdo para no ofender la paz de la susceptible “Divina”. Los ancianos, que se mueven lentos, con elegantes vestimentas de veraneo y graciosamente apoyados en bastones de mango precioso; los escasos niños que detienen la carrera y atenúan la voz; los mismos automóviles, que se deslizan esquivos y ágiles.

Llegamos a la reja que delimita la propiedad Erlwein. Entramos, estacionamos en el jardín que desciende hacia el mar. Desde ahí no se ve, pero se siente, con la voz acariciadora e intermitente de la resaca, que arrulla a la “Divina”. Por un sendero abrupto damos de repente sobre la terraza que se sobrepone a la casa del “Choclo”. Damos vueltas alrededor. Una entrada en la naturaleza más luminosa: el mar a franjas azules y blancas, recluso en la bahía por dos sutiles lenguas de tierra, surcado por embarcaciones minúsculas y tímidas; el verde intenso de los pinos, aquél más dulce de los castaños de India, que envuelven las habitaciones con su manto protector. Más cerca, bajo la casa, la arena dorada que invita.

Descansamos con esta vista, aspirando la brisa fresca que regenera, olvidados de nuestros problemas y del significado humano de la “Divina”.

LUNES 13 DE ENERO

Salvoconductos para todos los asilados.

Dejé a Annasofía y Antonugo en Zapallar y estoy solo en Santiago. Trataré de reunirme con ellos los fines de semana. La Moneda me comunica que se concedieron los salvoconductos para todos, nuestros asilados. Quedan excluidos los últimos 11 que llegaron saltando el muro recientemente. Hay también diez niños nuevos. Están en la Residencia desde el día de Pascua, cuando La Moneda, de manera excepcional, autorizó visitas familiares. En este asunto estaba la mano de Livia Meloni, pero cerré un ojo. ¡Cómo voy a poder echar a los niños! Más difícil es hacer que La Moneda acepte la nueva situación. Y que lo haga Nuestra Casa. Me esfuerzo en presentar el asunto con argumentos convincentes.

MIÉRCOLES 15 DE ENERO

Tumultuosa asamblea con los asilados.

“Brancaleone”⁹⁷ Barbarani hace referencia a un hecho de ayer en la tarde. Una mujer se refugió en la Residencia, saltando el muro. Los carabineros la vieron, pero dispararon sin alcanzarla. Esta mañana nuestro servicio de información señala que un carabinero fue detenido por haber errado a propósito el disparo.

La noticia del día: han liberado a Almeyda, Ministro de Relaciones de Allende. Estoy contento por el hecho en sí y por Irma, que tanto ha hecho por su marido.

Nuestra Casa responde que sí a la llamada que hicimos el 3 de enero. Tendremos los aumentos. Los llamo a todos, para anunciar la agradable noticia. Un nuevo horizonte se abre por delante. No tendremos más un trabajo duro y, al mismo tiempo, mal remunerado.

En la tarde convoqué a la asamblea de los asilados. Hay agitación en el ambiente. Kozak, apenas conocida la noticia de la concesión de los salvoconductos, dispuso un plan de salida acelerado, que prevé un embarco de un primer grupo el día 20. Su tesis es: primero desocupar la Embajada, enviándolos a todos a Italia; desde ahí aquellos que tienen en curso una práctica de visa de ingreso para otros países, partirían para el destino final, pero Nuestra Casa prefiere que salgan para Italia sólo aquellos que no han pedido ir a otra parte.

Se inicia la asamblea en la biblioteca. A mi lado están Milo y Livia. Aire de borrasca, rostros sombríos. Habla un “rumano”: “La mayor parte de aquellos que han pedido la visa para Bucarest están aquí más tiempo, por lo tanto tienen un derecho de precedencia en las salidas. Por esto nosotros estamos inscritos para el vuelo del 20”.

⁹⁷El caballero Brancaleone de Norcia es un personaje algo fanfarrón de la leyenda de la época de las Cruzadas. En una divertida película fue encarnado por Vittorio Gassman. Partió hacia Tierra Santa al mando de una banda de inútiles y de delincuentes, conocida como la “Armada Brancaleone”. Milo jugaba gustoso con Antonugo y su amigo Alejandro. Los mandaba como si fuesen su

Tomo la palabra: “Entiendo muy bien el estado de ánimo de ustedes, pero les ruego no dramatizar. El problema principal, ese de la concesión de los salvoconductos, está superado. Queda el secundario, de coordinar el tiempo y las diferentes destinaciones. Tengan paciencia: el Embajador Dumitrescu me ha prometido una respuesta en breve. A mi vez les aseguro que, si es negativa, les haré embarcar en el primer avión, con la colaboración del CIM. Les ruego que comprendan y no echen todo a perder en el último momento”.

Alguien del Comité Político asiente, pero interviene un agitado, Filomeno Cabrera, y dice: “Somos víctimas de una trampa que han puesto ustedes los diplomáticos, con la complicidad del Comité Político. Nos han ilusionado con el espejismo de Rumania. Protesto formalmente contra el señor Vergottini...” Alguna voz se une a la suya. Por primera vez, desde que estoy en Santiago, pierdo la calma. No acepto ser acusado por una situación de la cual no soy culpable. “¡Quien ha hablado es un irresponsable...!” Las palabras me salen entrecortadas. “...¡No quiero continuar...!” y diciendo eso salgo de la biblioteca. “Brancaleone” y Edith me siguen. ‘Esté tranquilo —me dice Milo—, esos del Comité han entendido y de seguro harán entrar en razón a Cabrera y a los otros”.

No son malos —quien habla es Livia—, pero debe comprenderlos, tienen los nervios destrozados, tras estos meses extenuantes. ¡Ahora que tocan con la mano el avión, lo ven escapar!” “¡No tiene necesidad de convencerme! - digo—. Sin embargo, la mirada torva y los bigotes de anarquista de Cabrera me persiguen.

JUEVES 16 DE ENERO

Todavía nuevos asilados. Incidentes en Miguel Claro.

En La Moneda con Enrique Bernstein. Me mira con su aire socarrón de siempre, con dejos de sabiduría. Por mi modo de presentarme debe deducir que vengo a insistir por los salvoconductos. “No me diga, señor Vergottini...” “Sí le digo...” es mi dócil respuesta. “No puede ser, ¿cuántos?” Parecemos dos comediantes que repetimos el mismo libreto desde hace ya un año.

Hoy le presento la lista de los doce nuevos asilados. En el caso del último, que entró ayer, los carabineros han disparado, y no sólo eso, han detenido a nuestro jardinero Pedro Sergio Valenzuela, y al heladero que pasa habitualmente por Miguel Claro con su campanilleo del triciclo. “¿No le parece que están exagerando? El jardinero hace su trabajo y basta. No se ha ocupado jamás de política ni de asilados”. El “Viejo Zorro” acepta y promete una inmediata intervención. Por la lista me dará respuesta mañana.

Confirmando al Comité Político que no estoy autorizado para incluir en la próxima salida a Italia a los asilados que hayan solicitado ser acogidos en Rumania o en otros países. Entre tanto, han liberado al jardinero. “Me han preguntado —cuenta él—si ayudo a entrar...” Parece que lo han tratado sin violencia. Le pregunto si sabe algo del heladero. “No estaba conmigo”, es la lacónica respuesta.

VIERNES 17 DE ENERO

Papel del CIM. Roberto Kozak.

Carrara, el Director del Personal, da respuesta provisoria a mi solicitud de acreditación de Barbarani. Me interesa, además, porque, si no lo acreditasen, me resultaría difícil tomar vacaciones.

Pido a Fortini la autorización para una reunión familiar. Rodrigo Mellado Valenzuela, hermano de una ex-asilada, Angela Vergara Valenzuela, trabaja en la FAO y teme ser detenido. Al mismo tiempo comunico el éxito de mis pasos dados en Santiago y, los de los colegas extranjeros más receptivos y el plan, de salida elaborado por Kozak, para Italia y otros países. Antes de ayer ya partieron tres, a Inglaterra, Francia y Dinamarca, respectivamente. Mañana embarcarán la señora Caroca y los dos niños para Rumania. El 23 van a Cuba, vía Suecia, “los niños de la Revolución”: Arturo Esteban y Soledad Paulina Sotomayor, hijos de Humberto, y Francisca Pascal Beausire, hija de Andrés Pascal Allende. Los acompañarán María Salas Allende, madre de Sotomayor, y Juana Francisca Beausire, compañera de Andrés Pascal y madre de la pequeña. Finalmente el 27, se marcharán, a México, Gladys Escárate y el hijo, Matías Núñez.

Al término de la mañana voy nuevamente adonde Kozak, al CIM. Le presento una lista de detenidos chilenos, acerca de los cuales queremos noticias. De algunos, pedidos por Fortini, sensibilizado por los parientes que viven en Italia. Se trata de saber de Manuel Esaú y Carlos Alberto Moraga Figueroa, Jorge Humberto Dorival Briceño, Jaime Riera, Rohren y Flavia Eugenia Ibarra Moraga. De otros, porque tienen nacionalidad italiana, como Gilda Bottai Monreal, que ha dado a luz hace poco y se encuentra bajo arresto domiciliario, y Roberto Hobus Penso, veterinario de Chiloé, detenido en Puerto Montt.

Kozak tiene pronta respuesta para dos. Por los otros, me dará cuanto antes. Revela una vez más dinamismo y eficiencia, a despecho de quien lo considera un maniquí caucásico que habla argentino. Con el traje acicalado que lo sofoca y la muy cuidada cabellera castaña quiere demostrar “al colto eall’inclita”⁹⁸ que se puede ser un dandi y a la vez un cruzado de los derechos humanos, dedicado con pasión a llevar almas en pena más allá del océano, hacia tierras más seguras. Es, de todos modos, un personaje “sui generis”, estimado por alguien como yo, que siempre lo ve trabajando.

LUNES 20 DE ENERO

Se reinician las salidas después de cuatro meses. El discutido Oscar Moder.

Dejo la “Divina” Zapallar, donde pasé con mi familia el fin de semana, para estar a las 9 en la Residencia. Es un momento crucial: después de una interrupción de cuatro meses, vuelven a salir para Roma asilados, esta vez 46. Cuando llego a bordo de la *Bidonville* a Miguel Claro, encuentro a una pequeña muchedumbre ante la reja, como el día primero de la encuesta de Araya. “¿Entonces parte Sotomayor?” me preguntan al mismo tiempo tres o cuatro cabezas de periodistas, metiéndose por la ventanilla abierta del auto. “No. Hay un Sotomayor, pero no es aquel en quien piensan ustedes. Se llama Eduardo Sotomayor Campos...” Los curiosos se retiran poco convencidos. Manuel me abre la reja.

Adentro, el inconfundible Roberto Kozak con una lista en la mano. Cerca de él está “Brancaleone”. Los asilados se mueven, corren, gesticulan. No habituados a la partida, después de tantos meses de inquietud y miedo el de caer en manos de la DINA o, en la mejor de las hipótesis, de quedar indefinidamente encerrados se reabre el agujero por donde entra la luz. “¿Partiremos de verdad?” pregunta alguien incrédulo; pero la mano eficiente de Kozak, maestro en maniobras, la desbordante alegría de Milo y mi simple presencia devuelven vitalidad a los dudosos. En los asilados vuelve a aparecer la sonrisa, al principiotímida, después un poco más decidida, eufórica. Ya los 46 están convencidos de que saldrán en verdad de Miguel Claro a saborear el libre aire de nuestras tierras, en espera de que la suya se quite de encima el yugo. Entre los que quedan, hay quien observa enfadado, porque siente algo así como ser víctima de una conjura, pero hay también quien se contagia con la felicidad del que se va. Se une a sus sentimientos y le ayuda a preparar la maleta.

⁹⁸Vale por probar algo. Quiere decir que la prueba que se da vale para todos, para cultos e incultos.

Me detengo a hablar con uno de los que sale; José Nicolás Yovane, el artista pariente del general de carabineros: siempre irónico y bromista, con la inseparable guitarra al hombro. Luis Martín Bustos, Francisco Barrachina, Oscar Moder. Oscar es el único que no comparte la alegría. Teme que, al último momento, encontrarán alguna excusa que le impida partir o que algunos antiguos colegas de los servicios le tiendan una emboscada. Se confidencia conmigo, en voz baja. En Miguel Claro ha vivido al margen de la comunidad, que no se fiaba de él. Me agradece por lo que Annasofia y yo hemos hecho por él, dándole a restaurar un cuadro, ocupación que le permitió demostrar lo que vale.

Todo está listo. Kozak y Milo controlan la lista con el oficial de la escolta, el cual llama a los que salen, uno a la vez, con voz estridente. He aquí el primero: pasa la puerta y sube al autobús que lo espera ahí, adelante. La comunidad de los asilados lo saluda con aplausos, “¡vivas!” y algunos puños alzados. El segundo, la misma escena. El tercero responde al saludo de la gente y alza audazmente el puño. El oficial de carabineros hace como si nada. Un periodista saca fotografías.

Cuando están todos en el autobús, Kozak sube y los cuenta una vez más. Después, el oficial da la salida. Nos disponemos a partir, delante dos motocicletas; después un auto de carabineros con el oficial; el autobús con los 46 y Kozak; la *Bidonville* con Sergio que conduce, Milo y yo; finalmente otro auto de carabineros.

Comienza la carrera ensordecedora con sirenas, por las calles de Santiago. El tráfico se abre como abanico delante de nosotros. El rojo de los semáforos abdica de su función. Nuestro buen chofer se esfuerza mucho para seguir al autobús. “Sergio, apriete el acelerador lo más que pueda” grita “Brancaleone” como ebrio. La *Bidonville* cruje y jadea, pero corre, no sé cómo. Las casas de Santiago vuelan delante de nosotros. Perdemos el contacto. Con un brinco, el auto que nos sigue nos adelanta para hacerse espacio. “¡Más rápido, Sergio; más velocidad!” Con un extremo esfuerzo alcanzamos al autobús. Llegamos a Pudahuel. Hay una muchedumbre pequeña que saluda. Son los parientes de los asilados. Cuando los 46 descienden son acojidos con besos, abrazos, lágrimas, paquetes. Pasamos adelante, para el control de las maletas. No basta. La gente de Investigaciones impone un nuevo control de las huellas digitales. Protesto ante el oficial de servicio. “¡Ya lo han hecho en la Residencia. Nos dijeron que era para evitar lo del aeropuerto!” Me responde: “¡Tenemos orden y debemos seguirla; de todos modos, no se preocupe. Lo haremos rápido!”

Hablo con Kozak y Milo. Tal vez quieren verificar si las huellas corresponden a aquellas reveladas en la Residencia. Escuchamos a los asilados. Consienten, porque a estas alturas harían cualquier cosa con tal de subir al avión. “¡Está bien!” digo al oficial. Presenciamos la operación. Todo sin problemas, pero hay movimiento cuando le toca a Oscar Moder, No lo dejamos un momento. Lo acompañamos Kozak, Milo y yo hasta el avión.

Una vez a bordo, nos abraza, pálido, pero contento. Los otros asilados nos saludan con expresiones de felicidad y reconocimiento. Dejamos Pudahuel y nos miramos a los ojos. En ellos se refleja la gratificante sensación de haber cumplido una obra importante, por un ideal humano. Entramos todos, los tres, a la *Bidonville*. Sergio nos dice que debe contarnos algo: “¿Han visto el despliegue de fuerzas en el aeropuerto? Era para proteger a Oscar Moder. Los de Investigaciones y de Carabineros me han dicho que había agentes de civil venidos expresamente para llevárselo y darle muerte. Fueron reconocidos y mantenidos a raya... Me han dicho que ustedes hicieron bien en no dejarlo ni siquiera por un instante...”

JUEVES 23 DE ENERO

El caso Bottai.

Vengo a saber de la detención de María Teresa y Carmen Bottai. Son la madre y la hermana de Gilda, quien me pidió, hace tiempo, que me preocupara de la suerte del marido, de origen alemán. Desde Nuestra Casa nos han advertido de que hay una encuesta acerca de este asunto en el Parlamento. Nosotros concedemos pasaportes a las tres como base para una nota a La Moneda. Sugiero a la Embajada alemana que preparen una nota para el marido de Gilda: “Nosotros decimos que María Teresa y Carmen serán acogidas en Italia; ustedes que Gilda, como esposa de un alemán, será recibida en Alemania”. Me aseguran que lo harán así.

VIERNES 24 DE ENERO

El epiléptico y las dos “palomas”.

Fortini me informa de que las autoridades australianas han comunicado a su Encargado de Negocios en Santiago que acoja favorablemente a los asilados nuestros que deseen ir a Australia. Me precipito a donde el colega Brown. “¡No sé nada!” responde.

Vuelvo a la oficina para dar cuenta a Fortini de que Brown no confirma la información de nuestra representación en Canberra: debí sacar, entonces, a los tres postulantes para Australia de la lista de quienes salían el 28 de enero.

Explota el caso Rojas Castillo, un peruano que había llegado adonde nosotros con una gran herida en la cabeza. Afectado de epilepsia, cada cierto tiempo tenía el ataque y Canio lo asistía. Un día me tocó presenciar una crisis suya: hubo que contenerlo entre cuatro. Tenía, además, una compañera, pero ésta, aterrada por las crisis, lo dejó por otro. El idilio entre las dos “palomas” se desarrolló en la Residencia. Milo, sensible a estas cosas, los tomó bajo su protección. Tenían necesidad de ello, pues Rojas Castillo no era un tipo de tragar fácilmente una afrenta de tal envergadura.

Partió para Roma el 20 de enero, pero antes de subir al avión advirtió a las “palomas” que en la Residencia no había movido un dedo para no perjudicar su propia partida, pero en Italia, o en cualquier otro país, los habría de encontrar y matar. Se le podía creer. Así Milo redactó una carta a nuestras autoridades para explicar el caso. La envió con un asilado que partió con Rojas, Jorge Antonio Vassallo. Ahora el asunto “rebota” en Santiago, a través de Fortini. Vassallo fue a visitarlo y le entregó la “carta Barbarani” en la cual se aclaran los motivos por los cuales las “palomas” no han partido aún, y se sugiere controlar a Rojas Castillo.

Me parece imposible retener a alguien en Miguel Claro —puntualiza Fortini— por cuestiones personales. Me ruega, por tanto, explicarles la situación y qué cosa quería decir Barbarani, “valiéndose de un canal así de particular”. Milo estalla en carcajadas homéricas: “A mí sólo me interesa que separen a las palomas del epiléptico, uno al norte y otras al sur, o viceversa. De todos modos prometo que en el futuro usaré canales más formales”.

Por la tarde se refugia en nuestras oficinas un joven con una vistosa venda en la cabeza. Dice que fue herido por carabineros en Talagante y llegó aquí con la ayuda de amigos. Llamo a Canio, el cual trata la herida. Después con Livia y Rampioni organizo su traslado a Miguel Claro.

SÁBADO 25 DE ENERO

Parten Humberto Sotomayor y otros dieciséis asilados.

El gran día de la partida de Eduardo Sotomayor Salas, alias “Humberto”, líder del MIR. Van con él otros 16, entre los cuales se encuentra su amiga María Luz García Ferrada. Van a Suecia, desde donde, a través del océano, llegarán a Cuba. Es un trámite impuesto debido al estatus asumido por el Gobierno sueco en cuanto protector de los asuntos cubanos en Santiago.

En la Residencia, la misma escena del día 20, con Kozak que imparte sus instrucciones. Afuera, el autobús espera, y se halla también el acostumbrado grupo de periodistas y de curiosos, pero esta vez es mantenido a distancia por un destacamento de carabineros y agentes de civil más consistente. Ha venido también Carl Groth y está el periodista Nicholson de la United Press. Cuando Humberto cruza la reja es rodeado por Kozak y cuatro carabineros. Los compañeros que se quedan lo aplauden; alguien alza el puño. Recomienza la carrera desenfrenada por Santiago y el rito de saltar los guiños de los semáforos. Milo lo goza como la primera vez.

En el aeropuerto, las medidas de seguridad son excepcionales, con carabineros y agentes en cada rincón, pues nadie duda de que peligran, pues muchas veces se le ha amenazado de muerte. Los que parten pasan la prueba de las huellas. Humberto está protegido por nosotros y por algún fiel. En el trayecto hacia el avión, el larguísimo Nicholson le hace escudo con su cuerpo. Sube también la escalinata. Yo los sigo, con Kozak, a poca distancia. Entramos al DC 10 de Lufthansa, completamente vacío. Es amplio, cómodo, y contrasta por el lujo con esta gente que lleva harapos y se muestra desgreñada. Se acomodan tímidamente en los sillones afelpados, como temiendo ensuciarlos. Después, ya tomada confianza, se instalan.

Una música de fondo acompaña su encuentro con la realidad internacional, tan diferente y lejana del pequeño mundo de Miguel Claro. También Humberto prueba los nuevos sentimientos. Nos saluda efusivamente: “No olvidaré esto que la Embajada y usted, en particular, señor Vergottini, han hecho por mí y por los compañeros... Merece el reconocimiento de todos, en Chile y en el extranjero”.

El DC 10 se eleva, rápido, estruendoso, potente. Desaparece de nuestro horizonte llevándose a Humberto, el hombre que, por casi cuatro meses, fue el epicentro de la vida en Miguel Claro. Lo recordaré consciente de la dificultad de nuestro trabajo, médico que se cuida la pierna y socorre a Enrico Calamai, pianista que da vida a un vetusto y maltratado piano, hombre que aplaca a los más díscolos, ideólogo que escribe y describe la defensa de su actuación. En síntesis, el personaje de Miguel Claro. “¿También esto se logró, verdad Tomaso, verdad Kozak?” dice Milo con voz estridente. Después agrega: “Debo confesar que me silbaban los oídos cuando subía con él la escalinata”. “Menos mal que estaba Nicholson y nos protegía a todos con su mole —observo yo—, pero a propósito, ¿quién ha enrolado a este larguirucho?” “¡Se ofreció él mismo!” dice el Brancalone, riendo a mandíbula batiente.

DOMINGO 26 DE ENERO

Don Antonio Favata, el “Salvador atrasado”.

Llega a Santiago el esperado carabinero italiano Antonio Favata, un *appuntato*⁹⁹, a quien rebautizó Milo como “Don Antonino”, por su origen siciliano. Es el típico sabueso fiel: 40 años, fornido, calvo en las sienes; los cabellos teñidos de negro peinados hacia atrás; ojos aguzados, sinceros, que comunican lealtad sin rémoras. Pero a veces huidizos, como queriendo revelar desconfianza atávica. “Don Antonino” me jura lealtad eterna. Con esta base me rodea con un muro de sospechas, del cual se apresura a guardar la llave. Me siento protegido como nunca anteriormente, pero al mismo tiempo experimento una indefinible reacción de malestar, como si estuviese por perder parte de mi libertad.

Un hombre como él me habría servido mucho en los momentos críticos: el ingreso de Sotomayor; el cadáver en el jardín, con la consiguiente campaña denigratoria en contra de la Embajada; la extrema tensión en Miguel Claro; nuestras relaciones con la autoridad y también con los asilados, la partida obligada de Roberto Toscano.

¿Un salvador atrasado, entonces? Sin embargo, los problemas no faltan. Allí está el de retención en casa de quienes postularon para viajar a Rumania y a Australia, que aún no han obtenido la visa de ingreso de Bucarest y Camberra, con la ulterior complicación venida de que los 26 “rumanos” se hallan entre los primeros que ingresaron a nuestra residencia y, por tanto, se sienten con derecho adquirido de precedencia. Sobre todo la decisión de sacarlos de la lista de los que salieron el 20 de enero ha desencadenado un tumulto... Don Antonino estará retrasado, pero siempre es un “Salvador”.

LUNES 27 DE ENERO

⁹⁹El grado menor del escalafón de los carabinieri italianos.

Salida de cuarenta y seis asilados.

Recibo a Irma Cáceres de Almeyda. Viene a agradecerme por todo lo que he hecho en favor del marido, liberado el 15 de enero.

Por la tarde, nuevamente al aeropuerto para dejar a los 46 asilados, que van a Roma. Converso con algunos: Carlos José Ayress Moreno; Jorge Humberto Sepúlveda Rodríguez, representante del PS en el Comité Político; Pedro Juan Sotomayor Realini, tres exponentes del clan Acuña. Está también Julio Jamed Opazo, sanguíneo e iracundo. Ninguna dificultad en Pudahuel.

JUEVES 30 DE ENERO

El caso Bavestrello.

Fortini vuelve a la carga por la cuestión de Australia. Nuestra Embajada en Camberra nos confirma que fue enviado el beneplácito para la entrega de las visas a los postulantes, previa certificación de los requisitos solicitados: intención de radicarse definitivamente en Australia y ausencia de antecedentes penales.

Vienen a verme los familiares de Silvia Bavestrello, una asilada que salió este mes. Piden mi intervención para obtener la liberación y el traslado a Italia del padre, Francisco Luis Bavestrello Mundaca. Ya tiene un trabajo listo en San Giovanni Lupatoto (Verona). Envío la solicitud a Nuestra Casa, observando que las autoridades chilenas toman en consideración intervenciones de este tipo sólo cuando hay disponibilidad de acoger a la persona en Italia.

VIERNES 31 DE ENERO

Nuevo Comité Político.

En Miguel Claro, reunión con el Comité Político. Rostros nuevos después de la partida de Sotomayor y Sepúlveda. Queda siempre el “koljosiano” Leighton. Primer problema: los menores. Entraron 10 en Pascua, pero ahora quisieron entrar otros, porque, separados de los padres no tienen cómo sobrevivir. Segundo problema: los “rumanos” están cada vez más tensos, pasa el tiempo y no hay noticias de Bucarest.

Tercer problema: una hija de Acuña sufre de claustrofobia y ya ha tratado de lanzarse por la ventana. Me muestran el certificado médico de Loguercio y me solicitan permitirle partir, al menos a ella, a Roma, en el próximo viaje del 4 de febrero. Acepto. La responsabilidad es toda mía. Por la noche me reúno con la familia en Zapallar. El domingo dejaremos la casa del “Choclo”.

SÁBADO 1 DE FEBRERO

Encuentro con Frei en Papudo. Florencia. Dejamos la “Divina” Zapallar.

AL DESPERTAR, un frío y espeso manto de nubes bajas me oculta el encanto de la “Divina”. “Ha estado siempre así, en enero, con excepción de dos días —me dice amargada Annasofia—. Hacia el mediodía comienza de a poco a despejarse y en la tarde hay sol. Para mí no han sido unas bellas vacaciones. Poco sol y agua muy fría. No me atrevo a bañarme. Sólo nuestro hijo lo logra; se zambulle en la ola y chapotea adentro. Está volviéndose un verdadero chileno”.

Nos levantamos abrigados con gruesos chalecos, paseamos de la mano. El varadero turístico; los pescadores como los nuestros, los rostros surcados de arrugas, tostados por el sol; el áspero olor de lo salobre; conchas de “locos” amontonadas; locos vivos golpeados con fuerza contra una piedra con el fin de ablandarlos. Más adelante, en el otro extremo que delimita la bahía, el océano golpea rugiente en el arrecife. Parece querer derribar el obstáculo para destruir a la “Divina” encerrada en su bahía. Annasofia y yo nos miramos a los ojos. Debería decirle tantas cosas, sin embargo callo. El espectáculo visto desde lo alto, nos lleva hacia un mundo vasto, en donde no hay lugar para nuestras miserias cotidianas.

Más tarde, vamos a Papudo en automóvil, para comprar pescado fresco. Ahí debe estar Eduardo Frei, huésped del amigo Elgueta. Nos dicen que está jugando al golf. Lo encontramos, deportivo, en el campo. “Señor Vergottini, señora, ¡qué placer verlos por estos lados!”

El ex-Presidente abandona los instrumentos de juego para invitarnos, con el usual gesto de la mano, a tomar un aperitivo en el bar. Es siempre atento con nosotros. La conversación, en estas circunstancias, debería ser trivial o, al menos, genérica. Sin embargo, nos pregunta sobre la experiencia que estamos viviendo. Narramos. Al final, don Eduardo nos despide con expresiones de admiración por nuestro trabajo y de disgusto por lo que sucede en su tierra.

De vuelta en la “Divina” improvisamos una colación en la caseta del “Choclo”, con Milo, Carlo Buonaccorsi, su prometida Franca, y Florencia Varas, la periodista chilena que escribe para el *Times*. Los comensales están de buen humor. Es natural, cuando en la misma mesa se reúnen personas extravertidas como Annasofia, el jocosos Buonaccorsi y Milo.

Florencia tiene la intención de escribir un artículo o un ensayo sobre el asilo en las Embajadas en Santiago, “Pienso que ninguna otra representación ha vivido y sufrido esta experiencia como la de ustedes. Quisiera un relato hecho por los protagonistas: Tomaso y Milo. Tengo junto a mí una grabadora. Podremos ir a algún rincón de la playa a trabajar, siempre que a ustedes les parezca bien”.

Por prudencia dudo, pero Milo me empuja. “¡Está bien, pero después debo revisar todo!” “¡De acuerdo!” Annasofia me lanza una mirada de soslayo. No la persuade lo del rincón de la playa. Florencia es pequeña, rubia e interesante. Encontramos el lugar adecuado y Milo, entusiasta, comienza a hablar a rienda suelta. Florencia, feliz, nos hace sentir su voz en la grabadora. “¡Exagerado -digo yo-, ciertas cosas no se dicen, al menos por ahora!” “Entiendo —replica Florencia, comprensiva—. Si así lo desean, no usaré por ahora el contenido. Lo haré cuando ya todo esto sea historia...” La grabación está postergada para otro día.

LUNES 3 DE FEBRERO.

Bucarest exige el pase del PCC para aceptar nuestros asilados en Rumania.

Voy a la Embajada de Rumania. El “Tenebroso” Vassile está de vacaciones, pero no así el Encargado de Negocios, el pequeño Stefan Llie. Titubeante y preocupado, como siempre. A cada pregunta directa, responde invariablemente: “No sé...”, aunque después trata de explicarse. El tono de voz es bajo, pero más comprensible que el de Vassile. Le explico el drama de los postulantes a ir a su país. El lo hace largo, con pausas y señales, con voz baja, destinada tal vez a eludir los oídos secretos de quienes escuchan. Imagina que lo persiguen por todas partes, escondidos quizás en dónde. Como Vassile, tiene práctica en estos sistemas, comunes en su casa. Con un cierto esfuerzo, logra coger su retorcido discurso. Bucarest, para dar el consentimiento, quiere el visto bueno de los partidos chilenos. El de los comunistas aún no ha llegado. “¡Ah, si es así, no te preocupes, querido amigo Stefan, yo me encargo de obtenerlo!”, exclamo con seguridad. “Te ruego no decir que te lo conté yo...”, me recomienda el disminuido Ilie, con aire tan acongojado que me siento con el deber de consolarlo.

MARTES 4 DE FEBRERO

El problema de las reuniones familiares.

Nuestra Casa establece los criterios para las reunificaciones familiares. Son autorizadas sólo cuando el pariente refugiado en Italia haya encontrado trabajo y alojamiento. Recuerda también las normas sobre el asilo: tienen derecho sólo las personas que se encuentren “en directo y verdadero peligro”. Por esto, los casos de refugio de familias enteras para la Pascua no se justifican.

Yo, “con la cortés firmeza ya demostrada en anteriores delicadas situaciones” debía rechazar los pedidos de aceptación en Residencia de menores o familiares en general.

“Es un cicchetto con lo zuccherino”¹⁰⁰. En la respuesta recuerdo que la gran mayoría de los asilados han saltado la muralla. Hemos hecho una excepción, de una manera razonable, y dentro de ciertos límites, para algunos niños, como los hijos de los jefes miristas, ya salidos para Cuba. En Pascua solo hemos consentido la visita de varios hijitos, pero se han quedado no más que 10, elegidos por el Comité Político de los asilados sobre la base de una valoración económica, es decir, la ausencia de medios mínimos de mantención.

En la tarde, recibo a Ostornol, el comunista. Le digo lo que sé y le ruego que me ayude a desbloquear una situación que cada día se pone más pesada. “Puede terminar mal. ¡Los ánimos están exaltados!” El calvo abogado, gentil y plácido, me responde: “Ya hemos comunicado nuestra aceptación de principio. Quizás desean un compromiso más formal... El problema es que no estamos en condiciones de recoger los antecedentes de militantes que han operado en los lugares más distintos. Por esto damos una aceptación general, pero, en las circunstancias actuales, debería bastar...” Replico nerviosamente: “¿No entiendo qué les cuesta dar un consentimiento más formal!” Ostornol consiente, asegurando: “Lo entiendo, señor Vergottini, tomaré contacto. Verá que todo se va a solucionar”.

Por la tarde me llama Brown, el Encargado de Negocios australiano. Al menos autoriza a su colaborador para ir a Miguel Claro a un diálogo con los postulantes a Australia. Me señala que no puede conceder directamente las visas, debe consultar primero a Camberra.

JUEVES 6 DE FEBRERO

Nuevamente el caso Bottai.

Recibo a Stefan Ilie. Ha transmitido a Bucarest el consentimiento del PC chileno. Está más tranquilo, contento por traer el mensaje. “¡Bravo Stefan!” —prorrumpe “Brancaleone”. Me alegro, el coloquio con Ostornol ha servido para algo.

Livia me habla del caso Bottai. “Como sabe, la madre María Teresa y la hija Carmen fueron arrestadas el 22. El 25 las han acompañado a casa. María Teresa fue golpeada y torturada con corriente eléctrica. Quieren saber dónde está la otra hija, Cecilia, militante del MIR. Han amenazado con volver. Excúseme, doctor, pero las he hospedado en mi casa, en estas circunstancias, junto a Gilda... ¿Me perdona?”.

Tomo el peso del pro y del contra de la situación y digo que está bien, insistiré con La Moneda en lo de los salvoconductos. Entre tanto extenderé un certificado en donde conste que la familia Bottai se halla bajo la protección de la Embajada de Italia. No es mucho, pero tal vez los servicios de seguridad lo pensarán dos veces antes de intentar una acción en contra de ellos. Digo que cada cierto tiempo he de pasar a ver cómo están. Livía me agradece conmovida.

LUNES 10 DE FEBRERO

Breves vacaciones en el fundo Ramistella.

He pasado dos días de reposo en el fundo de Ramistella, entre los pastos verdes y el azul quieto del lago, protegido —y a la vez amenazado— por el blanco volcán.

¹⁰⁰Literalmente es "un reproche azucarado", y se usa cuando alguien llama la atención de otro o lo reconviene con suavidad y cortesía.

Tomo el bus nocturno para volver a Santiago. Desde las ocho de la noche hasta las 8 de la mañana; no logro dormir debido a los continuos sobresaltos del autobús conducido a enorme velocidad por un camino desigual. A veces creo que la máquina se va a partir. Desde la estación voy directamente a la oficina. Veo algunos papeles, me informo de las novedades por Milo, “¡Los rumanos y los australianos están cada vez más impacientes! ¡Es difícil mantenerlos a raya!” Pienso que deberían entender que, al menos para Rumania, no hay ya dudas. Es cuestión de esperar unos días. Me dirijo a calle Coronel, solo y cansado. El descanso de Villarrica fue escaso.

SÁBADO 15 DE FEBRERO

Bodas Fochesato. Desencuentro con el general Gustavo Álvarez.

Riccardo Fochesato, ex-jefe de terminal de Alitalia, me invita a la boda de la hija de su mujer, Vera, con un joven oficial del Ejército chileno. Riccardo dejó Alitalia, en busca de suerte en el mercado chileno. Ahora se dedica a las antigüedades. Se encuentra en la puerta de su casa, haciendo los honores, entre apretones de manos, sorbos de whisky y humo de cigarrillos. Me parece más pesado, tal vez por efecto del hábito burgués, en tanto el uniforme lo mantenía marcial y juvenil. Vera, rubia checoslovaca, se encuentra a su lado algo cohibida. Tal vez el invitarme a mí les ha creado problemas. Quizás teme el enfrentamiento con tantos uniformes vistosos, que dan color y oficialidad a la fiesta.

Trato de tranquilizarla con la indulgencia de quien se siente cómodo, como diciendo: “¡No tema, no me comerán!” Me pierdo entre la muchedumbre, ubicada en saloncitos y jardines. Saludo a los conocidos italianos: Bortolaso, Tursellino —el representante de “Olivetti” en Chile—, Vittorelli. Me presentan a los esposos, alegres y seguros. En un momento, doy con uno que se ha acercado, un corpulento y bigotudo oficial. Debe ser un general, pienso, incapaz de identificarlo porque he ignorado siempre los grados militares. Vera se siente en la obligación de presentármelo, con una sonrisa forzada: “¡El representante de Italia en Chile!” “¡El general Álvarez!” Me mira, sin tender la mano, pero manteniéndome bien apretado un vaso lleno de whisky y de hielo. “¡Mucho gusto!” —digo yo—. La respuesta es escalofriante: “Así es que usted es el brujo de Miguel Claro, el hombre chueco...”.

Pase lo de brujo, pero “chueco”, en el español de Chile, es una ofensa seria y corresponde a quien no se comporta correctamente. Tomado de improviso, reacciono lentamente. Si replicase desencadenaría un escándalo diplomático. Hasta ahora he mantenido “un perfil bajo”, que me ha ayudado a mantenerme en equilibrio en la cuerda floja; pero tampoco puedo ofrecer cristianamente la otra mejilla, pues represento a un país.

Por eso, sin palabras, giro sobre mí mismo, dando ostentosamente la espalda al soez general. La fiesta ya no existe más para mí; aborrezco los blancos uniformes generadores de arrogancia. Anhele rodearme de gente gris, plomiza, inodora, humilde. Me escabullo a hurtadillas.

MARTES 18 DE FEBRERO

Nuevo Embajador de Francia.

Jean Noel Lacoste invita a los representantes del Mercado Común a almorzar, con el fin de presentar al nuevo Embajador, René Lustig. La flotante cabellera gris abierta sobre la amplia frente le da un aire de hombre del arte, ingresado por casualidad en un círculo diplomático; pero desde el primer momento de la conversación me doy cuenta de que es cualquier cosa, menos distraído. Es práctico e incisivo, cáustico y mordaz en la frecuente “battuta”, pero siempre suficientemente humano y democrático, demostrando disgusto frente a los hechos represivos y truculentos. Me da tranquilidad que el Embajador de Francia sea alguien con quien me pueda entender.

MIÉRCOLES 19 DE FEBRERO

Otorgadas las visas para Rumania.

Tempranísimo, por la mañana, Ilie pide verme. Lo recibo sin demora. Aquí está, como siempre ajado en su vestimenta, eternamente gris. Los labios y los músculos faciales se dulcifican al máximo. Vergottini murmura, mirando alrededor con la habitual circunspección, tenemos las visas para Rumania”. “¿Todas?” —exclamo motivado por la satisfacción_ “¡Todas!” responde Ilie. Entra el “Brancaleone”; cuando escucha la noticia, estrecha en sus brazos a Ilie. ¡Alegría, alegría, Stefan, gocemos juntos por la buena novela!”

El pobre Ilie, “peloteado”, hace lo posible por participar de nuestra felicidad. “Pero tal vez — observo— quien tiene más derecho para alegrarse sean nuestros refugiados”. “¡Justísimo!” dice Milo. “Liquidamos” rápido al mensajero de la buena nueva y nos precipitamos a Miguel Claro. Es una fiesta. Los rostros llenos de amargura y sospecha se iluminan como por encanto. Sonríe complacido también Filomeno Cabrera. “Ahora Que el obstáculo está superado, le garantizo que partirán en el primer avión posible”. Los asilados me aplauden. Telefono a Kozak. Luego de cinco minutos me llama de vuelta: los cuarenta y cuatro partirán para Rumania el 3 de marzo.

En la tarde veo la televisión. Aparecen en la pantalla cuatro miristas capturados. Dicen: “El MIR está quebrado y desarticulado. Entre los dirigentes 15 están muertos; 35 detenidos; 23 en exilio; 8 prófugos y 7 expulsados. Hasta ahora ha continuado la lucha sólo gracias al apoyo extranjero, pero falta el de la población. Por lo tanto el costo de la continuación de la lucha es enorme. Mejor abandonarla”.

Han recibido en la cárcel el tratamiento riguroso reservado a los prisioneros de guerra. ¿Por qué este llamado? ¿Qué sentido tiene?

JUEVES 20 DE FEBRERO

Paolo Bugialli y el Corriere della Sera.

En Miguel Claro hablo con los asilados miristas. “En verdad —me dicen— el MIR ha sido diezmado, duramente golpeado, pero no está desarticulado, conserva su estructura, encabezado por Pascal Allende. El llamado a cesar la lucha no tiene sentido en este momento, porque ya el MIR se encuentra en una fase de repliegue. Un llamado de este tipo no puede ser ideológicamente comprendido. Distinto es el caso de Sotomayor, el cual no quería cesar la lucha, pero programa una metodología distinta”. “Sí, de acuerdo, pero ¿por qué han hablado así en la TV?” “O son infiltrados de la DINA en el MIR (tenemos algunas sospechas sobre Cristián Mayol) o han sido obligados a hacerlo...” No me gusta.

El subsecretario Valdés Puga¹⁰¹ comenta con los periodistas una alusión atribuida a Mariano Rumor sobre la normalización de las relaciones italo-chilenas. “Chile —observa— tiene la mejor disposición para normalizar. Si existe una posibilidad en tal sentido, la acogeremos con la mejor buena voluntad. Deseamos tener relaciones normales con todos los países que nos respeten”.

¹⁰¹Oficial de ejército que reemplazó al oficial de Marina Claudio Collados.

La Moneda concede el salvoconducto a la familia Bottai y a todos los que se han refugiado últimamente donde nosotros. Tienen, en verdad, la intención de poner punto final a la cuestión de los asilados. Gilda Bottai y los dos hijos menores partirán para Alemania Federal. La madre María Teresa y la hermana Carmen para Italia.

Cena en Coronel con Paolo Bugialli, “Pallino”. Llegó esta mañana y debe hacer un trabajo sobre Chile y la Embajada de Italia para el Corriere. Lo recibimos felices. Se Trata de un viejo amigo de los días de Israel. Cubría las informaciones sobre el Canal de Suez en la casa nuestra, tocando rítmicamente sobre la Olivetti y teniendo sobre las rodillas a Antonugo, redondo en ese momento. Es siempre el mismo, con los cabellos negros cortados al máximo y las manías culinarias. Le contamos nuestra historia de un año y más. Yo extendiendo la tela, que Annasofia rellena de maravilla, con su arte que le permite colorear los sucesos.

Pallino escucha, toma notas, observa. “Pero, te has enflaquecido mucho, ¿qué pasa, Pallino?” El gusta usar su mismo apodo para todo aquel a quien considera su verdadero amigo. Annasofia replica: “Una intervención quirúrgica, 700 asilados, ningún privilegio diplomático... ¿debo continuar? ¿No te parece suficiente para adelgazar?” Bugialliarquea las cejas con gesto de estupor: “...pero en Italia esto no se sabe. Yo me encargo de publicarlo...”

VIERNES 21 DE FEBRERO

El “inefable” Mr. Brown.

No encuentro un término mejor que “inefable” para catalogar a Brown, el Encargado de Negocios de Australia. He tratado en todas las formas posibles de remecerlo, con el fin de sacarlo de su actitud resistentemente pasiva, recurriendo también a los buenos oficios de Roberto Kozak, pero ha continuado haciendo oídos sordos a nuestras solicitudes. En otras palabras, mientras Camberra usa con nuestros representantes un cierto lenguaje, el “inefable” emplea otro, más negativo. Afirma que no ha sido autorizado para dar visas a los familiares de Mauro Vilches, nuestro asilado.

JUEVES 27 DE FEBRERO

Revelaciones a Barbarani: los siete delincuentes comunes.

El “Brancaleone” se acerca a mí escritorio con aire de misterio y dice: “¿Puedo cerrar la puerta? ¿Debo ponerte al tanto de un secreto!” Conociéndolo, no sé si tomarlo en serio o en broma. “¡Cierra!” le expreso. “¡Aquí está!” murmura exhibiendo una hoja a máquina. “Un asilado, en el momento de partir me reveló dos cosas. Una, que después del crimen de noviembre, un grupo pretendía secuestrarte a ti y a Toscano en la bodega. “Pensaba con ello presionar a los dos gobiernos...” ¡Interesante —comento—. He rozado el peligro sin darme cuenta! ¿Y por qué no lo hicieron?” “¡Escucha! (Milo baja la voz cuanto le es posible). “¡Estás imitando a Stefan!” observo. “¡Escucha, Stefan” dice Milo. “¡Ahora me llamas Stefan! Estamos mal. Retorna a la realidad y deja aparte este aire de conspiración que no te cuadra”.

El ríe a su modo, fuerte, y levanta la voz. “¡Está bien. El grupo estaba formado por algunos miristas y socialistas. Al final se impusieron los comunistas, que, han estimado la propuesta como contraproducente!” “¡Óptimo! Ya es tiempo pasado.¿Y la otra revelación?” “Está incluida en la hoja. El mismo informante me dio el nombre de batalla de 7 compañeros de la Residencia que eran delincuentes comunes. No lo ha hecho antes porque los 7 chantajeaban a los otros, amenazándolos con el cuchillo. Ahora han partido todos...”. Leo los nombres. Sólo algunos meson familiares. Deberé transmitir la información a Nuestra Casa a fin de que advierta a los organismos competentes.

En la tarde, visita a la Embajada de Rumania. Me acogen el “tenebroso” Vassile y el disminuido Stefan. Se muestran más abiertos y han eliminado casi la sicosis del micrófono. Tomamos los últimos acuerdos por la ansiada partida de los 44. Nos despedimos con calidez y muestras de entendimiento.

LUNES 3 DE MARZO

Salen para Rumania los 44.

EN EL AEROPUERTO para ver partir a los 44 que viajan a Rumania. La acostumbrada preparación, guiada por el eficiente Kozak. El transporte de los paquetes de los familiares; la carrera por las calles de Santiago; los abrazos en el *hall* del aeropuerto con parientes y amigos, pero todos están relajados, bulliciosos, como si nadie temiese nada. Un clima distinto de aquel que precedió a las salidas de Moder y Sotomayor. Conversan con “Brancaleone”, con Livia y conmigo. Desean hacerse perdonar las agresiones verbales: “Hemos entendido que han hecho lo posible por ayudarnos” me dice Emiliano Zelada. Parte con su numerosa familia; mujer y siete hijos. En una esquina veo a Filomeno Cabrera. No se acerca.

En la tarde, festejamos los seis años de Antonugo. Además de sus amiguitos hay algunos padres. La incomparable Annasfia guía los juegos. Carreras de ensayos. El que gane tendrá un hermoso premio. Los niños se arrebatan, jadeantes. La torta final nos congrega. Al final, Annasofia yo nos miramos cansados, pero contentos. Antonugo está feliz. Este Chile es menos duro para él que para nosotros.

MARTES 4 DE MARZO

Muerte del general Bonilla. El caso Cristián Castillo.

Ayer murió el general Bonilla. El helicóptero que lo transportaba hacia una ciudad sureña capotó, por causas nada de claras, pero el tiempo era bueno. Recuerdo cuando lo conocí, en un cóctel de la Embajada de España, bonachón y tranquilo. Alguien me dijo que formaba parte de un grupo de generales “centristas”, a cuya cabeza estaba Schneider, asesinado en 1970 por extremistas de derecha cuando era Comandante en Jefe del Ejército. Pertenecían al grupo Luíz, fallecido por úlcera hace dos meses, y Arellano Stark, sustituido recientemente por Polloni, un hombre muy fiel a Pinochet.

Tal vez esta gente estaba convencida de la necesidad de restaurar una democracia depurada, en un plazo conveniente. El obstáculo es Pinochet, quien se impone, paso a paso, como el Jefe, y piensa de modo distinto. La declinación de Bonilla comenzó en julio del 74, con el cambio desde Interior a Defensa. Siguió luego con su negativa, en noviembre, a firmar el decreto de expulsión de Renán Fuentealba. Después, no se oyó hablar más de él, vino el silencio, hasta su muerte.

Me visita por la tarde Jaime Castillo. Siempre hay en él un tema familiar incluido. Ayer eran la sobrina y las niñas. Hoy es Cristián, hijo de Fernando, también. Es extraño que un ideólogo profesional como él deba ocuparse principalmente de cosas prácticas, que son vitales para la familia. Helo aquí viéndolo combatir, decidido y tenaz. La historia es increíble y es necesario hallarse bien adentro en el conocimiento del misterioso mundo de los servicios de seguridad para llegar a comprenderla: “Cristián fue arrestado por la FACH, para quitarlo de manos de la DINA —me confiesa bajando el tono de la voz— Para hacerlo, simulamos un encuentro armado”.

¿Es posible —me pregunto— que las cosas hayan llegado a este punto? Que unos se tomen la molestia de arrestar a una persona para evitarle la muerte que le sobrevendría si fuera arrestado por los otros?

“La FACH lo detiene, pero no puede hacerlo por mucho tiempo —continúa Castillo—, por ello buscamos un país que pueda acogerlo. Mejor Inglaterra, donde ya se encuentran Carmen, la hermana, y Fernando, el padre. Señor Vergottini, ¿nos puede ayudar con el Embajador inglés?” Debo haber llegado a ser una autoridad en temas de refugiados, de gente que, al encuentro de lo ignoto, corre hacia hogares lejanos. “¡Hablaré con el Embajador. Quedese tranquilo!”¹⁰².

¹⁰²Interésé en el caso al Embajador inglés Reginald Secondé. A mediados de marzo, Cristián Castillo fue liberado y, bajo la protección de la Embajada inglesa, partió para Londres.

MIÉRCOLES 5 DE MARZO

Visita de Vittoria Taviani.

Cesare y Giusi Taviani en el almuerzo con *mamma* Vittoria. Jamás he conocido a una señora más *mamma* que ella, pero en el sentido humanizador de la palabra. Chochea diciendo que quiere estar siempre con sus hijos, pero al mismo tiempo se declara respetuosa de sus inclinaciones y pareceres. Cesare tomó vuelo. Para ayudar a los pobres, a los oprimidos, allá en donde el trabajo es más arduo, en el mundo humeante, tosco, violento e inhumano de las minas carboníferas de Curanilahue. Con Giusi, lo han iluminado con la sonrisa pura, con el afán de compartir, humildes entre los humildes, la mesa, los instrumentos de trabajo. El padre, poderoso Senador, los estima y los ama, pero, por la función que tiene, los asiste desde lejos, a través nuestro, tal vez enviando emisarios. En cambio, Vittoria no resistió a la tentación de *mamma* de ver de cerca dónde y cómo viven. Ahora se conmueve por nosotros, por Annasofía y yo, y quiere saber todo de nuestras vidas y peripecias. “No olvidaremos jamás lo que han hecho por tanta gente y también por mis muchachos”. Su rostro de laboriosa y tenaz dueña de casa irradia bondad.

JUEVES 6 DE MARZO

Belisario Velasco en el “Crillón”.

Belisario Velasco me invita a almorzar junto con Felipe Amunátegui en el “Crillón”, el hotel que huele a lo antiguo. Hablamos de Chile, en general. Después, a pedido, me explayo sobre el problema “asilo”, en que me he empeñado por más de un año. Belisario quiere, en particular, conocer detalles e impresiones para estructurar un servicio especial por Radio Balmaceda. Es siempre el luchador incansable y que no se doblega. No le importa ser conflictivo a los ojos del régimen. En un momento dado, los dos compadres ven a una graciosa muchacha se levantan y confabulan con ella. Al regreso me quejo; pero me consuelo elogiando la excelente cocina del vetusto y decadente hotel.

La Embajada de Australia nos manda una nota: no puede otorgar visa a los “aspirantes” de Miguel Claro, salvo a Filomeno Cabrera. Se concluye así el diálogo entre sordos con el inefable Mister Brown. De las dos hipótesis sólo vale una; ¿fue un tira y afloja efectivo entre él y Camberra, con victoria final suya, o sea de la tesis negativa? ¿O fue todo una pantomima? Ironía del caso: han hecho una excepción justamente por Cabrera, el que había buscado levantar a los asilados en contra mía. Como sea, Filomeno ya partió a Bucarest. También Bélgica informa que puede otorgar solo una visa, a Francisco Richiutti Pérez, el cual, sin embargo, prefiere ir a Londres. Inglaterra acogerá a nueve de nuestros asilados.

VIERNES 14 DE MARZO

El centro italiano de Rancagua.

Con Simonetto voy a Rancagua a visitar el centro italiano Inacap. Ahí trabaja un connacional, Giorgio Sperandii, último de un grupo de expertos de la Cooperación Técnica, que habían instalado el “Centro de Capacitación Profesional” durante el régimen pasado. Nos recibe el director, Miranda, un hombrón de espesos bigotes negros, dinámico y atento. Exalta la obra italiana, dice que sería una lástima que se perdiera. Tiene que continuar. La bandera de Italia flamea impávida. Los jóvenes adiestrados por Sperandii y por sus predecesores lanzan “¡vivan!” por Italia y por nosotros. Me comprometo a transmitir su solicitud a Nuestra Casa. Sé que, en este momento, será difícil, pero la causa es justa y la apoyaré. El centro es una parte de Italia en Chile, de la Italia laboriosa, artesanal, que ha exportado su propia reconstrucción. ¿Beneficiará al régimen? Si esto significa capacitar mineros, hagámoslo.

DOMINGO 23 DE MARZO

El bautismo de Manuela Soledad Astudillo en la Residencia.

Raúl Octavio Astudillo y su mujer, María Luisa Marín, quienes partirán mañana para Rumania, me han pedido poder bautizar a la hija nacida en la Residencia hace dos días. “¿Pero no es mejor hacerlo en Rumania, con más calma? Ahora, en el último momento, es difícil encontrar un cura” —les explico—. “Señor —me dice Astudillo—, háganos este favor. No estamos seguros de que en Rumania nos permitan bautizar a nuestra hija. Sabe, allá son todos comunistas”. “... ¿Pero no son comunistas ustedes?” “¡Cierto, sin embargo aquí hay la tradición del bautismo, y no queremos romperla! ¡Además deseamos que usted sea el padrino!”

Interviene Milo. “¡Vamos, vamos, Tomaso, yo seré el celebrante. En circunstancias excepcionales se puede hacer!” He aquí la niña, que tiene labio leporino. Hija de la revolución abortada, nacida en el cautiverio dorado; pero es una fiesta, la mejor fiesta de despedida de los últimos asilados, que partirán mañana, hacia un mundo que debería ser el de ellos, pero es lejano, desconocido. Por eso le temen. No puedo rechazarlo. También Annasofía está de acuerdo: “Me da tanta pena...”, susurra mirando a la niña. El “Brancaleone” prepara una mesa y se arma del misal. El “koljosiano” Leighton, menos pesado que de costumbre, habla: “Dejamos esta casa con una hermosa ceremonia celebrada por nuestros huéspedes. Es el mejor modo de agradecerles y despedirnos, señor y señora Vergottini, señor Barbarani. Encontrar aquí, en nuestro asilo, personas sensibles ha sido bello. Pero este bautismo quiere decir también compromiso para volver a Chile”.

Es la primera vez que soy padrino en un bautizo. ¿Cómo se llamará la niña? “¡Manuela Soledad!” “Pero que nunca esté sola y que nos podamos encontrar nuevamente en cualquier lugar, ¡quizás en Chile!” El celebrante Milo se ve exultante. Habrán de partir bajo el signo de Cristo, en el surco abierto en la Pascua por el padre Cristián. Tal vez en cautiverio los asilados hayan sentido la necesidad de consuelo que esta tierra suya no puede dar; lo han buscado más allá, en los recuerdos de infancia, en las costumbres de antaño, que se transmitieron de padres a hijos. ¿O será sólo un paréntesis fugaz?

LUNES 24 DE MARZO

Salen cuarenta y un asilados. Catorce de ellos van a Rumania.

En el aeropuerto, la historia se repite. Van veintisiete a Italia. Entre ellos, Fabio Navarrete y Agustín Dorival Briceño. Catorce para Rumania: los Astudillo, Carlos Alberto Caupolicán Lagos Reyes, alias Leighton. Se disuelve la gran familia: en Miguel Claro, quedan once.

MARTES 25 DE MARZO

Entrevista con el Cardenal Silva Henríquez.

Conversación con el Cardenal en Erasmo Escala. Afable, como siempre. La modestia, la sonrisa cautivadora. Terminados los saludos, comienza a hablar de Chile y se entristece. Se contrae por el sufrimiento de la patria martirizada. Al final, en el transcurso de la conversación, estimulado por la confianza que posiblemente debo inspirarle, se me acerca y me dice en voz baja: “Le haré una confidencia. Anteayer Pinochet quiso verme. Acepté porque pienso siempre que el diálogo es el mejor camino para resolver los problemas. Me dijo que estaba interesado en mejorar las relaciones con las democracias occidentales. ¿Podría la Iglesia hacer de mediadora entre el Gobierno de Chile y los gobiernos europeos? ¿Por qué no? —le respondí—, pero con una condición, que en nuestra Patria sean efectivamente tutelados los derechos humanos. No me bastan seguridades superficiales. Quiero ver resultados precisos”. “¿Qué le respondió Pinochet?” “El me dijo que se comprometía, pero, señor Tomaso, yo le creo poco. Ya asumió un rol y la lógica del poder no le permite debilidades...” Abre los brazos con una triste sonrisa. “¿Se habrá hecho una fea opinión de este país?”, dice con una mueca. “¡No, Monseñor, creo que cada país tiene defectos y virtudes, momentos de gloria y de amargura...!” “Usted es diplomático, señor Vergottini...”, sonrío reanimado, mientras me despide en la puerta.

LUNES 31 DE MARZO

Próxima evacuación de Miguel Claro.

Al volver de un viaje a Concepción, por el fin de semana, encuentro en la oficina las congratulaciones de Nuestra Casa por la próxima evacuación de la Residencia, pero deberá ser total. Los tres asilados que se resisten, postergando la partida, porque esperan evitar la confiscación de sus bienes “deberán elegir entre el cuidado de sus intereses y la libertad”.

JUEVES 3 DE ABRIL

Ventiséis nuevos asilados en Triana. Conexión con los últimos tres que quedan en Miguel Claro.

EN LA PUERTA de Triana, un alboroto. Mucha gente. Algo nuevo, Schiaffino¹⁰³, diligente, va a mi encuentro; “Veintisiete asilados. Están todos aquí. No se van”. Me abro camino y veo rostros malhumorados, copiosos llantos de niños, apiñados junto a sus madres. Amontonados sobre la escalera. Girardello grita: “¡Basta, basta, no damos más con esta gente... Justamente cuando ya los otros se han ido, llegan estos a la oficina... Si no los hace salir rápido, Doctor, los echo a tiros...!”

La otra cara del asunto la pone Livia: “Son pobre gente, perseguidos, ¡ayúdelos, doctor, ayúdelos!” Por fin logro llegar a mi oficina, en donde me aguarda “Brancaleone”. Con los brazos abiertos quiere decirme que no ha podido evitar el hecho.

“Permíteme cerrar la puerta. Quiero hablar a solas contigo”. Ha tomado un aire serio que dura poco, porque es constitucionalmente incapaz de considerar las cosas sin un toque de ironía. Ríe. Se repone para relatar: “Es un complot organizado por los tres asilados que debían partir hoy, aquellos que habíamos invitado a optar entre intereses y libertad”. Lanza una carcajada. “¡Seriedad, Milo!” “Son Alejandro Rodríguez Donoso, Sergio Lagos Galaz y César Collado Medina. Mira la casualidad; han entrado aquí con sus mujeres e hijos. En total, cinco hombres, diez mujeres, doce niños”.

¹⁰³Empleado de la Embajada. Nacido en Liguria. Es muy fiel a las mejores tradiciones de su tierra, incluida la tendencia al ahorro. No posee medios de transporte personal, ni usa jamás los medios de transportes públicos: prefiere efectuar a pie, y con frecuencia corriendo, trayectos prolongados como aquel de su casa a Triana. Se dice que así ha acumulado una suculenta fortuna.

Milo se me aproxima y me habla al oído: “Es la mano de doña Livia”. “¿Cómo han entrado?” “Es Livia quien les ha hecho entrar en la mañana temprano, antes de que yo llegara. Pero, créeme, nadie los está persiguiendo. Quieren solamente partir junto con sus parientes y amigos”. “¿Has intentado hacerlos salir?” “Nada que hacer”. Lo primero, debo asegurarme de que no están en peligro. Torno el teléfono y llamo a Fernando Salas. Le digo: “¡Te necesito con urgencia!” Luego de quince minutos, aparece Fernando. “Con tu experiencia puedes comprobar si están verdaderamente en peligro”. Llamamos a los cinco hombres. El “Fragoroso” los interroga en el saloncito de la oficina, mientras yo examino los documentos de los tres cabezas de familia. Después de media hora, el sacerdote amigo se me acerca y confirma: “Ningún peligro, pero son inamovibles”. Los cinco se encuentran ahora frente a mí. Me miran adustos y preocupados. “Escuchen, deben comprender nuestra posición”. Hablo calmadamente: “El asilo es algo extremadamente serio. No abusen. No perjudiquen nuestra posibilidad futura de concederlo a quien lo necesita verdaderamente. Esta Embajada está y estará abierta para quien tenga necesidad de ayuda moral y material, pero con esta acción ustedes nos impiden continuar con nuestro trabajo”. “¡También nosotros tenemos necesidad de ayuda!”, insiste el portavoz del grupo, “Nuestras mujeres no se dejarán arrancar de los brazos a los niños”. “¡Ve, no hay nada que hacer!”, repite el “Brancaleone”.

Trato de ponerme en contacto con Nuestra Casa y con La Moneda. La comunicación es muy difícil y debo ir a almorzar en el Club Italiano, adonde me ha invitado Ferralis. Recomiendo que me pasen las llamadas, especialmente las internacionales.

En el Club me esperan, además del “Providencial”, el rojizo Padre Antonio; el correcto Davico; el huesudo Colombio, de Valparaíso. Los saludos son interrumpidos abruptamente por una llamada de Roma. Es Fortini, nervioso: “¿No hemos terminado aún? trata de convencerlos de que se vayan”. “Imposible, salvo con la fuerza, cosa imposible de imaginar”. “Trata entonces de transportarlos a la Residencia”. “Si La Moneda está de acuerdo...”

Corto y llamo a Bernstein. Me devolverá el llamado. Comienza el almuerzo, pero estoy distraído; apenas me percató de que la pasta está recocida. Estallo, antes o después lo sabrán: “27 nuevos asilados en la oficina”. “¿Podemos hacer algo por ayudarlos?”, dice melosamente el “Providencial”. “No, gracias, tenemos la situación bajo control”. Sin embargo, no es así. He aquí la llamada de La Moneda: me esperan dentro de poco. Vuelvo a la mesa. Los problemas de la colectividad, en el fondo, no existen. Están bien. Tienen el Gobierno que quieren. El padre Antonio dice que también hay algún pobre, pero de eso se ocupa él. Tal vez es cierto: Lo veo más capaz de alimentar cuerpos que de nutrir almas.

En La Moneda me reciben Bernstein y el mayor Vilches, reemplazante en la Cancillería del “Metálico” Rojas. Pongo sobre la mesa todas mis cartas: “Es el último intento —digo—. Son sólo familias que quieren partir con sus parientes que están aún en Miguel Claro. Háganlos expatriar cuanto antes. Sin ruido, así nadie se dará cuenta. Mientras tanto podemos transferirlos a Miguel Claro, porque en la oficina no tenemos lugar; deberían dormir en la escalera”.

“¡No! —responde el mayor—. En Miguel Claro, no; pero trataremos de hacerlos partir lo más pronto posible”. Bernstein mueve la cabeza: “Señor Vergottini, ¿no quiere quedarse sin asilados!”

Vuelvo a Triana. Ahora acampan en la sala de espera del Consulado. Livia los está atendiendo, ayudada por don Antonino. Milo me pide noticias y me anuncia que convenció a una mujer de que saliera. Por seguridad, la acompañó él mismo a su casa en auto. El problema es la noche. Girardello continua alardeando amenazante. Livia teme que lo haga en serio. “¡Me ocupo yo! —dice Milo con tono seguro—. ¡Aplacaré a Girardello y dormiré en la oficina en un saco de dormir!”

Relato, con colores oscuros, la escena a Nuestra Casa. No olvido el ofrecimiento de Milo: estoy seguro de que, a pesar de la seriedad de mi exposición, tendrá un efecto desdramatizador. El “Brancaleone” será conocido en Roma como “el hombre del saco de dormir”.

VIERNES 4 DE ABRIL

Salvoconducto para los 26 de Triana.

¿Has dormido bien? , le pregunto, “Sí, pero comprenderás que debí hacerlo siempre teniendo un ojo abierto y vigilante”. Leo los diarios. Hablan del episodio. *La Segunda*: “Exactamente cuando la Embajada italiana debía permanecer sin huéspedes, entraron otros veintiséis. Según fuentes ministeriales, el grupo está motivado, de un lado por espíritu turístico, del otro, por el deseo de crear problemas al Gobierno chileno en el exterior”. *La Tercera* titula; “26 nuevos huéspedes en la Embajada de Italia”. Vilches me telefona avisándome que podrán partir en el primer avión disponible. Llamo a Kozak: “Imposible antes del martes 8”, responde. Mientras tanto han partido para Rumania cuatro asilados. Esta tarde se ha programado la salida de los últimos siete de Miguel Claro, rumbo a Roma.

“Corre a la Residencia —digo a Milo— y trata de calmar a los tres. Sus familiares partirán el martes. Asegura a las “dos palomas”; apenas llegados a Italia serán separados de los otros chilenos y transferidos sin demora al norte”.

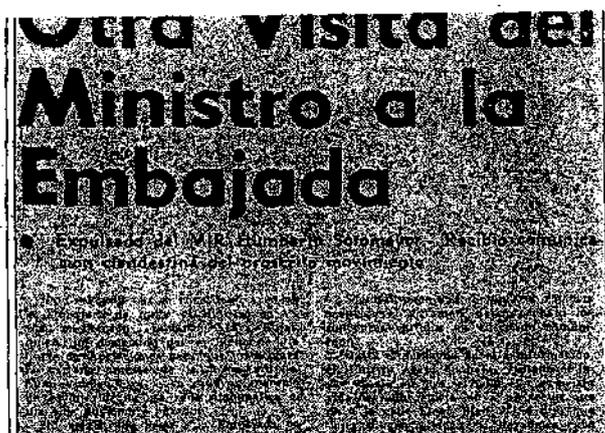
A las seis de la tarde, Milo me telefona desde el aeropuerto; “Está hecho. Los he asegurado y están embarcados”. Miguel Claro es ya un gran barracón sin almas. Quedan los rezagos de una epopeya de persecuciones, ansiedades, dramas.

MARTES 8 DE ABRIL

Termina una época.

Parten también los 26 de Triana. Han permanecido en la oficina cinco días y cinco noches. Livia se ha esforzado por ayudarlos. Ha obtenido frazadas de Caritas. Ha cocinado para ellos, con la ayuda de la mujer de Favata. Don Antonino creo que no ha dormido. Siempre alerta, aprensivo, pero eficaz y seguro. Girardello ha continuado protestando, pero Milo, Favata y Livia lo han controlado. Temprano en la mañana, Milo y Kozak acompañan a los veintiséis al aeropuerto. Mientras espero noticias de ellos en la oficina, llega una nota de La Moneda. Reitera la circular 193 del 4 de diciembre de 1973. Casi había olvidado su existencia. Decía que, a partir de aquella fecha, no serían más admitidas solicitudes de salvoconductos presentadas por países que no hubiesen suscrito acuerdos sobre el derecho de asilo, con Chile.

Ahora se cambia la fecha: del 12 de diciembre de 1973 al 8 de abril de 1975. “Hasta ahora han sido igualmente concedidos salvoconductos por cortesía hacia esos países. De ahora en adelante se ruega no presentar más solicitudes”. Debería ser un punto final. El “Brancaleone” vuelve feliz del aeropuerto. “Todo bien. Ningún problema”. Nos abrazamos. Es un momento, porque al triunfo sigue una sutil tristeza. “Ha terminado una época, querido Tomaso. ¿Qué haremos ahora?” Experimento la misma sensación de vacío. Los asilados llenaban nuestra vida; eran nuestro trabajo, fuente inagotable de problemas cotidianos, de tensiones de ansias, de esperas. “¿Y ahora volveremos a la burocracia fría e impersonal?” “No losé, Milo, pero tal vez no está terminado”.



EL MERCURIO 25 de
Diciembre de 1974

Índice de Nombres

ACUÑA, Gastón 76, 119, 250

ALESSANDRI, Jorge 60

ALLENDE, Laura 120, 125, 166, 167, 168, 169, 180, 217, 220, 221, 225

ALLENDE, Salvador 16, 31, 46, 59, 63, 64, 65, 70, 81, 91, 108, 122, 128, 136, 137, 138, 139, 140, 143, 147, 160, 161, 170, 229, 237, 238.

ALMEYDA, Clodomiro 65, 66, 108, 286

ÁLVAREZ, Gustavo 303

AMUNATEGUI, Felipe 127, 146, 147, 149, 150, 256, 261, 311

ARATA, Renzo 83, 85

ARAYA, Angélica 262

ARAYA, Eduardo 235, 242, 261, 264, 265, 267, 268, 269, 270, 271, 272, 273, 275, 276, 281, 282.

ARELLANO, Antonio 191

ARELLANO, Sergio 115, 116, 119, 309

ARIZTÍA, Fernando 67, 68, 69, 125, 205, 249, 250, 283

ASHTON, Carlos 76

ASTUDILLO, Raúl 312, 313

ASTUDILLO, Manuela 313

ÁVILA, Juan 96, 98, 133, 154, 155, 156, 157, 158, 162, 180

AYLWIN, Patricio 54, 55, 61, 112, 114, 115, 127, 169, 173, 174

AYRES, Carlos 296

BACHELET, Cecilia 108

BACHELET, Alberto 65

BAGGIO, Sebastiano 126

BAGONI, Giorgio 237

BALDUINO de Bélgica 95

BARBARANI, Emilio 258, 259, 265, 268, 276, 284, 286, 288, 293, 302, 305,307, 308, 312, 313

BARRACHINA, Francisco 162, 290

BATTOLI, Emilio 64

BAVESTRELLO, Silvia 297

BAZÁN, Raúl 111

BEAUSIRE, Juana Francisca 289

BEHMAN DELL'EIMO, Norbert 24, 35, 187, 210

BEJARES, Hernán 134

BENAVIDES, Raúl 126

BERLINGUER, Enrico 147, 152, 153

BERNSTEIN, Enrique 16, 26, 30, 31, 35, 36, 37, 38, 39, 55, 56, 58, 67, 110, 111, 123, 124, 129, 130, 151, 179, 234, 264, 275, 316, 317.

BERSANI, Giovanni 111, 112, 113, 114

BETTIOL 229, 230, 231

BIGGIO 115, 116

BOIZARD, Ricardo 190

BOLLO, Gofredo 39, 48

BONILLA, Oscar 59, 61, 106, 114, 115, 119, 125, 127, 176, 177, 309

BORTALASO, Berto 81, 117, 303

BOTTAI, Carmen 292, 302, 306,

BOTTAI, Cecilia 302, 306

BOTTAI, Gilda 292, 289, 302, 306

BOTTAI, M. Teresa 292, 301, 302, 306, 292

BOTTO, Attilio 206

BREZNEV, Leonid 145

BRIONES, Carlos 145

BROTHERUS, Tapani 41

BROWN, Alan 293, 301, 307, 311

BRUSONI 131

BUGIALLI, Paolo 305, 306

BULIAN, Renato 232

BUONACCORSI, Cario 117, 237, 299

BUSTOS, Luis Martín 290

BUTTAZZONI, Pedro 117

CABRERA, Filomeno 287, 305, 308, 311,

CACERES, Irma 64, 65, 296

CALAMAI, Enrico 199, 232, 235, 237, 243, 252, 255, 258, 260, 261, 265, 295

CALDERÓN 117

CALDERÓN, Rolando 38, 39

CALVI, Guido 118, 119, 145, 146, 147, 149, 150, 152, 153

CÁMARA, Antonio 66

CANEPA, Giuseppe 80, 186, 188

CANESSA, Julio 134, 140

CANTUARIAS, Orlando 160

CARIOLA, Patricio 116

CARO, Marta 114

CARMONA, Juan de Dios 53, 54, 55, 251

CAROCA, Dantón 164, 224, 252, 262, 288

CARRARA, Enrico 288

CARVAJAL, Patricio 106, 107, 110, 118, 152, 178, 180, 187, 197, 217

CASTELLI, María Pía 78, 121, 195

CASTILLO E., Carmen 310

CASTILLO E., Cristián 309

CASTILLO V., Fernando 198, 309, 310

CASTILLO, V., Jaime 112, 114, 145, 179, 183, 198, 309, 310,

CASTRO, Carmen 183, 184, 195, 253

CAUAS, Jorge 106

CEAUCESCU, Nicolás 160

CECCHI, César 7, 237

CERPA 157

CHAKRAVAHTJ, Kashi 236

CHAMORRO 62, 63 , 96

CHAMORRO, (Esposa) 62, 63, 96

CHIACCHINI, Nerina 64

CHONCHOL, Jacques 112, 173

CIMO, Pino 146, 147

COLLADOS, Claudio 95, 96, 97, 101, 124, 159, 225, 226

COLOMBO, Aldo 83, 84, 230

COLOMA 155

CONSIGLIERE, Mario 83, 84

CONTRERAS, Manuel 97, 226, 250

CORCOS, Albert 63

CORVALÁN, Lucho 118, 119, 120, 122, 145, 152, 153

COVATTA, Armando 82, 83, 84, 85, 86, 231

CUMMING, Federico 112

D'ALESSANDRI Francesca 47, 49

D'ALESSANDRI, Livio 50

D'ALESSANDRI, Norberto 50

D'AVICO, Maurenzo 81, 186, 188

DELL'ORTO, Enzo 81, 236

DEMARTINO, Francesco 91, 112

DE MASI, Piero 15, 22, 24, 26, 37, 40, 41, 42, 44, 49, 80, 189

DE MENTHON, Pierre 39, 95, 108

DI CASTRI, Luigi 80, 182, 186, 187, 194

DI GIROLAMO, Claudio 117, 126, 127, 163, 237, 282

DI GIROLAMO, Vittorio 80; 126, 282

DOMINGUEZ, Manuel 206

DORIVAL, Jorge H. 289

DORIVAL, Juan A. 289, 313

DOWLING 76

DUCCI, Roberto 176

DUMITRESCU, Vassile 159, 160, 161, 191, 224, 252, 283, 287, 299, 300, 308

EDELSTAM, Harald 38, 64, 239

ELGUETA, Hernán 298

ELKKIN, Lissen 236

ENRÍQUEZ, Edgardo 201, 262, 263

ENRÍQUEZ, Miguel 148, 165, 166, 167, 201, 262

ENRÍQUEZ, Ximena 148

ERLWEIN, Pedro 283, 284, 285

ESCARATE, Gladys 289

ESPINA, Hernán 113

EWING, Pedro 114

FAIOLA, Paolo 103, 104

FAVATTA, Antonio 318, 295

FERNÁNDEZ, Aníbal 117

FERNÁNDEZ, José 197, 198, 218, 219, 248

FERRALIS, Giovanni 80, 81, 82, 89, 92, 183, 186, 229, 316

FERRARI, Dorello 109, 123, 130, 131, 152

FERRARI, Gustavo 282

FICA, Juan 77, 86

FOCHESATO, Riccardo 303, 236

FOCHESATTO, Vera 303

FORTINI, Marco 52, 53, 288, 289, 292, 293, 316

FOSCHINI 134, 135, 140

FREI, Eduardo 42, 43, 45, 53, 59, 60, 61, 107, 108, 112, 113, 114, 173, 298, 299

FRENZ, Helmuth 67, 132

FUENTEALBA, Renán 45, 115, 127, 251, 256, 309

GAJA, Roberto 229

GALLARDO, José María 105, 245

GARIBALDI, Giuseppe 84, 230

GIRARDELLO, Guglielmo 109, 232, 315, 317, 318

GIRARDI, Gino 256, 263

GIRARDI, Tito 248

GOEDHART, Louis 233

GOMEZ, Guido 77, 79, 86, 96, 133, 154, 155, 156, 157, 158

GOMEZ, Juan 77, 79, 86, 96, 133, 154, 155, 156, 157, 158

GONZÁLEZ, Sergio 38, 39, 40, 48, 239

GONZÁLEZ Gabriel Videla, 60

GRANELLI, Luigi 119

GRAU 117

GROTH, Johann 64, 65, 98, 101, 200, 213, 236, 252, 267, 271, 289, 294

GUJIÓN, Patricio 122

GUMUCIO, Rafael Agustín 122

HALES, Alejandro 50

HOITING, Arie 41, 191, 233

HOBUS, Penso 289

HUERTA, Ismael 86, 87, 88, 89, 92, 93, 98, 100, 102, 106, 107, 108, 110, 112, 120, 122, 179, 189

HUSSON, Roland 236

KISSINGER, Henry 70

KOZAK, Roberto 236, 286, 288, 289, 290, 291, 294, 295, 305, 307, 308, 318

KRAUSS, Enrique 112

KREIMAN, Ángel 132

IBARRA, Flavia 289

IBARRA, Rohren 289

ILIE, Stefan 300, 301, 304, 305, 307, 308

JARAS, Fernando 256, 261

JEREZ, Alberto 108, 109

LABBE, Mónica 218

LACOSTE, Jean Noel 41, 224, 233, 236, 304

LAGOS, Carlos A.C. 313

LAGOS, Sergio 315

LARSEN, Erik 233

LEIFER, Paul 98, 101, 117, 147, 149, 160, 161

LEIGH, Gustavo 23, 61, 95, 98

LEIGHTON, Bernardo 45, 46, 122, 123, 169, 185, 228, 257

LENIZ, Fenando 111

LEPRI, Paola 25, 35, 51, 53, 57, 117

LETELIER, Orlando 108

LOGUERCIO, Canio 38, 62, 158, 237, 241, 243, 294

LOGUERCIO, Sergio 75, 86

LÜCKER, Hans 111

LUEDDE, Neurath 233

LUSTIG, René 304

MAESTRO, Manuel 27, 29, 137, 290

MALIK, G.J. 108, 191

MARCUSA, Angelo 64

MARDONES, Carlos 16, 31

MARIN, María L. 312, 313

MASCARELLO, Antonio 186, 316

MATS, Raúl 206

MATTE, Umberto 206, 207

MATTEUCCI, Mario 53, 117, 123, 232.

MAYOL, Cristián 306.

MELLADO, Manuel E. 288.

MELONI, Livia 25,29, 30, 57, 70, 78, 79, 96, 110, 117, 121, 131, 136, 137, 138, 148 150, 162, 165, 195, 227, 228, 285, 294, 302, 308, 315 317 318

MELONI, Carla 117.

MÉNDEZ 157.

MERINO, José T. 47.

MIGLUOLO, Giovanni 111.

MINEUR, Jean 41, 95, 191.

MIRANDA 154, 155, 156.

MIRANDA, (INACAP) 311.

MODER, César 162, 289, 290, 291, 292, 308.

MONTERO, Enrique 54, 216, 217.

MORENO, Rafael 112, 169, 173, 174.

MORAGA, Carlos A. 289.

MORAGA, Manuel E. 289.

MORO, Aldo 16, 41, 82, 85, 89, 93, 98, 99, 112, 119.

MOYA, Luz 233.

MUÑOZ, Luis 96.

NALEGACH, Samuel 63, 64.

NAVARRETE, Favio 262, 313.

NICHOLSON, 236, 294, 295.

NICOLLAUD, Francois 236.

NUÑEZ, Matías 180, 182, 289.

OLMEDO, Patricia 218,

OPAZO, Julio J. 296.

OSTORNOL, Fernando 145, 152, 301.

OSUNA, Rafael 117, 215, 236, 271.

OTAIZA, Horacio 65.

OYARZÚN, M. Eugenia 180, 182, 189, 194.

PALLAMAR, Pablo 96, 98, 133, 154, 155, 156, 157, 158.

PALMA, Aníbal 108.

PALMA, O'Higgins 96, 98, 133, 137, 157.

PANIS, René 191.

PANSA, Paolo 210.

PARLATORE, Carla 239.

PASCAL, Andrés 120, 148, 166, 168, 199, 220, 289, 305.

PASCAL, Camila 148.

PASCAL, Francisca 289.

PASQUA 245, 246, 247, 255.

PEDINI Mario 66, 196.

PENSO, Víctor 186.

PÉREZ, Sergio 215, 216.

PERRONE, Carlo 128.

PHILIPSON, Olé 41, 62, 128, 233, 284.

PINOCHET, Augusto 54, 55, 59, 61, 65, 75, 102, 104, 106, 107, 113, 114, 122, 132, 139, 140, 143, 144, 147, 153, 236, 275, 309, 314.

PLAJA, Eugenio 111.

POBLETE, Romo 100.

POIANI, Franco 109, 232, 245.

POLLONI 309.

POMPEI, Gianfranco 122.

POPPER, David 102.

PRAHBU, Pedro 213, 215, 225, 236, 267,

PRATS, Carlos 161,

PRECHT, Cristián 146, 150, 152, 163, 164, 223, 236, 237, 250, 273, 274, 313.

PROFILI, Giacomo 245, 246, 247, 248, 249.

PUGA, Álvaro 119, 169, 170, 171.

PUMPIN, Juan 117, 276.

QUESNAY, Carmen 117.

QUINTEROS, Lidia 238, 239, 243.

RABASA, Emilio 94, 98.

RAFFO, Paolo 236, 237,

RAMISTELLA, Renato 200, 208, 209, 212, 302.

RAMOS, Carlos 77, 86.

RAMPIONI, Césare 78, 121, 148, 149, 162, 179, 195, 228, 232, 252, 267, 268, 273, 294.

RAVEAU, Antonio 267, 268, 269, 271.

REYES, Tomás 112, 251.

RICHIUTTI, Francisco 311.

RIERA, Jaime 289.

RIESLE, Héctor 122.

RODRIGUEZ, Alejandro 315.

ROJAS, Julio 293.

ROJAS, Jaime 93, 94, 95, 97, 140, 156, 157, 184, 214, 218, 219, 220, 264, 275, 283, 317.

ROSSI, Stefano 75, 86.

RUIZ ESQUIDE, Mariano 46.

RUIZ, Joaquín 118, 119, 120, 122, 145.

RUMOR, Mariano 112, 306.

SADRUDIN, Khan 15, 64,

SÁENZ, Orlando 46, 47, 225, 267,

SÁEZ, Raúl 106,

SALAS, María 289.

SALAS, Fernando 116, 124, 125, 126, 127, 131, 146, 147, 148, 149, 150, 152, 223, 316.

SÁNCHEZ 157.

SANTA MARÍA 284.

SANTANDER 62.

SANTSNY, Roger 267, 271, 276.

SCHIAFFINO, Franco 315.

SCHLATTER 63.

SECONDÉ, Reginald 183, 184, 198, 233.

SEGRE 153.

SEPÚLVEDA, Jorge 296.

SERRA, José 75, 76.

SERRANO, Miguel 176.

SICOTT, Giles 224, 236.

SILVA ESPEJO, René 102, 200.

SILVA HENRIQUEZ, Raúl 72, 73, 74, 75, 102, 132, 144, 174, 175, 250, 281, 282.

SILVA, Mario 71, 72, 77, 78, 105, 239, 240, 275, 313.

SILVA SOLAR, Julio 193.

SIMONETTO, Enzo 123, 130, 131, 232, 254, 273, 276, 311.

SUMMERSCALE 117, 233.

SANZ, Sótero 193.

SOTO, Sergio 100, 101, 113, 123, 151, 157, 291, 292.

SOTOMAYOR CAMPOS, Eduardo 290.

SOTOMAYOR, Pedro Juan 296.

SOTOMAYOR SALAS, Eduardo 164, 165, 166, 167, 168, 169, 172, 175, 177, 180, 181, 184, 193, 195, 199, 201, 215, 226, 234, 256, 257, 258, 265, 269, 272, 276, 294, 296, 305, 308.

SOTOMAYOR, Antonio 289.

SOTOMAYOR, Soledad 289.

SPERANDII, Giorgio 311, 312.

SPINELLI, Alterio 91.

SPINOLA, Damiano 24, 25, 30, 31, 35, 36, 37, 38, 40, 51, 53, 57, 189, 236.

SPINOSO 164.

STOUT, Charly 236.

STUPARICH, Sergio 77, 86.

STUVEN, Helmuth 62, 96, 98, 128.

SULE, Anselmo 108, 109, 122.

TABBUSCH, Yvonne 236.

TAGLE, Emilio 132. ¹

TAVIANI, Cesare 200, 202, 203, 204, 205, 256, 310.

TAVIANI, Paolo E. 52, 200, 203, 204.

TAVIANI, Vittoria 310.

THEODOLI, Livio 210.

TOBAR, Orlando 98, 99, 101, 108, 191.

TOHA, José 65.

TOMIC, Radomiro 119, 128, 129.

TONINI, Frank 117.

TOSCANO, Roberto 15, 24, 28, 76, 77, 78, 79, 97, 100, 117, 128, 136, 137, 138, 142, 143, 162, 163, 164, 165, 166, 181, 184, 189, 198, 199, 213, 214, 216, 218, 221, 222, 223, 225, 226, 227, 232, 235, 236, 237, 238, 243, 267, 283, 307.

TOSCANO, Manuel 178

TURSELINO, Ignazio 303.

URIBE, Armando 70.

VALDÉS, Enrique 306.

VALDÉS, Gabriel 119.

VALECH, Sergio 281.

VALENTINO, Cesare 81, 186,236.

VALENTINO, Raffaele 81, 186, 187.

VALENTINO (Sacerdote) 202.

VALENZUELA, Carlos 90, 91, 93, 103, 111, 122, 129, 130, 140, 142 151 152 158,160, 161, 179, 192, 218, 225, 233 , 234, 242, 244, 246, 248, 254, 264, 276, 283.

VALENZUELA, Pedro 288

VARAS, Florencia 299

VÁSQUEZ 132

VASSALLO 16, 293

VELASCO, Belisario 44, 46, 73, 311

VELASCO LETELIER, Eugenio 145

VELASCO, M. Eugenia 157

VELIS, Rita 113, 136, 151

VERGARA, Angela 96, 98, 133, 157

VERGARA, Manuel 62

VICARIO, Guido 181, 182, 195.

VIDELA, Lumi 215, 216, 2197 223, 224, 225, 233, 235, 255, 261, 269, 272, 28.

VIERA GALLO, José A. 193.

VILCHES, Héctor317, 318.

VILCHES, Mauro 307.

VILENSKJ, Mario 200, 206.
VITTORELLI, Carlos 91, 100, 117, 118, 303.
VOGEL, Ernesto 46.
VOLPONE, Mario 75, 86.
WILKINS, Martín 236.
WILLOUGHBY, Federico 73, 74, 78.
WISCNIEWSKJZ 262.
YOVANNE, José 131, 290.
ZEFFIRELLI, Franco 149.
ZELADA, Emiliano 308.
ZEREGA, Santina 232.

Sumario

| | |
|-------------------------------------|----|
| INTRODUCCIÓN | 7 |
| PRESENTACIÓN | |
| Cardenal Raúl Silva Henríquez | 9 |
| INTRODUCCIÓN | |
| Una Misión Diplomática | 13 |
| 1973: La llegada a Santiago | |
| DICIEMBRE | |
| Domingo 30 | |

Aterrizaje en Santiago. Primer contacto con Chile.

Reunión con mis colaboradores en la oficina de calle Triana..... 21

Lunes 31

Reunión con los asilados en la residencia de calle Miguel Claro. A La Moneda: primera entrevista con la contraparte chilena;
el embajador Enrique Bernstein 26

1974: El año más intenso de mi vida.

ENERO

Martes 01

Viña del Mar. El océano Pacífico y la espera de los acontecimientos 35

Miércoles 02

Bernstein me comunica la conformidad —aún condicionada— del gobierno chileno con respecto a mi misión en Santiago 36

Domingo 06

La difícil hospitalización del asilado Sergio González..... 38

Viernes 11

Despedida de Piero De Masi 40

Sábado 12

Almuerzo de los consejeros de la CEE en el Club de Golf..... 41

Martes 15

Entrevista con el presidente Frei 42

Miércoles 16

Desde hoy soy encargado de negocios para los efectos administrativos 43

Viernes 18

Comida de Belisario Velasco: la izquierda demócrata cristiana..... 44

Jueves 24

Mensaje del ex presidente de la SOFOFA Orlando Sáenz 46

Viernes 25

Ciudadana italiana muerta por un militar en Viña del Mar,

Expreso mi protesta a La Moneda 47

Domingo 27

De Masi deja Chile..... 49

Jueves 31

Los padres se distancian en el caso de la niña muerta en Viña..... 49

FEBRERO

Domingo 10

Llegada de Annasofía y Antonugo. Traslado a Algarrobo 50

Martes 12

Coloquio con Juan de Dios Carmona 53

Viernes 15

Pragmatismo de Enrique Bernstein 55

MARZO

Lunes 04

Traslado temporal a casa de Livia Meloni 57

Domingo 10

El asesor político de Huerta da marcha atrás 58

Lunes 11

Seis meses de régimen militar. Frei me recibe.

El General Leigh le hace saber, a través del General Bonilla, que se opone a los propósitos antidemocráticos de Pinochet 59

Martes 12

Sobre la unidad de la Junta..... 61

Sábado 16

Aumento de los problemas por los parientes de los huéspedes 62

Miércoles 20

Entrevista con Nalegach, secretario del CONAR..... 63

Lunes 25

La esposa del ex ministro de Allende, Clodomiro Almeyda, me pide que interceda en favor de su marido, detenido, que se halla en precarias condiciones físicas 64

Sábado 30

Éxito de la intervención humanitaria en favor de Clodomiro Almeyda 66

ABRIL

Miércoles 03

La Moneda fuerza las palabras dichas en el Parlamento de Italia

por el Sub Secretario Pedini acerca de las relaciones ítalo-chilenas..... 66

Domingo 14

Asisto a la misa de Semana Santa, celebrada por el obispo Fernando Ariztía

en la población Nueva Matucana 67

Jueves 18

Rápida recuperación luego de una intervención quirúrgica..... 70

Sábado 20

Problemas domésticos. La internación de nuestros muebles, llegados el

4 de Abril a Valparaiso, al no existir mi acreditación formal,

es resuelta por el Director de Protocolo 70

Lunes 22

Annasofía retira muebles y enseres desde la Aduana del puerto 72

Miércoles 24

Coloquio con el Cardenal Raúl Silva Henríquez.

Su denuncia del régimen por la violación de los Derechos Humanos 72

MAYO

Jueves 02

Se abre la válvula de los salvoconductos para nuestros asilados.

Parte el brasilero José Serra 75

Miércoles 08

Otros 11 asilados en el aeropuerto. Cuatro son retenidos. Intervención de Roberto Toscano permite el regreso de ellos a Miguel Claro 76

Jueves 09

Agitación entre los asilados por el episodio de ayer..... 78

Sábado 18

Díscurso a la Colectividad italiana de Santiago en la Sede del

Audax Italiano. Apoyo del consultor Ferralis 80

Domingo 19

Encuentro con la colectividad italiana de Valparaíso y Viña del Mar en la Casa de Italia. Acusación a nuestro Gobierno.

Intervención del Cónsul Covatta82

Miércoles 22

Los cuatro asilados, que fueron retenidos en el aeropuerto, podrán

trasladarse a Italia..... 86

Viernes 24

El Canciller Ismael Huerta ataca por televisión la política italiana

hacia Chile, amenazando con mi expulsión del país..... 86

Sábado 25

La prensa amplía las declaraciones del Canciller Huerta, censurando al

Gobierno italiano y refiriéndose a mi posición particular de "turista

con visa vencida” 88

Lunes 27

El Director General de la Cancillería Carlos Valenzuela me confirma que el Gobierno chileno se conformaría

con una normalización a nivel de encargados de negocios 90

Martes 28

Conversación con el delegado de Alitalia 91

Jueves 30

Reunión en Triana con los dirigentes de la colectividad

alarmados por las palabras de Huerta 92

JUNIO

Sábado 01

Intervención de Huerta ha detenido la posibilidad de normalización

aún a nivel mínimo..... 93

Martes 04

El jefe de la Oficina de Seguridad de La Moneda me pide garantía de arraigo previa por ocho huéspedes, antes del traslado a Italia

..... 93

| | |
|--|-----|
| Miércoles 05 | |
| Reunión de los jefes de misión en Chile por el “proceso Fach ” | 95 |
| Sábado 08 | |
| El Sub Secretario Collados condiciona públicamente la concesión de los salvoconductos..... | 95 |
| Miércoles 12 | |
| Nuevos asilados entran en la casa de Miguel Claro..... ,..... | 96 |
| Lunes 17 | |
| Llamada de los ocho “diferidos” a Roma. Denuncian que se les considera “rehenes” del Gobierno chileno | 97 |
| Lunes 24 | |
| Segunda llamada de los ocho | 99 |
| Miércoles 26 | |
| Junta de Aeronáutica Civil no renueva contrato de Alitalia | 100 |
| JULIO | |
| Martes 02 | |
| Criterios para presentar nuevas solicitudes relativas a los salvoconductos..... | 101 |
| Jueves 04 | |
| Recepción por el Día Nacional de los Estados Unidos. | |
| Asiste el General Pinochet | 102 |
| Viernes 05 | |
| Entrego a la Cancillería la lista de nueve asilados “nuevos” | 103 |
| Sábado 06 | |
| Annasofia es retenida “por la irregularidad de su pasaporte diplomático” en el aeropuerto. Intervención del Protocolo | 103 |
| Lunes 08 | |
| Son quemados públicamente los registros electorales | 105 |
| Miércoles 10 | |
| Pinochet es designado Presidente de la República. Se coloca por sobre la Junta. Nuevo gabinete ministerial | 106 |
| Jueves 11 | |

| | |
|---|-----|
| Se otorgan los salvoconductos a los nuevos asilados | 107 |
| Martes 16 | |
| Recepción de las “esposas de Dawson” | |
| por el término de misión del Embajador de Francia, de Menthon | 108 |
| Jueves 18 | |
| Huelga del personal de la Embajada. El caso Dorello Ferrari | 110 |
| Viernes 19 | |
| Misión en Chile del Honorable Giovanni Bersani, Vice-Presidente del Parlamento europeo..... | 111 |
| Sábado 20 | |
| Cena con Bersani, Frei, Patricio Aywin y otras figuras del PDC | 112 |
| Martes 23 | |
| Se hace público el intercambio de cartas entre Bonilla y Aylwin. | |
| Este protesta por la censura impuesta a Radio Balmaceda, denunciando el autoritarismo del régimen..... | 114 |
| Miércoles 24 | |
| Sacerdotes del COPACHI favorecen el refugio en la Nunciatura de 23 perseguidos. El General Arellano Stark interviene para que puedan dejar pronto Chile..... | 115 |
| Viernes 26 | |
| Con los amigos festejamos a Annasofia | 117 |
| Lunes 29 | |
| Carvajal confirma al delegado de Alitalia la voluntad de llegar a un acuerdo pragmático con Italia. Conversación con J. Ruiz Jiménez, quien defiende a Corvalán | 118 |
| AGOSTO | |
| Sábado 03 | |
| Visita de Laura Allende, hermana del Pdte. | 120 |
| Jueves 08 | |

| | |
|--|-----|
| Aumenta el número de asilados en Miguel Claro..... | 121 |
| Viernes 09 | |
| Gestiones en Roma | 122 |
| Martes 13 | |
| Se prohíbe el regreso de Bernardo Leighton a Chile..... | 122 |
| Miércoles 14 | |
| Posibilidad de acreditación de funcionarios de rango menor..... | 123 |
| Viernes 16 | |
| Entrevista con Fernando Salas, secretario del COPACHI | |
| Cifras relativas a la represión..... | 124 |
| Sábado 17 | |
| Claudio Di Girolamo y Felipe Amunátegui..... | 126 |
| Martes 20 | |
| Salida de Helmuth Stuen | 128 |
| Miércoles 21 | |
| La lección de “Radomiro” | 128 |
| Jueves 22 | |
| El vals de las listas | 129 |
| Lunes 26 | |
| Cómo hacer frente al incesante flujo de asilados..... | 130 |
| Jueves 29 | |
| Se hacen presente los Obispos | 132 |
| Viernes 30 | |
| La Moneda renueva pedido de arraigo para los cinco “suspendidos” | 133 |
| SEPTIEMBRE | |
| Domingo 01 | |
| Salen asilados..... | 134 |
| Lunes 02 | |
| Los encuentros privados de un Almirante italiano | 134 |

| | |
|--|-----|
| Miércoles 04 | |
| Homenaje a Allende en la Residencia. El asunto del lienzo | 136 |
| Jueves 05 | |
| Prosigue el vals de las listas | 139 |
| Lunes 09 | |
| La amenaza de El Mercurio | 140 |
| Miércoles 11 | |
| Luto en Miguel Claro por el aniversario del golpe de Estado..... | 142 |
| Jueves 12 | |
| Fiesta del régimen por el aniversario del golpe | 144 |
| Viernes 13 | |
| Almuerzo en Coronel y “Operación Kinder” | 145 |
| Domingo 15 | |
| Partida de otros asilados | 150 |
| Martes 17 | |
| Las conclusiones del abogado Calvi | 151 |
| Jueves 19 | |
| La locura del “diferido” Juan Ávila y mi juego de azar | 154 |
| Viernes 20 | |
| Gano el juego. La Moneda otorga los salvoconductos | 156 |
| Martes 24 | |
| Parten 35 asilados, entre los cuales se encuentran los últimos “diferidos” | 158 |
| Viernes 27 | |
| Sigue el vals de las listas. Roma suspende a partir del fin de mes, y temporalmente, la autorización para trasladar a Italia a asilados en posesión de salvoconductos..... | 158 |
| Sábado 28 | |
| Parten 35 nuevos asilados | 159 |
| Domingo 29 | |

| | |
|--|-----|
| Últimas salidas de Miguel Claro | 159 |
| Lunes 30 | |
| Cena en la Embajada de Rumania | 159 |
| OCTUBRE | |
| Miércoles 02 | |
| Asesinato del General Prats González y de su esposa | 161 |
| Jueves 03 | |
| Incidentes en Miguel Claro. Encuentro con el Obispo Camus | 162 |
| Viernes 04 | |
| Visita del padre Cristián Precht, nuevo secretario del COPACHI. | |
| Detención del asilado Caroca | 163 |
| Domingo 06 | |
| El jefe del MIR, Eduardo “Humberto” Sotomayor, herido, se refugia en Miguel Claro con un grupo de adeptos | 164 |
| Lunes 07 | |
| Laura Allende contra Sotomayor..... | 166 |
| Martes 08 | |
| Repercusiones negativas del ingreso de Sotomayor | 168 |
| Miércoles 09 | |
| “Alexis” me propone la entrega de Sotomayor y de otros cuatro miristas. | |
| Entrevista con Patricio Aylwin y Rafael Moreno: el PDC protesta en contra del exilio impuesto a Bernardo Leighton | 169 |
| Viernes 11 | |
| El Cardenal Raúl Silva Henríquez me asegura el apoyo de la Iglesia. | |
| En la Embajada de España, breve conversación con el General Bonilla | 174 |
| Sábado 12 | |
| Violenta campaña de prensa en contra de la Embajada, definida como “nido del MIR” | 177 |

Domingo 13

Sigue la campaña de prensa. La Tercera ataca personalmente a Toscano.

Jaime Castillo me pide que intervenga en favor de su sobrina Carmen..... 179

Lunes 14

Agitación en la colectividad. Reunión en Triana..... 184

Miércoles 16

Continúa la campaña de prensa en contra de la Embajada.

El Mercurio me ataca directamente 188

Jueves 17

Carlos Valenzuela me reitera la posición de La Moneda, contraria a la

“línea dura”. Entrevista con el Nuncio 192

Viernes 18

Culminación de la campaña. Di Castri en La Tercera incita a desalojar a los “untori” de la Embajada 194

Martes 22

Vuelven de Roma Annasofía y Antonugo 196

Jueves 24

Carvajal pone el bozal a la prensa en lo relativo a Italia.

Secuelas de la “Operación Kinder” 197

Martes 29

Destinación a Santiago de Enrico Calamai..... 199

Miércoles 30

Viaje al Sur. Primera etapa: Curanilahue, en la región carbonífera

del Golfo de Arauco 200

Jueves 31

La oficina y el apostolado de Cesare y Giusi Taviani 204

NOVIEMBRE

Domingo 03

El Sur de los lagos, Puyehue, Osorno, Puerto Montt..... 206

Lunes 04

| | |
|--|-----|
| Villarrica. El fundo de Renato Ramistella..... | 208 |
| Martes 05 | |
| Una mujer asesinada es encontrada en los jardines de Miguel Claro | 213 |
| Miércoles 06 | |
| Convocatoria a La Moneda. Dura requisitoria del comandante Rojas. | |
| Se reanuda la campaña de prensa en contra de la Embajada | 214 |
| Jueves 07 | |
| Testimonios de que Lumi Videla estaba en la cárcel a fines de octubre..... | 223 |
| Viernes 08 | |
| Secuelas del asesinato | 224 |
| Domingo 10 | |
| Asamblea en Miguel Claro: el temor de los asilados..... | 226 |
| Lunes 11 | |
| Viña del Mar. Recepción de la colectividad para el senador Bettiol | 229 |
| Martes 12 | |
| Tensión en el personal de la Embajada. Los jefes de misión de la C.E.E. me expresan su solidaridad | 232 |
| Jueves 14 | |
| La Moneda pide autorización para que el Ministro en Visita pueda ingresar a la Residencia e interrogar a los asilados | 234 |
| Sábado 16 | |
| Toscano deja Chile. Roma autoriza labor del juez en la Residencia. | |
| Lidia Quinteros, asilada, es operada en el Hospital Militar..... | 238 |
| Lunes 18 | |
| Regularización de mi estatus diplomático | 241 |
| Miércoles 20 | |
| Roma quita la suspensión del ingreso a Italia de nuestros asilados | 242 |
| Jueves 21 | |
| Vuelve Lidia Quinteros. Balacera en los alrededores de la Residencia | 243 |
| Viernes 22 | |

| | |
|--|-----|
| Llega a inspeccionar la misión Profili-Pasqua. | |
| Incidentes delante de la Residencia..... | 245 |
| Sábado 23 | |
| Encuentro de los inspectores con los asilados | 247 |
| Domingo 24 | |
| Intermedio hípico. Entrevista de los inspectores con diplomáticos chilenos | 248 |
| Lunes 25 | |
| Profili defiende las tesis de la Embajada. Los inspectores dejan Chile. | |
| Conversación con el Obispo Ariztía | 249 |
| Miércoles 27 | |
| Expulsión de Renán Fuentealba..... | 251 |
| Jueves 28 | |
| Roma autoriza la identificación en la Residencia. Vacunación de los asilados | 252 |
| Viernes 29 | |
| Negociaciones en La Moneda | 254 |
| DICIEMBRE | |
| Domingo 01 | |
| Llega a Santiago el agregado comercial Enzo Simonetto | 254 |
| Sábado 7 | |
| Cambio en la vigilancia de la Residencia..... | 255 |
| Miércoles 11 | |
| Nuevo ataque de La Tercera. Entrevista con el Vice-Presidente | |
| de la Empresa que edita el diario..... | 255 |
| Jueves 12 | |
| Preparativos para la identificación en Miguel Claro..... | 257 |
| Sábado 14 | |
| Emilio Barbarani reemplaza a Calamai como secretario de la Embajada..... | 258 |
| Lunes 16 | |
| Se realiza la operación de identificación de los asilados | 259 |

| | |
|---|-----|
| Martes 17 | |
| Enrico Calamai deja Chile | 260 |
| Miércoles 18 | |
| Parte la hija de Miguel Enríquez. Encuentro con el abuelo Edgardo..... | 262 |
| Jueves 19 | |
| Tratativas en vista del interrogatorio a los asilados. | |
| Llega nuestro primer automóvil personal | 263 |
| Sábado 21 | |
| El Ministro Araya interroga a los asilados. Se revela el misterio de una foto | 265 |
| Domingo 22 | |
| Reacciones de la prensa por el interrogatorio | 272 |
| Lunes 23.12. | |
| Comentarios favorables para la Embajada | 272 |
| Martes 24 | |
| Segunda visita del juez Araya. Misa de Navidad en Miguel Claro..... | 273 |
| Viernes 27 | |
| Singulares augurios de Año Nuevo en La Moneda | 275 |
| Martes 31 | |
| Tercera visita de Araya. Fiesta de Año Nuevo “de toque a toque”..... | 276 |
| 1975: Se desbloquea la situación. | |
| ENERO | |
| Jueves 02 | |
| Nuevos comentarios de prensa sobre la encuesta en Miguel Claro | 281 |
| Viernes 03 | |
| Almuerzo donde el Cardenal Silva Henríquez | 281 |
| Lunes 06 | |
| La Moneda desbloquea la salida de los asilados después de la encuesta. | |
| Otorga 70 salvoconductos | 282 |
| Viernes 10 | |

| | |
|---|-----|
| La “Divina” Zapallar y la casita del “Choclo” Erlwein | 283 |
| Lunes 13 | |
| Salvoconductos para todos los asilados | 285 |
| Miércoles 15 | |
| Tumultuosa asamblea con los asilados..... | 286 |
| Jueves 16 | |
| Todavía nuevos asilados. Incidentes en Miguel Claro..... | 287 |
| Viernes 17 | |
| Papel del CIM.: Roberto Kozak | 288 |
| Lunes 21 | |
| Se reinician las salidas después de cuatro meses. El discutido Oscar Moder..... | 289 |
| Jueves 23 | |
| El caso Bottai | 292 |
| Viernes 24 | |
| El epiléptico y las “dos palomas”..... | 292 |
| Sábado 25 | |
| Parten Humberto Sotomayor y otros 16 asilados | 294 |
| Domingo 26 | |
| Don Antonino Favata, el “salvador atrasado” | 295 |
| Lunes 27 | |
| Salida de 46 asilados | 296 |
| Jueves 30 | |
| El caso Bavestrello..... | 297 |
| Viernes 31 | |
| Nuevo Comité político | 297 |
| FEBRERO | |
| Sábado 01 | |
| Encuentro con Frei en Papudo. Florencia. Dejamos la “Divina” Zapallar ... | 298 |
| Lunes 03 | |

| | |
|--|-----|
| Bucarest exige el pase del PCC para aceptar nuestros asilados en Rumania | 299 |
| Martes 04 | |
| El problema de las reuniones familiares..... | 300 |
| Jueves 06 | |
| Todavía el caso Bottai | 301 |
| Lunes 10 | |
| Breves vacaciones en el fundo Ramistella..... | 302 |
| Sábado 15 | |
| Bodas Fochesato. Desencuentro con el general Gustavo Álvarez | 303 |
| Martes 18 | |
| Nuevo Embajador de Francia | 304 |
| Miércoles 19 | |
| Otorgadas las visas para Rumania..... | 304 |
| Jueves 20 | |
| Paolo Bugialli y el Corriere della Sera..... | 305 |
| Viernes 21 | |
| El “inefable” Mr. Brown | 307 |
| Jueves 27 | |
| Revelaciones a Barbarani: los siete delincuentes comunes | 307 |
| MARZO | |
| Lunes 03 | |
| Salen para Rumania los 44 | 308 |
| Martes 04 | |
| Muerte del General Bonilla. El caso Cristián Castillo | 309 |
| Miércoles 05 | |
| Visita de Vittorio Taviani..... | 310 |
| Jueves 06 | |
| Belisario Velasco en el “Crillón” | 311 |
| Viernes 14 | |

El centro italiano de Rancagua..... 311

Domingo 23

El bautismo de Manuela Soledad Astudillo en la Residencia..... 312

Lunes 24

Salen 41 asilados. Catorce de ellos van a Rumania 313

Martes 25

Entrevista con el Cardenal Silva Henríquez 313

Lunes 31

Próxima evacuación de Miguel Claro 314

ABRIL

Jueves 03

26 nuevos asilados en Triana. Conexión con los últimos tres que quedan en Miguel Claro
..... 315

Viernes 04

Salvoconductos por los 26 de Triana..... 317

Martes 08

Termina una época..... 318

1975

Se desbloquea la situación

**Los asilados parten en grupos distintos
hacia Italia y otros destinos.
Termina la función de refugio
para los perseguidos políticos
llevada a cabo por la
Residencia de Miguel Claro 1359**